M. SIVROT

LA NUEVA EMOCIÓN DE ESPAÑA

ENSEÑANZA POPULAR PATRIÓTICA

6455

BU 2548

T. 42212
C 58714

BPE Burgos
3358714 BU 2548

V
106

La Nueva Emoción de España

PRIMERA EDICIÓN. :: BURGOS, 1937

Es propiedad.
Copyright 1937, by
MANUEL SIUROT

R.-97.076

MANUEL SIUROT

LA NUEVA EMOCIÓN DE ESPAÑA

BIBLIOTECA PÚBLICA
BU n.309

LIBRO DE CULTURA PATRIÓTICA POPULAR

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ
IMPRENTA :: CASA EDITORIAL :: LIBRERÍA
BURGOS

A la Patria inmortal

Al lector:

Cuando sale esta edición remozada, y con el título de La Nueva Emoción de España *para diferenciarla de la vieja* Emoción, *está encendida la guerra. En las provincias donde aún no ha llegado el Ejército salvador, dejamos los capítulos próximamente como fueron escritos en las primeras ediciones. En las que tuvieron la fortuna de recibir la gracia liberadora de nuestros soldados, se han puesto las innovaciones pertinentes.*

Los niños que lean este libro en las escuelas y los hombres que lo lean en su hogares, deben recordar que España quiso cambiar, hace próximamente seis años, de postura y sustituyó la Monarquía por la República; la bandera roja y gualda, por un lienzo de tres colores; la Marcha Real, por el Himno de Riego, y la tranquilidad, la vida y el comercio español, por una era de atropellos, leyes injustas, crímenes constantes, inquietud perpetua y un estado de derecho creado para que sólo pudiera vivir una clase social, produciendo a las demás la ruina y la muerte. Lo hicieron los gobernantes republicanos tan mal, que la clase para ellos privilegiada, la clase obrera, se moría de ham-

bre, y parados los hombres por millones, iban corriendo sus pretensiones desde una república de derecha a una república izquierdista y de ésta al socialismo desbancado finalmente por los anarquistas y los rusos.

En los momentos en que se escriben estas páginas, o sea en los últimos días del año 1936, se da en las provincias dominadas por los rojos la vergüenza y el bochorno de que los generales rusos enviados por el Gobierno de Stalin sean el único Gobierno que se impone y manda, porque a los gobernantes izquierdistas y socialistas, Azaña, Companys, Largo Caballero, etc., etcétera, nadie les hace caso. Así, estos hombres que por ambición llevaron a España a la catástrofe, han sido el instrumento de la más grande de todas las infamias, o sea la entrega del territorio nacional, que es sagrado, a la rapacidad y fiero despotismo de los rusos, que han aplastado la soberanía nacional declarándose únicos gobernantes en las provincias donde se ha cometido tal desafuero.

Por eso el alzamiento del glorioso Franco, que se inició en Marruecos y se siguió genialmente en Sevilla por Queipo de Llano y en todas las regiones del Movimiento por los insignes generales que coadyuvaron con el Generalísimo a la obra inmortal, encarna la voz augusta del honor, de la libertad, de la conciencia humana y de la Historia de España. La patria bendice al Jefe del Estado y a los generales, jefes y oficiales que patrióticamente le acompañan en la empresa. El Ejército formado por los regimientos, y por voluntarios del Tercio, Regulares, Requetés, Falange, Milicias, Guardias Civiles y de Asalto, forma una grandiosa unidad

llena de amor, de disciplina y de entusiasmo. La victoria que ya se dibuja indiscutiblemente a nuestro lado, vendrá pronto definitiva y gloriosa, porque Dios Nuestro Señor y la Virgen Santísima van en el alma y en los labios de estos valerosos campeones de la civilización.

Ya se han escrito páginas bellísimas en Badajoz, Talavera, Toledo y en todos los pueblos que están en el camino de Madrid, por los ejércitos del Sur y de Castilla. Los aragoneses, navarros, castellanos viejos, nuevos, leoneses, asturianos, gallegos, andaluces y extremeños han añadido laureles de honor inmortal a la historia de su bravura legendaria. El Alcázar de Toledo, la Virgen de la Cabeza, y la vetusta Oviedo, son estrellas de primera magnitud en este cielo de la heroicidad española, y los pueblos enteros en la retaguardia dan lo que tienen y lo que pueden para la salvación de España.

Los rojos han realizado en todas partes crímenes tan imponentes, que de no verlos nuestros ojos, no serían creíbles: queman todas las iglesias, matan a todos los sacerdotes y religiosos, a las personas de todos los sexos y edades en número de cientos de miles y los martirizan y queman vivos por el solo hecho de no pensar como ellos. No hay barbarie, ni crueldad, ni abominación que no hayan puesto infernalmente en práctica. Es todo esto una vergüenza y una deshonra de la Humanidad y la civilización se queja como nunca en sus museos y escuelas destruídos, en sus bibliotecas quemadas, en sus tesoros violados, en sus hogares agredidos y en sus derechos eternos, que una barbarie desenfrenada como nunca en la historia humana pisoteó bajo sus pezuñas asquerosas.

Por eso el alzamiento contra esa locura infernal, es nervioso, civil, caliente y decidido a todo. Portugal, Alemania, Italia, Irlanda, Austria, Hungría, Japón, Brasil y otras muchas repúblicas americanas nos han mostrado singular simpatía. En cambio, Rusia, Checoeslovaquia, Méjico y Francia ayudan descaradamente a los sovietistas españoles. Cuando decimos Francia, nos referimos a la Francia oficial, la del Gobierno Blum, porque la Francia seria, de orden, cristiana y buena está con nosotros. En cuanto al Gobierno inglés, no hay forma hasta el presente de saber con certeza dónde está. Quizás el interés del día le lleva a politiquear de cierta manera con nuestros enemigos, pero si Inglaterra, la grande, la admirable, pensara un momento en que el triunfo del comunismo en España es la victoria al día siguiente del soviet en Francia y en Europa, seguro que estaría clara y rotundamente con nosotros, porque si fuéramos vencidos por los manejos internacionales, antes de un año la Gran Bretaña vería arder el comunismo en su imperio.

Quiera Dios que Inglaterra acabe de ver claro.

No nos vencerán, no puede ser. Cuando el Ejército va del brazo de la Patria, de la idea de la Humanidad y de la civilización, es invencible.

¡Viva España! ¡Viva Franco! y ¡Viva el Ejército!

Ahora un viva que los comprende a todos: ¡Viva Jesucristo, Rey Inmortal de los siglos y de la civilización!

Andalucía

Huelva

No ha mucho tiempo llegaron a Huelva cuatro muchachos, alumnos sobresalientes de una gran escuela nacional, dirigidos por el culto estudiante de Ciencias de la Universidad de Madrid, Alfonso Lulio.

Una fundación particular había establecido el premio extraordinario, consistente en costear *la visita a los lugares principales de España, en un viaje de recreo e instrucción,* a los cuatro alumnos que, poseyendo dotes excepcionales, hubieran concluído las primeras letras con una gran brillantez.

Son éstos: Juanito Menéndez, rubio, pálido, de ojos azules, que tiene sed de lecturas y libros; Pepe Velázquez, moreno, alto, con los ojos negros, algo soñador y aficionadísimo a pinturas, estatuas y monumentos; Miguel Saavedra, de frente ancha y nariz algo curvada, decidor, campechano y popular, y Fernando Cid, cuya característica es la natural elegancia de su porte, compatible con la fuerza y la agilidad triunfadoras en los ejercicios físicos, y que, junto con un entendimiento claro, tiene un corazón noblote que se agita cuando ve desfilar los soldados, y al pasar la bandera roja y amarilla se le nublan los ojos, nobles y expresivos.

Los maestros de la escuela donde los triunfos de estos niños produjeron el premio que se dijo antes, quisieron que la expedición se realizara bajo la tutela de Lulio, un buen mozo de veinte años, al que entregaron unos apuntes de toda España, que ilustrarían a los expedicionarios en el extenso y patriótico viaje.

La llegada a Huelva tenía por objeto realizar el pensamiento acariciado por los niños, desde que se les adjudicó el premio, de inaugurar el curso de sus expediciones con una visita a la Rábida, que representa el momento culminante de la expansión de España.

La Rábida, cuna del descubrimiento de América, es el santuario donde la raza hizo concurrir todas sus energías espirituales y toda la preparación material necesaria para lanzar a través del mar tenebroso aquellas carabelas, gaviotas incansables, emisarias del genio de España, de quien recibieron mandato por el que, ni las noches medrosas, ni la oscuridad geográfica, ni las tormentas, rebeliones, misterios ni desesperanzas, fuesen poderosas a vencer el propósito férreo de llegar a las tierras nuevas...

En un vaporcito de la Junta de Obras del puerto de Huelva salieron embarcados los niños, río Odiel abajo, con el simpátcio Lulio.

Huelva, vista a la luz de aquella mañana de primavera, parecía desde el río un rebaño inmenso de ovejas blanqueando las faldas de las colinas del *Conquero*.

—*¿Cómo se llama ese muelle grande y negro?*—preguntó Cid al patrón del vaporcito.

—*Ese es el muelle de Ríotinto.*

—*¿De quién es, diga usted?*

—*De los ingleses.*

—*¿Y por qué no es de los españoles, señor patrón?*

—*Pues... yo no sé... Pero aquí todos los señores que entienden de esas cosas dicen que un Gobierno de hace cincuenta años vendió las minas de Ríotinto a una compañía inglesa, como quien dice, por cuatro cuartos. ¡Valiente torpeza!...*

—*Verdad que lo fué*—afirmó Lulio—, *pues Ríotinto es la primera producción del mundo en piritas ferrocobrizas. La provincia de Huelva, con sus famosas minas de Ríotinto, Tharsis y otras, produce más de la mitad de las piritas del mercado mundial...*

—*¿Y pirita qué es, Lulio?*—preguntó con interés Savedra.

—*¿Pirita? Azufre mezclado con cobre o con hierro...*

—*¡Qué lástima!*—suspiró Menéndez.

Iban los nervios de Cid a dispararse en alguna queja patriótica, cuando el patrón, señalando a una colina todavía lejana de la orilla izquierda del río, dijo:

—*Aquella de allí es la Rábida.*

Los muchachos se quitaron, unos sus gorras, otros sus boinas, y, poseídos de una emoción y de una seriedad de hombres, miraron con avidez...

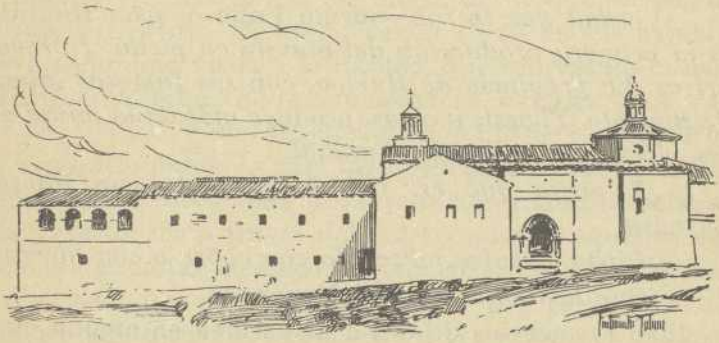
—*¡Ah! ¡La Rábida!... ¡La Rábida!...*

El patrón del barco, hombre de la tierra rabideña, al contemplar el espectáculo moral de aquellas criaturas, tan vibrante de un amor que a él le llegaba también al fondo de la vida, sintió removerse en su corazón el orgullo legítimo, propio de un descendiente de aquellos marineros que fueron la gloria de las carabe-

las descubridoras, y ocultó la cara en el volante del timón para que los chicos no le vieran conmovido.

—*Ese río que viene por la izquierda*—dijo Menéndez—*debe ser el Tinto, porque vamos por el Odiel, y la Rábida está en la confluencia de los dos.*

—*El Tinto es*—dijo el patrón.



Huelva.—El convento de la Rábida

Los chicos desembarcaron en el precioso muelle de la Rábida y empezaron a subir la cuesta que conduce al monasterio. La figura de un fraile franciscano, que atravesó el jardín en actitud pensativa, dió a los visitantes una sensación de espejismo histórico; estaban en la Rábida, y un fraile de San Francisco, hermano de los que hospedaron a Colón, ponía en el recinto colombino una nota de humildad y penitencia.

—*Oye, tú, ¿será el Padre Marchena?*—preguntó, sin ánimo de broma, Miguel Saavedra a Velázquez, y éste contestó:

—*No es el Padre Marchena; pero para nosotros como si lo fuese...*

—*Como si lo fuese*—dijeron los demás.

El superior de la comunidad les acompañó amablemente durante la visita.

Admiraron el precioso claustro mudéjar, con pinturas muy interesantes y sabiamente restauradas por el insigne arquitecto don Ricardo Velázquez.

Luego visitaron la llamada celda del Padre Marchena, el refectorio y las habitaciones que en el piso alto ocupa la Sociedad Colombina de Huelva, cuyo presidente, que por curiosa coincidencia tiene los apellidos de Marchena y Colombo, explicó con afecto caluroso a los niños la razón de ser de la benemérita institución, que tiene convertido en un culto espiritual todo lo que se relaciona con los venerados lugares colombinos.

Vieron en la iglesia del convento el sitio donde estuvo el Cristo quemado por los rojos, y ante cuya imagen rezaron Colón y los hermanos Pinzones.

Los niños se arrodillaron. España tocaba en el corazón de los escolares con una caricia de seda y amores. Velázquez tenía la boca abierta ante aquel monasterio colocado en las fronteras de la Edad Media a la Moderna. Menéndez desplazaba en su pensamiento las ideas que le sugería aquel *formidable libro de Historia*, que eso es la capilla de la Rábida. Miguel Saavedra se guardaba sus gracias pensando en la grandeza de las pobres carabelas colombinas. El arrebatado Cid lamentaba con toda su alma no haber sido marinero el año 1492 para tomar parte en la empresa descubridora, y Lulio el científico pensaba que allí, en aquella silenciosa

mansión, se redondeaban planetas y se enmendaban conceptos milenarios. Allí, sobre la vieja fórmula plana, se ponía definitiva, prácticamente, la fórmula esferoidal del mundo. Para Lulio aparecía entonces el genio de España como un geógrafo creador y como un geómetra gigante, desenvolviendo sobre las aguas del mar desconocido una ecuación luminosa y eterna. El sol metió un rayo de alegría en la iglesia, y Saavedra, asomándose a la puerta exterior de la capilla, gritó, señalando al mar:

—*¡He allí al enemigo!*

—*El enemigo, no*—dijo el Padre superior—. *Enemigo fué hasta el siglo XV; pero los marineros de Huelva, de Moguer y de Palos lo convirtieron a la fuerza en un aliado de las ideas de España. El camino de América, que es el mar, es la amistad de dos mundos.*

Después de almorzar en la Rábida, visitaron los niños, en Palos de Moguer, la iglesia parroquial, que guarda la Virgen de Colón, llamada de los Milagros, rota por los rojos, y el púlpito donde se leyó la Pragmática de los Reyes Católicos ordenando la expedición al Nuevo Mundo; la artística Puerta de los Novios, y con la satisfacción de estrechar la mano del alcalde de Palos, que obsequia, con beneplácito del pueblo, a los que visitan la patria de los grandes descubridores, regresaron a Huelva.

Al pasar nuevamente, ya en la ría del Odiel, delante del gran muelle de Ríotinto, Fernando Cid, lleno de animación, dijo:

—Eso *tiene que ser de España. Yo respeto profundamente a los que lo tienen ahora, porque están en su derecho...; pero* eso *será español...*

—*¡Ojalá!*—dijo Pepe Velázquez.

—*¡Es imposible!*—añadió Menéndez.

—*Imposible no hay nada cuando se viene de la Rábida y de Palos...*—dijo con énfasis Fernandito.

Saavedra, sonriendo, le dijo a Cid:

—*Anda, anda, resuelve tú ese problema si te atreves...*

—*Yo no sé resolverlo; pero... Lulio... ¿No tiene eso cura, Lulio?*

Y Alfonso Lulio, el mentor y amigo, mirando primero a la ya distante Rábida y después al imponente muelle inglés, afirmó:

—*Yo creo que tú tienes razón, Fernando.* Eso *debe ser español...; debe... y puede serlo. Si el Estado se equivocó al vender las minas, la Nación puede corregir el error...*

—*Explica eso*—dijo Saavedra.

—*Fácil es explicarlo y difícil ejecutarlo. El Estado, con aquel Gobierno de entonces, vendió, y la Nación de ahora, con sus comerciantes, banqueros, sociedades y capitalistas, puede enmendar el yerro comprando, siempre que haya ocasión, acciones de Ríotinto, hasta llegar a colocar en manos españolas la posesión de la mayoría. Entonces la Compañía de Ríotinto será española. ¡Ya lo sé!... Es preciso para ello trabajo, mucho trabajo, patriotismo y una perseverancia nacional en la idea... Tardarán diez, veinte, cuarenta años; pero como se tenga el espíritu que viene de allí..., de la Rábida...,* eso *será español.*

Fernandito Cid, al oir triunfante su deseo en labios de Lulio, gritó con toda la fuerza de su juventud:

—*¡Viva España!*

—*¡Vivaaa!*—contestaron todos, y entraron alegremente en Huelva.

En señal de respeto pasaron descubiertos por las Escuelas del Sagrado Corazón, destruídas por la brutalidad marxista...

* * *

Iban los expedicionarios en el tren de Sevilla, alegres como la mañanita de primavera. Dijérase que eran pájaros charlatanes, gorriones al sol, porque la vida se les hacía palabra y mareaban a fuerza de preguntas al bondadoso Lulio, al revisor del tren y a todo el que se les ponía a tiro sobre Moguer y el convento de Santa Clara; las murallas de Niebla, donde se hizo por primera vez uso de la pólvora; las viñas del Condado; la torre de la Palma... Un filósofo griego decía que el instinto de la curiosidad es el principio de la ciencia.

Entró en el departamento de los escolares un señor de aspecto agradable, natural de Isla Cristina (Huelva), que saludó con un *¡Buenos días nos dé Dios!*, contestado, cortés y gustosamente, por nuestros amiguitos.

No habían pasado diez minutos, y ya don Román, gran negociante de salazones y conservas de pescado, hacía conocimiento con los muchachos y muy especialmente con Saavedra, que en eso de la charla y el enganche de simpatías era un polluelo de águila.

Lulio le hizo preguntas sobre la importancia de los negocios de pesca, y entonces supieron los escolares, admirados, que hay en nuestra costa atlántica pueblos enteros de gran importancia que no tienen más vida que pescar sardinas y atunes, conservarlos, y venderlos luego en toda Europa y América.

Los chicos se interesaban profundamente cuando don Román les explicaba la ingeniosa manera de pescar el atún por medio del *arte* llamado *almadraba.*

—*El atún*—decía—*se pesca principalmente en esta provincia y en la de Cádiz. Estos peces tienen 150 y hasta 200 kilogramos de exquisita carne. En el mes de mayo vienen desde los mares altos de Europa millones y millones de ellos a desovar al Mediterráneo. Como traen una trayectoria fatal, ciega, invariable, y gustan venir a pocos kilómetros de la costa, el hombre, aprovechando esa circunstancia y la de ser estos animales muy medrosos, ha inventado la* almadraba, *arte ennoblecido por la cita que de él hace el príncipe de nuestros ingenios en la novela inmortal. Se tiende en el mar una cuerda en sentido perpendicular a la playa, y en el extremo de ella, mar adentro, hay redes y embarcaciones convenientemente colocadas. Como los atunes vienen en la dirección de la costa, al ver aquella cuerda se asustan y navegan paralelamente a ella, con el instinto de salvarla y luego proseguir hacia el Sur; pero cuando van en ello entran de pronto en la trampa, donde muchas veces caen mil y dos mil. Al verse presos los mil, los dos mil monstruos, se agitan, revuelven las aguas, salpican las espumas hasta el cielo, y la gritería ensordecedora de los marineros, la satisfacción bulliciosa de los interesados, pues aquella pesca vale muchísimos miles de duros, y el mar inmenso y el sol brillante, que dan a las operaciones el realce de la majestad y la belleza, forman una verdadera fiesta de la industria; un espectáculo como habrá pocos en el mundo.*

—*¡Qué bonito!*—dice Fernando Cid.

Y concluyó don Román:

—*Los peces están como perdidos en la inmensidad del mar. Si no se les pesca, es como si no existieran; si se les pesca, su carne, exquisito alimento, constituye una riqueza nueva que entra en la circulación de la vida. Así, pues, no exagero al decir que quien pesca, crea.*

—*Y hace patria*—agregó Lulio, con el asentimiento de todos.

Al llegar a Escacena se despidió don Román de los niños, que lo vieron ir con tristeza, pues se les había hecho simpático.

* * *

En la misma estación entró en el departamento un hombre, que fué recibido por los chicos con indiferencia.

Hacía dos horas que nuestros amigos desayunaron en Huelva, y ya empezaba el apetito a dar voces en aquellos estómagos, beneficiarios del divino privilegio de la juventud. A pesar de todos los pesares, había que aguantarse hasta Sevilla, donde almorzarían a las doce.

El sujeto recién llegado al departamento de nuestros expedicionarios debía de estar tocado de unos sentimientos análogos a los de aquéllos, porque, después de abrir dos o tres veces la boca con bostezos bien significativos, tiró de una fiambrera de aluminio y, al destaparla, quedó a la vista de los escolares una pequeña cordillera de lonjas de jamón.

El rojo oscuro casi transparente de la parte magra, la delgadez pálida del blanco y, sobre todo, el perfume insinuante que la mágica fiambrera daba de sí a causa de su precioso contenido, se entraron ojos y narices

adentro de los escolares, y aquello fué un clarín despertador de toda la sensibilidad vegetativa. A Saavedra se le hizo la boca agua; Lulio, con toda su *hombría*, disimulaba la emoción divagando la vista por el valle de Aznalcázar; Cid tarareaba el himno de Falange y los demás cerraban los ojos para no caerse en aquel abismo de delicias de la dichosa fiambrera...

—*¿Ustedes gustan?*—dijo el hombre.

La unanimidad absoluta con que todos los niños contestaron a la invitación con la frase *Muchas gracias, señor*, era un síntoma que, por lo menos, indicaba la completa atención de todos al asunto. Si atendían todos, por algo sería...

¿Por qué sería?

El hombre, inspirado sin duda, insistió:

—*No lo despreciéis, que es de Jabugo..., de mi pueblo...*

Los chicos iban a rendirse; pero Pepe Velázquez miró seriamente a sus compañeros y se suspendió la entrega de la fortaleza. El serrano de Huelva continuó:

—*Mejor que éste no lo come ni el rey... Más de cien mil hay colgados en las fábricas de mi tierra. En toda España no hay quien haga más y mejor. Hay que reirse de los americanos, del de York y de todos los jamones habidos y por haber... ¡Esto es la gloria!*

Y el buen hombre levantaba en alto una de las tajaditas que, al iluminarla un rayo de sol entrante por la ventanilla, parecía, más que una cosa comestible, el mismísimo estandarte de la gula.

—*¡La gloria!*—repetía el serrano, y hacía avanzar la lonja hasta el centro de aquellos admiradores.

Saavedra perdió el sentido, alargó la mano y tomó el obsequio; pero, comprendiendo que no había hecho bien, enmendó el viaje y lo ofreció a Lulio.

—*Toma, Alfonsito...*

Lulio iba a resistir; pero, a una mirada campechana del hombre de la Sierra, se entregó con armas y bagajes... Se entregaron todos.

—*Vaya otra, otra, otra...; piquitos de rosca, otra...*

Si el hombre no se baja en la estación de Salteras, lo canonizan.

Cuando arrancó el tren, los muchachos aplaudieron al señor de Jabugo, que les saludaba efusivamente con el sombrero hasta que perdió de vista el vagón.

Aún se comentaba el agradable suceso, cuando los escolares contemplaron allá, en el fondo del valle bético, en la llanura luminosa, la perspectiva ensoñadora de Sevilla. Los jardines de la Exposición, a la derecha, en una mancha verdosa; en el centro, la masa ingente de la estupenda catedral; hacia la izquierda, la Cartuja y la cinta azulada del río que pasa por Triana y por la Torre del Oro; en los alrededores, cien pueblecillos blancos, y presidiendo al paisaje y a la ciudad, la buena moza, medio mora, medio cristiana, la novia de todos los andaluces y de todos los poetas: la Giralda.

Sevilla

Menéndez y Cid salieron a dar una vuelta por Sevilla y a telegrafiar a las familias, volviendo a poco encantados al hotel.

Menéndez decía que había visto cosas interesantes y que le habían llamado la tención los nombres de algunas calles.

—*Fijarse bien*—decía—: *Rioja, Herrera, Rodrigo Caro, Trajano, Teodosio, Padre las Casas, Fernán Caballero... ¡Hay que ver! ¡Qué nombres!*

Velázquez, después de almorzar, dijo:

—*Bueno, señores; ya que estamos en abril, en Andalucía y en Sevilla, propongo que nos aprovechemos de este sol y pasemos la tarde en los jardines de la Exposición Ibero-Americana.*

—*¡Bravo, bravo! ¡Aceptado!*—gritaron todos.

La Torre del Oro, antigua casa de recepción y depósito del precioso metal que vino de América, fué saludada por los muchachos con singular afecto, y, al enfrontar el Paseo del Río, hacia las Delicias, una oleada de aire tibio que venía de los jardines les inundó de perfumes. ¡Ah!, la juventud de los niños estaba exaltada por la juventud de la primavera andaluza; los pulmones

respiraban un aire vibrante de sol y de esencias; el Guadalquivir, lleno de barcos, brillaba como una lámina metálica y bruñida, y el azul del cielo, visto a través del verde y oro de los limoneros, daba a los jóvenes visitantes la idea de un paisaje de imaginación, de una pintura de ensueño.

En los jardines les acarició sugestivamente la belleza incomparable de la Plaza de América. Triunfan en los tres edificios que la enmarcan tres tipos de arte nativamente españoles: el mudéjar, el de los Reyes Católicos y el castellano.

—*¿Quién ha hecho estas maravillas?*—preguntó Velázquez.

Un guarda de la Exposición que oyó la pregunta intervino, diciendo:

—*Don Aníbal González, el famoso arquitécto.*

Al pasar en los jardines delante de la estatua del poeta Bécquer, Menéndez murmuró:

> —*Pero aquellas cuajadas de rocío,*
> *cuyas gotas mirábamos temblar*
> *y caer como lágrimas del día...*

Próximo a un colgadizo de columnas rústicas, invadidas de enredaderas y campanillas azules, contemplaron los escolares el elegante y expresivo monumento a los Hermanos Quintero.

Oyeron los niños la animada conversación de un señor que hablaba español muy acentuado de francés con un compatriota suyo.

Decía el francés:

—*Para mi gusto, no tienen estos jardines igual. El*

Bosque de Bologne en París, Hyde Park de Londres y otros famosos de los Estados Unidos, son mayores, pero en ninguno hay tanta gracia. Aquéllos son jardines de cinematógrafo, no huelen. Este de Sevilla agrada al olfato y extasía al oído.

Y como si el jardín agradeciera el elogio del extranjero, perfumó especialmente el lugar de la charla con esencias de claveles y azahares; mostró una gradación infinita de tonos, que el sol arrancaba a la gloria inacabable de sus flores, y encargó a los pájaros de las acacias y paraísos que cantaran al extranjero el himno de la gratitud.

A poco apareció a los ojos de los niños la colosal *Plaza de España.*

Teniendo delante aquella plaza, al lado de la cual resulta pequeño el ponderado *Circo Máximo* de la primitiva Roma; teniendo a la espalda y a los lados aquel encanto de jardín, y en la lejanía, tendida graciosamente, la gran metrópoli andaluza, Velázquez, sin darse cuenta, pensaba en la luz; Saavedra, en la vida; Menéndez, en la poesía; Lulio, en la Naturaleza, y Cid, en España. El himno de los Requetés era tarareado por el entusiasmo del patriota Fernandito Cid.

* * *

Al día siguiente, domingo, fueron a oir misa a la catedral. El órgano la llenaba de armonías que dejaban el espíritu suspenso. Nunca habían oído los niños un instrumento de aquella extensión, ni tan magistralmente tocado.

Cumplido el precepto dominical, visitaron el templo.

En una de las naves laterales encontraron a dos hombres que conversaban sobre los maestros Villegas y Gonzalo Bilbao.

—¡*Sevilla, Sevilla!*—dijo por lo bajo Velázquez.

No es la catedral de aquel puro estilo gótico que triunfa en Burgos, León y Toledo. Pero si no tiene el canon perfecto de las creaciones ojivales, está orgullosa, en cambio, de haber ocupado la mayor cantidad de espacio con la menor cantidad de piedra, lo que le da una majestad espiritual incomparable. Es única.

La verja dorada del altar mayor es digna de singularísimos honores, y no cabe en la ponderación del adjetivo la espléndida riqueza de altares y capillas: verbigracia: la *Gamba* y la *Nochebuena*, de Luis de Vargas; *La Virgen y el Niño*, de Alonso Cano; el *Descendimiento*, de Pedro de Campaña; la *Justa y Rufina*, de Goya; el *San Antonio*, de Murillo; el *San Pedro*, de Zurbarán, y toda la variedad riquísima de pintura e imaginería cristiana de la soberbia catedral.

* * *

En la capilla de la Virgen de los Reyes están enterrados Fernando III *el Santo* y su hijo Don Alfonso X *el Sabio*. La Edad Media triunfal, representada por las armas, victorias y virtudes de Fernando, y por las letras, las leyes y las ciencias en los libros inmortales del *Salomón cristiano*, Alfonso X.

San Fernando, valiéndose de sus aguerridos ejércitos de tierra y de la flota mandada por el burgalés Ramón Bonifaz, primer *almirante* o *emir del mar*, conquista a Sevilla, como antes a Córdoba y Jaén, y su cuerpo

se venera por los fieles y los patriotas en la magnífica urna de plata del altar principal de los reyes.

El hijo augusto de Doña Berenguela, la piadosa, prudente y sabia, honor de las grandes mujeres españolas, es de todos nuestros reyes el que más ha entrado en el alma del pueblo. Los demás monarcas no se veneran más que en el altar de la Patria; éste tiene, además, un culto en la Iglesia de Dios. Por eso, para la conjunción de los dos grandes ideales Patria y Fe, no hay lugar más a propósito que el de esta capilla venerable de la Santa Patrona de la ciudad.

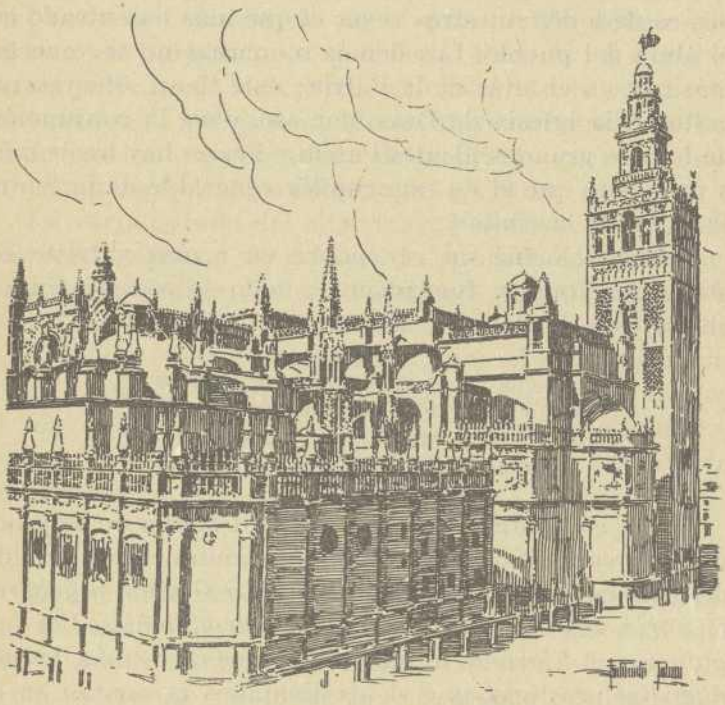
Alfonso X fué un rey pobre en armas y triste en gobierno. Todo le fué adverso; todo se concitó contra él. Suyos o de Pellicer, estos versos hablan claro:

> Cómo yace solo el rey de Castilla
> emperador de Alemania que fué,
> aquel que reyes besaban el pie
> e reinas pedían limosna y mancilla...

Pero, en cambio, en toda la Edad Media no hay nadie más sabio. Sus *Siete Partidas*, monumento increíble de civilización en pleno siglo XIII; *La Grande y general Historia*, sus *Cántigas*, sus *Tablas astronómicas*, *Los Lapidarios*, el *Libro de la Esfera* y tantos otros más, le han dado tal prestigio, que si los alemanes presentan en la centuria XIII la *Catedral de Colonia*, la Iglesia, la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino e Italia el monumento de la *Divina Comedia*, nosotros, apoyados en la obra del rey Alfonso, hacemos ingresar su sabiduría entre las siete grandes maravillas del mundo.

Los niños, con religioso y patriótico silencio, estu-

vieron delante de los dos sepulcros venerados, y luego, cuando marchaban por las naves del templo, llenas de sugestión y misterio, recordaron a San Isidoro, arzo-



Sevilla.—La catedral y la Giralda

bispo de Sevilla, que fué el primer hombre de los siglos godos, porque sus *Etimologías* le dan derecho a esa calificación.

* * *

—*¿Subimos, o no subimos a la Giralda?*—dijo Saavedra.

—*¡Arriba!*—exclamaron todos.

Cid tranqueaba las rampas con velocidad de futbolista, y los demás corrían tras él con la lengua fuera.

—*¿A que no llegáis?*—gritaba para animarlos.

Cuando la fatiga comenzaba, una repentina claridad les anunció el campanario. Jadeantes, respiraron el aire purísimo de la altura.

—*¡Qué bonito!*—dijo Menéndez, asomándose a uno de los balconcillos.

Saavedra bromeaba con Lulio, diciéndole:

—*Oye, Lulio: si te cayeras de aquí, ¿para qué te servirían tus mecánicas y tus físicas?...*

—*No, Saavedrita; mis mecánicas y mis físicas me sirven para no caerme...*

Bandos de aviones daban vueltas alrededor de la Giralda y cada vez se iban alejando en círculos más extensos. Hasta allá arriba llegaba el sonido lejano de las campanas de Sevilla, que desde todos los templos anunciaban la misa del domingo. Los patios llenos de verdura, los jardincillos de las casas señoriales, las llamaradas de los azulejos en las cúpulas y minaretes y el dédalo de callejuelas de la ciudad moruna, muy especialmente del barrio de Santa Cruz, formaban con el sol, con el cielo, con el río y con la pureza del ambiente, una sugestión de espiritualidad... Quisieran los niños pesar menos, ser más libres, tener alas, volar y beberse el ambiente azulado y luminoso... Allá arriba, hasta Saavedra se puso completamente romántico...

* * *

Cuando bajaron de la famosa torre almohade, entraron en la Biblioteca Colombina, enclavada en el edificio de la catedral y poseedora de miles de libros regalados por Fernando Colón, hijo del descubridor de América.

Los niños vieron colecciones rarísimas, amablemente acompañados por el señor bibliotecario. Este les dijo:

—*Aquí tenéis el libro; pero en la Lonja podéis ver el* Archivo de Indias, *que es una fuente productora de libros.*

En el *Archivo,* dos señores conversaban en una habitación contigua a la que recorrían los niños, y uno de ellos decía entusiasmado:

—*Los pueblos americanos, para investigar su vida y su historia, tienen que recurrir forzosamente a estos estantes llenos de documentos. Escrituras, fundaciones, privilegios, cartas, contratos, leyes, etc.; todo lo que se refiere al Nuevo Mundo está aquí archivado. Los americanos de todo el Continente, desde la Bahía de Hudson hasta la Tierra del Fuego, vienen aquí a estudiar, a copiar y a documentar la vida primera de sus patrias... ¡Ah! Este es un depósito sagrado, acusador de la grandeza de España, que después de haber criado a sus hijas, las naciones americanas, conservó en esta Casa los documentos de cada una, la cédula venerable de sus orígenes. La Madre guarda este tesoro como si todo él fuera el Registro Civil de la gran familia iberoamericana, pergamino único en la historia de los pueblos civilizadores.*

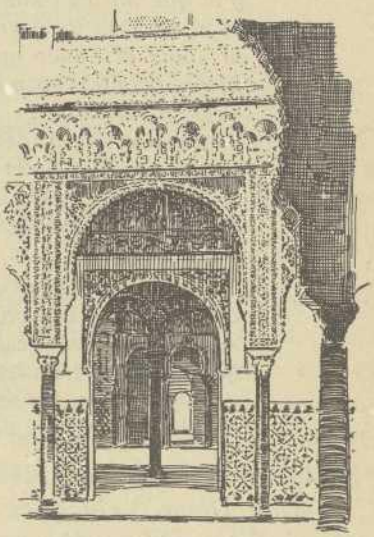
Fernando Cid estaba nervioso; Lulio encontró una fórmula sentimental que satisfizo los anhelos de todos: cogió un legajo que contenía documentos de la coloniza-

ción primera de Nueva España, y sobre el cuero moreno que lo envolvía, besó apasionadamente.

¡Bendita sea la gran Patria!

* * *

Después de visitar la riqueza artística del palacio arzobispal; la Casa de Pilatos; la interesantísima mansión señorial llamado Palacio de Dueñas; las gracias inimitables del Alcázar, lleno de yesería mudéjares, de espléndidos artesones y alicatados únicos; la Caridad de Mañara, donde Valdés Leal tiene los famosos medios puntos de la Muerte; el Ayuntamiento y su elegantísima y rica fachada plateresca; después de haber gastado un día entero en estos gustosos entretenimientos, en que Pepe Velázquez estaba enajenado de satisfacción, y después de dar un vistazo a la preciosidad colorista de la fachada del convento de Santa Paula, que es una de las más jugosas bellezas de la ciudad del Betis, cuando se dirigían al Museo, preguntó Cid:



Sevilla.—Interior del Alcázar

—*¿Cuál es la mejor poesía sevillana?*

—*Eso es imposible contestarlo. Precisamente vamos*

por la calle de un poeta maravilloso: Rioja. La crítica moderna le ha quitado su joya, una de las más fuertes y pensadoras poesías que han escrito los hombres. He aquí algunos trozos—dijo Menéndez:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas,
y el que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido
ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
elija en sus intentos, temeroso,
primero estar suspenso que caído;
que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso...
... ...
Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas; más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que agradar, lisonjero, las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas

Llegaron al Museo provincial.

—*Don Diego Velázquez de Silva, el gran sevillano, ¿por qué no está aquí?*—preguntó Fernando Cid.

—*Está en Madrid*—dijo Lulio—. *Tenía que regir el vasto imperio del mundo de la pintura, y escogió para su residencia real la sala suya del Museo del Prado. Es un sevillano que suspira por su tierra, pero está unido para siempre a Madrid. El decoro nacional exige que el gran rey viva en la corte...*

—*Pero es que Sevilla es... Sevilla*—dijo Menéndez.

—*Sí, es verdad, y por eso tiene aquí al virrey, Murillo*—dijo Lulio.

—*He aquí a Murillo*: La Inmaculada, San Francisco, Santo Tomás de Villanueva, La Niña, La Servilleta...

—*¡Ah! Por lo que se ve, Murillo tenía siempre el espíritu como nosotros cuando estábamos en el campanario de la Giralda*—dijo Fernando Cid.

—*Muy bien hablado*—agregó Lulio.

Dijo Menéndez:

—*Veamos la otra cumbre del Museo: Zurbarán. Zurbarán es un extremeño desenvuelto en Sevilla. Es el maestro de los paños blancos y de la vida penitente y religiosa. Nadie ha pintado como él al fraile que tiene en los ojos el brillo gozoso de la visión sobrenatural y en las carnes la huella áspera de la penitencia y el ayuno. Zurbarán es el pintor de la España mística del siglo XVII. Es sumamente difícil encontrar una cabeza más espiritual y pensadora que la de este* San Bruno con el Papa, *ni pintura más académica que ese triunfo de* Santo Tomás de Aquino, *ni sinceridad ingenua y gracia juvenil como la de esa* Virgen de las Cuevas con los cartujos.

Comentaron los niños, a su modo, la sabia lección de Menéndez, y éste los despidió recomendándoles que no abandonaran Sevilla sin ver antes el *Crucificado* de Triana, llamado *el Cachorro*, de autor discutido; el *Cristo de la Capilla de los Cálices;* el del *Amor*, de Santa Catalina; el *Nazareno*, del Salvador, llamado de *Pasión*, y el *Señor del Gran Poder*, de San Lorenzo. Así lo hicieron los niños y se llevaron para siempre, en el relicario

de sus admiraciones infantiles, el nombre inmortal del escultor sevillano Martínez Montañés.

También visitaron en Sevilla en la casa del autor de estas páginas el cuadro magnífico de Sebastián García Vázquez llamado *Los Borregos*. Antes en La Palma habían visto preciosos lienzos del pintor de Puebla de Guzmán, que posee el vizconde de La Palma.

* * *

Hay en plena Alameda de Hércules una cuadrilla de chicos jugando al toro. Uno de ellos tiene una espada de madera; otro, una *muleta* de paño rojo; un tercero, un capotillo, y dos o tres más se sirven de sus respectivas chaquetas para torear. El que funciona como toro, descalzo de pie y pierna como los demás, lleva una *cornamenta* sobre la cabeza, o sea una tabla con dos cuernos de carnero clavados en ella. Un chiquillo, toreando de capa, lo hace tan bien, que los transeúntes se paran a verlo y alguna persona mayor aplaude.

—*Titiriri...*, *titiriri...*, *tititi...*

—¡Banderiyas, banderiyas!

—*¡Jú..., jú!... Embiste ya de una ve, asaúra... ¡Jú!*

—*¡Quiébralo,* Mellao!

—*Que lo quiebre su padre... ¿Tú has visto na más latoso?*

—*Embiste, hijo, embiste... Es de Miura el guasón.*

El toro, aculado, echa tierra para atrás y muge estrepitosamente.

—*¡Muuuú!*

—*¿Quié embestí de una vez? ¡Jú!...*

El toro se arranca, y *Mellao* da con su cuerpo en el

suelo, donde la res le cornea *aparatosamente*. El diestro sufre una cornada borreguera, con salida del pañal del camisón, rotura de blusa y derrame de todas las porquerías que guarda en el bolsillo; verbigracia: colillas, cajas de fósforos vacías, huesos de fruta, etc., etc.

Como el toro achucha al del suelo y no hace caso de capas ni de quites, el pollo que toreó primero le da fuertemente en la cara para llamarle la atención, y entonces el miureño tira la *cornamenta* al suelo y empieza a bofetadas con el diestro. Se generaliza la lucha y aquello es un desastre.

—*He ahí*—dice Lulio, que con los niños observaba la escena—*uno de los grandes males de la Patria: los toros... Si en los toros no se derramara estúpidamente tanta sangre y suprimieran el martirio de los pobres caballos, yo no sería enemigo de esa fiesta de valor y destreza, con tal de que no constituyera esa afición un vicio nacional. Es decir, que suprimiendo la monomanía taurina y el espectáculo sangriento, la lucha artística del torero con la bella bestia sería el primero y más sugestivo de todos los* sports *antiguos y modernos. Pero tal como es ahora, la fiesta taurina no puede admitirse. La sultana del Betis y su hermana Córdoba, la de los califas, tienen una buena parte en la culpa de la perturbación nacional... Ese chiquillo,* Mellao, *que no sabe leer ni tiene otra moral que la más desenfrenada golfería, será dentro de cuatro o cinco años un ídolo de la patria de Lope, de Cervantes, de Don Juan de Austria y de Santa Teresa... ¡No puede ser!... Hay que reaccionar fuertemente contra esa barbarie.*

Estas reflexiones las hace Lulio, pero el autor de este libro opina de otro modo muy distinto.

* * *

Más tarde visitaron la Corta de Tablada, proyecto faraónico que tiene por objeto variar el curso del Guadalquivir para facilitar y engrandecer la navegación, y allí, sobre la obra, se hicieron también comentarios de la magnífica empresa acometida en la provincia para regar la llanura bética con las aguas del río. Una maravillosa riqueza.

—*¿Cómo crees tú, Lulio, que será el porvenir de Sevilla?*—preguntó Velázquez.

—*El porvenir de Sevilla, espléndido; pero para llegar a él más pronto, habrá que leer un poco más, repartir por las tierras hasta la última gota del dulce Guadalquivir y poner un poco de amor cristiano entre los ricos y los pobres en la explotación del suelo, tan fértil, que es un verdadero regalo de Dios...*

Con el buen gusto de las discretísimas palabras del estudiante de Ciencias, se retiraron los niños al hotel.

Cuando comieron, pasearon hasta Triana, donde están las famosas fábricas de azulejos sevillanos, y, mirando río arriba, vieron el azul purísimo del cielo manchado por el chorreón de humo negro de las chimeneas de La Cartuja, que si un tiempo fué convento famoso de las Cuevas, ahora es, acaso, la primera fábrica de loza blanca de la nación.

Luego, a descansar. El perfume de los naranjos de la Plaza Nueva entraba en los dormitorios. Aquella noche, sobre el hotel sevillano donde dormían los niños,

cayeron desde las bóvedas del cielo, iluminado por las estrellas, unos sueños felices de rosas, esperanzas y amores gloriosos.

* * *

Antes de salir de Sevilla fueron a Itálica.

Escombros y ruinas borrosas vieron los niños. Sólo había una cosa nueva que era irrompible e inmortal: la belleza de las ideas, que no admite ruinas y que flotaba sobre el silencioso circo romano como un honor de la grandeza que fué, los versos de Rodrigo Caro:

Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa...

Cádiz

Lulio había avisado la llegada a Cádiz a un catedrático suyo de los primeros tiempos del bachillerato, don Pedro San Miguel, el cual les aguardaba, haciéndoles un recibimiento cariñoso.

Después de comer, fueron invitados por el catedrático para asistir a una función que en el Gran Teatro se daba aquella noche a beneficio de los heridos de la guerra. Ocuparon un palco, y desde él pudieron apreciar la compostura del público y el patriotismo gaditano. Una banda militar ejecutaba un programa selecto, y jóvenes de las más distinguidas familias hacían un sainete andaluz. Al concluirse éste, vino a visitarles al palco nada menos que el señor alcalde de Cádiz, pues es de advertir que casi todo el mundo sabía el viaje de los escolares por España.

Al entrar el alcalde en el palco, el catedrático, Lulio y los niños se levantaron cortésmente, y el público prorrumpió en una gran ovación:

—*¡Viva España! ¡Viva Cádiz! ¡Vivan los niños! ¡Que hable el alcalde, que hable, que hable!...*

El alcalde se adelantó al antepecho del palco y dijo, emocionado, rompiendo con su voz un silencio religioso:

—*Señores: el espectáculo que da mi pueblo al venir aquí movido del gran sentimiento nacional, tiene evidentemente una santa vibración de patria; pero estos muchachos, circulando por todo el país para conocerlo, sentirlo y amarlo, hacen patria también. ¡Bien venidos sean! Yo los abrazo en nombre de Cádiz.*

La ovación fué estruendosa, y cuando el alcalde vió que Fernandito Cid lloraba a lágrima viva, le abrazó y, además, le besó paternalmente. La Patria unía, en la más tierna de todas las expresiones de afecto, al hombre ciudadano que cuida de su pueblo y al niño bueno que llora de santas emociones...

* * *

A la mañana siguiente dieron un paseo por la Alameda, admirando el panorama encantador.

Luego, el catedrático, que con tanto gusto les acompañaba, como hombre cultísimo en Historia, dijo, señalando a la isla de Sancti Petri:

—*Allí, debajo de las aguas del mar, está el magnífico templo de Hércules. Hace más de treinta siglos el océano tenía en esta costa un nivel más bajo que hoy. Toda la civilización fenicia y buena parte de la romana las ha sumergido el coloso...*

—*¡Qué bonito está hoy el coloso!*—dijo Lulio.

—*Cádiz*—prosiguió San Miguel—*fué la más importante colonia fenicia y el último baluarte de este pueblo cuando vinieron los cartagineses, sus hermanos, a arrojarlos de España. La obra maestra de los fenicios fué ese templo de Hércules, que ha sido comparado con el de Salomón en Jerusalén... Hiram el Tyrio, que tanto genio*

derrochara en la fábrica y decoración del gran templo israelita, debió trabajar o influir con sus inspiraciones asiáticas y egipcias en la construcción de éste. Si el mar se retirara un poco, Cádiz enseñaría orgullosa a sus visitantes una de las más altas creaciones de los pueblos primitivos...

—Pero el mar es un bárbaro que no entiende de eso, y no se irá—dijo Saavedra riendo.

El señor San Miguel, que jovialmente y sin ceremonia les enseñaba estas cosas, aplaudió la ocurrencia del chiquillo.

—Es verdad... No se irá...

La conversación del sabio catedrático corría con una verbosidad simpática, destacándose en ella los nombres preclaros del poeta agricultor Lucio Columela, hijo de Cádiz; de Alfonso X, que arrancó a la ciudad de manos de los moros; de Doña Juana *la Loca*, que le concedió privilegios en el comercio con América; de Doria, que la defendió contra el pirata Barbarroja, y de los héroes de la tragedia naval de 1805...

Estaban los visitantes en la puerta de San Felipe de Neri.

—Yo no tengo filiación en ningún partido político —decía el catedrático—; *pero paso siempre con un respeto profundo por las puertas de esta iglesia, porque los hombres que aquí se reunieron el año 1812, acertados unas veces y equivocados otras, representaban una generosa protesta encaminada a defender a España. Aquellos hombres eran patriotas encerrados por el cerco de los ejércitos napoleónicos en los estrechos límites de la ciudad. Las granadas hacían explosión encima de los*

esforzados legisladores; por eso, si con el plomo de las bombas se hacían las gaditanas tirabuzones, *como eran tantas las que caían, sobraba plomo para dar al articulado de la independencia española una fuerza metálica, indomable y definitiva. Los errores políticos que tuvieron aquellos hombres los perdona la Historia por el sentimiento patriótico que les animaba.*

—*Pues yo, señor San Miguel, cuando sea mayor tendré mi partido político. ¡Vaya si lo tendré!*—dijo Cid.

—*Y harás muy bien, hijo mío. Yo me reprocho siempre de no tenerlo. Esta afición a los estudios, papeles viejos e investigaciones, me han distraído algo de la realidad de ahora. ¡Ah! No cabe duda que cuando se entra uno demasiado en los libros se corre el peligro de alejarse un poco de la vida.*

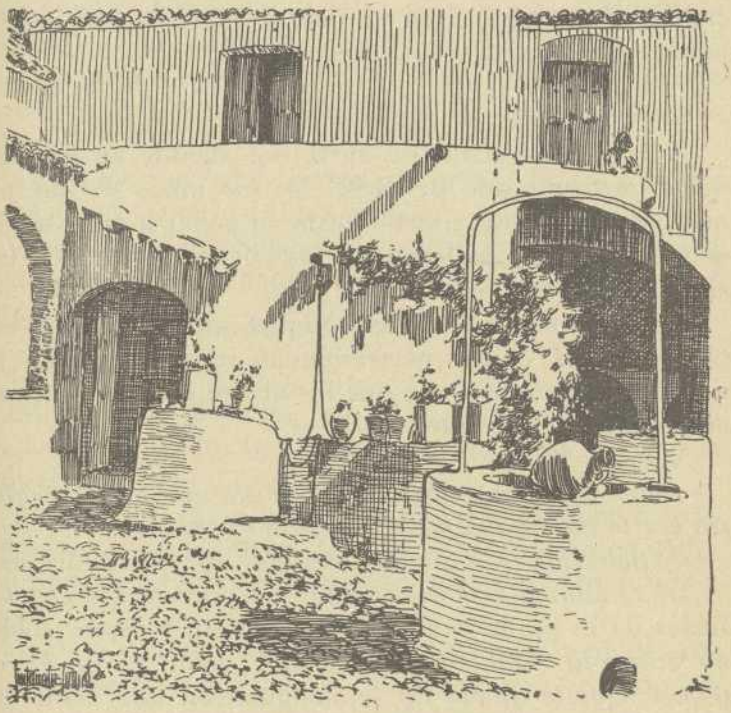
—*No importa*—dijo Lulio—; *cada uno tiene una misión que cumplir en la armonía de la Patria. Usted se disgusta por estar alejado de la realidad presente a causa de los estudios, y yo digo que sus libros, que a usted le quitan un poco de vida, van buscando la luz, y la luz es la vida de usted y la de todos... Yo quiero una España grande, libre, imperial, purgada de liberalismo. Una España que piense mucho en Dios y en los destinos inmortales de la raza, haciendo justicia social y ennobleciendo sus actuaciones políticas, sin influencias de judíos, de masones y de marxistas. Una España española...*

—*Y yo también*—dijo el catedrático.

* * *

Después de almorzar, visitaron los niños las instalaciones de la *Compañía Trasatlántica* y de la *Construc-*

tora Naval, donde se puede poner la quilla a magníficos acorazados y buques mercantes de importancia; el ar-



Cádiz.—Patio de Arcos de la Frontera

senal de La Carraca, con sus ciento cincuenta edificios y miles de operarios; y ya en San Fernando, donde reside el capitán general del Apostadero, con jurisdicción desde Ayamonte hasta el Cabo de Gata, admiraron, llenos de curiosidad, el *Observatorio Astronómico,* con sus

telescopios de complicado mecanismo, gráficos de meteorología, aparatos de ciencia moderna y la participación que aquella Casa tiene en la factura del mapa del cielo, por encargo de la Comisión Internacional Astronómica que se reúne en París.

* * *

A la noche recibieron carta del alcalde en que les decía que, enterado del deseo de los niños de dar un paseo a Jerez, tenía mucho gusto en poner a disposición de ellos un *auto*, que estaría a las puertas del hotel a las siete de la mañana.

Convidaron al señor San Miguel, que a las siete estaba con los chicos perfectamente acomodado en el magnífico automóvil con que les obsequiaba la cariñosa amabilidad del alcalde.

Velázquez dijo:

—*Mis queridos compañeros: yo no me voy de Cádiz sin ver la iglesia donde dió Murillo el porrazo.*

—*Oiga, chófer, a Santa Catalina*—dijo el catedrático.

En el altar mayor se ostenta el cuadro de los *Desposorios* de la santa. Aquí pintaba el gran maestro sobre un andamio relativamente elevado; aquí ponía en el pincel aquella gloria de su imaginación que debía de tener contacto con el cielo, cuando un accidente le hizo caer desde la altura en que pintaba. Murió poco después.

Menéndez dijo al oído a Velázquez, muy bajito:

—*¿Estás ya contento, niñoooo?*

Y Velázquez le contestó del mismo modo:

—*¡Noooo!...*

—*Entonces, ¿qué quieres?*

—*Ver la catedral...*

—*¿Nada más?*

—*Sí, hombre, y muchas cosas más; pero ya comprendo que no podemos ahora. Otra vez veremos el Museo de Pinturas, el Arqueológico y el Hospital de Mora.*

—*Si vamos a eso, yo también he podido plantarme para ver la Biblioteca Provincial, pero no quiero estorbar.*

—*Señores, a Jerez, patria del genial Padre Coloma y del ilustre general Primo de Rivera*—gritó Lulio.

—*A Jerez*—dijo Saavedra—; *pero a Jerez nada más que a pasear y a probar el vino de sus bodegas. ¿Vale? ¡Adelante!...*

* * *

Al regresar a Cádiz, las últimas luces de la tarde proyectaban azules increíbles sobre la blancura de las salinas inmensas de San Fernando.

Como si fuera un trofeo, los niños enseñaban a todo el que les hablaba de la excursión a Jerez una cuartilla que el catedrático había escrito sobre un tonel centenario:

=Vino de oro viejo, pálido y suave. El sol de Andalucía calentó hace cien años el racimo en la campiña generosa. En el lagar corrió el río de mosto como espíritu separado del cuerpo de la uva. En el purgatorio de la bota, purificaciones constantes le hicieron perder las impurezas originales, hasta ser apto para presentarse delante de la gloria humana. En copa de oro o en cristal de Bohemia vuelve a recibir, ya purificado, la nueva caricia del sol. Una mano femenina lo levanta hasta unos

labios de rosa, y unos ojos negros brillan con la luz de la alegría... Los dioses bebían Falerno y Chipre; los hombres del progreso beben un vino mejor: beben el vino de oro viejo, pálido y suave...=

* * *

Por la noche nuestros niños cumplieron la cortesía y el afecto a que les obligaban las atenciones del alcalde y el cariño del catedrático, y a la mañana siguiente, a las seis, embarcaron para ir a Málaga en el vapor *Cabo Quejo*, de la Compañía de Ibarra.

El capitán, bilbaíno, les recibió con manifestaciones de franca amistad.

En la cámara del barco había un estante con libros. Estaba la *Historia de España*, de Lafuente. Menéndez hojeó uno de los tomos. También estaba la obra inmortal de José María Pemán *El Divino Impaciente*, cuyos versos de oro y de amor leyó el muchacho con singular emoción.

El vapor marchaba hacia fuera.

La vista del Puerto de Santa María, en el fondo del Golfo de Cádiz, les trajo a la memoria el río Guadalete y la famosa batalla del siglo VIII. La trágica empresa empezó en la laguna de la Janda, y después de unos días de pelea formidable, los árabes y berberiscos acabaron de destrozar al ejército de Don Rodrigo sobre el río Guadalete.

—*Mirad lo que dice el rey Don Alfonso* el Sabio *de la gran ruina que vino sobre España con la batalla*—y Menéndez leía en Lafuente la crónica del rey:

=Cuanto mal sufrió Babilonia cuando fué destroida

del rey Ciro é del rey Darío, é cuanto mal sufrió Roma, que era señora de todas las tierras cuando la tomó Alarico, é después Ataulfo, é después Genserico, rey de los vándalos; é cuanto mal sufrió Jerusalén, que, según la profecía de Nuestro Señor Jesuchristo, fué derribada y quemada, que non ficó piedra sobre piedra; é cuanto mal sufrió Cartago cuando la tomó é quemó Scipión, cónsul de Roma; dos tantos mal é más que aquesto sufrió España desamparada, ca en ella se ayuntaron todas estas coitas é tribulaciones...=

Por eso es más admirable la obra de la Reconquista de España, porque tuvo nuestra Patria que levantarse de la nada a que la dejaron reducida las huestes de Tarik.

Más tarde, el capitán les señaló el Cabo de Trafalgar.

Otra gran desgracia: ¡Trafalgar!

Fernando Cid miraba ansiosamente las aguas del cabo, como si de ellas hubieran de surgir de pronto el *San Juan* o el *Bahama* luchando trágicamente. En su imaginación de patriota brillaba la gloria de Churruca, de Gravina, de Alcalá Galiano y del adversario Nelson. Aquel mar estaba santificado con la sangre del gran marino inglés y de los grandes marinos españoles.

Barbate y Sara les hicieron pensar en las famosísimas almadrabas, fuentes de extraordinaria riqueza.

Tarifa sugirió la personalidad de don Alonso Pérez de Guzmán, *el Bueno*, que cuando el cobarde infante Don Juan le amenaza con matar a su hijo si no le entrega la ciudad, él arroja el puñal para que lo sacrifiquen. Ese puñal, cuando baja de los muros de Tarifa, deja de ser un arma para convertirse en una centella de patrio-

tismo y en una fórmula de los más grandes sacrificios.

También Tarifa trajo el recuerdo del gran triunfo del Salado, donde Alfonso XI aplastó para siempre los designios de los africanos sobre España, y donde el caballeroso rey de Portugal Alfonso *el Bravo*, invitado a asistir a la batalla, no quiso tomar nada del botín, contentándose con el honor de la jornada.

Cuando iban pasando el Estrecho, vieron la bahía de Algeciras, y Gibraltar, formidable, medrosa, como la han puesto los ingleses en fuerza de hacerla inexpugnable, dió a los niños otra nota dramática del día.

En los primeros años del siglo XVIII, sin discordia, guerra ni conflicto con la Gran Bretaña, ésta entró de improviso en Gibraltar y la hizo suya.

Gibraltar (Gebal Tarik), colocada en el choque natural de España con los árabes, fué cien veces teatro de luchas y sacrificios. España derramó mucha sangre para tener la plaza del antiguo monte Calpe.

¿Con qué derecho Inglaterra, que no estaba clasificada en la vida internacional cuando España llevaba a cabo la santa labor de salvar a Europa de la invasión semita, toma, siglos después, un pedazo de nuestra tierra, que tantas amarguras y lágrimas nos costó, y sin título ninguno lo hace suyo?

Si en el mundo llegara a lucir la santa aurora del Derecho, Inglaterra, que es un gran pueblo de altísimas concepciones históricas, en la mañana de ese día de espiritualidad y justicia, voluntariamente devolvería lo que no debe ser suyo.

Fernando Cid, sentado en la borda con el codo en

la rodilla y la mano en la frente, poseído de una singular tristeza, decía:

—*No cabe duda que esto es un cuerpo extraño que tenemos en la niña de los ojos...*

* * *

Miraba luego el muchacho hacia la derecha, y estaba allí Africa. España ha recibido de Europa el encargo de civilizar el Norte de Marruecos, y lo hará, porque la característica de su vida en la Historia es sacrificarse por el progreso de los demás. En el gran teatro de la civilización mediterránea, los moros, influídos por España, son hoy verdaderos enamorados de la hidalga nación española, por la que derraman generosamente su sangre en los campos de batalla contra los horrores de la barbarie roja.

Málaga

El *Cabo Quejo* enfiló la barra de Málaga ya bien entrada la tarde. La ciudad bulliciosa y marinera refluía especialmente al puerto. Allí dijeron a los niños que los muelles llevaban los nombres de los grandes malagueños Marqués de Guadiaro, Heredia, Cánovas del Castillo y Romero Robledo.

El panorama de Málaga desde fuera del rompeolas es muy sugestivo. Un ligero valle, que debe ser la depresión del Guadalmedina, va por el centro de la ciudad. Inmediatamente a la derecha, la catedral; arriba, en la misma dirección, el castillo de Gibralfaro y la Alcazaba; a la izquierda del río, casi siempre seco, los barrios populares, y todo esto colocado sobre un fondo de montañas, por el que se extienden casitas que, vistas desde el puerto, dan la impresión de un país encantador.

Pasearon nuestros escolares por la calle Larios, que es una vía ancha y europea; vieron el Círculo Mercantil, lleno de una gran riqueza pictórica, y recorriendo la Alameda, pasaron un puente y se encontraron en pleno barrio de los Percheles.

* * *

En una taberna, un grupo de bebedores alborotaba la placidez de la noche con sus voces y exclamaciones. Uno tocaba la guitarra y los demás hacían coro con ¡*olés*!, ¡*tu mare*!, ¡*salao*!, ¡*grasia*!, ¡*qué niño*!...

Siempre ha creído el autor de estas páginas que el llamado *cante andaluz* o *flamenco*, en el marco de su producción natural, o sea en el corazón del pueblo, tiene en sí una singular y sugestiva emoción. Por ejemplo, cuando el labrador vuelve del trabajo y montado en su carro divisa entre las brumas del atardecer la torre del pueblo y el humo casero de las chimeneas, si se acuerda que allí, en aquel lugar para él bendito, tiene unos amores, una tristeza, una fiesta, un rencor o un agravio, se acompaña del tintineo de las campanillas de las mulas y suelta al aire sus sentimientos en la tonada que le enseñaron los árabes y le perfeccionaron la luz de su tierra y la vibración de su alma. Eso que él canta se llaman *soleares, seguidillas gitanas, fandango, malagueñas*...

Así oído este cantar del pueblo, tiene el encanto irresistible de la eterna poesía del corazón andaluz. Pero cambiemos la decoración; cojamos esa melodía natural admirable y, arrancándola de su verdadero medio, llevémosla a ventas, colmados y tabernas de cualquier sitio, y el buen gusto formulará inmediatamente su protesta. Los *cantaores flamencos* han hecho de esta emoción popular un oficio y un negocio, exportando a todos los confines de la Patria un fruto que no puede servirse en conserva, y han conseguido desacreditar la inspiración personalísima del pueblo.

—¡*Ayyyy, ya, ya, yyy!*

Al oir esto, Saavedra exclamó:

—*Caballeros: ahí se muere alguien...*

—*¡Ayyyy!*

—*¡Pobrecito!*—decía Saavedra.

Sigue un silencio en el que sólo se oye la guitarra, silencio que hace exclamar al gracioso chiquillo:

—*Vamos, parece que se ha aliviado ya.*

¡Que si quieres! Siguen los *ayes* dolorosos, el carraspeo de garganta, el escupir a diestro y siniestro; nuevos *ayes*, y por fin la copla:

—Te quiero más que a mi mare,
y bien que lo estoy pagando:
mi mare me dió la vida
y tú me la están quitando...

Saavedra y los demás niños se burlaron de aquello, e hicieron bien; pero yo puedo asegurar a mis buenos amiguitos que si hubieran oído lo que oyeron en su marco natural, o sea en el carro, a la puesta del sol, el corazón les habría saltado del pecho en un arranque compasivo, que quien cantara la copla con sinceridad, habría de ser víctima de amores enfermos, ya que, dentro de los amores sanos, sólo puede quererse más que a nuestras madres, a la Patria y a Dios...

* * *

En la mañana del día siguiente visitaron la catedral grecorromana, atribuída a Diego de Siloe. Su fábrica da la sensación de una fuerza y una energía masculina y gigantesca; y aunque este arte del Renacimiento no es el más a propósito para la expresión de los

sentimientos religiosos, tiene el templo malagueño una personalidad tan seria, que no desdice de la gravedad litúrgica de las ceremonias de nuestro culto.

Dentro de la catedral vieron los niños cosas admirables de arte, lujo y riqueza. Pero Velázquez afirmó que, entre todo, lo que más le gustaba era la *Virgen de las Angustias*, del *divino* Morales, y *Nuestra Señora del Rosario*, de Alonso Cano.

Morales, el pintor extremeño, es único en su estilo, y sus tablas, entre diez mil, delatan a voces el vigor ideológico del formidable pintor místico. Alonso Cano mezcla una técnica sabia con una gracia especial en la concepción y obtiene aquella divinidad de pintura.

Al salir de la catedral, Saavedra se tropezó con un chiquillo, como de siete años, desgreñadete, chatungo y descalzo.

—*Oye, chico: el Parque será aquel paseo tan bonito que está por allí..., ¿verdad?*

—*¡Po claro!... ¿Cuar va a se?*

—*¿Vas a la escuela?*

El chico vacila y mira muy serio al suelo jugando un pie con otro.

—*Sí; voy... Pero don José está amoscao conmigo y no me pué ni ve; y alospué, como yo no apriendo...*

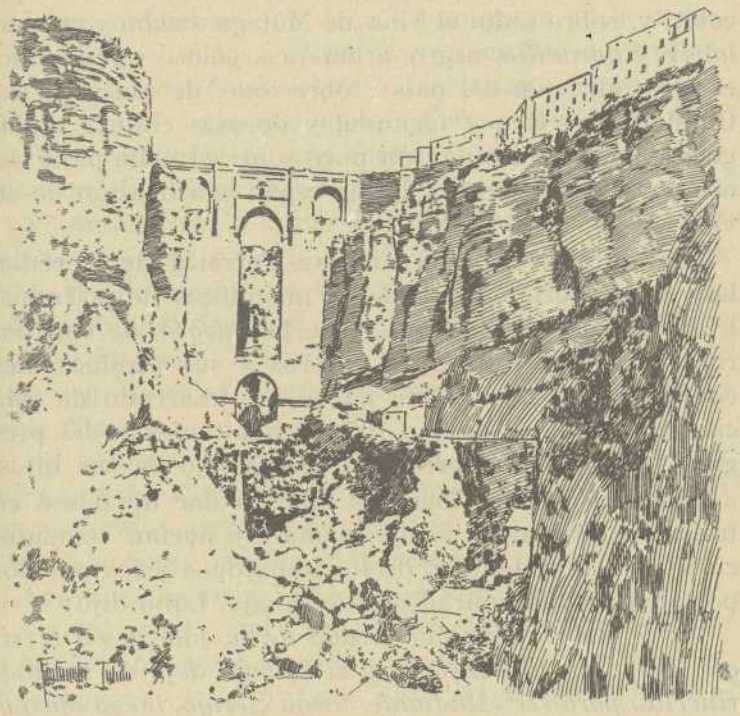
—*Pero entonces, ¿qué haces tú en la escuela?...*

—*¿Qué va asé uno? ¡Po esperá que se sarga!...*

Saavedrita le dió una moneda para un dulce y un tirón de orejas, y le vió ir tras la golosina flotando en las alas de una libertad bravía.

Poco después lo vieron en la calle, y se iba fumando el dulce.

—*¡Ay, Dios mío, Dios mío, estos niños andaluces!..., ¡y estas escuelas!...*—dijo Menéndez con tristeza.



Málaga.—El Tajo de Ronda

—*Como que el día en que se cultive un poco, bien cultivada, la inteligencia despierta y rápida del niño andaluz, Andalucía será un encanto de civilización*—dijo Lulio.

* * *

Pasas malagueñas, azuladas, anchas, con un leve terrón de dulce propio en el centro; higos llenos de miel; almendras mollares y jugosas; algodón y azúcar tropicales, y, sobre todo, el vino de Málaga, hecho con uvas *lairén* y *doradillo*, negro, aromático, goloso y femenino, es la producción del país; sobre todo, de esa vega del Guadalhorce, rica y fecunda, y de esas colinas malagueñas que se empinan un poco sobre el valle para ver el mar y meter dentro de las cepas la vibración de su vida.

Los niños vieron la antigua Ferrería de Heredia, hoy Altos Hornos; los telares magníficos de la Industria Malagueña, de Larios, y de la *Aurora*, de Guadiaro, que con sus miles de obreros y sus producciones continuas son una buena parte del desarrollo de esta ciudad, orgullosa de sus 160.000 habitantes y del progreso que disfruta, producto del trabajo de sus hijos.

Cuando después iban los niños a dar un paseo en tranvía a la Caleta y al Limonar, y hacían comentarios sobre la redención de los individuos y los pueblos por virtud de la honradez y el trabajo, Lulio dijo:

—*Un pobre niño que tiraba de la jábega en el siglo XVII, por la honradez y el trabajo dejó de ser marinerillo para ser estudiante, luego clérigo, luego obispo, luego secretario del rey Felipe V, marqués de Campo Alegre, ínclito de la Patria, gloria de Málaga.*

El ejemplo era definitivo.

El doctor Galves, gloria malagueña también, fué objeto de cariñosos elogios...

* * *

Desde la Caleta y el Palo contemplaron el Mediterráneo, que, libre aquellos días del viento de Levante, estaba lleno de dulces susurros de paz y sus espumas eran como besos blancos que daba, enamorado, en la orilla.

El Parque, vistoso, elegante y magnífico de proporciones, les mostró, al volver a la ciudad, sus encantos y la variedad universal de sus flores, donde hay una regata a ver quién es más bonita, si la rosa o la camelia, como dice Ricardo León, malagueño insigne.

Vieron el Hospital, uno de los mejores de España, y después de rendir visita a la famosa Escuela de Bellas Artes, donde fueron maestros los gloriosos pintores Ferrándiz, Muñoz Degrain y Martínez de la Vega, y discípulos Moreno Carbonero, Simonet, Nogales y cien más, regresaron al puerto para seguir en el *Cabo Quejo* hasta Almería.

Un hombre descalzo, con faja roja a la cintura y gorra marinera, llevaba en cada brazo un cesto especial con pececillos azules. Con voz limpia y sonora, gritó:

—*¡Apuraítos, vivitos, qué frescos!...*

Saavedra se dirigió al hombre y le preguntó:

—*Oiga usted, ¿qué quiere decir eso de* apuraítos, *que lo he oído pregonar cuarenta veces y no sé?...*

—*Apuraíto quié decí que estos boquerones están escojío y que no tien morraya, niño.*

* * *

Ya en el barco, Lulio se lamentó de no haber podido ir al *Chorro* para contemplar la maravilla natural de la cordillera de los Gaitanes y ver la obra, admiración de la ingeniería española, que para regar la vega

malagueña ha concebido un hombre grande y sencillo: el ingeniero Benjumea.

Menéndez se quejaba también de no haber ido a Ronda, para ver el *Tajo* y el lugar de la batalla de Munda, donde César tuvo, para derrotar a los hijos de Pompeyo, que exponer personalmente la vida peleando como un legionario.

Cuando el *Cabo Quejo* viró hacia la izquierda del paseo de la Farola, Fernandito Cid se empeñaba obstinadamente en ver que, a la luz vacilante del crepúsculo, sobre Gibralfaro volaba un caballo cuyo jinete, envuelto en blanco turbante, se agitaba como un león para no ceder en su empresa. Debía ser Amet-el-Zegrí, valeroso defensor de la ciudad mora; pero en una litera se le acercó majestuosamente una señora que, porque era la encarnación de un destino inmortal en la historia del mundo, podía más que él: Amet el malagueño no pudo resistir a Doña Isabel la Católica.

Almería

Como se habían acostado muy temprano, antes que saliera el sol ya andaban algunos de nuestros amigos sobre cubierta.

Un marinero cantaba una tonada popular:

Almería, quién te viera
y tus calles paseara,
y a Santo Domingo fuera
a oír la misa del alba.

El deseo del marinero se iba a cumplir inmediatamente, porque Almería, que quiere decir en árabe *espejo del mar*, estaba allí, a la vista, en el centro del Golfo que principia en Punta Elena y concluye en el Cabo de Gata.

Capital llana y provincia montañosa, la cordillera Penibética, que empieza en el Estrecho de Gibraltar, viene a entregarle sus últimas ondulaciones y a morir en el Mediterráneo.

El *espejo del mar* es resplandeciente y blanco. Tiene paseos modernos, como el del Príncipe Alfonso y el Malecón. Pero, en general, las calles, estrechas, limpias, con casas terminadas en azoteas, de blancura orien-

tal, dan una sensación moruna y riente. La Alcazaba es la firma puesta en la parte alta del cuadro.

* * *

El puerto es magnífico, amplio y con profundidad para grandes barcos. El ferrocarril minero tiene su muelle propio. Es lástima grande que las explotaciones del rico subsuelo de Sierra Almagrera estén paradas por la inundación invencible de sus minas.

El comercio de mármoles de Macael, plomo, hierro, cereales y uvas de Almería, parrales, blancas, de tamaño extraordinario, *uvas de invierno*, es todo él como ráfaga y breve recuerdo de lo que fué.

Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería. Esto dice el pueblo, aquel pueblo dulce, amable, respetuoso y de una palabra fácil, andaluza y atrayente. El pueblo andaluz tiene gran facilidad de expresión, porque a las palabras se les han gastado por el uso casi todas las consonantes finales y semifinales, y por eso se deslizan con fluidez. Este sol es un poco perezoso, y el uso de la consonante da más trabajo. La vocal triunfa indiscutiblemente en la pronunciación de estos pueblos del Sur, cuya palabra es una piedrecilla que viene rodando desde las alturas del pensamiento al cauce sonriente de los labios.

Granada era su alquería...

¡Ah! Cómo se complace el amor de la patria chica en estas comparaciones, que no son nunca para deprimir al comparado, sino para exaltar lo propio.

Esta paz afable que los hijos de Almería tienen en sus costumbres, en sus cantares, en su religiosidad y

en su amor al terruño, se altera algunas veces cuando el azote de la ciudad, o sean las sequías, se prolongan demasiado.

—*¿Por qué no llueve aquí casi nunca?*—le pregunta Saavedra a un municipal.

—*¿Por qué va a ser, niño? Pues porque Dios no quiere.*

—*Porque no queréis vosotros*—dice Lulio—. *Esas sierras de vuestra provincia, secas, peladas, sin un árbol, os condenan a morir de sed...*

* * *

¿En qué tiempo *fué Almería, Almería?* Divagando un poco por la historia almeriense, hemos venido a concluir que ese predominio a que el desahogo popular se refiere es de tiempos viejos, profundos, medievales... Gobernaba aquel reino el rey Al Motacín. Mientras todos los reyes andaluces vivían en continua guerra, el tranquilo almeriense tenía horror a derramar sangre y cultivaba con amor y constancia las artes de la paz. Los ambiciosos reyes vecinos le redujeron casi al gobierno de la ciudad, y él, trabajador, justo, dulce y religioso, hizo de ella el más concurrido puerto y la ciudad más amable del Andalus.

Cuatro mil telares y multitud de fábricas de utensilios de hierro, cobre y cristal hicieron de Almería el lugar visitado por las naves africanas y españolas, por los comerciantes de Egipto y de Siria, y por aquellas águilas de la navegación que tenían sus nidos en Pisa, Génova y Venecia. Mil hospederías esperaban al extraño para facilitarle el comercio y la vida.

Fué todo obra de un príncipe. Si hubiera gobernado grandes dominios, su nombre figuraría en los mármoles y bronces de la recordación universal. Nosotros, que no necesitamos para exaltar el sentimiento de la Patria la cantidad ni el número, sino la calidad y la idea, lo ponemos como ejemplo de que cuando los que gobiernan saben amar de veras, sin pasiones, egoísmos ni banderías, salvan y redimen a sus pueblos...

Era generoso y se complacía en perdonar las injurias. El poeta Al Nihli, que recibió de él distinciones y beneficios sin cuento, para festejar al rey de Sevilla hizo un verso que decía: *Ebn Abed* (el sevillano) *ha exterminado a los berberiscos, y Ebn Man Al Motacín ha exterminado los pollos de las aldeas.*

Al taifa de Almería le dolió el epigrama. He aquí su venganza: Algún tiempo después vino el poeta a su corte; el rey lo convidó a comer y le presentó seis o siete platos de pollos.

—*¿No hay en Almería más comida que ésta?*

—*Sí*—dijo Al Motacín—, *hay muchas más cosas; pero quiero haceros ver que no exterminé todos los pollos. Vos no merecéis mi indignación; mas sí aquel que dejó con gusto que ultrajaseis a un igual suyo.*

Los niños oyeron estas interesantes referencias en boca de un señor militar de Almería que les acompañaba amablemente.

—*Esa caballerosidad achica casi a los mismos reyes cristianos*—dijo, admirado, Lulio.

—*¡Alto ahí, amiguito!*—exclamó, entusiasmado, el militar—. *Oiga usted lo que sigue, que también es de esta tierra. Poco tiempo antes de la conquista de Granada,*

Abdallah el Zagal *rindió Almería a los Reyes Católicos. Al hacer entrega de la ciudad, se presentó con noble sencillez, modestamente vestido y con el luto de su alma reflejado en el exterior continente. El comendador de León no le hizo la debida reverencia, y entonces Don Fernando el Católico dijo: «Comendador: es grave descortesía rebajar a un rey vencido delante de otro victorioso.» Y para enmendar el yerro, invitó a Abdallah a un banquete de gran lujo e hizo que le sirviera el plato nada menos que Garcilaso de la Vega...*

—*Verdaderamente, que no puede ser achicada la caballerosidad española...*—dijo Lulio, rectificando.

—*Ahora sí que has hablado bien, Lulio*—añadió, alborozado, Fernando Cid.

Los niños fueron al puerto, se despidieron del capitán bilbaíno y tomaron el tren para ir a Granada. Al Motacín llenaba por completo la imaginación de los escolares.

Al pasar el tren por la estación de Guadix, Menéndez dijo con cariño:

—*Ahí, en ese pueblo, nació el novelista don Pedro A. de Alarcón.*

Cuando llegaron a Granada, era de noche.

Granada

Se hospedaron en la Gran Vía. Allí, después de cenar, recibieron nuestros amigos la visita de un joven poeta granadino, a quien, por propia petición, nos referiremos con el seudónimo de Ramiro Vargas.

Salieron a pasear, y al divisar desde lejos el farol de la Torre de la Vela, dijo Cid:

—*Nosotros no tenemos coraje ni sangre en las venas si no vamos ahora mismo a la Alhambra.*

—*¿Con la noche tan fresca y tan oscura que hace?* —preguntó Saavedra.

—*Ahí está lo bueno*—dijo Menéndez—: *en ir a sentir el lugar casi sin verlo. Me sumo a la idea de Cid.*

Fueron todos con el poeta, que, al verlos tan llenos del sentimiento de su tierra, estaba encantado, y decía:

—*Tengo el gusto de declarar que este arranque de ir ahora mismo a la Alhambra es una inspiración de artistas. Me tenéis completamente a vuestras órdenes.*

Llegaron a la Puerta de las Granadas. Una farola alumbraba débilmente la entrada de los jardines.

Decía Ramiro Vargas:

—*Aquí, dentro de quince o veinte días, habrá una*

gran animación en plena fiesta primaveral; pero ahora ya veis qué amable soledad...

En el reloj de la Alhambra sonaron las once.

Subían la gran cuesta del jardín sin saber apenas por dónde iban, pues sólo algún resplandor de luces lejanas alumbraba confusamente la escena. Por un lado del paseo bajaba precipitadamente una corriente de agua. Hubo quien la creyó río y quien la supuso catarata.

—*Eso es una acequia de riego*—dijo, riendo, Saavedra. Y añadió burlonamente—: *¡Oh, la imaginación, los molinos de viento!*

—*Oye, tú, Saavedra, si no te gusta esto, ¿por qué has venido?*—dijo Cid.

Lulio interrumpió:

—*Sois unos verdaderos niños. A Saavedra le gusta esto tanto o más que a nosotros; pero..., ya saben ustedes cuál es el pero...*

Subían la cuesta. De pronto sonó allá, dentro del jardín, algo así como una flauta, que haciendo un alarde prodigioso de ejecución desgranaba en la soledad una melodía llena de frescura.

—*Un ruiseñor*—dijo Lulio.

—*Si estuviera aquí San Francisco cantaría sus versos en competencia con él, como hizo una vez en Monte Albernia*—insinuó Ramiro Vargas.

Se callaron todos para oír mejor, y unas veces parándose y otras subiendo silenciosamente, acariciados por la música soñadora del cantor del jardín, pasaron la Puerta de la Justicia y se encontraron en la Plaza de los Aljibes.

El poeta tomó la palabra y, con emoción que no po-

día ocultar, señaló a la derecha una masa oscura, que era el palacio del emperador, sobre el que hizo un gesto que quería decir: *Eso estorba;* y luego, poniendo amorosamente los ojos en una puertecilla modesta, dijo:

—*Por allí, por aquella puerta entraremos mañana para ver el paraíso...*

Luego avanzaron hacia el pretil de piedra que limitaba la plaza por el lado de la ciudad, y al asomarse a él vieron allá abajo, en una gran profundidad, dormida, silenciosa, con luces de misterio en sus callejuelas y en sus plazas, y envuelta en un ambiente único de patria y poesía, la ciudad emoción: Granada, la de los soñadores y los enamorados.

En la soledad pensadora, la vibración de la belleza del momento había cortado el habla en todas las lenguas, cuando de allí abajo subió como una saeta tembladora este grito:

—*¡Alerta!... ¡Alerta está!*

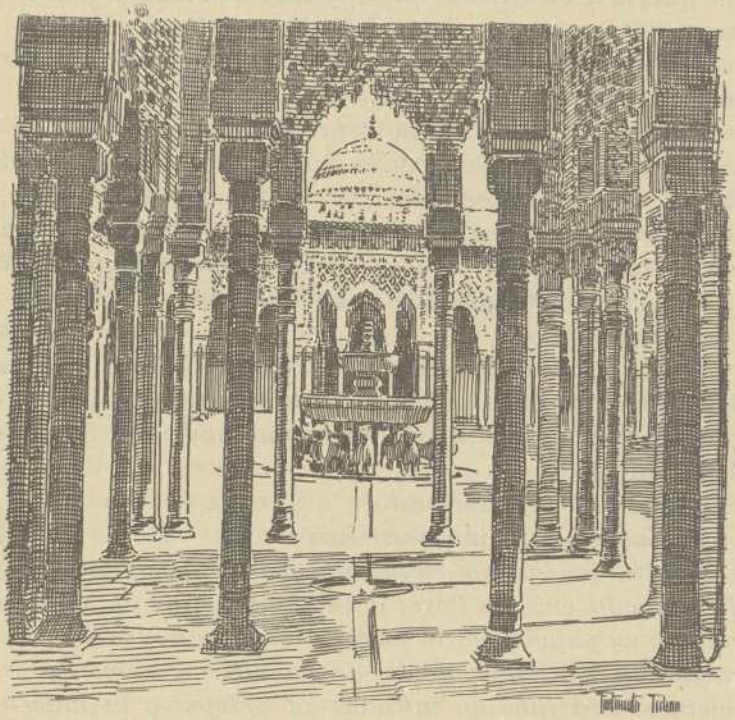
El poeta granadino murmuró:

—*¡Ah! Lo mismo, lo mismo que la noche del cerco de Granada, cuando Pérez del Pulgar, valido de la oscuridad y empujado por la musa romántica de las grandes empresas, con un puñado de caballeros, salva fosos, puentes, rastrillos, y, mirando al peligro y la muerte como saben hacerlo los aristócratas del valor, con un puñal gemelo del de Tarifa, clava en la puerta de la mezquita el* Avemaría...

—*¡Alerta!... ¡Alerta está!*

—*¡Ah, lo han visto! ¡Lucha, hiere, corre, pisa la Vega..., es libre!... La reina, cuando lo sepa, se sentirá divinamente orgullosa...*

Las doce. Al volver a Granada parecían los muchachos más buenos, porque sus almas generosas habían



Granada.—Alhambra: Patio de los leones

sabido abrirse para recoger el perfume de la flor del heroísmo.

—*A mí, con la emoción, se me ha quitado el sueño* —dijo Saavedra.

—*Ahí lo tenéis. Lo que dije antes es exacto: le gustan*

estas cosas tanto o más que a nosotros...—dijo Lulio riéndose.

* * *

Al otro día, mediada la mañana, repasaron el camino de la noche anterior. Tenían fiebre por ver el palacio de los reyes moros. ¿Qué español no ha soñado con él?

En el Patio de los Leones, en la Sala de la Justicia, en la de Abencerrajes, idealizada por la tragedia que Muley Hacén desató sobre los conspiradores del reinado de su padre; en el Mirador de la Reina y en el de Lindaraja, como en ese sueño de la imaginación creadora de Oriente que se llama las Dos Hermanas, nuestros visitantes estaban embobados con los artesones, graciosas estalactitas de los techos, las yeserías magistralmente pintadas de oro, cinabrio y azul; las ventanucas, sobrearcos, celosías, ajimeces y alisares decoradores de las esquinas; las inscripciones religiosas y poéticas y la llamarada de alegría de los estupendos alicatados.

Quien dijo que aquello era el triunfo del eterno femenino, estaba definitivamente en lo cierto.

Velázquez está abstraído, no habla. Cid hace coro a las alabanzas que escapan de los labios de todos; pero siente en el fondo de su alma que aquello no tiene la virilidad que a él le exigen sus nervios y sus ideas. Lulio, mejor que los niños, comprende que la Alhambra es el palacio triunfal del amor, y Ramiro Vargas, que está en su centro, tiene la percepción romántica de que allí los *prosaicos* pantalones y las *incomprensibles* chaquetas profanan aquel santuario, alcázar de las Aixas, Gulnaras

y Sobeias, y que sólo el velo de las sultanas y el albornoz y el turbante de los príncipes nazaritas tienen derecho a circular bajo aquellas techumbres, únicas en la historia de la decoración y el lujo. No cabe duda que Alamar *el Magnífico* sabía hacer las cosas.

Pasearon los niños por el Generalife con idénticas emociones. En un delicioso rincón de arrayanes y enredaderas, dos chiquillos jugaban. Uno de ellos, mientras hacía travesuras al otro, cantó casi sin darse cuenta:

—*Viva* Graná, *que es mi tierra,*
viva el puente del Genil,
la Virgen de las Angustias,
la Alhambra y el Albaicín.

La voz del chiquillo era tan bonita, que Saavedra, encantado de la tonada, no pudo resistir interrumpirlo por pura simpatía:

—*Oye, entonces* Graná *es tu tierra, ¿no?*

—*Pues claro.*

—*Si es tuya, no será de los demás.*

El chiquillo, riéndose, decía a su compañero:

—*Oye, pues mira éste. Mía y de toa la gente de aquí.*

—*¿Y de ese amigo tuyo, también?*

—*No, de éste, no, porque éste es de allá abajo, de Santa Fe*—y al decir esto alargó el brazo hacia la profundidad de la Vega.

—*¿Quieres cantar otra copla?*

El chiquillo se puso colorado. Luego salió corriendo con el otro, y cuando ya no se les veía se oyó de nuevo:

—*Viva* Graná, *que es mi tierra...*

* * *

La vega granadina, con sus dos ríos, Darro y Genil, popularizados por la leyenda, la poesía y la historia; venero inacabable de toda la riqueza que el sol, el agua y la fértil tierra en combinación pueden producir, hasta hacer de Granada una ciudad fuerte, industrial y progresiva, estaba a la vista de los niños como una demostración clara y terminante del bienestar de ahora; pero Santa Fe estaba en la Vega también, y Santa Fe producía una sugestión que avanzaba por la llanura dominándolo todo y haciendo ocultar hasta las más vibrantes manifestaciones de la actualidad; traía la avalancha espiritual tanta fuerza, que ocupaba toda la Vega... Era el día 2 de enero de 1492, fecha de la mayor edad de España. Era el límite de unos afanes ocho veces seculares. El mar árabe inundó a la Patria en un flujo cuya parte alta llega hasta la arisca cordillera de los astures, y cuya bajamar definitiva está en las puertas de Granada, a orillas del Genil, donde el rey moro entrega las llaves de la ciudad al rey magnífico, Señor Don Fernando el Católico, en aquel dichoso e inmortal día 2 de enero. Allí está Gonzalo de Córdoba, que luego asombrará al mundo en sus luchas de Italia; allí, el cardenal Mendoza;

Granada.—Patio del Generalife

allí, el conde de Tendilla, Pérez del Pulgar, Gutierre de Cárdenas, Fernando de Talavera y cien paladines gloriosos que recogen ahora el fruto de sus trabajos y heroísmos derrochados por España en la Vega inmortal.

La reina, modelo de todas las reinas de la historia, desde una pequeña eminencia no quitaba ojo de la Alhambra, y cuando vió brillar en la torre, llamada hoy de la Vela, la cruz de plata maciza, regalo del papa Sixto, el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago, la gran señora se arrodilló; imitóla en ello el Ejército, y una acción de gracias al Dios de las Victorias conmovió todos los ámbitos granadinos. Era la oración de la España vencedora y eterna.

Isabel dió a besar su mano, sobre la que cayeron las lágrimas de los bravos capitanes defensores de sus prestigios. Aquel besamano fué el sello con que la reina refrendó a los héroes el pasaporte de la inmortalidad.

También estaba allí Cristóbal Colón. Es decir, que la última palabra de la Reconquista era la primera del Descubrimiento de América, como si Dios quisiera que la unidad geográfica de España fuera el fundamento de la unidad geográfica del mundo: Dos de enero de 1492, conquista de Granada, y tres de agosto del mismo año, salida de las carabelas descubridoras.

—*Yo no me voy de aquí*—decía Fernando Cid—; *yo no quiero ver más en Granada.*

Hubo que convencerlo casi a viva fuerza. Recorrió diez veces la interesante ciudad moruna, sin que la magnífica catedral, la capilla de los Reyes, con los sepulcros venerados; San Jerónimo, con su belleza y recuerdos del Gran Capitán; la riquísima Cartuja, con el incom-

parable San Bruno; el Albaicín, con su colorido gitano; Bibarrambla, con sus recuerdos, y la Alcaicería, con su originalidad, le distrajeran ni un momento de aquella visión suprema...

Alvaro de Bazán, el gran marino; fray Luis de Granada, el hablista incomparable de la *Guía de Pecadores;* Francisco Suárez, honor del pensamiento español; Diego Hurtado de Mendoza, que tiene una cabalgadura perdurable en el lomo de su libro *El lazarillo de Tormes;* Alonso Cano y Martínez de la Rosa, hijos de la tierra granadina, fueron objeto de las conversaciones de los niños con Lulio y con Vargas, y cuando se saturaron de todo y llegó la hora de salir de la ciudad, fueron a rezar un Avemaría a las Angustias, en la carrera del Genil, y se despidieron de Vargas, el lírico y el bueno.

Lulio dijo:

—*Quitarse las gorras, porque voy a nombrar a don Andrés Manjón, el santo fundador de las Escuelas del* Ave María. *Una cumbre nacional.*

Cuando los escolares iban alejándose de la ciudad, Cid miraba embobado el espectáculo sin igual de Sierra Nevada, cuyos gigantes, el Muley Hacén y la Veleta, cubiertos de nieves eternas, son las más altas elevaciones del territorio ibérico. Parece que Granada ha buscado de intento tener a la espalda aquella barrera invencible. Si estuviera allí Ramiro Vargas, hubiera dicho seguramente que las dos altas crestas las ha convertido la Naturaleza en dos heraldos, con dalmáticas de inmaculada blancura, para hacer la guardia al sepulcro de Doña Isabel I de Castilla y de León.

Jaén

Después de visitar la simpática y noble capital de Jaén, Lulio había venido llamando la atención de los niños acerca de la gran riqueza de olivares en toda Andalucía y singularmente en esta provincia.

El aceite de oliva limpio, sin acidez, transparente y con una ligera entonación dorada, es un delicioso condimento. Con él se encendieron las lámparas de los templos antiguos; con él se alumbraron los hombres de la Edad Media; él iluminó en vasos de plata y oro las mezquitas de los árabes, y se ennobleció hasta llegar a ser la luz de los Sagrarios: melancólico vigilante, servicio perpetuo del más grande y consolador de todos los misterios de la fe cristiana.

—*Es preciso*—decía Lulio—*meter en el pensamiento de estos pueblos del aceite que sus grandes enemigos, el* cicloconio *y la* mosca, *no desaparecen del todo: el primero, hasta que no hagan con el olivo lo que se hace con las viñas, esto es, sulfatarlas, y la* mosca, *hasta que no quede en todos los términos municipales ninguna extensión de terreno sin cultivar.*

—*Explica eso bien, Lulio*—dijo Saavedra.

—*El olivo, árbol de hoja perenne, toma una gran*

parte de su vida del aire. Sus narices son muy especialmente sus hojas. El cicloconio *es una enfermedad que le mata las hojas. Como el árbol tiene que emplear todas sus fuerzas en crearlas nuevas, no le queda energía bastante para la formación del fruto, y no da aceituna. El sulfatado de las ramas mata la enfermedad y asegura la cosecha. La llamada* mosca *es un insecto que clava su aguijón en la pulpa de la aceituna, y ésta se pudre. Como son infinitas las que caen sobre los olivos, se da el caso de que en dos o tres días se pierda toda la cosecha de una región. Roturando los terrenos incultos, que es donde pone sus huevos esa antipática mosca, se acaba el peligro...*

—*Eso está más claro que la luz*—dijo Velázquez.

—*Sí, pero hay gente que cierra los ojos para no ver la luz. La rutina es el sol de la ignorancia... Jaén, Córdoba, Málaga, Sevilla y Huelva se orientan ya en los modernos principios...*

* * *

Los niños, para ir a Las Navas de Tolosa, pasaron por Linares y La Carolina.

Estas poblaciones, esencialmente mineras, viven de su rico subsuelo. La galena, que es un sulfuro de plomo, abunda en los estrechos y larguísimos filones. La explotación la hacen por pozos y galerías, no existiendo nunca las grandes cortas de terreno, como en Ríotinto y otras minas andaluzas. El plomo es, pues, la vida de estos pueblos de lucha y trabajo.

Los escolares iban agradablemente entretenidos con las lecciones amenas y claras que les daba Lulio.

En La Carolina tomaron un carruaje, que les condujo al pueblecito de Navas de Tolosa.

El señor cura, hombre de libros, cosa rara en aquellas latitudes, tiene un particular empeño en dar a conocer a los visitantes hasta los más nimios detalles del gran suceso.

—*¿Sería usted tan amable que nos acompañara, señor cura?*—dijo Lulio.

—*Con muchísimo gusto.*

* * *

—*Esta meseta*—dijo el viejo al llegar al sitio denominado *Mesa del Rey*—, *llana y extensa, es el lugar de la batalla más interesante que jamás riñera España.*

Tenía razón el señor cura; España había sido destruída por los árabes. Para recomponer la nación, hubo necesidad de una lucha titánica incesante, y cuando, después de tanto esfuerzo, empezaban los españoles a presentir un final a la Reconquista, surge la tormenta de los almohades, que descargaron sobre España la nube negra de sus cuatrocientos mil guerreros. Esos cuatrocientos mil hombres se presentaron aquí, en Las Navas.

Alfonso VIII de Castilla, al iniciarse la formidable irrupción, convocó a todos los reyes de la España cristiana, consiguiendo también que el Papa autorizara una cruzada contra los almohades.

El Ejército cristiano, diezmado por la defección de los extranjeros, que no habían podido soportar el calor de la Mancha en julio, llegó a un desfiladero donde no podía desenvolverse y donde era inminente el peligro de una catástrofe. Un pastor desconocido se presentó al

rey de Castilla, ofreciendo sacar al Ejército de aquel paso funesto y conducirlo a una llanura, como así lo hizo, de un modo que unos llaman providencial y otros milagroso.

El señor cura dijo:

—*Después de comulgar, los soldados de la cruz tomaron la ofensiva al salir el sol del día 16 de julio de 1212. Hijos míos: si me estáis atentos, con la facultad divina que se llama fantasía veréis el gran suceso. Mirad, aquél que avanza, bajando de la colina al son de atabales y clarines, es don Diego López de Haro, que con los caballeros de las Ordenes militares y las huestes de los Concejos de Castilla...*

—*Aristocracia y democracia juntas por patriotismo* —interrumpió Lulio.

Sigue el cura:

—*...bate como un huracán contra la masa de voluntarios del Desierto. Atended, y oiréis el pavoroso alarido de la vanguardia musulmana, que retrocede... ¿Qué es aquello...? ¡Ah, maldito Miramamolín!, se ha hecho cargo de la situación apurada de sus primeras líneas, y ved cómo mete en funciones el centro de sus almohades... ¡Dios mío, son, como las arenas del mar, incontables!... Avanzan en sus caballos y camellos, y olas de cabezas morenas enardecidas y de turbantes agitados por la brisa hacen retroceder a don Diego y su gente...*

—*¡Si son cuatro veces más numerosos, es natural que eso ocurra!*—dijo Saavedra.

Sigue el cura:

—*Ya está bregando como un león Sancho VII* el Fuerte, *de Navarra; su caballo se encabrita en la terri-*

ble lucha. ¡Ah, navarros valientes! ¡Santiago y a ellos! Pero crece la avalancha de africanos...; aquello es un mar de lanzas y alfanjes. ¡A ver, ese rey de Aragón! ¡Bravo, Don Pedro II! ¡Bien por Arias de Toledo, que multiplica su corazón y su brazo!... Mirad a Iñigo de Mendoza, acorralado, batirse contra una jauría de chacales del Atlas, y aplaudid a los esforzados Martín Núñez, Luecia, Lara, Ruiz Díaz y Gonzalo Ramírez... ¡Ah, todo en vano! ¡No pueden los nuestros!... ¡Matan, hieren, tronchan, es verdad, pero les agobia el número incalculable del enemigo!...

—¿Por qué se fueron los extranjeros por la tontería del calor?—grita, indignado, Cid.

—Ahora—dice el buen cura—, *Mahomed-ben-Yacub, el Miramamolín, quiere aprovechar el momento de vacilación de los cristianos y les echa encima legiones de guerreros de Mequínez, Fez y el Muluya.*

¿Qué es aquello que habla el rey Alfonso de Castilla con el gran arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada? Prestemos atención. El rey dice: «Arzobispo: yo e vos aquí muramos.» ¿Qué contesta el prelado? El prelado grita: «¡Aquí habedes de triunfar!»

Hijos míos, contemplad al rey: no se le altera nin la color, nin la fabla, nin el continente.

—¡Bravo rey!—dicen Menéndez y Cid.

—Aquello—continúa el viejo sacerdote—*no es un hombre; es un genio inflamado de Dios y de la Patria... Mirad cómo le sigue don Rodrigo y todo el Ejército. No parece sino que algo sobrenatural les da alientos desconocidos. ¡Ahí, valientes y esforzados caballeros! ¡Adelante, milicias del pueblo, priores, obispos, invencibles*

hombres del Ebro, glorias de Navarra, prestigios de Cataluña, mesnadas de Galicia, huestes de Portugal, invencibles hijos de Vasconia, reyes de España, adelante! Los tenemos vencidos...; ya se descomponen...; la desbandada..., el desastre...

—¡Viva Castilla! ¡Viva España!—gritan los niños.

—Queda aún la tienda y la guardia del Miramamolín. Hay que partir las formidables cadenas que las defienden. Los asaltos son inútiles; pero los cristianos tienen la victoria a la vista, y hay que romper lo irrompible. ¿Quién es aquel que pelea ya por dentro del recinto? Es el rey Sancho que, con sus navarros, rompe cadenas, vence obstáculos y abre el portillo por donde entra el Ejército vencedor... Mahomed-ben-Yacub, vestido solemnemente como para celebrar el gran triunfo que esperaba, tiene que huir con su manto imperial, sus armas reales, su media luna de pedrería y su Alcorán, después de ver, desesperado, el abismo en que se ha hundido para siempre el sueño dominador de su raza.

Dice la crónica que cuando se acabó, con la tarde, la batalla, se cantó el Te Deum... *Yo creo*—dice el cura—*que en vez de cantarlo se lloraría, porque sólo con lágrimas divinas de gratitud al Dios de las Victorias podría rimarse en aquella puesta de sol la palabra de oro de los salmos.*

Los niños enmudecieron. Cid, pensaba:

—¡Ah, Patria de mi vida, yo quiero morir por ti!

Besaron la mano del señor cura, y regresaron a la línea de Madrid para ir a Córdoba.

Dejaron a la derecha a Bailén, otra gloria de la Independencia patria, donde Reding, siguiendo las ins-

piraciones del hijo de Madrid, general Castaños, con un ejército de novatos, vaqueros con garrochas, labradores con trabucos y soldados bisoños, tomó al francés Dupont veinte mil prisioneros, demostrando a la Europa asombrada que no eran invencibles los ejércitos de Napoleón.

Córdoba

Córdoba es una interesante provincia de Andalucía, y su capital, una ciudad cumbre de la Historia.

Los fenicios fundaron a *Corduba* (molino de aceite), y los romanos la consideraron, con Évora, Mérida y Sevilla, como los puntos de más importancia para sus intereses desde el Tajo al Mediterráneo. Séneca, Lucano y Lucio Floro la ennoblecieron con la filosofía, los versos y la historia; Osio le da el prestigio de su persona preeminente, y la colonización romana levantó, entre otros edificios y monumentos, el magnífico puente sobre el Guadalquivir, que luego restauraron los árabes.

Menéndez decía:

—*Yo no puedo estar aquí en Córdoba sin pensar en la figura que se llama...*

—*Abderramán I*—interrumpió Velázquez.

—*Exacto. Y no se puede pensar en el emir sin pensar en su gran obra...*—dijo Lulio.

—*Oid lo que dice un pedagogo andaluz sobre la mezquita*—agregó Velázquez, y se puso a leer unas notas:

«*Todas las construcciones de los árabes en España se caracterizan por el empleo principal de tres materiales distintos, correspondientes a tres momentos culminantes*

de su historia: cuando son fuertes, puros y dominadores, la obra capital es un templo, para dar gracias a su dios por las victorias; el material constructivo, en general, la piedra; ejemplo, la mezquita. Cuando empiezan a degenerarse, se desmembran, pierden la unidad, y el edificio tipo es una torre, un vigía, una atalaya. El enemigo se ha hecho poderoso y hay que vigilar, hay que irse arriba; el material ya no es tan fuerte: el ladrillo; ejemplo, la Giralda. Y cuando entran en franca decadencia y saben que los cristianos son los amos, no les importan ya tanto Dios y las armas como el placer, y el edificio tipo es el palacio de la sensualidad, decorado de yesos y pinturas: la Alhambra.»

—*Perfectamente claro*—dijeron los niños.

Saavedra preguntó:

—*Oye, Velázquez, ¿quién es ese pensador?*

—*¡Oh, eso es un secreto!*

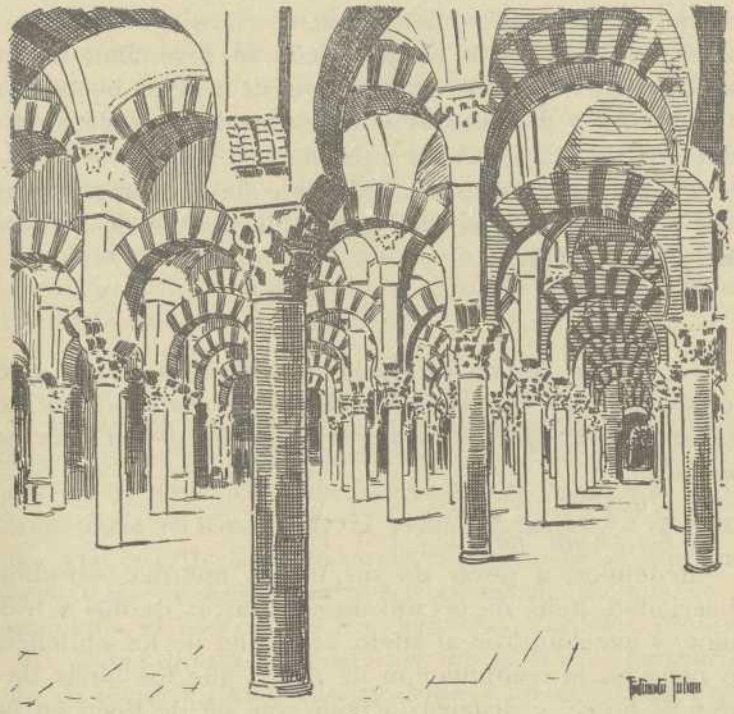
Abderramán, fugitivo de Asia, viene a Córdoba. Es el emir; lo reconocen todos; es sagrado.

Siente la nostalgia de su tierra oriental, y trae aquí plantas, industrias, artistas y poetas que le distraigan la melancolía de su expatriación; y cuando, poco a poco, esta Andalucía se le entra en el alma, olvida sus tristezas, se siente español y, para cortar hasta las relaciones religiosas con el Oriente, pone el estandarte blanco de los Omeyas a orillas del Betis y levanta un templo que va a eclipsar todas las construcciones religiosas de su raza.

El propio emir trabaja con sus reales manos en la construcción, hasta conseguir aquellas naves que con sus columnas cortas de jaspe, sus capiteles bizantinos

y sus arcos dovelados a fajas rojas, dan la sensación de banderas desplegadas al viento en un día de victoria.

Su hijo Hixen, Abderramán II, Alaken y Almanzor



Córdoba.—Interior de la mezquita

concluyeron la estupenda aljama cordobesa, con diez y nueve puertas, nueve naves y ochocientas cincuenta columnas, que con la belleza del Mihrab, el resplandor de sus mosaicos polícromos, sus hornacinas, conchas, aji-

meces y almocárabes adornados de inscripciones hicieron de este templo, y aún lo es, la joya masculina de las creaciones de los árabes. Córdoba, por esto, es única.

Comentaban los niños, en sus visitas por la gran ciudad de los califas, la ciencia de estos árabes cordobeses, y Lulio hacía el gasto con la invención de la botica, cultivo del arroz, sistemas de riegos, invención del álgebra y los descubrimientos prodigiosos de medicina, aritmética, botánica y física.

Tenían los niños, con todo este pasar por sus ojos la civilización árabe, una agradable caricia de bienestar y de alegría...

* * *

—*Oye, tú, Rafaé*—le decía un chiquillo a otro que jugaba con él a las bolas o boliches de cristal—: *no me hagas* fuyería, *que te he dao tres galete, y esa bola es pa mí...*

—*¿Pa ti?*

—*Sí; pa mí, pa mí...*

Menéndez, a pesar de sus libros, apuntes, estudios y seriedad, tiene de pronto un salto atrás de dos o tres años, y agachándose al suelo, coge uno de los boliches, lo pone en la combinación de dedos que los niños llaman el *butre*, y dispara la bola, que da de lleno en la otra, muy distante, arrancando una ovación de Lulio y los compañeros.

—*Señores, no lo he podido remediar*—dijo, dejando embobados a los dos chiquillos cordobeses.

* * *

San Fernando, después de apretar el cerco de Córdoba con la toma de plazas importantes que auxiliaban la capital, decidió dar el último avance a la conquista, y el día de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo entró en la ciudad, cuya mezquita, purificada, dió culto al verdadero Dios; y el gran rey hizo transportar en hombros de cautivos árabes las campanas de Santiago de Compostela, traídas por Almanzor a Córdoba a hombros de cautivos cristianos, y en cuya mezquita servían de lámparas. No lo hizo San Fernando por arrogancia ni orgullo, sino por un sentimiento de justicia, porque devolvía al Patrón de España, en días de júbilo cristiano, lo que en mal hora le arrebatara Almanzor en días triunfantes de la morisma.

* * *

Paseando los niños por el *Gran Capitán*, vía magnífica y centro de todo movimiento y vida cordobesa, hablaron de aquel Gonzalo Fernández de Córdoba, héroe legendario en Granada; el vencedor en Italia de Carlos VIII y Luis XII; de aquel hombre que al empezar la batalla de Cerignola y ser advertido de que se le quemaba el polvorín a los españoles, contestó impávido: «*Buen ánimo, amigos míos, que esas son luminarias por la victoria.*» Frase hermosa de la misma familia que el gesto de Hernán Cortés quemando las naves en Méjico.

Córdoba está orgullosa de su guerrero, de su gran hombre. Después de San Rafael, Patrón de la ciudad, a quien tienen dedicados una iglesia y multitud de monumentos llamados *Triunfos*, a nadie quieren los cordobeses como a ese político genial, capitán incompara-

ble, que conquistaba reinos para sus reyes, derrotando ejércitos donde peleaban Bayardo, La Fallete y Sandricourt; es verdad que para derrotarlos tenía instrumentos como García de Paredes, Pedro Navarro y cien más, templados en la fragua de los grandes heroísmos de la Historia.

* * *

El espíritu de la mezquita, muy especialmente del Mihrab y de la capilla de Villaviciosa, y el ambiente de Córdoba y su pasado, despertaba en la imaginación de los escolares deseos caballerescos y soñadores. A los nervios de los muchachos les estaba haciendo falta un verso, un romance.

Don Luis de Góngora y Argote, el formidable poeta lírico, el maestro cuyo supremo arte ha saltado los tiempos para triunfar en la sensibilidad moderna, es un cordobés honra y lustre de Córdoba, cuyas delicadezas sentimentales dieron al poeta una emoción algo árabe y una sinceridad tan pura como el sol de la sierra y tan graciosa como la curva de los alcores que caen desde las Ermitas a la llanura del Guadalquivir.

Menéndez leía en los apuntes del *pensador:*

—Todo es gala el africano:
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores,
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;

si lo abrocha, es con claveles;
con jazmines, si los coge.
Todo sirve a los amantes:
plumas les baten, veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras;
los árboles, pabellones;
la apacible fuente, sueño;
música, los ruiseñores;
los troncos les dan cortezas
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
o que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
ni blanco chopo sin mote;
si un valle Angélica suena,
otro Angélica responde.

El *pensador* había puesto en sus apuntes, al lado de la mezquita, los versos de Góngora, que eran otra mezquita cordobesa de los romances amorosos, y había consignado también el nombre del poeta inmortal duque de Rivas.

* * *

Después de conversar con *Guerrita*, que les atendió cariñosamente, fueron los escolares a Medina Zahara, palacio veraniego de los califas, destruído al acabar el califato y cuyas bellezas ha descubierto sabiamente el señor Velázquez y Bosco.

Estuvieron, próximo a Zahara, en San Jerónimo, restaurado espléndidamente por la marquesa del Mérito, y subieron a las Ermitas, que cantó el poeta Grilo,

donde contemplaron bellezas serranas y tocaron recuerdos legendarios de Fe y de Patria. Desde uno de los balcones naturales vieron, como una visión de fertilidad y riqueza, el espléndido país cordobés, con olivares de color de perla y mieses de oro. A la imaginación vinieron las platerías famosas; los cordobanes y finos repujados de cuero; los potros enjaezados con moruna gallardía; los ricos aceites y los carbones de Bélmez, Espiel y Peñarroya, base de la gran sociedad mercantil de este último nombre. El néctar fino y oloroso de Montilla y los simpáticos velones de Lucena fueron muy elogiados por los colegiales.

Lulio conversó largamente con los niños sobre el aprovechamiento de las aguas del Guadalquivir en los regadíos de Córdoba y Sevilla, que en breve cambiarán el carácter de la riqueza en Andalucía.

Extremadura

Badajoz

Badajoz es la provincia más grande de España. La capital tiene importancia estratégica. Plaza del río Guadiana y frontera con Portugal, si no es sobresaliente por sus monumentos artísticos, lo es por la hermosísima región agrícola que ella preside y por sus hombres, que siempre han dado una nota de grandeza en la Historia de España.

Hay que reconocer que una provincia que tiene entre sus hijos a Hernán Cortés y a Alvarado, conquistadores de Méjico; a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico; al pintor Morales, *el Divino;* a Benito Arias Montano, asombro del Concilio de Trento; al beato Juan de Rivera, al glorioso poeta Meléndez Valdés, a don Manuel Godoy, a Donoso Cortés, a Bravo Murillo y al dramaturgo don Adelardo López de Ayala, tiene razones sobradas para estar orgullosa.

Nuestros niños recorrieron la capital, visitaron sus calles y sus plazas, su hermosa iglesia matriz, e hicieron comentarios delante de un monumento levantado al bravo general don Rafael Menacho, que defendió la ciudad en la guerra de la Independencia con su pericia, su valor y su sangre, generosamente vertida por la Patria.

Como Badajoz ha sido siempre el punto de choque de las ambiciones, guerras y disturbios suscitados en la historia entre Portugal y España, los niños fueron al puente sobre el Guadiana, y, al contemplar desde allí la tierra portuguesa, dijo Lulio:

—Esa golondrina que vuela hacia Poniente es española, y dentro de unos minutos será portuguesa. Esas aguas que lleva el río son un tesoro que España ha reunido de cien arroyos y afluentes, y ahora lo ofrece a Portugal, y lo mismo pasa con el Tajo, con el Duero y con el Miño. Nuestras cordilleras Mariánica, Oretana y Carpeto Vetónica, que cruzan a España, mueren en Portugal. El viento, las nubes, el calor y el frío son comunes.

—Tú quieres decir con eso, Lulio—dijo Cid—, *que los hombres han roto lo que la Naturaleza creó.*

—Y no sólo se rompió la Naturaleza, sino la historia. Tenemos con ese país de enfrente origen común. Juntos peleamos contra los pueblos invasores: fenicios, cartagineses, romanos y árabes. Juntos conquistamos la independencia, y juntos crecimos en la fuerte comunión ibérica, recibiendo la misma religión, la misma cultura, y amando las mismas esperanzas; y desde que un rey de Castilla en mal hora rompiera esa unidad, una musa triste llora sobre la Patria esperando un gran día futuro, como ha dicho un pensador español.

—Pero ese día no vendrá, porque esos hombres se han acostumbrado a lo suyo...—insinuó Saavedra.

—Ni yo quiero tampoco que dejen lo suyo: que sigan con su independencia política; pero aguardo con ansia el día en que ciencias, artes, letras, comercio, industria y orientación internacional de España y Portugal se ma-

nifiesten no en un simple contacto, sino en un fraternal y fecundo abrazo...

Dijo Saavedra:

—Señores, estoy asombrado de oir a Lulio.

—No te extrañes, Saavedra; lo llevo en la masa de la sangre: mi madre era portuguesa...

* * *

En automóvil salieron los escolares para Mérida; pero antes quisieron asomarse a la *Tierra de Barros*, y llegaron hasta los campos de Almendralejo y Villafranca.

Estas tierras negras, de fecundísimo *humus*, guardan en su seno la riqueza más característica de Extremadura. Los niños tenían a la vista mares inmensos de mieses. El trigo es no sólo el pan, sino la tradición y el hogar. Contemplando aquellas dilatadas llanuras de cereales, dulcemente onduladas por la brisa primaveral, un sentimiento de honradez y de pureza acariciaba el corazón de los niños. Aquello no era la vega andaluza, llena de gracia: era el campo extremeño, tocado de cierto recogimiento, prólogo de la gravedad castellana e himno del bienestar de la vida.

Saavedra dijo:

—De ahí sale el pan que lo mismo comen el rey que el mendigo, el hombre bueno que el malo...

—Como que Dios es tan generoso, que su sol lo mismo calienta a justos que a pecadores—afirmó Menéndez.

* * *

Pasaron por una dilatadísima dehesa. Hicieron alto para tomar merienda en un fresco arroyuelo. Comentaron durante el piscolabis el número inmenso de encinares de la región, y Saavedra dijo:

—*Si seré yo torpe, señores, que todavía no distingo bien una encina de un alcornoque...*

—*La encina*—manifestó Lulio—*es de corteza relativamente pulimentada. En cambio, el alcornoque es de pellejo rugoso y agrietado y tuerce sus brazos en un desperezo de gigante. Si se casaran las especies distintas, el alcornoque sería el marido y la encina la mujer. La mujer da una bellota dulce, y el marido, amarga, y además es tan buenatón, que de siete en siete años se deja arrancar el pellejo, o sea la corcha...*

Venía un niño guardando una gran piara de cerdos, y Saavedra le preguntó:

—*Oye, chico, ¿de quién son esos cochinos?*

—*¿De quién van a ser? De don Pedro.*

Para el extremeñito, de ojos inteligentes y preguntones, un poco melancólicos, no había más amo posible que el suyo: *don Pedro.*

—*¿Y de quién son tantísimas manadas de cerdos como hay por estos campos, di?*

—*¿De quién? ¡Pues vaya usté a saber!...*

Saavedra, en plan de broma, le pregunta:

—*Muchacho, ¿tú sabes dónde vive Arias Montano?*

Y el muchacho dice, lleno de ingenuidad:

—*De mi pueblo no es. Yo creo que ese señor debe vivir allí, en Villafranca...*

—*Vaya, hombre, toma este pastelillo.*

Resistióse a tomar el obsequio; pero por fin cayó.

Se fué con él y con su piara por aquellas lomas. ¡Las cosas que haría el niño montaraz con el dulce a solas con él!

* * *

Mérida es Roma en España: circo, hipódromo, arcos de triunfo, puentes, acueductos y, sobre todo, el teatro. Este teatro es la joya de los recuerdos del pueblo rey. Ni en Italia, ni en Francia, ni en Grecia hay ruina romana como ésta.

La mole magnífica del teatro, conocido en el país con el nombre de *Siete Sillas*, da la sensación perfecta del espectáculo romano. Menéndez, colocado en la escena, decía a Lulio:

—*Ponte en el palco aquel, y los niños en las gradas, a ver si me oyen.*

Y el muchacho, sugestionado por las interesantes columnas rotas, capiteles hermosos, pedazos de entablamentos, testas de emperadores, palcos y graderías, y por la majestad imponente de los siglos, rompió a declamar en voz natural, perfectamente oída desde todos los ámbitos del teatro al aire libre, a pesar de sus enormes dimensiones:

—*Yo soy Edipo. El triste Edipo... ¿Qué funesto presagio me avisa luto y lágrimas? ¡Ah! Nuestras vidas están encadenadas al destino... Hay una fatal pendiente en el vivir.*

Los chicos aplaudieron a Menéndez.

Después evocaron con singular veneración al gran arqueólogo señor Mélida, a quien debe España la resurrección de la romana *Emerita Augusta;* y luego, desde la loma próxima, contemplaron la puesta melancólica

del sol, y una columna de humo que salía del centro de la ciudad hizo exclamar a Menéndez:

—*Es de suponer que no será ese humo el del horno del martirio de la santa niña Eulalia, Patrona de Mérida... Cuentan que al morir en el fuego salió de sus labios una paloma blanca... Estaba enamorada de Jesucristo, y ni la persecución ni el martirio tuvieron fuerza para vencer sus doce años... ¡Ah! No cabe duda; cuando se queman carnes vírgenes de doce años, de las bocas martirizadas salen palomas blancas como la nieve.*

Tuvieron, antes de salir de la provincia de Badajoz, un cariñoso recuerdo para el pintor de los niños Eugenio Hermoso, gloria de Fregenal de la Sierra.

Cáceres

Paseando por las calles de Cáceres, con casas almenadas, palacios señoriales y un silencio propio de su aristocrática vejez, se respira materialmente el aire de los tiempos caballerescos.

La *Casa de las Veletas*, con el aljibe moro; el *Palacio del Sol*, de ancha puerta, con grandes dovelas, escudo y tambor aspillerado; la *Casa de Roco*, con su interesante balcón-esquina; el *Palacio del Mayoralgo*, de aspecto señorial y severo, y, sobre todo, la *Casa de los Golfines*, con sus torres extremeñas, bellísimas balaustradas y románticos ventanales, que parece desafiar al espectador con la cartela que dice: «*Esta es la Casa de los Golfines*», dan un conjunto de ciudad heráldica y de protocolo. Viendo aquello parece que se han parado los tiempos y que vamos a encontrarnos con los nobles y pecheros reunidos para defender el *Fuero de Cáceres*, atacado por las extralimitaciones del Poder central.

* * *

Visitaron nuestros niños a León Leal, alma de todas las instituciones sociales extremeñas, y entre otras atenciones que de él recibieron, no fué la menor la de

proporcionarles un automóvil que los llevara a Guadalupe.

Iba el *auto* escapado por aquellas tierras.

—*¿Qué es aquello, chófer?*

—*La Virgen de la Montaña.*

Menéndez leyó la estrofa de un gran poeta:

—Bellísima cacereña,
hija del sol que te baña,
la Virgen de la Montaña
te guarde, niña trigueña...

En el camino, largo e interesante, se habló de Plasencia y sus monumentos; de Alcántara, patria de San Pedro del mismo nombre, uno de los más grandes santos españoles, y del famoso puente romano, orgullo de la ciudad. Se evocó el nombre de Yuste, donde Carlos V, fatigado de gobernar mundos, se retiró para que un monje jerónimo le gobernara a él. La figura del César, emperador de Alemania, vencedor de Francisco I, a quien tuvo prisionero en la Torre de los Lujanes, en Madrid; la gloria del gran Carlos, que autorizó la conquista de América y las expediciones que descubrieron la Oceanía, y el prestigio del monarca que venció a los protestantes en Mulberg por la mediación del ínclito duque de Alba, pasó ante la consideración de los niños...

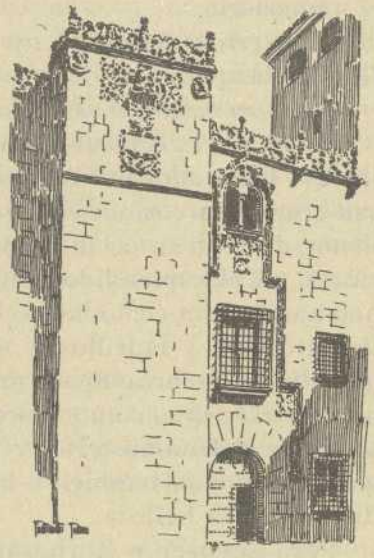
* * *

Las dehesas sin fin y la abundante ganadería dieron motivo al recuerdo de Montánchez, con sus exquisitas salazones de cerdo, y, después de pasar por Trujillo y

cerca de las magníficas minas de fosfato de Logrosán, llegaron a las puertas del célebre monasterio.

* * *

Guadalupe es la Historia de España desde la batalla del Salado hasta que se hizo El Escorial. Allí, con las donaciones de reyes y de grandes y con los prestigios de su casa religiosa, se montaron talleres, se explotaron minas, y sus granjas agrícolas e instituciones de beneficencia fueron famosas. Alfonso XI y su hijo don Pedro, Enrique el de las Mercedes, Juan I, el III de los Enriques, Juan II, Enrique IV, los Reyes Católicos y toda la Casa de Austria hicieron del célebre monasterio jerónimo un objeto particularísimo de sus devociones y gracias, no siendo los portugueses los que menos se señalaron en este cariño a la gran casa religiosa.



Cáceres.—Casa de los Golfines

El arte gótico del siglo XIV, la iglesia severa y rica, la incomparable verja del crucero, filigrana única de forja, con verdaderos encajes, en que el telar era la fragua y la aguja el martillo, dejaron a los escolares encantados.

—*Ese sagrario de acero con incrustaciones de oro, obra de la escuela de Miguel Angel, lo regaló Felipe II a Guadalupe. Era la mesa bufete del rey, poseedora de todos los secretos políticos de Europa; al convertirse en Sagrario, entró en posesión de los secretos de la Divinidad*—dijo el Padre Acemel, que enseñaba a los niños el monasterio.

—*Yo estoy deseando ver el claustro grande*—manifestó Velázquez.

—*Ahora vamos a él*—dijo el fraile.

Es aquel claustro el triunfo definitivo del arte mudéjar. No tiene adornos. Allí vence la línea en la curva de sus grandes arcos, en el sencillo antepecho con calados llenos de alegría, en la doble y triple claustradas superiores, en el espléndido templete del centro del jardín, que parece una custodia hecha por un monje orfebre en tierra cocida y ladrillos, y en la majestuosa dimensión que, llena de armónicas proporciones, hacen de todo aquello algo que, como claustro, se presta a la gravedad teológica del monasterio, y como ejemplar de luz y de gracia se presta también a buscar a Dios por las sendas divinas de la belleza.

Para conocer a Zurbarán, es preciso juntar Sevilla con Guadalupe. La preciosa sacristía posee admirables lienzos del pintor de Extremadura. El retrato del Padre Illescas, la misa del Padre Cabañuelas y el prior Yáñez negándose a admitir la mitra que le ofrece el rey, son una buena parte de la gloria del maestro.

Los libros del coro tienen miniaturas policromas que festonean las hojas de cuero y hacen de las letras mayúsculas iniciales de capítulo, cuadros bellísimos de in-

comparable valor para la historia del arte. Los frailes autores han ocultado sus nombres, que consideraron indignos de figurar al lado de las letras sagradas de la Escritura.

En sederías y bordados, Guadalupe no tiene compañero en el mundo. Allí pueden ir de todas partes a estudiar cómo se bordaba en España en los siglos XIV, XV y XVI. Aquellos maestros de Toledo que dejaron allí huella de la maravilla de sus manos, fingiendo con seda y oro pinturas magistrales, no han tenido sucesores que igualen sus inspiraciones; y el terno de la emperatriz, el de Cisneros, la casulla del condestable, el frontal de Enrique II, el llamado Rico y mil más, son ejemplares que ponen el nombre de España en manufacturas artísticas en una cumbre de honor no alcanzada por nadie.

* * *

Los niños comieron en el refectorio de los franciscanos, actuales conservadores del monasterio. Estaban los escolares muy contentos, no sólo por lo que aprendían, sino también por el cariño con que les trataban los Padres.

Después de comer, fueron a ver la Virgen. Es una imagen de pura Edad Media, románica y morena. Los niños se emocionaron delante de aquella Señora, cuyo nombre augusto fué durante tres siglos el relicario del alma de la Patria y cuyo rico camarín grecorromano atesora pinturas del maestro colorista Lucas Jordán.

Después, acompañados del joven Padre Luis, poeta e historiador, pasearon en la soledad de la noche por el gran claustro mudéjar. La luna proyectaba las sombras

de los árboles y de los torreones en los claustros. Hablaban bajito. Daba miedo hablar fuerte.

—*Guadalupe*—decía el joven poeta—*fué la casa propia de los grandes conquistadores de América. El nombre de la Virgen lo llevaron allá los hombres de la colonización y lo transmitieron a la Patrona de Méjico y a las montañas, ciudades e islas en todo el Continente. No se sabe la Historia de España si no se penetra el sentido de la conquista y civilización de América, y no se sabe de esto si se separa de la epopeya el nombre de Guadalupe.*

Cortés, Pizarro, Balboa, Orellana, Alvarado, Solís, Valdivia, Oñate, Grijalva, Docampo, Alvaro Núñez, fray Juan de Padilla, Ojeda y toda la legión colonizadora, unos porque eran extremeños y otros porque tomaron el espíritu de aquéllos, beneficiaron sus empresas con el influjo del monasterio cerca de los reyes; y cuando en las continuas tribulaciones y tragedias que el inexplorado Continente guardaba para los héroes, éstos iban a sucumbir delante del obstáculo, se acordaban de la Virgencita cacereña, y una fuerza sobrehumana les hacía vencer lo invencible...

Los niños no respiraban oyendo al fraile poeta. Menéndez iba cogido de su brazo, y Cid estaba embobado de satisfacción.

—*Ejemplo de lo que digo está en la quema de las naves de Cortés. Eso de considerarse perdido y para no retroceder en el propósito quemar los barcos, imposibilitando en absoluto la retirada, es sencillamente una inspiración que pasa los límites humanos. También los pasa sobradamente* la raya en el suelo *de Francisco Pi-*

zarro, que, enfermo, hambriento y lanzado en la soledad desconocida de la tierra ingrata, cuando no queda más recurso que morir, llegu a la costa un barco con órdenes superiores que le obligaban a abandonar la empresa, calificada de locura, y él, arrastrándose, hace con el puñal una raya en tierra y dice: Al Norte de esa raya están la comodidad y el fracaso; al Sur, el sacrificio y la inmortalidad; el que sea valiente castellano, que me siga. *Al decir esto, pasó la raya hacia el Sur, y lo mismo hicieron trece bravos, casi destruídos por las fiebres, la sed y la fatiga. Los que pasaron la línea llenaron de gloria a España, porque fueron los descubridores y civilizadores del dilatado Imperio del Perú.*

Las graves campanas del monasterio tocaron *las Animas.*

Lulio dijo:

—*Saludemos con la palabra de Dios a los abuelos conquistadores.*

Continuó el franciscano:

—*Yo creo que toda la lucha de la Reconquista durante los ocho siglos no es más que una gimnasia que Dios permitió para que nuestro país se preparase a la conquista y civilización de América. Ocho siglos de lucha, privaciones e inquietudes trajeron un régimen de fortaleza y austeridad jamás visto en la Historia. Dijérase que se afilaba la herramienta para roturar con ella el continente nuevo, o que toda la Reconquista es la carrera del sacrificio que España estudió secularmente para ejercerla luego en América. Porque todos los pueblos conquistadores han dado a sus colonias lengua, cultura, religión y progresos materiales y morales; pero*

unirse con las mujeres indias, feas, cobrizas, malolientes, no en lazos pasajeros, sino en la unión santa del matrimonio, eso no lo ha hecho en el mundo más que España. España, mezclando su sangre con los cobrizos, ha abierto el ángulo facial de todo un Continente, como ha dicho un pensador.

—*Pero perdimos aquellas tierras*—dijo Saavedrita, conmovido.

—*No importa*—continuó el poeta—. *El dominio futuro en el mundo no será material. Los lazos materiales de las colonias de todas las naciones, tarde o temprano, se romperán... Después, la que más haya sembrado en lo espiritual será quien tenga más cosecha, y a nosotros no nos cabrá el grano en los graneros...*

Cuando se retiraban a descansar, llegó hasta ellos, semitonado y envuelto en el misterio de la noche, el salmo que cantaban los frailes en el coro, y que les tradujo el poeta:

«*Tus hijos serán innumerables, como renuevos de olivo, y todos alrededor de tu mesa.*»

Dijo Lulio, conmovido:

—*No está muy lejano el día en que la madre España siente a su mesa a todos los renuevos de su* olivar *americano...*

León

Salamanca

El Reino de León lo formaban esta provincia y las de Valladolid, Zamora, Palencia y Salamanca.

Decía Menéndez:

—*Fijarse bien, señores, que este ambiente que respiramos en Salamanca lo vivieron los hombres más ilustres de la Patria...*

Estaban los escolares como un niño con golosina deseada: que no sabe por dónde empezar a comérsela.

Al fin se decidieron a iniciar sus visitas por la catedral vieja.

Es ésta un peregrino ejemplar del Arte. El Oriente y el Occidente de Europa se juntan para embellecer uno de los monumentos más interesantes de la arquitectura española. En algunos de sus puntos de vista recuerda la gracia y las ideas de San Marcos de Venecia.

Los preciosos sepulcros románicos, con filigranas góticas bordando sus medios puntos, tienen un carácter de transición, en que las dos grandes ideas que culminaron en los siglos XII y XIII, o sean la fuerza románica y el idealismo ojival, se abrazan para triunfar juntas en el progreso artístico del mundo.

Todo el templo tiene no sé qué sugestión de poesía

y leyenda, y se siente el visitante fortalecido al pensar que la plegaria de los reyes, de los caballeros leoneses y castellanos, de las damas cuyo recato fué guardián de la hermosura, de los monjes y del pueblo, con sus artesanos y artistas, era como una cimera ideal que la fe puso sobre el empeño belicoso de los tiempos...

En la catedral nueva, gótica, Saavedra decía:

—*Yo creo que no se puede labrar la piedra de este modo tan minucioso, a no ser que pierda su dureza propia.*

—*Algo de eso hay*—agregó Lulio—, *porque esa piedra salmantina es fácil y resistente, con la particularidad de que conserva, al través de los siglos, cierta entonación de carne que abrillanta los edificios.*

Un catedrático auxiliar de la Universidad, a quien conocieron en el hotel, les acompaña gustosísimo en sus visitas por Salamanca.

—*¿Qué vemos primero, la Casa de las Conchas o San Esteban?*—preguntó el catedrático.

—*¡Las Conchas, las Conchas!*—dijeron los niños.

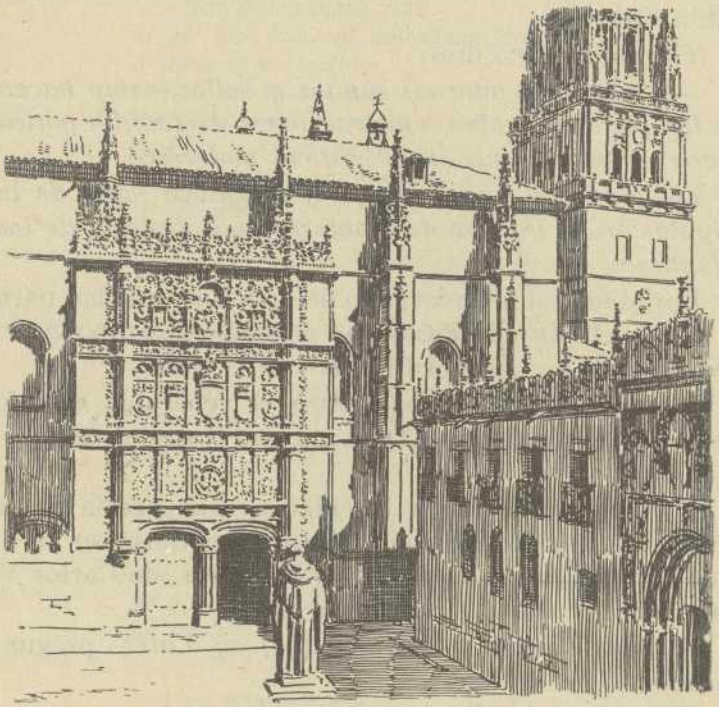
—*¡Qué elegancia!*—pensaba Velázquez al acariciar con los ojos la preciosa Casa.

—*¿Por qué tanta concha en las paredes?*—pregunta Saavedra.

El catedrático contesta:

—*Porque los Maldonados, que la hicieron, cúyos son los escudos esos de las cinco lises, eran muy santiaguistas, y ya se sabe que el símbolo del peregrino es la concha. Qué bien hacen, ¿verdad? ¿Y qué me dicen de esas ventanas ojivales todas distintas, cuyo desorden produce, sin embargo, una particular armonía?*

—*¡Qué cosa más bonita, y qué contento estoy de verme en Salamanca!*— decía Velázquez.



Salamanca.—La Universidad (fachada)

—*Ahora, a San Esteban*—dijo el catedrático.

Los escolares estaban complacidísimos ante la original portada plateresca. El arco es de dimensiones colosales, y su genial desenvolvimiento mete en el ánimo una emoción de cosa masculina, perfumada con delica-

dezas de mujer, que juegan bien con la virilidad del trazado.

—*¿Cómo puede definirse eso de plateresco?*—pregunta Cid.

Y el catedrático dijo:

—*Si ponemos adornos nimios y bellos, como hacen en las platerías, sobre construcciones de familia gótica o grecorromana, surgirá el edificio plateresco.*

Luego vieron los escolares el magnífico *Patio de la Diputación*, el *Palacio de Monterrey* y el *Colegio de los Irlandeses.*

Los niños habían acordado dejar la Universidad para lo último. Lulio manifestó que no podía resistir más el deseo de verla..., y allá fueron.

La plaza donde se encuentra el venerable edificio tiene también el Instituto y el antiguo Hospital de Estudiantes, hoy Archivo.

La fachada de la Universidad es una gracia de la arquitectura plateresca, que decora orgullosa su creación con recuerdos de los Reyes Católicos, de Carlos V, Alfonso *el Tostado* y don Pedro Luna.

—*¿Dónde está la cátedra de fray Luis?*—preguntaron.

El profesor les llevó a ella.

—*Aquí, el ilustre patriarca de las letras españolas, el autor de los* Nombres de Cristo *y* La perfecta casada, *explicaba sus lecciones...*

Los niños, sentados en los seculares bancos de la cátedra, se creyeron oyentes de fray Luis.

Un silencio lleno de santas emociones dominaba la

escena. El ilustrado catedrático, con voz entrecortada, murmuró suavemente versos del maestro:

—Qué descansada vida
la del que huye al mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.
Que no le enturbia el pecho
de los humildes grandes el estado
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro en jaspe sustentado.
... ...

¡Oh, monte! ¡Oh, fuente! ¡Oh, río!
¡Oh, secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.
... ...

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.
... ...

A mi una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me basta, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.
... ...

—*Aquí*—decía el catedrático—, *desde la fundación de esta casa por el padre de San Fernando, corrió un río*

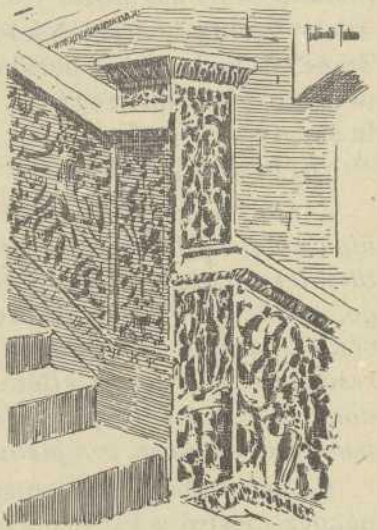
de todos los conocimientos humanos, que fertilizó el jardín del progreso. De aquí salieron en pleno siglo XIII los hombres que ayudaron al Rey Sabio en las Partidas *y en las* Tablas Alfonsíes. *Aquí se popularizó la medicina de Averroes y de Avicena, prestigios de la ciencia oriental. El árabe, el griego, el latín y el hebreo se enseñaban en estas cátedras. La teología bajó del cielo a posarse en los labios de los maestros Victoria y Cano. Pedro Ciruelo salió de estas clases para poner cátedra luminosa de matemáticas en París, y Bartolomé Ramos, de música, en Bolonia. De aquí surgieron, para dominar en Trento, Soto y Benito Arias Montano. En las disciplinas de la casa se fraguó el espíritu de Nebrija, Cisneros, Juan de la Encina, Juan de Mena, Ambrosio de Morales, Florián de Ocampo, Calderón de la Barca, Zurita, Covarrubias y los poetas de la escuela salmantina que, con Meléndez Valdés y otros, dieron tanto lustre a las letras. También estudió aquí dos años el joven Miguel de Cervantes Saavedra...*

—¡Qué honor para nosotros oir estas cosas sentados en la misma cátedra de fray Luis!—dijo Menéndez.

Y el catedrático, animado por la atención de los escolares, que le oían con alma y vida, prorrumpió:

—Por eso en este lugar bendito siente uno que se agranda el corazón para querer todavía más a nuestra España. Y al pensar en los malos patriotas que se gozan en pregonar los defectos de la Patria sin la obligada intención de buscar la enmienda, me acuerdo de mi madre... A mí, hijos míos, gracias a Dios, me vive mi santa madre. Es claro que nuestra madre no puede ser una divinidad sin mancha, y por eso el amor de los hijos

es el pabellón que cubre los defectos de las santas progenitoras de la vida. Será un buen hijo el que, con sacrificio afectuoso, trate de enmendar las deficiencias de su madre. Pero esos que detractan a la augusta ancianidad, violadores de sus arrugas y sus canas, que alguna vez por defectos reales y las más por defectos imaginarios, no sólo no se entristecen buscando el remedio, sino que entregan a la chacota y al escarnio la inviolable maternidad de la Patria, ¡ah!, para esos hay que calar la visera y echarles encima a Rocinante, *que en esto de patear fementidos tiene la ilustre cabalgadura una maestría sin rival.*



Salamanca.—Detalle de la escalera de la Universidad

Los niños aplaudieron, y el catedrático dijo que esas cosas las había él oído a un maestro de Huelva en el paraninfo de la Universidad de Salamanca.

Después de aquella escena no cabía ver más, como no fuese el cielo azul y la Naturaleza, y para ello salieron a pasear al Tormes, y desde el antiguo puente contemplaron el conjunto de la ciudad del viejo saber, cuyas torres de la Clerecía y de la catedral se bañaban de la dulce luz de poniente, dando la nota de la encan-

tada leyenda salmantina, con duendes, princesas estudiantes y magos, y la de tintes trágicos, cuando Doña María *la Brava* corta las cabezas de los dos hermanos matadores de sus hijos, y clavadas en las picas las trae desde Portugal, arrojándolas sobre las losas de Santo Tomé. Aquella leona herida no pudo consolar su pena de madre más que regando las tumbas de sus hijos con la sangre de los ofensores.

Decía el catedrático:

—*Allá, hacia el Sur, cae Béjar, la patria de los Zúñiga, duques de Béjar, riquísima por sus industrias de lino, lana y algodón. Un poco a Poniente, Ciudad Rodrigo, donde Pérez Herrasti se cubrió de gloria peleando con el mariscal Ney y donde alcanzó Wellington victoria resonante, y a pocos kilómetros de aquí, los Arapiles, donde los hombres que defendían la independencia española derrotaron completamente al general Marmond.*

Como estaban en el mismo puente del Tormes, Menéndez mostró a los demás *El lazarillo*, de Hurtado de Mendoza.

Saavedra se lo pidió, y leyó en él:

«Salimos de Salamanca, y llegando a la puente está a la entrada de ella un animal de piedra que tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: «Lázaro: llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.» Yo, simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada; y díjome: «Necio, aprende; que

el mozo de ciego un punto ha de saber más que el diablo», y rió mucho la burla...»

Los niños rieron también, y siguieron hasta Salamanca leyendo los graciosos sucesos de *El lazarillo* como una compensación de las meditaciones del día.

El catedrático, mientras cenaba con ellos, decía estrofas admirables del nunca bien alabado poeta salmantino Gabriel y Galán.

Después fueron al teatro y oyeron *La verbena de la Paloma*, obra inmortal del maestro Bretón.

Zamora

Los niños hicieron comentarios en el tren acerca de la provincia de Zamora, sirviéndoles de base las notas que Lulio llevaba de toda la nación y las conversaciones que Saavedrita suscitaba con los viajeros del país.

Se habló de Toro, de su preciosa basílica, de su castillo, donde Alfonso XI hizo dar muerte al revoltoso infante Don Juan *el Tuerto* y donde estuvo prisionero, más tarde, Don Pedro I de Castilla, y del cuaderno legal conocido con el nombre de *Leyes de Toro.*

Hablaron también de Fuentesaúco y sus garbanzos, gordos, mantecosos, los mejores de España, que son siempre la base del sustancioso plato nacional llamado el *cocido.*

* * *

Zamora es una ciudad que tiene la seriedad castellana en sus monumentos, en su actual perspectiva y en su historia. El Duero baña sus plantas y, como capital de provincia fronteriza, tiene el interés estratégico e internacional que su posición geográfica le imprime.

Su catedral, románica y bizantina, del siglo XII, está adulterada por obras del Renacimiento que le quitan carácter, y no obstante da la iglesia zamorana una im-

presión de gran belleza. Lo más característico y puro es la torre, cuadrada y chata, con un orden de ventanales que hizo exclamar a Saavedra:

—*Miradla, le crecen las ventanas a medida que sube.*

—*Es que a esa torre le pasa lo que a nosotros, que donde tenemos más ventanas es arriba, en la cabeza* —dijo, riendo, Lulio.

Los niños visitaron la iglesia de la Magdalena, puramente románica, y la señorial Casa de los Villagodio.

* * *

Sancho II *el Fuerte* había despojado a sus hermanos: Alfonso perdió León; García, Portugal y Galicia; Elvira, el señorío de Toro, y ahora le tocaba perder Zamora a Doña Urraca.

¿Era el rey un ambicioso? No lo sabemos; pero, con ambiciones o sin ellas, le guiaba el supremo instinto de la unidad de la Patria.

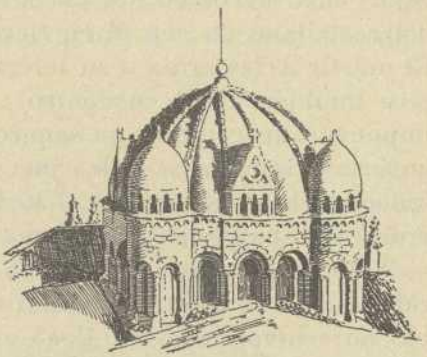
Nuestros escolares, desde un torreón casi demolido de la muralla vieja, pensaban en el cerco de Zamora.

El rey Sancho con los suyos, entre los que figuraba el Cid Campeador, apretó el sitio de la plaza, admirablemente fortificada, porque el Duero, las murallas y, sobre todo, el valor y la pericia del viejo Arias Gonzalo y sus hijos, con los guerreros todos de la ciudad, la hacían inexpugnable.

Decía el rey, ponderando la dificultad de tomarla: «No hay moro ni cristiano que la pueda dar batalla, y si yo esta oviese, sería señor de España.»

El castellano pensó, pues, rendirla por hambre, y tomó las medidas conducentes a ese fin.

Bellido Dolfos, de la estirpe moral de Judas, don Julián y don Opas, engañó al noble Arias y a los zamoranos, y se presentó en el campo de Don Sancho haciéndole creer que era un desertor de la plaza, y en uno de los paseos que daba solo con el rey le quitó el venablo dorado, símbolo de la realeza, y con él atravesó el pecho del monarca. Corría hacia la ciudad, cuando el Cid, advertido del crimen, voló para castigar al traidor, que escapó casualmente al rayo de la indignación justa del héroe.



Zamora.—Cimborrio de la catedral

La muerte del rey produjo disgusto hasta en los mismos sitiados y una exaltación de coraje en los sitiadores. Fué entonces cuando aquel capitán de Castilla Diego Ordóñez, caballero en brioso alazán, espada al cinto, lanza en ristre y el escudo a la altura de la boca, se acerca a las murallas y desafía a los de Zamora en términos de tan altiva arrogancia y en tanto menosprecio de los que él creía culpables, que el anciano, leal y noble Arias, al oirlo, lloraba de indignación.

Decía Ordóñez: «Si vosotros dais plaza al traidor, traidores seréis.»

El anciano arma a su hijo Pedro, que sale al desafío. Se arremeten furiosos los combatientes, y cae Pedro

muerto. El generoso Arias, tipo eterno de la abnegación patriótica, arma, tembloroso, a su segundo hijo, Diego, diciéndole: «Cabalga e lidia para vengar al Concejo y a tu hermano.» A poco, la fiereza incontrastable del castellano da con él en tierra, *e malferido, muere.* El mártir Arias arma a su tercer hijo, Rodrigo, que perece también en el encuentro... El viejo contempla la imponente tragedia de su sangre y su corazón, y espera ansioso la sentencia de los jueces, que declaran por fin indeciso el lance, porque, al luchar, Rodrigo sacó a Ordoñez el caballo del palenque...

Sólo después de la sentencia pudo respirar el admirable Arias Gonzalo; y cuando su honor y el de su pueblo no estuvo en pleito, lloró amargamente, porque su ancianidad no le permitía vengar a los que por Zamora, Doña Urraca y por el nombre limpio de los Arias yacían sangrientos en la arena...

Los timbales y clarines de los dos campos anunciaron la terminación del duelo; y cuando se retiraban a su campamento los hombres de Castilla, el Cid, preocupado, debía pensar que lo de Ordóñez lo podía hacer cualquier acero bien templado, el suyo, verbigracia, que en otro suceso de honor y fama con quince luchó en Zamora, y a los quince los venció; pero el sacrificio del viejo Arias era único en las lides caballerescas, y el Cid mismo, en la sinceridad de su noble corazón, debió sentirse pequeño...

Los niños hicieron protesta con toda el alma de la traición miserable de Bellido, y amaron la nobleza del sacrificio por el honor de la Patria.

Aquella noche, en la biblioteca del Instituto Pro-

vincial, dieron nuestros escolares lectura al *Romancero*, y apreciaron que cuando la poesía popular refiere el sacrificio de Arias Gonzalo, los versos del anónimo cantor de nuestra grandeza medieval tiemblan como una saeta.

En los muros de Zamora hay una lección sin igual de la Patria.

* * *

Cuando tomaron el tren para ir a León, era muy temprano y hacía frío; Menéndez tiritaba en una manta, seguramente tejida en los husos zamoranos. Si Saavedra hubiera sabido los versos de Campoamor, los hubiera dicho:

> Y creyendo invadidos por el hielo
> aquellos pies tan lindos,
> desdoblando mi manta zamorana,
> que tenía más borlas verde y grana
> que todos los cerezos y los guindos
> que en Zamora se crían...

León

Tiene la rica provincia de León, desde las huertas que parecen trasplantadas del Sur de España, y que embellecen el paisaje del Bierzo, hasta las tierras de cereales cuando confina con Palencia y Valladolid, y desde la fauna y flora de la cordillera de los Picos de Europa hasta los campos deliciosos que riegan el Torio y Bernesga, en las inmediaciones de la capital.

El movimiento industrial es paralelo al desenvolvimiento de su espléndida minería, que atesora una riqueza extraordinaria en hierros y carbones.

Es característica la industria confitera de Astorga.

* * *

Es León la corte de los viejos reyes, que desde García I se establecieron en la antigua *Legión* de los romanos.

En sus calles se comentó el gran triunfo de *San Esteban de Gormaz* por Ordoño II y se vertieron lágrimas de coraje por la derrota de *Valdejunquera*. Desde León salieron a pelear las huestes del rey Ramiro, que le quitaron a los moros el castillo de Majerit (hoy Madrid), y se cubrieron de laureles en *Simancas* y *Talavera*. Las

piedras de sus plazas chispearon bajo las herraduras de la caballería victoriosa de Almanzor. Los soldados de éste destruyeron la ciudad. Muchedumbre de alarifes levantáronla de nuevo en aquellos días victoriosos de Alfonso V, que concedió a León el privilegio de su famoso *Fuero*. A orillas del Bernesga paseó Doña Sancha del brazo de Fernando I, después de sus bodas, cuando la unión primera de castellanos y leoneses, y toda la historia del viejo reino, hasta su entronque definitivo con Castilla, en tiempos de San Fernando, se desenvolvió bajo la iniciativa de aquellos reyes, patriarcas de nuestra nacionalidad.

Lulio, después de leer sus notas, convino con los niños en que, materialmente, no hay en la ciudad un solo centímetro de tierra que no esté ungido por la historia, la leyenda y la poesía.

* * *

En la visita de los monumentos acompañaba a los escolares un ilustre arquitecto que les dió, gustosísimo, admirables lecciones.

Vieron primero San Isidoro, donde está enterrado el Santo arzobispo de Sevilla.

—*¿Has visto nada más bonito que San Isidoro? Es un encanto este estilo*—decia Cid a Menéndez.

El muchacho ignoraba que la razón de gustarle tan singularmente el edificio es que el arte románico es fuerte, masculino y bello, y estas tres condiciones las tenía él dominantes en su propia persona.

—*¿Por qué trajeron tan lejos al arzobispo de Sevilla?*—preguntó Saavedra.

—*Seguramente para librar sus huesos de las profanaciones de los árabes*—le dijeron.

En la cripta de San Isidoro, el sabio arquitecto decía:

—*He aquí un ejemplar curiosísimo: las columnas, gruesas y bajas, con grandes capiteles corintios; las bóvedas por aristas, la pintura de sus techos con un original sentido de decoración y las fechas venerables a que toda esta obra se refiere, hacen de la cripta un ejemplar sobre el que recaen interesantes discusiones, y cuya belleza de obra primitiva, una vez vista, no puede olvidarse. Ahí duermen el sueño de la eternidad las reales cenizas de los Alfonsos, Ramiros, Fernandos y Ordoños... Aquí, además del arte originario y nativamente español, están las glorias originarias y nativamente españolas también.*

* * *

San Marcos fué un hospital de la Edad Media para socorro de los peregrinos que iban a Santiago. Se reedificó al empezar el siglo XVI. Tiene una sacristía bellísima, hecha por Juan de Badajoz, llena de gusto castizamente español. La fachada, prodigio monumental, es uno de los más grandiosos ejemplares del plateresco castellano, en que una distribución proporcionada de huecos y el lujoso y elegante decorado de medallones, guirnaldas, cornisas, ménsulas y cresterías dan una impresión de monumento de primer orden. En él estuvo preso don Francisco de Quevedo y Villegas.

Es lástima que hoy lo ocupen con un cuartel. Cuando el Gobierno fije en ello su atención, redimirá a la gran obra artística de esa carga, que puede satisfacerse en sitios más adecuados, y con celo patriótico la defenderá,

porque aquello está pidiendo, como decía Carlos V de un edificio italiano, una campana de cristal para que no le moleste ni el aire.

Cuando los escolares iban por la calle Ancha arriba para dirigirse a la catedral, dijo Lulio:

—*Desde niño la oí alabar tanto, que puedo decir a ustedes que voy lleno de emoción y de alegría a verla.*

—*¡Qué buena moza es por fuera!*—dijo Velázquez ya en presencia del monumento.

Aquella portada de triple arco es la mejor de España. El hueco del centro está partido por una columna graciosa, con la bellísima escultura de Santa María la Blanca, y encima de ella va un relieve que representa la entrada de los elegidos en la gloria. El amigo Balbuena recordaba los frescos del cementerio pisano. La inocencia ingenua, el misticismo y la superioridad de las ideas cristianas campean en el trabajo escultórico de la puerta admirable. En León, como en Pisa, son las centurias XIII y XIV las que hablan con la elocuencia, muchas veces incomprendida, de la formidable Edad Media.

Contiguo a esta puerta está el pilar donde representaciones de la Iglesia, del rey, de los nobles y del pueblo entendían en los pleitos apelados, como si la ciudad hubiera comprendido, con la inspiración de su pureza cristiana, que en ninguna parte estaría mejor la Justicia que cobijada en el pórtico de su hermana la Fe.

Cuando los niños entraron en el templo, Velázquez dijo:

—*La gloria no está en la puerta. Donde está la gloria es aquí.*

El muchacho tenía razón.

Las tres naves góticas, sin mezcla de estilos extraños; la girola castiza, con sus cinco interesantes capillas; las tablas de San Froilán, que embellecen el retablo mayor; la rosa de la fachada; la galería alta interior, de balcones bellísimos, que se llama triforio, y, más que nada, el vaciado de los muros por incomprensibles ventanales que, con la alegría de sus vidrieras, dan al espectador la sensación de una farola prodigiosa, y la luz entrante por la policromía de los huecos, que funde las distintas tonalidades en una vibración delicada de misticismo y de ensueño, eran todos motivos para dar la razón a Velázquez: *Aquello era la gloria.*

León.—Claustro de San Isidoro

Los nervios endurecidos por la vida vibran allí con notas de espiritualidad, y el corazón preso en las redes de la prosa diaria tiene en aquel ambiente un latir de libertad y belleza. San Isidoro de León, románico, es la iglesia militante; la catedral es la iglesia triunfante, el cielo. Entre el arte románico y el gótico hay la misma diferencia que entre la lucha y el triunfo... Velázquez tenía razón... ¡La gloria!

Lulio dijo:

—*Ganar una batalla, descubrir mundos y triunfar*

en las letras, son cosas grandes; pero levantar la catedral de León, no les va en zaga.

Y el bondadoso arquitecto añadió:

—*Yo veo la catedral todos los días, y nunca dejo de rendir veneración a los maestros que triunfaron aquí; y como son casi todos ellos anónimos, a los arquitectos, escultores, cristaleros, pintores, orfebres, repujadores, carpinteros y tallistas, los levanto en la más pura de mis admiraciones y los personalizo en la figura histórica de Don Alfonso XI de León, que mandó fabricar esa maravilla, y en la augusta persona del rey les rindo homenaje.*

Era ya casi de noche cuando los niños se retiraban de allí. Por fuera, un silencio meditador envolvía a la *Pulchra Leonina*... Las sombras de sus arbotantes, los ángulos de sus torres, las molduras de sus cornisas y los vidrios de sus ventanas se vestían con el misterio de la noche. El *Angelus* ponía en el crepúsculo una suavidad de amores...

Palencia

Palencia, aunque leonesa por la clasificación histórica, es castellana por su carácter y por su tierra. Eso mismo le pasa a Valladolid.

La provincia palentina abunda en cereales, como corresponde a la famosa *tierra de Campos*, que compite con Extremadura en la fecundidad de su suelo.

El Canal de Castilla, obra empezada en siglos anteriores y que no llegó a concluirse hasta la pasada centuria, es base de la prosperidad agrícola de esta región.

—*¿Cuántos kilómetros tiene?*—preguntó Saavedra.

Y Lulio le contestó:

—*Más de doscientos, sobre los ríos Carrión y Pisuerga. Estas obras de canalización y aprovechamiento fluviales debían repetirse en todo el país, porque siendo nuestra península en general poco abundante de agua, es un crimen contra la riqueza española que la de nuestros ríos se vaya gratuitamente al mar. Los ríos no se han hecho para criar anguilas y ranas, sino para que se los beban las tierras y los hombres.*

Después hicieron comentarios sobre los carbones de las minas de Orbo y Valle; sobre la industria harinera, uno de los principales progresos de Palencia; sobre los

aceites de linaza, y sobre las bayetas y mantas palentinas, tan conocidas en toda la nación.

Cid decía:

—*Allá por el Norte de esta provincia está Carrión de los Condes, patria de aquellos malos infantes Don Diego y Don Fernando, que, según la leyenda, ultrajaron a doña Sol y doña Elvira, hijas del Campeador Rodrigo Díaz de Vivar.*

—*Es verdad*—contestó Menéndez—; *pero, en cambio, de ese pueblo era aquel famoso judío don Santo de Carrión, poeta maravilloso primitivo. Mirad lo que dice aquí*—lee:

—Por nascer en el espino
non val la rosa cierto
menos; ni el buen vino
por nascer en el sarmiento.
Non val el azor menos
por nascer de mal nido,
nin los exemplos buenos
por los decir judío...

—*Y por si no fuera eso bastante, mirad aquí y ved que también nació en Carrión el incomparable poeta Marqués de Santillana, gloria del siglo XV:*

Moza tan fermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.
Faciendo la vía
de Calatreveño
a Santa María,
vencido del sueño

por tierra fragosa,
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.
En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan fermosa,
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa...

* * *

Los niños pasearon en Palencia por la calle Mayor Antigua, por el Paseo del Río, y leían en los apuntes de Lulio cosas de la famosa *Pallantia* de los romanos, de sus conexiones con los numantinos, de su período godo y árabe y de la historia de la capital simpática, que fué siempre modelo de caballerosidad, residencia de reyes, lugar de cortes y concilios, y que puede ostentar orgullosa, como su timbre más preciado, la sencillez honrada y patriótica de aquel pueblo, que lo mismo entrega su corazón para pelear con los moros que para honrar a sus santos obispos, y lo mismo defiende con el calor de la justicia a los desgraciados comuneros de Castilla, que va a sus famosas ferias a hacer mercado y a bailar con las muchachas, en unos bailes a pleno sol, donde el tamboril, la gaita y la pandereta ponen sobre la seriedad castellanoleonesa una nota sonriente de alegría. La alegría es el superfosfato con que debemos abonar la semilla de nuestra honradez y seriedad, y los palentinos serios saben sonreir y alegrarse a la luz

del sol y sus mujeres, que allá en los tiempos viejos, en ocasión de ausencia de los varones, defendieron y salvaron la ciudad contra el cerco que le puso el duque de Láncaster, por lo que el rey les concedió el honor de una cinta de oro en sus vestidos.

* * *

Aunque no queda más que el sitio, quisieron nuestros escolares pisar la tierra donde estuvo la primera Universidad de España. Madre de la salmantina y abuela de la de Alcalá, es el origen ilustre de todos los centros de la actualidad científica española.

El rey Alfonso el de las Navas encendió esta luz primera de nuestra pedagogía nacional.

—*Pero la ciencia, ¿dónde estaba antes?*—preguntó Saavedra.

—*En los monasterios*—le contestaron.

—*Y a los monasterios, ¿quién les dió el saber?*

—*La antigüedad pagana y la propia sustancia del pensamiento cristiano*—dijo Lulio.

De ese modo, el gran rey libertador de la invasión almohade hizo que la ciencia claustral diera sus resplandores en las cátedras universitarias. En plena Edad Media, el *fiat* de la Universidad de Palencia tiene un mérito sin igual. Es muy fácil andar por el camino que otro allanó; como no es gran cosa labrar tierras ya puestas en cultivo y propagar ideas entre hombres cultos. Pero hacer el camino, roturar las tierras y abrir el primer surco en la selva virgen del entendimiento, es labor de grandeza y digna de altísimos encomios. Todos los hombres de España debíamos tener culto fervoroso a

la memoria de este rey, inspirado roturador del alma nacional.

* * *

La catedral es una muestra gótica del siglo XIV, oscurecida por la aglomeración de obras, que en tiempos posteriores quitaron a la hermosa iglesia de Palencia su castizo aspecto exterior. Por dentro, la catedral es hermosa, una de las más hermosas de España, por sus dimensiones, por su luminosidad, por sus capillas, por sus enterramientos bellísimos, y no nos dejarán mentir el del deán Enríquez y el del abad de Husillos; por sus verjas, filigrana de los maestros herreros, y también por aquella pintura del trascoro, *Nuestra Señora de la Compasión,* de gusto flamenco primitivo y de influencia española indiscutible.

Habían los escolares leído que la iglesia de *San Miguel,* y, sobre todo, su torre, era una joya de Palencia, y allá fueron. Es, efectivamente, una preciosidad del período de las bodas del románico con el ojival. Bien ganada tiene su fama la torre con su magnífica puerta de arcos paralelos, su ventana de dibujo mudéjar, sus dos huecos simétricos más arriba, y en la parte superior el magnífico ventanal gótico de tres luces, con calados elegantísimos, y todo coronado con almenas, indicadoras de su finalidad religiosa y guerrera al mismo tiempo.

Los niños llegaron hasta el campanario, y desde allí vieron la llanura palentina, serpenteada por la cinta del Canal de Castilla...

Hacia el Sur no debía andar muy lejos la famosa iglesia de San Juan de Baños, erigida por Recesvinto

en los primeros años del siglo VIII y acaso el único ejemplar perfecto que nos queda del tiempo visigodo.

La catedral, vista desde la torre, daba la impresión de su grandeza. Su edificio recordó a los escolares el origen que en Palencia dan al gran templo y a la reedificación de la ciudad, asolada durante tres siglos en la Edad Media.

El rey de Navarra, Sancho *el Mayor*, celebraba una aparatosa montería. De los mismos pies del regio cazador se levantó un furioso jabalí, que corría violentamente por el matorral. El soberbio caballo del monarca galopaba nervioso en seguimiento de la pieza. Cuando se le dió alcance, fué el rey a disparar su venablo y sintió repentinamente paralizado el brazo. Detrás de la bestia del monte había una gruta pequeña, y desde fuera se veía un altar abandonado con la efigie de San Antolín, hoy venerado fervorosamente como Patrono de la ciudad. Allí se levantó una capilla, luego iglesia, luego catedral, y Palencia la buena, la industriosa, la patriótica, iba surgiendo lenta y gloriosamente a la vida y a la historia...

El actual obispo, don Manuel González García, fundador de las Marías y de las Escuelas del Sagrado Corazón en Huelva, hizo a los escolares un cariñoso recibimiento.

Valladolid

Valladolid es una de las mejores ciudades de España. Tiene, como su provincia, una gran riqueza en cereales, en industria harinera y en aprovechamientos del Canal de Castilla, cuyos beneficios parte con su vecina y hermana Palencia.

La populosa capital tiene la vida que le prestan sus propias fuerzas agrícolas y el movimiento mercantil de sus vías de comunicación, pues es centro ferroviario de importancia, dada la admirable posición que ocupa en la llanura castellanoleonesa. El Pisuerga la acaricia y enriquece, y el Duero, que recibe al río de Valladolid, debía de estar un poco avergonzado, porque dentro de la provincia el afluente presta más servicios que el principal a la causa de la riqueza de aquellos pueblos.

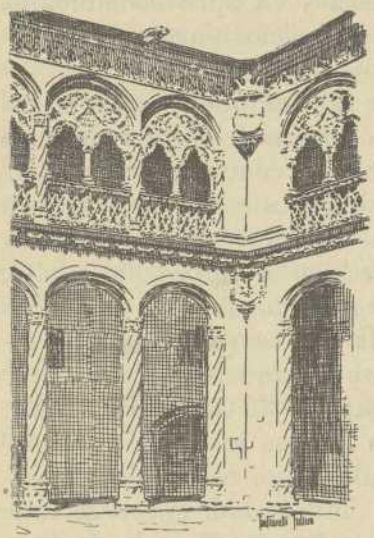
En la capital radican la Escuela de Caballería, la Audiencia, heredera de aquella famosa institución que tenía justicia sobre toda Castilla y que se llamó la Chancillería de Valladolid, y la Universidad, que desciende de la antigua, alentadora de la famosa Escuela de Anatomía del siglo XVI, donde el ilustre Alonso Rodríguez de Guevara creaba discípulos como el famoso Monserrat y donde los adelantos de esa ciencia hicieron po-

pular por todo el mundo este dicho: «El que quiera saber anatomía ha de ir a Bolonia, de Italia; a Montpellier, de Francia, o a Valladolid, de España.»

* * *

Los niños recorrieron la ciudad y pasearon por el Campo Grande, foro inmenso donde Valladolid hacía sus antiguas justas y torneos.

La catedral, de escuela herreriana y de aspecto monumental, no vence a los demás edificios, pues Santa María la Mayor, con su torre esbelta y su pórtico bizantino con multitut de preciosos arcos, tiene, a gusto de los artistas, primacía de belleza sobre el templo catedral.



Valladolid.—Patio de San Gregorio

Son dignos de recordación el monasterio de las Huelgas de Valladolid, guardián de las cenizas de doña María de Molina; el Colegio de la Santa Cruz, convertido después en Museo, espléndidamente rico en imaginería cristiana; la casa donde vivió y triunfó el incomparable Berruguete; la de Colón, donde se supone por algunos que murió

el almirante, y el Palacio de Rivadabia, donde nació la majestad del rey Don Felipe II.

* * *

Alfonso VI cedió Valladolid al conde Pedro Ansúrez. Este noble, honra de la ciudad del Pisuerga, había recibido el gobierno y cuidado de muchas villas y castillos de la reina Doña Urraca, casada con Don Alfonso *el Batallador*. Pedro Ansúrez había hecho juramento de fidelidad al monarca aragonés. Pero separado éste de la reina y no queriendo devolverle sus dominios castellanos, el noble Ansúrez se vió en el grave compromiso de, o faltar a la justicia, no reintegrando a Doña Urraca lo suyo, o violar su juramento de fidelidad al aragonés, entregando a la reina lo que era su derecho.

Ansúrez, a pesar de estar malquerido de la hija de Alfonso VI, le devolvió sus pueblos y castillos; y una mañana, vestido de blanco, sin armadura, sólo con su espada al cinto, se presenta en la corte del aragonés, y le dice: «Señor: las tierras y castillos que me confiasteis los entregué a Doña Urraca, porque eran de ella; pero las manos, lengua y cuerpo con que os presté acatamiento, homenaje y fidelidad son vuestros, y aquí están.»

—*¡Qué nobleza tan pura y tan grande!*—dijo Cid, conmovido.

* * *

Menéndez leía en los apuntes de Lulio:

«Muerto el niño Enrique I en Palencia, su hermana Doña Berenguela, malcasada con Alfonso IX de León, heredó el trono de Castilla. Se presentó esta señora en Valladolid con su hijo Fernando, todavía muy joven. Al

verla el pueblo, que tenía gran cariño a la hija del vencedor de Las Navas, prorrumpió en gritos de júbilo y la ciudad entera se vistió de fiesta.

Era el día 1.° de julio de 1217, y en la Plaza del Mercado se levantó un trono revestido de telas de oro.

—*¿Qué es eso?*—preguntó un forastero.

—*Nada*—dijo un menestral—, *que van a proclamar reina a Doña Berenguela, y la señora va a abdicar en su hijo Don Fernando.*

La reina y el príncipe, seguidos de la Iglesia, los nobles, los jueces y el pueblo, llegaron a la plaza. La bondadosa y prudente dama recibió la realeza de Castilla, y allí mismo, conmovida, la transmitió a Fernando.

¡Castilla por Fernando III!

Entre vítores, aclamaciones y júbilo popular, desbordado como nunca, fueron los reyes al templo de Santa María y luego al Alcázar. Se acababa de echar uno de los más firmes cimientos de la vida nacional: San Fernando era rey.»

—*Hay que ver las cosas que pasaron en Valladolid* —dijo, admirado, Saavedra.

—*Pues oye, oye esto que dicen las notas:*

«Don Juan II era un rey poeta. El condestable de Castilla don Alvaro de Luna, hombre de grandes merecimientos, tenía la privanza del soberano. Los *infantes de Aragón* y los nobles en general, envidiosos del condestable, consiguieron del rey que lo destituyera. Desengañado el monarca, llamó otra vez a don Alvaro, repitiéndose hasta tres veces su destierro y su renacer a la privanza. El condestable ganó la batalla de Sierra Elvira a los moros y la de Olmedo a los nobles, y cuando

triunfaba de tanta revuelta, la segunda mujer del rey arrancó a éste una orden de prisión de don Alvaro. Su sentencia de muerte se ejecutó en vil patíbulo.

El gran hombre rezó en la cruz del cadalso y luego dió a su paje Morales el anillo y al secretario del infante le dijo: «Quiera Dios que no te pague tu señor como a mí el mío.»

La gente lloraba viendo el triste espectáculo; pero pudo la decisión real más que el sentir del pueblo, y la cabeza del condestable estuvo nueve días colgada en una escarpia del patíbulo.»

—*¡Qué lástima!*—dijo Saavedra.

—*¡Qué injusticia y qué ingratitud!*—añadieron los demás.

La cobarde debilidad del rey fué castigada en la Historia, porque la cuchilla llena de sangre generosa e inocente es el honor del condestable y al mismo tiempo la acusación del rey, más apto para escribir coplas que para hacer justicia en sus reinos.

* * *

En Valladolid se celebraron, en tiempo de Don Pedro I, las famosas Cortes que promulgaron la reglamentación del trabajo, leyes que se conocen con el simpático nombre de *Ordenamiento de menestrales*. Al abrirse esas Cortes, Don Pedro pronunció estas hermosas palabras:

=Los reyes e los principes viven e regnan por la justicia, en la cual son tenidos de mantener e gobernar sus pueblos.=

* * *

En Valladolid, y en la casa de Juan Vivero, se celebró el matrimonio de Doña Isabel de Castilla con Don Fernando de Aragón; en la ilustre ciudad nació San Pedro Regalado, su Patrono; se celebraron cortes y concilios, y vieron la luz primera varones tan famosos como don Pedro Téllez Girón, fray Prudencio de Sandoval, Torquemada y don José Zorrilla, el poeta nacional, el cantor de las leyendas patrias, el hombre romántico, que, ya viejo, tenía aún vibrante la musa para decir cosas así:

Escúchame, duquesa:
de justas y festines
no puedo, bardo tuyo
con blasonado arnés,
ir ya de justadores
en pos, y paladines,
con cascos crestonados
de largos lambrequines
y cotas anilladas
de acero milanés.

... ...

Hoy son los tiempos otros
y aurora nueva brilla.
Ya luz mi vieja gloria
tan moribunda da,
que ni en Medinaceli,
tu titularia villa,
servir acaso pueda
de mustia lamparilla
del nicho donde el santo
su titular está...

* * *

También es de Valladolid el poeta Núñez de Arce que tenía una fuerza descriptiva como la que se ostenta en esta décima:

Arde el tronco de una encina
en la enorme chimenea;
el tuero chisporrotea
y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
su ancha cabeza un lebrel,
en cuya lustrosa piel
vivos destellos derrama
la roja y trémula llama
que oscila delante de él.

* * *

Al recorrer la provincia de Valladolid, los escolares comentaron el intento generoso de Juan Bravo, Juan de Padilla y Francisco Maldonado, fracasado en Villalar, donde los imperiales ahogaron la voz de nuestras leyes españolas y donde vencedor un régimen nuevo, no supo celebrar su triunfo más que haciendo rodar las cabezas de los mártires. Nunca fué la democracia nacional más bien servida, pues por ella, según dijo Padilla, los héroes pelearon como caballeros y murieron como cristianos.

Las encharcadas tierras de Villalar y la lluvia que batía el rostro triste de los comuneros vieron morir el derecho patrio, castellanamente nuestro, a manos de un poder que crearon la Edad Media y los Reyes Católicos para que se empleara en fines más altos que atropellar a los pueblos.

* * *

Siguiendo el comentario de la provincia vallisoletana, vino a la conversación de los escolares Tordesillas,

donde murió la reina Doña Juana, después de cincuenta años de locura, y donde el ilustre señor Lampérez ha podido penetrar en los claustros del real monasterio de Santa Clara y ver que sus estancias, escandalizadas con los amores de Don Pedro I y doña María de Padilla, son un ejemplo soberbio de arquitectura mudéjar. Algo así como una flor de Andalucía llevada a la vida castellana para poner un gesto de inspiración graciosa en la gravedad de sus claustros y alcázares.

Últimamente se habló del Archivo de Simancas, instalado por Carlos V en el viejo castillo de la ciudad. Trabajó en él con empeño febril su hijo Don Felipe, dejando huellas de su labor en miles y miles de notas y advertencias que de su real mano puso sobre códices y documentos. El Archivo de Simancas es la Historia de España cuando, por serlo de España, lo era de Europa y del mundo. Allí Italia, Flandes, Alemania, Francia, Inglaterra y América tienen escrituradas sus relaciones con la Patria española. Napoleón quiso llevarse el Archivo a París. El gran emperador de los franceses sabía seleccionar sus gustos y tenía antojos verdaderamente imperiales. Por fortuna para la cultura patria, no logró su deseo.

No se puede pensar en el Archivo sin que la imaginación finja entre sus manuscritos a la legión de investigadores que, iluminados por la inspiración y sostenidos por la paciencia, han ido con fecunda labor de abejas creando la miel de la colmena patria, para mostrarla luego en los libros de Menéndez Pelayo, Jovellanos, Feijóo, Nicolás Antonio, Vives, Quevedo, Mariana, Ri-

vadeneyra, Suárez y todos los servidores esclarecidos de la ciencia española.

En Simancas está el secreto de la resurrección del pasado. Los que tengan fuerzas y virtudes para ir, que vayan, que como la Historia de España es tan grande, mientras más se trabaje en su investigación, más pura será la luz que alumbre el honor de la Patria.

Castilla la Vieja

Durante el viaje de Valladolid a Avila tomaron los niños, primero, conocimiento, y luego franca y cariñosa amistad con un periodista castellano, cuyo nombre nos está vedado sacar a luz, hombre de patriotismo y letras, que les acompañó en todo el recorrido por Avila, Segovia, Soria, Logroño, Burgos y Santander; esto es, por Castilla la Vieja.

Durante la larga e interesante excursión, el simpático periodista iba haciendo un pequeño trabajo literario, que luego en Santander, al concluirse Castilla, leyó a los niños.

Se entusiasmaron con la prosa poética del amigo, y acordaron que en las notas que ellos iban tomando del viaje estuviera representada esta región por las páginas del periodista, que eran una especie de canto a las seis provincias en la totalidad del nombre de Castilla la Vieja, porque, sin pretender hacer distinciones ni singularidades sobre las demás regiones de España, hacía bien al buen gusto de nuestros escolares que el centro y origen de la gran Patria figurase en la expedición con un lenguaje algo a tono con la rancia, fuerte y luminosa Historia del gran país.

He aquí las páginas del patriota castellano:

Castilla la Vieja

El suelo

Tu tierra, madre Castilla, es sagrada. Con la cal de tus montículos, con la arcilla de tus llanos y con el agua de tus fuentes se formaron los huesos y la carne de tus hombres. Esos huesos y esa carne, encendidos con el resplandor de tu espíritu, trabajaron en todos los caminos de tu gloria; y cuando, cumplida su misión, volvían yertos a ti, a tu cal, a tu arcilla y a tus aguas, se enriquecía la tierra porque traían un elemento nuevo a la constitución de tus montañas y tus planicies: traían el perfume del alma de tus hijos. Por eso tu tierra es sagrada.

Cuando te empinas al Moncayo y a las alturas Carpetanas, eres vértigo de precipicios, luz de las cumbres, albor de ventisqueros, alegría del torrente, misterio de las grutas, virginidad de la Naturaleza, vuelo de águila y proximidad de Dios. Y te enorgulleces desde tu *Peña Labra* santanderina cuando envías tus corrientes a tres mares: por el Híjar, al Mediterráneo; por afluentes del Pisuerga, al Atlántico, y por el Nansa, al mar de Cantabria.

Cuando tiendes en las llanuras el manto verde, son tus campos

... los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

Las viñas riojanas dieron el vino para las bodas de los reyes; los bosques avileses y segovianos, madera para las lanzas de los señores; Soria, los ganados que alimentaban al pueblo; Burgos, los trigos para el pan de tu austeridad y para las hostias de los altares, y Santander te ofrendó la riqueza de sus montañas y los tesoros del mar.

¡Oh, tierra de Castilla,
qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!...
... ...

Tu tierra fué al principio una parvedad de dominio.

Entonces era Castylla un pequenno rincon
Era Montes Doca de Çastylla moion.
Moros tenian a Caraço en aquesta saçon.
Entonces era Castylla toda, una alcaldia,
Magüer que era pobre, esa ora poco valia...
De una alcaldia pobre, ficieronla condado,
formaronla despues cabeça de reinado.

Y creció el solar; y porque la virgen Castilla tuvo temprana intuición de futura maternidad gloriosa, hizo un esfuerzo, rompió sus tapias centrales, enseñoreó

montañas y se asomó al mar. Era el Cantábrico. En las alturas montañesas se hizo el matrimonio de amor de Castilla y el mar; y cuando vino un rey soldador de reinos, para agrandar las tierras del Sur, fueron los marinos castellanos a navegar en las dulzuras béticas; y cuando la más grande soldadora de reinos hizo que toda España fuera Castilla, del matrimonio de ésta con el mar nació un hijo: América.

Para criar y educar al hijo fué allá España, representada por Castilla, y en la más alta de todas las pedagogias se sembró entera en el surco americano. América, si tienes la frente blanca fué porque te la blanquearon con cal de la llanura castellana.

Los héroes

¡Oh, ilustres ascendientes de los héroes, ínclitos numantinos, que porque abristeis las puertas de Numancia a los restos del ejército de Viriato, popular derrocador de generales romanos, hubiste de pelear con Roma, la señora del mundo! Y la señora del mundo fué vencida cien veces por soldados humildes y anónimos a orillas del Duero, bajo los muros de la plaza inmortal. Todavía el río de Castilla, al pasar por los campos sorianos, se conmueve al recordar a los mártires, degollando a sus propias mujeres y niños para que no cayeran en poder del desleal enemigo. Todavía se convierte el Duero en una medula espinal de la Patria, por donde corre el escalofrío de lo sublime cuando tiene el recuerdo de la

hoguera donde se arrojaron los héroes para que Roma, ante sus huesos calcinados, temblara de emoción y de remordimiento.

Estos son los ascendientes de las figuras del *Romancero*. ¡Salud eterna!

¿Quién galopa por los campos castellanos? La visera levantada cae sobre el frontal del yelmo; el escudo reluce al sol; la lanza, al hombro; la espada, al cinto. Sus huestes, electrizadas, siguen a Fernán González. Van a guerrear, con los leoneses, para proclamar la independencia de Castilla, y con los moros, para agrandar el solar.

Nunca fué en el mundo otro tal caballero;
Este fué de los moros un mortal omicero;
Dícenle por sus lides el buitre carnicero.

Están sembradas en el conde todas las virtudes de España: es religioso, serio, justo, austero y amigo de los pobres...

Pero la encarnación completa del alma y cuerpo de raza es el sin par caballero don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. No es del corte de los Palmerines y Esplandianes, entelequias imaginativas creadas en la fiebre caballeresca y en los horizontes del absurdo. Es el héroe real de carne y hueso, con pasiones, lágrimas y amores legítimos; que no va tras las damas ideales en búsquedas románticas, sino que tiene esposa e hijas, por quienes suspira en las ausencias y a quienes dedica lugares santificados de su corazón. Es el héroe que tiene amarrada la victoria al carro de su deseo y a la inspiración de su deber; su *celada* y su *tizona* jamás brillaron al aire sino para el honor y la Patria, y el casco de su

Babieca no pisó nunca campos moros ni cristianos que no fuera para hacer triunfar la justicia, porque así lo reclamaba el alma del Cid, guardada para su Dios sin manchas de felonías, ni fealdades de envidias, tuertos y sinrazones.

¡Salve, honor de Castilla! En Santa Gadea eres el único que se atreve a tomar juramento al rey. Dice el romance:

Que te maten, rey Alfonso, villanos, que no hidalgos...
Matente con aguijadas, no con lanzas ni con dardos,
Con cuchillos cachicuernos, no con puñales dorados...
Matente por las aradas, que no en villas ni en poblado,
Saquente el corazon por el siniestro costado,
Si no dijeres verdad de lo que seas preguntado:
Si fuiste ni consentiste en la muerte de tu hermano.

El rey Alfonso odió al Cid y conminó con penas terribles a los que le recibieran en sus casas. Dice el poema:

El Campeador adelinó a su posada;
Asi como legó a la puerta, falola bien cerrada,
Por miedo del rey Alfonso, que asi lo habia parado:
Los de Mio Cid a altas voces llamaban.
Los de dentro no les querian tornar palabra.
... Mio Cid a la puerta se legaba;
Sacó el pie del estribera, una feridal daba.
Non se abre la puerta, ca bien era cerrada.
Una ninna de nueve annos, a oio se paraba:
Ya Campeador en buen hora çinziestes espada,
El rey lo ha vedado, anoch del entró su carta
Con gran recabdo e fuertemente sellada.
Non os osariemos abrir ni acoger por nada;
Si non perderiemos los aberes e las casas
E demas los oios de las caras.

El Cid, triste, sale de Burgos después de orar de

hinojos en Santa María. El rey no le quiere, y él va a trabajar por su rey.

> Y conquistado un castillo,
> fago pintar en sus piedras
> las armas del rey Alfonso
> y yo humillado a par de ellas.

Y agranda para la Patria y para el rey la tierra castellana.

> Por necesidad batallo,
> y una vez puesto en la silla
> se va ensanchando Castilla
> delante de mi caballo.

Y vence al conde de Barcelona y le quita a los moros Valencia, la perla del Mediterráneo, el alcázar de las flores; y el héroe para el enojo del rey cediéndole el fruto de sus sacrificios y conquistas.

Ante el repetido ejemplo de fidelidad sin tacha, Alfonso siente derretirse su rigor en dulzuras de amistad y admiración, y aquellos dos grandes corazones vivirán ya siempre unidos en el ideal patriótico.

¡Oh, santa lealtad del Cid! España tiembla de emoción y orgullo ante la hidalguía y el valor del caballero.

Los hombres que hayan de defender el Derecho, la Libertad y la Patria; los hidalgos luchadores que tomen armas para cruzar la selva heroica con el pensamiento en la dama eterna España, saben que cuando la ingratitud, el cansancio, el desgano o la injusticia hagan vacilar sus cetros, sus espadas, sus plumas, sus pinceles o sus arados, hay siempre en el manantial inagotable del alma de Castilla y en su Campeador glorioso una ener-

gía para dar fuerza al propósito de luchar por la Patria hasta el fin, hasta el sacrificio y la muerte.

El habla

Los fenicios, cartagineses y griegos modificaron la lengua de los hombres aborígenes. Roma dominó con el latín todos los ámbitos de la Patria; pero cuando los caracteres de las regiones, por seculares influencias, fueron poniendo en la palabra del Lacio el verbo balbuciente de sus inspiraciones, de la degeneración latina surgió fuerte, decidor, gracioso, con inocencia de niño, atrevimiento de muchacho y súbito arranque de soberana y gentil arrogancia, un habla regalada con obsequios moros y judíos e influencias francolatinas.

Como Castilla era el cauce donde concurrían todos los afluentes de la Patria, en la centuria XII el río luminoso del habla nueva corre y lleva en sus aguas con emoción y orgullo los bajeles del *Poema del Cid*, de *Santa María Egipciaca* y de los *Tres Reys d'Orient*. ¡Salve, divina trilogía del idioma, Biblia augusta, principio del Antiguo Testamento de la lengua castellana!

Más tarde vendrán la poesía religiosa, de Berceo; la heroica, de Juan Lorenzo de Segura de Astorga y del anónimo cantor del *Conde Fernán González*.

La traducción del *Fuero Juzgo* es un progreso hacia la perfección del lenguaje; las obras del *Rey Sabio* decoran el habla nacional; el infante don Juan Manuel, con el *Conde de Lucanor*, hace mejoras en la heredad

augusta; el Arcipreste de Hita pone en el tesoro las perlas de su ingenio; el judío de Carrión, sus inspiraciones; López de Ayala, la cortesanía de su *Rimado de Palacio;* Santillana, el encanto de su lírica, y Jorge Manrique, la poesía de sus coplas:

> Nuestras vidas son los ríos,
> que van a dar en el mar,
> que es el morir;
> allá van los señoríos
> derechos a se acabar
> e consumir.

La Celestina, el gran monumento en que la gracia y el ingenio mejoran en tercio y quinto la lengua, es estrella de primera magnitud que alumbra los caminos de los que han de venir: Lope, Calderón, fray Luis y Cervantes, que son Castilla la Nueva, el Nuevo Testamento que se promulga en América y Oceanía, encargándose Santa Teresa y San Juan de la Cruz de abrir el cristal de los cielos para enriquecer la gloria con la esencia perfumada del habla de Castilla.

¡Salve, madre generosa, patriarcal tierra castellana; salve, maestra, que me enseñaste a hablar en la lengua divina del *Quijote!*

¡Bendita sea la fecundidad de Avila, de Segovia, de Soria, de Logroño, de Burgos y de Santander, que me regalaron el tesoro de mi lengua, la más rica, la más viril, la más elegante, la más llena de gracia y la de más alto señorío de la vida y la Historia!

Las catedrales, los monasterios y los santos

Yo quiero conservar en una sola emoción de mi vida el encanto de tus catedrales vetustas, documentos del

Burgos.—La catedral

arte que tienen el sabor románico de Avila, el gótico de Segovia y Santander y el purísimo, también ojival, de la más rica de España: la de Burgos, joya de Fernando III, con las exuberancias, lujo y maravillas de su famosa linterna del siglo XV, de su capilla *del Condestable*,

última palabra de un período triunfal, y, sobre todo, de aquellas sus dos torres gemelas, caladas por algún mago que hacía encajes de piedra, y que vistas de noche, contra la luz de la luna, parecen el sueño romántico de un creador de leyendas, y a la luz del sol, dos antenas para recibir en los ámbitos del templo único las inspiraciones del cielo por la telegrafía sin hilos de la fe.

Burgos.—Monasterio de las Huelgas

Yo te saludo, emocionado, venerable templo de Dios.

* * *

El viejo y el nuevo, los dos monasterios de *Suso* y *Yuso*, en la Rioja, es lugar, el primero, de las penitencias de San Millán, en los albores de la Edad Media, y gala el segundo de los castellanos viejos, que le conocen con el nombre del *Escorial riojano*.

El de *Santo Domingo*, en Burgos, restaurado moral y materialmente por el árbitro de Silos, que mediara con su santidad venerable en la discordia del gran rey Fernando I con su desatentado hermano García de Navarra, vió desde el siglo XI vivir en su claustro románico cronistas, orfebres, esmaltadores y famosos carpinteros. El monasterio de las *Huelgas*, de Burgos, creado por la mujer de Alfonso el de las Navas, cuyas abadesas eran dueñas de más de sesenta pueblos, tiene artísticas sepul-

turas donde duermen el sueño de la paz guerreros y reyes ilustres.

El de *San Salvador de Oña,* antigua residencia de los clunienses y hoy colegio de los Padres de la Compañía de Jesús, atesora las riquísimas urnas que contienen los cuerpos de Sancho el Mayor y Don Sancho el de Zamora.

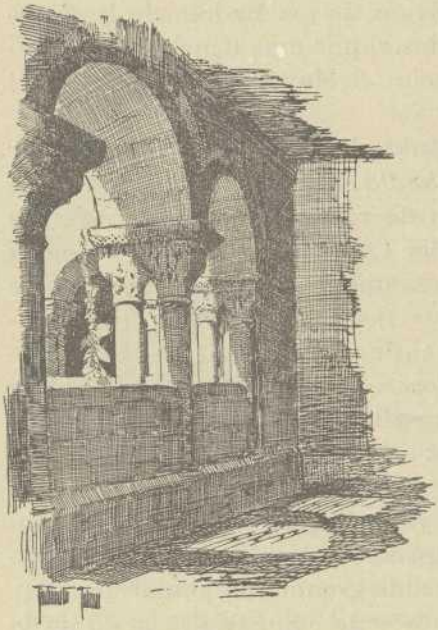
San Pedro de Cardeña, burgense, es famoso por los recuerdos del Cid. *Santa María de Nájera,* de Logroño, tiene un panteón de reyes de Navarra, infantes y caballeros de la familia Lope de Haro. *Santo Tomás* de Avila, gótico, con la estupenda sillería del estilo, se enorgullece de la estatua del príncipe Don Juan, cincelada por maestro florentino. Y, finalmente, la formidable *Cartuja de Miraflores,* la mejor de España, posee tres esplendorosas maravillas de arte realizados por Diego de Siloe, que son: el sepulcro de Don Juan II y su esposa, el del infante Don Alfonso y el retablo mayor, que por las figuras yacentes, por la ornamentación florida, por su gusto supremo y por la trágica imagen de Cristo, son el acierto más grande del genial maestro.

¡Oh, venerables monasterios! Sois dulce asilo de la ciencia, refugio de las letras, casa de los santos, aliento de los héroes y vida de la historia castellana.

* * *

San Millán de la Cogulla es el penitente ilustre de la primitiva Edad Media. Santo Domingo de la Calzada es el ingeniero a quien la santidad no estorba para construir puentes, caminos, templos y hospitales. Santo Domingo de Guzmán es el fundador de la Orden de pre-

dicadores para desterrar herejías e ignorancias, que en un rapto sobrenatural trae del imperio suprasensible de Dios la fundación del Rosario, sartal de rosas representadas por las dulzuras de la salutación angélica; y Santa Teresa de Jesús, que no tiene igual en la multiplicación de sus aptitudes, pues lo mismo reforma la Orden del Carmelo que escala el palacio de la gloria para sorprender el misterio impenetrable de la divinidad, y lo mismo alecciona a sus carmelitas que escribe el libro asombroso de las *Moradas,* yendo en su actividad sorprendente desde la fundación y gobierno de sus innumerables monasterios hasta las poesías de su musa arrebatada.



Burgos.—Claustro bajo de Santo Domingo de Silos. (Detalle.)

Santos castellanos, estrellas del firmamento de la Iglesia, lirios del valle de la caridad: vosotros sois el decoro y la sal de la tierra, la luz de Castilla y el resplandor de la raza. Venid para que veáis cómo hace sus versos el compañero de Santa Teresa, el primer

poeta de la Historia, de quien ha dicho el autor del libro las *Ideas estéticas:* «La poesía de San Juan de la Cruz no parece de este mundo ni cabe dentro de los criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana y tan elegante y exquisita en la forma como los más sabrosos frutos del Renacimiento.»

San Juan ha penetrado en el reino de la gracia con las más brillantes especies del mundo de la Naturaleza. Es único. Oigamos:

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh, dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada...
...¡Oh, noche que guiaste!;
¡oh, noche amable más que la alborada!;
¡oh, noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada.
En mi pecho florido,
que entero para El solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

... ...

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemerosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,

la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora...
...¡Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!
...Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura.
... ...

¡Benditos sean el poeta y su Patria!

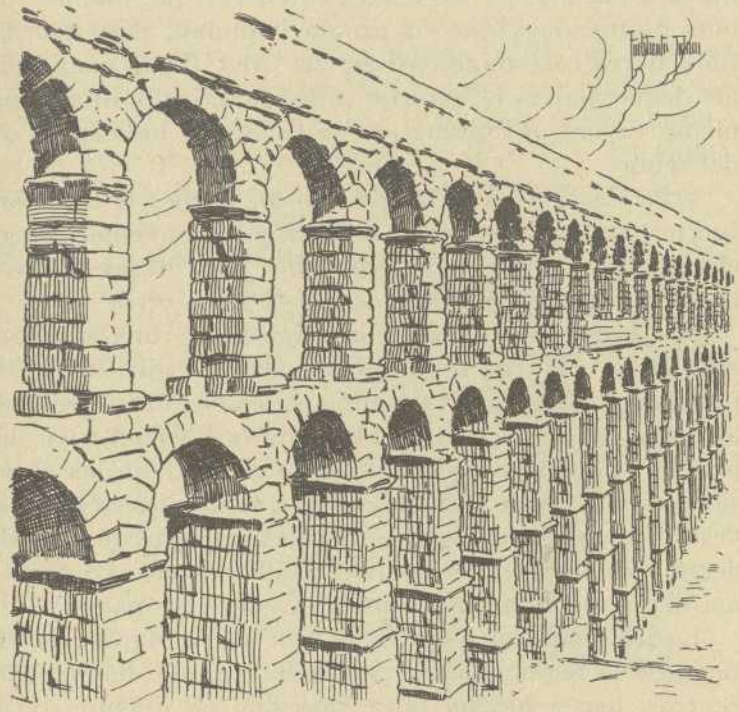
La libertad castellana

Porque no había cuando tú fuiste libre, ¡oh, madre Castilla!, quien lo fuera como tú, como León y como Asturias; porque fuiste el primer pueblo del mundo que vivió a la sombra de un derecho emanado de la conciencia humana, te rinden y te rendirán siempre homenaje los hombres civilizados.

El rey, desprendiéndose de su derecho para premiar servicios populares, creó el *fuero*. El pueblo, participando con el rey y los nobles de la tierra de los beneficios y de los privilegios, era un igual a los grandes, como lo era a la hora de pelear por la Patria, que es la hora de dar al rey sus hijos y sus bienes.

Esta comunión de ideales y de convivencias da ori-

gen al derecho castellano que se manifiesta en sus *jueces*, en las *behetrías* y *municipios*, con sus corregidores y alcaldes, con su legislación foral, con el sistema de bienes



Segovia.—El acueducto

de aprovechamiento común, con las cartas-pueblas, y últimamente, desde las famosas Cortes de Burgos, reunidas en el siglo XII, con la concurrencia a ellas del pueblo por medio de sus representantes, que se llaman al prin-

cipio *personeros*, más tarde *procuradores* y últimamente *diputados*.

El feudalismo, o sea el absoluto gobierno de los señores, cada uno de los cuales es un rey que manda sin más limitaciones que su propia voluntad, pasó por la libre tierra castellana casi sin ser advertido, cuando en los demás países el derecho individual, la familia y los bienes vivían oprimidos por la espada y los caprichos del señor.

¡Oh, Castilla! Tus luchas con los árabes te hicieron fuerte para españolizar al mundo, y tu convivencia con el rey y los nobles te hicieron libre para llevar la civilización a las vírgenes tierras que tu genio creó.

Por eso, cuando quisieron imponernos una libertad elaborada en otras latitudes morales y espirituales, el pueblo se resistió pasivamente a su enlace definitivo con lo extraño, porque ese pueblo tenía la libertad suya, la propia, la que se hizo a medida de su gusto en las decisiones seculares de su voluntad, y si tomó otra es porque desbrujuladas orientaciones políticas rompieron, con la derrota de los comuneros de Castilla, el proceso racional del derecho verdaderamente castizo y español.

La libertad castellana tiene mucho que agradecer al suelo de la región. En un país llano, cuando hay largas guerras, hacen mucha falta, más que en ninguna otra parte, los hombres del pueblo. La llanura ha sido santa para la causa popular castellana, y el hombre de las clases humildes ha sabido, por su parte, comprar con su sangre y su constancia la participación de soberanía, que en las guerras se iba desprendiendo del airón florido de la cimera real.

La vida moderna

La vida moderna está en Avila, con la atracción de sus monumentos envidiables y la riqueza de sus bosques; en Segovia, con la azulejería de Daniel Zuloaga, con el turismo que va hacia el colosal acueducto romano del siglo I de la Era y con la Escuela de Artillería y su Alcázar que, con las torres de Juan II y del Homenaje y las Salas, prestigio de la decoración palaciega y civil, son un canto aristocrático de la Edad Media; en Soria, con la riqueza ganadera y las industrias afines; en Logroño, con sus vinos riojanos, que triunfan en todas las mesas españolas bien servidas, y en Burgos, con sus cereales y riqueza pecuaria. La vida moderna vibra en Santander con el turismo de su costa bellísima y de sus montañas incomparables; con su residencia real; con sus fábricas de salazones; con su comercio; con su puerto; con el desarrollo industrial de sus altos hornos; con la gracia y el encanto de Santillana del Mar, que duerme el sueño de los tiempos gloriosos sin que la despierte el tráfago de la vida moderna; con las

Avila.—Puerta de San Vicente

cuevas de Altamira, que tienen pinturas del hombre primitivo; con las devociones calurosas de la piedad cristiana en Limpias; con la memoria de don Pedro Velarde, que irradió la centella de su patriotismo el *Dos de Mayo* en Madrid; con el orgullo maternal que tiene la ciudad montañesa al sentirse madre de Pereda, constructor de novelas en las más altas cumbres de la concepción artística, y cuyos personajes, *Muergo, el Pae Apolinar, Sotileza, Chisco, Cornias, Leto, Nieves, Neluco, don Sabas* y mil más, son todos *hijos predilectos de Santander;* y por fin, con el regocijo que entra en el alma santanderina cuando la ciudad piensa: aquí, en mis brazos, nació el genio de la crítica, el prodigio de la erudición, el patriarca del saber, la gloria moderna más sólida de la raza, el sin igual maestro de maestros don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Asturias

Oviedo

Decía Velázquez:

—*En mi vida he visto país más bonito... Dicen que Galicia... ¡Bueno, ya lo veremos!*

Efectivamente: la abundancia de agua produce el triunfo de la vegetación, y un país siempre verde es un encanto.

El Cabo de Peñas tiene a un lado a Avilés y al otro a Gijón, y al Sur, en el centro de Asturias, surge Oviedo. Lindando con León y Santander están las famosas montañas Picos de Europa, y no muy distante de la agreste cordillera, Covadonga.

Desde el punto de vista industrial, comparte Asturias con Vizcaya y Barcelona el imperio de las grandes industrias españolas: Altos Hornos de Duro-Felguera, fábrica de Mieres, fábricas de Moreda y Lugones de la Industrial Asturiana, fabricación de vidrio en Gijón, armas en Trubia y Oviedo, ebanistería en Avilés, yacimientos de hierro, y sobre todo, la riqueza característica, el carbón de piedra, que, con las minas de Mieres, Ujo, Langreo, etc., las mejores de España, constituyen la verdadera vida industrial de Asturias.

Los católicos de Mieres del Camino recibieron con

gran afecto a los niños y los llevaron a ver una de las minas de la cuenca carbonífera.

Los escolares, montados en vagonetas, penetraron en el interior de la montaña. Los mineros, alumbrados con lámparas de seguridad, arrancaban el carbón de la capa negra y brillante. Los golpes de las herramientas, el continuo gotear de los techos en la oscura galería, el aspecto fantástico de los visitantes vistos a la débil y rojiza luz y el febril movimiento de la explotación, daban un conjunto angustioso...

—*Cuando yo tengo calenturas, sueño cosas así*—dijo Menéndez.

—*Como que esto es el infierno*—añadió Saavedra.

—*Sí; un infierno que produce luz, calor, bienestar y fuerza para la Humanidad*—dijo, sonriendo, Lulio, y añadió—: *Precisamente porque la Humanidad se beneficia, debían tomarse en consideración, cuando sean razonables, las peticiones de los hombres que se dejan la vida aquí, en este infierno, y para eso deben ir en un mismo sentido los patronos, los Gobiernos, las entidades mercantiles y la vida entera de la nación... ¡Es la Humanidad la que se beneficia!...*

* * *

—*¿Cómo está aquí el carbón? Explica eso, Lulio... Yo no lo comprendo*—dijo Saavedra.

—*Pues mira: allá, en períodos anteriores a la Historia, en una época que se llama carbonífera, existían bosques inmensos. Sobrevino una catástrofe geológica y por movimientos de tierras, quedaron enterradas grandes masas de vegetación. Parte de esa leña prehistórica*

se pudrió, desapareciendo; pero otra, por sucesivas combinaciones, fué transformando su naturaleza vegetal hasta convertirse en piedra... Son hornos naturales de carbón, que en vez del fuego violento que podemos llamar físico, *han tenido miles y miles de años una combustión lenta, una candela química. El carbón más joven se llama turba; el inmediato, lignito; más viejo, hulla, y el más antiguo y que apenas tiene gases, antracita.*

En Asturias las capas de carbón van enterradas en areniscas y pizarras. La arenisca se puede considerar como una transformación de las arenas, y las pizarras como una petrificación del lodo arcilloso.

Lulio les explicó la importancia de las explotaciones asturianas y la necesidad absoluta que para la vida de las naciones es el carbón. Hacer prosperar estos negocios mineros es agrandar los límites de la Patria. Más de la mitad de la preponderancia del gran pueblo inglés se debe a sus incomparables minas hulleras.

* * *

En un *auto* fueron a Oviedo, donde los niños visitaron su catedral gótica, admirando la riqueza de sus joyas y muy especialmente la cruz, regalo de Alfonso *el Casto*, embellecida por la tradición, que la supone misteriosamente fabricada por los ángeles.

Estuvieron en la bóveda de cañón de la Cámara Santa, resto de las primitivas construcciones de Oviedo, y leyeron en las notas del viaje todo lo relativo a los reyes que desde Alfonso II al III tuvieron su Corte en la capital asturiana.

Pasearon por el magnífico Parque de San Francisco

y por la calle Uria, donde estaba el árbol de las tradiciones del pueblo llamado el *Carbayón;* y después de visitar la Universidad ovetense, fundada por el inquisidor Valdés, y de beber un vasito de sidra, que es el vino de las manzanas, abundantísimas en el país, fueron a ver las basílicas de Santullano, de Santa María de Naranco y San Miguel de Lillo, que les trajo a la memoria la que ya habían visto, de Santa Cristina de Lena, durante la visita a la cuenca del carbón.

Estas basílicas, de un estilo que puede llamarse asturiano, recuerdan, unas veces, las iglesias romanas primitivas, y otras, muy especialmente Santa Cristina, dan la idea de que el arquitecto de aquellos ejemplares del siglo IX había visto y se había enamorado de la maravillosa mezquita cordobesa.

La defensa de Oviedo por el coronel Aranda pasa a la historia como uno de los más grandes hechos de la historia militar del mundo. Con trescientos soldados ha resistido Aranda a diez mil rojos. No pasaron. Aranda y sus hombres se han inmortalizado.

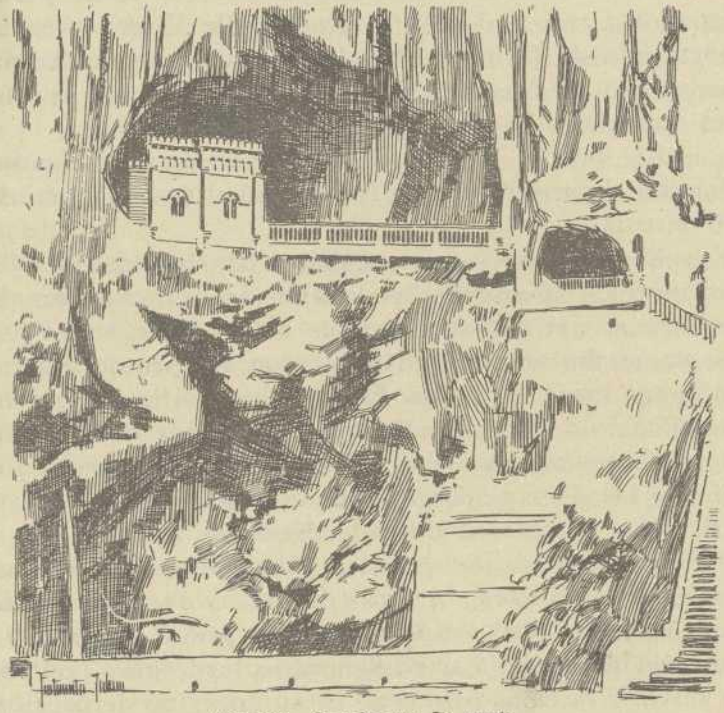
* * *

—*¡A Covadonga, a Covadonga!*—dijeron los escolares.

Y a Covadonga les llevó el *auto,* atravesando el encantado país de Asturias, lleno de huertas, maizales y prados en la parte llana. Luego, al empezar la montaña, el roble, la encina, el castaño, los helechos y el boscaje bravío de la humedad y la sierra son la nota dominante del cuadro, siempre bello y siempre intensamente sugestivo.

Casi de noche llegaron al lugar venerable.

Covadonga es un valle profundo, cerrado a tres vientos por imponentes montañas. La gruta se abre, pintoresca y atrevida, a la mitad del talud vertical del



Asturias.—Covadonga: La gruta

enorme paredón del monte Auseba, y por bajo del suelo de la gruta se precipita un río con estrepitoso torrente.

Abajo, en el valle, los niños descendieron del *auto*, y dijo Lulio:

—*Aquí, donde estamos nosotros, estaba el ejército de Al Kamak.*

Los escolares oyeron sobre el terreno la lectura que Lulio hacía de sus notas. Leía:

=Los árabes llenaban enteramente el valle, y los españoles, refugiados en la gruta de la Virgen y en la parte alta de la herradura de montañas, se defendían arrojando piedras, troncos de árboles y flechas contra las aguerridas huestes agarenas.=

=El empeño insensato de Al Kamak al pretender dominar la gruta frente a frente, fué el error táctico de su derrota.=

=El combate se prolongaba, y con la algarabía de los moros, el piafar de los caballos árabes, el fragor de las armas y el pavoroso gemido del torrente, se formaba un medio acústico ensordecedor. De pronto, un relámpago rasga las nubes. El retumbar del trueno impone silencio a los combatientes. Una ráfaga de huracán barre impetuosamente el hemiciclo. El rayo cruza los aires y los cielos se desgajan en torrentes diluviales. Los cristianos seguían ofendiendo desde las alturas.

El general semita, que siente desprecio por los combatientes españoles, cree que no debe volver la espalda ante la pobre hueste defensora de la gruta, y cuando la inundación anuncia su presencia, es tarde para ponerse a salvo, y la catástrofe coge en su vorágine de precipicio al ejército orgulloso de los dominadores y lo lanza a la derrota y la muerte.=

=La voz del glorioso capitán cristiano tiene entonces acentos de león victorioso y ordena a sus soldados que desciendan todos al valle para atacar al des-

hecho ejército musulmán. En pocas horas, lo que la Naturaleza embravecida no pudo concluir, lo terminaron aquellos hombres, abuelos de los Rodrigos, de los Alfonsos, de los Fernandos, Vargas, Mendozas y Guzmanes.=

Como la pobre España estaba deshecha, y éste de Covadonga era el último núcleo de la resistencia nacional, se jugaron los cristianos en la partida el presente y el porvenir de la Patria; y como el número de los enemigos era incontable, y pobres y reducidas las huestes defensoras, todas las esperanzas humanas estaban perdidas.

Como el corazón maltrecho y acorralado por la desgracia busca en el seno de la conciencia la luz resplandeciente de Dios y se entrega a lo sobrenatural, que empieza precisamente cuando en lo natural fracasamos, la tormenta formidable de Covadonga fué en la tragedia de los corazones españoles como una luz del cielo, y por eso la Reconquista empieza con carácter religioso, porque en la gruta está la Virgen y en la batalla el dedo de Dios; y empieza también poniendo a la Monarquía como principio de su acción, porque sobre el mismo campo de la victoria, Pelayo, el egregio, el magnífico, el hombre providencial, fué levantado sobre el pavés y proclamado rey. ¡Gloria eterna al rey patriarca!

Los niños hicieron una breve oración en el altar de Santa María de Covadonga y pusieron una flor en el sepulcro de Don Pelayo.

* * *

Por la mañanita subieron a la parte alta de la montaña, desde donde se ven algunos de los formidables *Picos de Europa.*

—*Por aquí había osos*—dijo Menéndez—, *porque al rey Don Favila lo mató uno de esos animales.*

—*Y ahora los hay también*—dijo Lulio—; *así lo he leído en los libros del marqués de Villaviciosa, que no sólo supo ir a sus cavernas a cazarlos, sino que, realizando increíbles esfuerzos, tiene la gloria de haber puesto por primera vez la planta en la cumbre del formidable pico llamado* Naranjo de Bulnes, *declarado absolutamente inaccesible por todos los alpinistas del mundo.*

* * *

Fueron los niños a Gijón, en cuyo puerto del Musel apreciaron el movimiento y la vida de la ciudad asturiana, una de las más importantes plazas del cabotaje español, y embarcaron en un barco bilbaíno para ir a La Coruña.

Desde el mar, Lulio marcaba la posición de las ingentes montañas astures y orientó a los niños hacia la dirección donde él calculaba que debía caer el Puerto de Pajares, en el ferrocarril de León a Oviedo, que por el rápido descenso desde la cordillera a la llanura ha obligado a realizar acaso la más atrevida obra de la ingeniería ferroviaria española, y desde cuya parte alta se divisa uno de los más bellos panoramas de la Península.

Se hizo luego el comentario sobre el *Principado de Asturias*, creado en tiempos de Don Juan I y cuyo título llevaron los sucesores al trono de España. Después, admirando el paisaje del mar y tierra asturianos, pasó

por la atención de los escolares la estela luminosa de los grandes hombres astures: Pedro Menéndez, conquistador de la Florida; Jovellanos, Campomanes y Argüelles, hombres de Estado; Pidal y Vázquez de Mella, extraordinarios oradores; Campoamor, poeta; Palacio Valdés, novelista, y Cea Bermúdez, crítico.

El autor de estas páginas saluda con amor de patria a la venerable tierra asturiana.

Galicia

La Coruña

Galicia, país celta de interesante psicología y suelo sin igual, estaba a la vista de los expedicionarios, con su costa irregular y graciosa, cuyos ángulos salientes, los cabos y los entrantes, las rías, le dan un carácter inconfundible en la carta geográfica española.

Cuando doblaron el Cabo Prior y estuvieron frente a la Punta de la Coitelada, tenían a la izquierda la ría del Ferrol; más abajo, la de Ares y Puentedeume; en el fondo, la de Betanzos, y en una punta avanzada, como un gran pájaro marino que descansa en la costa, La Coruña.

—*¿Qué es aquello? ¿Está el mar ardiendo?*—preguntó Saavedra.

—*No*—dijo un pasajero—, *aquellos son los cristales de la calle Marina.*

Efectivamente: el sol de la tarde, reflejándose en las galerías de cristales de La Coruña, ponían una llamarada roja sobre la ciudad, que parecía un incendio de fantásticas iluminaciones.

* * *

La Coruña vive principalmente de la pesca. Mariscos y sardinas, en abundancia extraordinaria, hacen que

miles de familias vayan a buscar diariamente al mar la vida que no pueden encontrar en la tierra.

El movimiento pesquero en España va creciendo de un modo admirable.

Hace cincuenta años había en todas nuestras costas unos veinte vapores de pesca y una docena de fábricas de conservas de pescado. En 1921 han llegado a seiscientos los vapores y a más de doscientas las fábricas destinadas a elaborar los productos de pesca, que alcanzaron un movimiento económico de quinientos millones de pesetas. ¡Benditas sean esas simpáticas industrias que fortalecen el vigor financiero de España!

* * *

Los gallegos son hombres laboriosos, hormiguitas de actividad, que recorren el planeta entero hasta que encuentran dónde echar el ancla de sus andanzas mercantiles. A las Antillas, a Méjico y a la Argentina han ido estos hombres, listos, dulces, sencillos, cada uno de los cuales tiene dentro todo el bagaje espiritual necesario para la conquista de su deseo, y han establecido relaciones que abarcan desde el mero servicio personal, sin más trascendencia que ganarse la vida, hasta la empresa fuerte y simpática, que amarra con el vínculo de la convivencia mercantil a Galicia con América, desenvolviendo una gestión que, generalizada en toda la Península, apresuraría el glorioso momento, no lejano, en que el sol alumbre una gran sociedad de naciones de la misma sangre, presidida por España.

Y esto que hacen los gallegos en América lo han hecho también en la Península, porque, con la actuación

de sus indiscutibles cualidades, han sabido conquistar los principales puestos de la vida oficial española.

* * *

Santiago de Compostela.—La catedral

Los niños apreciaron el gran progreso de la capital gallega y su moderna higienización. Vieron magníficas iglesias, monumentos de hombres públicos y el soberbio Ayuntamiento en la hermosa plaza de María Pita.

Pasearon hasta la Torre de Hércules, utilizada como faro, que se alza majestuosa en la Punta de Orzán, y a la vuelta pudieron contemplar la vista de conjunto del magnífico puerto, con los dos castillos guardianes de San Antón y San Diego.

En los apuntes de Lulio figuraban tres nombres: el del general inglés Moore, que encontró muerte gloriosa en La Coruña peleando contra el mariscal Soult; el del sillero Sinforiano López, que levantó con los arrestos de su patriotismo el espíritu gallego contra la invasión napoleónica, y el siempre glorioso nombre de María Pita.

Destruída la Armada Invencible, surgió el poderío naval inglés, y el almirante Drake quiso apoderarse de La Coruña, porque bien saben todos los ambiciosos de la tierra lo que vale en el mundo la capital de un país que forma la estupenda esquina coruñesa con la avanzada cantábrica del Cabo Ortegal y la atlántica del Finisterre.

El marqués de Cerralbo no podía resistir el violento ataque de las tropas inglesas...

Estaban ya los enemigos en la brecha y, desalentados los nuestros, surgió de entre los defensores una mujer que, armada de rodela y espada, mató al oficial británico que clavaba su bandera en la muralla. La intervención de la heroína gallega encendió los ánimos, y los valientes coruñeses, multiplicando sus fuerzas en el fuego santo de la Patria encendido por la mujer providencial, demostraron al ejército inglés hasta dónde llega el alma hispana cuando la ofenden en su libertad e independencia. María Pita es el honor de La Coruña.

* * *

El Ferrol, capital de la jurisdicción marítima que abarca desde la frontera de Portugal hasta la de Francia, es plaza fuerte que, con sus dársenas, arsenales, dique de la Campana, astillero de Caranza y todo el desenvolvimiento que además de las obras del Estado va tomando allí la iniciativa particular en construcciones marítimas, da la sensación de su importancia, prácticamente ponderada al ver que posee elementos para poner la quilla a magníficos acorazados.

Santiago de Compostela.—Catedral: Pórtico de la Gloria. (Detalle.)

Allá, en la ría espléndida, ondeaba la bandera española en un acorazado con todos los adelantos de la arquitectura y la artillería naval. Se había construido en El Ferrol.

* * *

Los niños atravesaron el bellísimo país gallego en automóvil, porque, en honor de la verdad, todo el antiguo Reino de Galicia tiene menos ferrocarriles que la provincia de Córdoba, por ejemplo, y no suele haber facilidad ferroviaria para las expediciones por el interesantísimo territorio. Galicia merece, por bella y por rica, más medios de comunicación.

* * *

Los niños se pusieron muy contentos a la vista del venerado pueblo de Santiago de Compostela.

Cuando entraron en la ciudad, llovía con lentitud y se acordaron de la bellísima novela *La Casa de la Troya*, de Pérez Lugín, porque en ella se pintaba de mano maestra ese ambiente en que ahora estaban ellos. Llovía *artística y razonablemente*. No era aquella la lluvia andaluza, atropelladora y muchas veces trágica.

Con el aspecto melancólico que la luz borrosa daba a la Plaza Mayor y la expresión de los monumentos que la encuadran, los niños estaban admirados y pensativos.

Velázquez dijo a Lulio:

—*Oye, Lulio, esta plaza es la mejor de España.*

Y Lulio contestó:

—*¿De España nada más?*

La Plaza Mayor está presidida por la catedral, que responde, desde luego, a su fama. Es el más espléndido edificio románico del mundo.

El arte arquitectónico de los paganos, casándose con la idea cristiana, produjo el arte visigodo y románico en Occidente y el bizantino en Oriente.

Se entra en la catedral de Santiago y se recibe una gran emoción, no sutil y delicada, sino fuerte. La catedral de León y la de Burgos son la idea religiosa, como la concibe el misticismo, que tiende las alas de la espiritualidad. La catedral de Santiago es la religión de los que elevan la vista a Dios desde la multiforme actividad de la vida. El arte gótico es la plegaria de la virgen del Señor, que tiene un alma blanca y azul como un ensueño, y el románico es un guerrero que, después de haber peleado por la Patria, alza los brazos y glorifica a Dios.

Pero hay dentro de la estupenda catedral un sitio en que el guerrero deja el arnés brillante, la cota de malla, el peto acerado, y se viste con sayo de seda, jubón de púrpura y guante de fiesta... Ese sitio es el pórtico de *la Gloria*, del maestro Matheo.

El pórtico de *la Gloria* es el triunfo de un ideal mágicamente realizado. Los que entienden, se admiran, y los que no entienden, también.

Fernando Cid, que en León se había embobado ante una edificación románica, estaba ahora viendo la obra sin igual del maestro Matheo como alumbrado por el sol de una emoción nueva de lo bello, y decía cosas llenas de ingenuidad y de alma...

* * *

—*Anda, Lulio, lee en los apuntes del colegio el descubrimiento del Sepulcro...*—dijo Menéndez.

Lulio leía:

=A principios del siglo IX, muchas personas habían visto en el bosque del monte Libredón unos resplandores misteriosos por las noches... Se descubrió el sepulcro del Apóstol.=

=A la veneración del obispo Teodomiro y del rey Alfonso *el Casto* siguió la del pueblo, y luego la de toda España y Europa.=

=Los peregrinos extranjeros llenaban el llamado *camino francés*. San Francisco y Santo Domingo llevaron a Compostela la flor de sus adoraciones, y los hombres más puros, los más espirituales, atravesaban las ásperas rutas de la Edad Media tras el ideal del Apóstol. Se creó la Orden militar de Santiago para defender

a los peregrinos; en los campos victoriosos de la Reconquista se consagró la frase *Santiago y cierra España;* los reyes usaron el bordón y la concha santiaguesa, y no contenta la Humanidad con rendir al Patrón el fervor de la tierra, clavó los ojos en el luminar del cielo, y a la más grande de todas las nebulosas, al gran misterio cósmico de la Vía Láctea, lo bautizó con el nombre de *Camino de Santiago.*=

* * *

El incensario llamado el *Botafumeiro,* que se columpia gallardamente por toda la extensión de la nave, arrancó a los chiquillos admiración y risas porque, al fin y a la postre, aquello es un juguete colosal sirviendo infantilmente a una gran idea.

Se despejó el cielo y salió el sol, que pintaba con el oro de la tarde la bellísima fachada del Hospital de los Reyes Católicos, envolviendo en las sombras azuladas del crepúsculo al magnífico consistorio y al San Jerónimo, mezcla románica, grecorromana y ojival, que triunfa majestuosamente en la plaza.

* * *

Al día siguiente visitaron los monumentos de la que podemos llamar capital religiosa de la Edad Media, siendo, sin duda, lo más interesante de la jornada la expedición que realizaron a la colegiata de Santa María del Sar, cuyas columnas inclinadas y claustro en ruinas son del más bello estilo románico, y cuya parte septentrional conserva los nueve arcos de gracioso follaje funda-

dos sobre grupos de delgadas columnas, que dan una impresión de obra definitiva.

* * *

Tuvieron que viajar en *auto* para tomar el tren de Pontevedra, y, durante el recorrido por el incomparable país galaico, los apuntes de Lulio pusieron en la conversación de los escolares nombres modernos de ilustres gallegos nacidos en la provincia coruñesa: Cavanilles, sabio historiador; Eduardo Dato, el hombre de gobierno sacrificado en el cumplimiento del deber; el marqués de Figueroa, político y poeta; López Ferreiro, el historiador; López Seoane, el naturalista; Rosalía de Castro, la más genial e inspirada imaginación de Galicia, la más alta poetisa de nuestros días; Concepción Arenal, que partió su vida y su talento entre la caridad y el problema social; Sofía Casanova, que ilustra actualmente las letras gallegas, y doña Emilia Pardo Bazán, autora del bello libro *San Francisco de Asís*.

Pontevedra

—¡Ea! Saavedrita, ahora estamos en un país todavía más bonito que Asturias, ¡que es decir!..., ¿eh?

—Más bonito parece imposible, y, sin embargo, lo es; tienes razón, Lulio.

Esta provincia de Pontevedra está sola en el mundo. Tiene lluvias abundantes, cielo limpio, mar bellísimo, decorado en la costa con el espectáculo de sus olas acariciando rías, ensenadas y puertos, y jugueteando, deliciosas, en los mil accidentes de una configuración inventada por el capricho de la Naturaleza, tan poderosa en sus elementos como rica e inspirada en sus creaciones del arte natural.

—¡Qué temperatura más agradable!—dijo Menéndez.

—Pues lo mismo pasa en el invierno—afirmó Lulio.

—¿Por qué?

—Pues porque la corriente del Golfo influye sobre estas costas calentándolas, cuyo calor, combinado con la temperatura propia de esta latitud, forma la primavera inacabable de la región.

Decía Saavedra:

—Yo estoy mejor y más contento que nunca y tengo grandes ganas de jugar—y al decir esto miraba con par-

ticular afición una cometa blanca serpenteando alegremente en los aires.

—*¡Pide cola!*—decía—. *Hay que ponerle una cola más larga. ¡Mírala cómo cabecea! ¿No es verdad, Velázquez?*

—*Exacto.*

Hasta Lulio miraba la pandorga o cometa con el mismo interés que si se tratara de un fenómeno de astronomía científica.

Estaban los escolares en la península que hay entre las rías de Pontevedra y la de Vigo, y desde el faro de Domayo dominaban uno de los más singulares panoramas, formado por la esplendidez del cielo, la majestad del mar, la brillantez de la luz, la gracia de la costa y el verde de los campos, con pinos, robles, castaños, viñedos, maizales y sembrados, y cuya lontananza tomaba animación con pueblecitos interesantes y con la nota elegantísima de lujosos jardines y villas. La Naturaleza era reina y señora.

Faltaba algo, y surgió en la sugestiva melancolía de la tarde gallega la tonada dulce del alma regional. Alguien que se acordaba de su madre muerta, cantaba los versos de un gran poeta regional:

Nai, adorada nai, martir escura,
Branca pombiña, arruladora e tenra,
¡Ay! Si souperas como me deixabas...
... Non te morreras...

Desde el magnífico mirador contemplaban los expedicionarios, a la derecha, la ría de Marín con Pontevedra en el fondo, y más al Norte, esfumada por la

distancia, la bella ría de Arosa, en cuyo centro está Villagarcía, con ensenadas propias para buques importantes. A la espalda de nuestros escolares brillaba la Redondela, y a la izquierda, Vigo, presidiendo la bahía incomparable, la mejor del mundo, por pintoresca, amplia, profunda y hasta por aquellas islas Cíes, barrera de piedra, con el faro en la parte más elevada, que defiende la ría de los temporales y en donde, en aquel momento, los rompeolas semejaban en la lejanía una miriada de blanquísimas gaviotas que el mar formaba con sus espumas en las piedras.

El sol acariciaba los montes que atalayan la inmensa bahía: Galleiro, Corujo, Galineiro, y Alba...

Se oía a lo lejos:

... martir escura,
Branca pombiña, arruladora e tenra...

* * *

Por la noche, en la capital, hicieron recordación, ayudados por los apuntes de viaje, del gran Payo Gómez, que fué con Bonifaz a la conquista de Sevilla; de Pedro Sarmiento de Gamboa, explorador ilustre en aquel esfuerzo generoso que dió por resultado la posesión de la geografía del Estrecho de Magallanes; de Mouriño y de Pazos, presidente del Consejo con Felipe II.

Los niños pusieron un particular gusto en la memoria de los dos ilustres marinos Jofre Tenorio y don Casto Méndez Núñez.

Jofre Tenorio nació en el castillo de su familia cercano a Pontevedra.

En el Estrecho de Gibraltar, los benimerines tanteaban, antes de tirarse a fondo con su invasión, el grado de resistencia que pudiera tener España contra los propósitos de ellos, y el rey Alfonso XI tenía allí una pequeña escuadra de veintisiete barcos al mando del insigne marino gallego.

Contra ella se presentaron más de doscientas cincuenta velas del rey de Marruecos, y a poco de empezar el combate casi todas las naves españolas estaban destruídas. El almirante se defendía en la capitana contra cuatro galeras marroquíes. Todos los guerreros de España, acribillados a flechazos, caían alrededor del ilustre hijo de Pontevedra, y cuando ya no quedaba nadie, dice la crónica:

=Et pelearon tanto, fasta que se los mataron todos, et el, abrazado con el estandarte, peleó con una espada que tenía en la mano fasta que le cortaron una pierna et ovo de caer, et lanzaronle una barra de fierro et dieronle un golpe de que murió. Et los moros le cortaron la cabeza et echaronla al mar et aquel cuerpo del almirante llevaronlo al rey Albohacen...=

¡Gloria al mártir del deber y de la Patria, a quien la tragedia y su valor heroico exaltan como una página prestigiosa de nuestra marina de guerra!...

* * *

Don Casto Méndez Núñez bombardeaba con una escuadra de barcos de madera, el año 1866, la plaza del Callao, puerto de la república del Perú. La plaza tenía magníficas fortificaciones, torres blindadas y todas las defensas conocidas entonces.

—*¿Cómo va usted a atacar esas fortalezas con barcos tan frágiles?*

—*No tengo más remedio; han ofendido el honor de España, y lucharemos...*

—*Pero es que esos barcos se perderán.*

Y dijo el ilustre almirante, con una tranquilidad conmovedora:

—*España quiere más honra sin barcos que barcos sin honra.*

Y Antequera, Topete, Valcárcel, Alvargonzález, Pezuela, Bàrcáiztegui, Patero y Lobo, enardecidos en la lucha con las palabras y las heridas que Méndez Núñez recibiera a bordo de la *Numancia*, dejaron a salvo el honor de España allá, en los mares lejanos que España misma descubriera en la edad de oro de nuestra misión civilizadora.

* * *

En Vigo pasearon en canoa-automóvil por la ría y vieron las mejores fábricas de salazones de sardinas. Este es el gran negocio de la costa gallega. La sardina es tan abundante, que forma verdaderos bancos, donde llegan los vaporcitos de pesca con sus redes y levantan copos de una gran riqueza.

En las fábricas las descabezan, las cuecen al vapor, las encierran en latas con aceite y, convenientemente esterilizadas y purgadas de aire en cámaras especiales, salen al mercado europeo y americano donde triunfan por su delicado paladar y por su presentación inmejorable.

Vieron los niños prensar la sardina en seco, así como la fabricación del escabeche, y, convencidos de que se trataba de una riqueza de primer orden, salieron satis-

fechos de la prosperidad de estos negocios, que arrancan al mar sus tesoros para robustecer la economía nacional.

Como la ría de Vigo es lo que es, es decir, el número uno de los puertos avanzados de la Europa occidental, a Cid, que tiene siempre vibrante la cuerda patriótica, le chocó la presencia de una formidable escuadra inglesa en plena bahía.

—*Pues es muy frecuente eso*—le dijo Lulio—, *pero no te inquietes, Fernandito; eso lo hacen las escuadras del gran pueblo inglés por necesidad de sus cruceros atlánticos, y aunque parecen enamorados de las rías pontevedrinas, a nuestros Gobiernos consta que esos amores son, por causa del Derecho moderno, completamente románticos...*

—*¡Dios quiera que sea siempre así!*—dijo el simpático chiquillo.

* * *

Tomaron el tren que pasa por Túy, el de la vega de oro y valles deliciosos del Miño, el de la catedral, joya del siglo XIV y la patria adoptiva del singular historiador don Lucas de Túy. Túy es la patria del gran hombre y mártir de la Patria Calvo Sotelo. Fué un gran orador, un incomparable hacendista, un político honrado y excepcional que representaba el anhelo de renovación de España ante los atropellos constantes de la República. Fué cobardemente asesinado por agentes del Gobierno; y es un hecho evidente que su asesinato se tramó y llevó a cabo bajo la dirección gubernativa. Fué un caso increíble de crimen oficial. Con su muerte se precipitó en el espíritu público la protesta productora de la revolución del Ejército salvador de España.

Orense

En Orense pasearon los escolares por el valle delicioso que en la capital se extiende.

En uno de los paseos a pie por el campo, vieron a una moza, con la *sella* rebosante de agua sobre la cabeza, charlando con un mozalón, que sosteníale la palabra desde la cerca de una reducida heredad.

Una vaca grande y de pelo reluciente se coscaba en el muchacho; en el fondo se oía el gruñir quejumbroso de un cerdo, y las gallinas picoteaban alrededor de una pequeña casa que por el lado del camino era habitación del hombre y por la espalda establo de animales.

La vaca, el cerdo y las gallinas forman parte interesantísima del paisaje en los campos gallegos.

El pintoresco cuadro, de que la ciudad era centro sobre la intensa verdura del valle regado por el Miño, tomaba valor de gran belleza con la nota espléndida de la catedral auriense, que dominaba, arrogante y señora, la decoración.

Se ve en muchos detalles, y hasta en el conjunto del gran templo de Orense, la influencia de la catedral de Santiago.

Es un fenómeno observado, que cuando alguna

región produce uno de esos monumentos de la historia del arte, su influencia hace perder la iniciativa de la inspiración particular; así, en Galicia, todas las corrientes arquitectónicas van por los dos cauces del románico y del renacimiento, que son los factores de la iglesia compostelana.

Por eso en Orense tienen hasta su pórtico de la *Gloria*, en cuya columna central se venera la Virgen del Consuelo; y aunque hay visibles manifestaciones góticas, quien hizo aquello debió ser tan santiaguista, que no pudo negarse a rendir vasallaje a la supremacía espiritual y artística del templo del Apóstol.

* * *

Al recorrer los escolares la provincia, pudieron observar que en todas partes hay manantiales de aguas calientes. Desde las *Burgas* de la capital, hasta Verín hay multitud de manifestaciones del fenómeno. Acaso las dos palabras latinas *aqua urente* (agua caliente), degenerándose, vinieron a formar la palabra *Orente*, Orense. Y también observaron, y de ello hicieron grandes elogios, la actividad laboriosa de los habitantes. No hay casa sin su telar rústico, donde la mujer o el hombre, en los ratos de ocio, hilan telas que satisfacen el consumo de los simpáticos hijos del pueblo.

* * *

Supieron que en esta provincia, como en otras muchas de España, se padece en verano y otoño el azote del paludismo.

—*El paludismo lo tienen porque les da la gana*—dijo Lulio.

—*Habla de eso... Aún me acuerdo yo de las calenturas que tuvè hace dos años...*—manifestó Saavedra.

—*Pues eso es muy fácil evitarlo y, además, está al alcance de todas las fortunas. Cuando llega el verano, se corta la corriente de los arroyos y riberas. Aquí el calor del sol quita temporalmente esos amigos al Miño y al Sil...*

—*Pero ¿qué tiene que ver eso con las calenturas?*—exclamó Saavedra.

—*Querido Saavedrita: tiene que ver, porque las aguas paradas se corrompen, y en su corrupción vive y se desarrolla el mosquito del paludismo. En las aguas paradas pone sus huevos microscópicos. Del charco podrido toma en sus antenas el veneno que mete luego en la sangre del hombre con sus picotazos... Y ese grave mal, que quita salud y energía a la Patria, se cura poniendo en los treinta o cuarenta charcos que hay en cada provincia una ligera capa de petróleo basto.*

—*¿Petróleo?*

—*Petróleo, sí, señor. El petróleo incomunica el agua parada con el aire, y no habiendo contacto con él no hay corrupción de materias ni, por tanto, envenenamiento de los líquidos. Los mosquitos mueren. Así lo han hecho en Cuba y ha desaparecido por completo la fiebre amarilla que fué durante siglos y siglos el terror de los españoles...*

—*¡Qué cosa tan sencilla y tan admirable!*—dijo Menéndez.

* * *

Después que los niños vieron colecciones magníficas de ejemplares de mineral de estaño, abundantísimo

en toda la provincia, y cuya explotación será con el tiempo un manantial de riqueza y bienestar para el país, volvieron a Orense; y cuando, embelesados, miraban desde el magnífico puente romano la preciosa ribera del Miño y contaban tradiciones y leyendas del famoso Cristo de la devoción auriense, empapada en la poesia del lugar, llegó hasta ellos, con la cadencia inconfundible de la muñeira, la voz de un chiquillo que llevaba una piara de cabras por la orilla del río:

Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España:
el Santo Cristo, la puente
y la Burga, hirviendo el agua.

* * *

Por la tarde había neblina y el paisaje se puso triste. Los escolares se iban de Orense, acaso para no volver nunca. Allí quedaban flotando en el ambiente nombres ilustres: Diego de Velasco, restaurador de la ciudad; el Padre Feijóo, genio de la cultura; Gregorio Hernández, de mágico cincel; el obispo don Pedro Quevedo y Quintana, ejemplar de recio patriotismo en la guerra de la Independencia, y el poeta, lleno de emoción, Curros Enríquez, que en la lengua en que don Alfonso *el Sabio* escribió las *Cantigas*, en la dulzura de un lenguaje que parece hecho para las ternuras íntimas del hogar, decía cosas así:

Nevaba, Mainiñas mainas,
quediña, quediñamente,
iban caindo... caindo...
as folepiñas d'a neve.

Lugo

El *Lucus Augustus*, bosque sagrado de los romanos, se asentó a orillas del río Miño. Puentes, murallas, teatros, templos, todo lo que constituyó una magnífica ciudad romana lo tenía Lugo. Los suevos extendieron sobre la ciudad, como sobre toda Galicia, una nube de oscuridad casi impenetrable. Los normandos asolaron el país, que era gobernado por condes desde el siglo IX, y las tropas de Almanzor, al reconquistar Galicia, llevaron sobre Lugo, como sobre todo el país, la ruina y la muerte. La reacción contra el invencible ministro de Hixen hizo surgir a los príncipes cristianos, que ganaron al formidable general la batalla de Calatañazor, a la que asistió personalmente el buen conde de Galicia Menendo González.

Tienen lugar en todo el condado las luchas de los señores, de los obispos y de los concejos, y las revueltas son tan continuas y tan enconados los odios, que no hay lugar en la dulce tierra galaica que no esté manchado por los recuerdos trágicos de las contiendas medievales. Los Reyes Católicos acabaron definitivamente con todo ese lamentable estado de cosas.

* * *

Tiene Lugo un suelo tan vario, que bien puede decirse que desde el valle del Navia, casi al nivel del mar, hasta los picos de *Peña Rubia* y *Cuiña*, con dos mil metros de elevación, se dan en sus tierras los frutos de todas las zonas, y marca su clima desde la templanza del Cantábrico hasta las nieves de las cordilleras.

Iban nuestros escolares paseando por el adarve de la magnífica muralla romana de Lugo, que circunda sobradamente a la ciudad, y gozaban de la bella perspectiva del valle del Miño y de las altas sierras que en el confín lejano dibujaban su elevación, cuando unos chiquillos, que divertían su ocio jugando, tuvieron disputa entre sí sobre la propiedad de una bola. El más pequeño, no reconociéndose con fuerzas para sostener su pretensión con los puños, discutía y gritaba desaforadamente que la bola aquella era suya y muy suya. No tuvo éxito. El mayor se la guardó tranquilamente. El chico, después de buscar el apoyo de sus pretensiones en otro muchacho de los mayorcitos y de no conseguirlo, se dirigió a un guarda del paseo-muralla, y éste, perezosamente, falló su incompetencia diciendo:

—*Déixame de falas...*

El chiquillo entonces recurre al último extremo, y, yéndose al grupo de nuestros escolares, se encara con el hombre, con Lulio, al que expuso sus derechos y sus quejas. El niño era tan gracioso y tan bonito, que el buen Lulio le convidó con unas monedas para que perdiera el mal sabor de su derrota. El chico guardó sus perras y se fué llorando:

—*¡Yo quiero mi bola!... ¡Yo quiero mi bola!... ¡Mi bola!...*

Lulio, riéndose, pensó:

—*¿Será esto una representación de la monomanía pleitista que tienen los gallegos?*

El autor de este libro cree que esa propensión a pleitear no nace sólo de la manera de ser de aquella raza, sino también de la naturaleza de la propiedad territorial, dividida en aquella región como en ninguna parte. Es claro que mientras más colindantes, más probabilidad de discusiones y pleitos. Tampoco deja de ser causa el estado de irritación latente que crean los censos, foros, cargas y gravámenes de aquellas tierras, las más bonitas, según la Naturaleza, y las más sucias, según la ley.

* * *

Nuestros amigos vieron el mosaico romano de la antigua calle Batitales. Es una preciosidad. Con pequeñas piedrecitas de color se empedraba el suelo y se formaban dibujos verdaderamente artísticos. Recordaron los mosaicos de Itálica que habían visto en Sevilla y reconocieron la finura y perfección de los dibujos de éste.

¿De dónde procedía? La colosal cabeza humana con orejas de perro, bicornuta, rodeada de peces de varias formas y tamaños, da la sensación de un monstruo marino, y por eso han pensado algunos que este mosaico debía ser el pavimento de un templo de Diana, diosa de la caza y de la pesca también. De todos modos, los lucenses están muy contentos con la posesión del magnífico ejemplar del arte romano.

* * *

Don Pedro Peregrino mandó hacer la catedral de Lugo al maestro Raimundo de Montforte, y puede verse en ella una variedad grande de estilos, según las épocas en que se hicieron sus distintas obras. La planta y galerías altas o triforios, románicos; el ábside o cabeza, gótico, y sus portadas, del Renacimiento, dan la razón a lo que antes dijimos. El coro está esculpido en el siglo XVI por el maestro gallego Moure. Es muy simpático que sean hijos de la región los dos nombres que se han salvado del olvido en que yace toda la pléyade gloriosa de artistas que en esta catedral, como en todas las de España, dejaron la huella luminosa de su arte y ocultaron sus personas, sin que se haya levantado todavía el viento generoso de una crítica que, soplando sobre herrumbres, polvos y olvidos, ponga al descubierto los nombres ilustres para que los siglos del progreso les hagan justicia.

* * *

Hay en la catedral de Lugo un privilegio rarísimo de la Iglesia, o sea el derecho a tener expuesto permanentemente el Sacramento de la Eucaristía.

En la capilla mayor, dentro de magnífico viril y alumbrado por los cirios melancólicos de la adoración, está expuesto desde tiempo inmemorial, sin ocultarse nunca, el misterio de los misterios de nuestra creencia cristiana.

Hubo un hombre en la Judea que curaba ciegos, leprosos y tullidos; un hombre que tenía una dulzura tan intensa y activa, que era obedecido ciegamente por leyes superiores a las ordinarias del mundo natural. Lázaro estaba muerto, y Él dejó caer sus lágrimas y su

mandato sobre la fetidez del sepulcro y se obró el inaudito renacimiento. Era todo su ministerio amor, paz, perdón y sacrificio. La luz de las montañas judías era más clara al reflejarse sobre la figura del Maestro, y el verbo de Jesús era como una campanita de oro que, puesta en la parte más alta de la conciencia humana, repicaba triunfalmente anunciando la gloria del Padre.

Los sacerdotes y los políticos pervirtieron al pobre pueblo, y un día, previsto por el Maestro, todos, los humildes y los grandes, los sabios y los ignorantes, los milites y los ciudadanos, los que andan los caminos y los que duermen en la ciudad, Roma y Oriente, la Humanidad entera, hizo mártir al Inocente, y, deshonrándolo en público, lo clavó en un palo como una pobre bandera rota de la justicia, del amor y de la misericordia.

Pero antes el Mago de la Verdad reunió a los suyos, y en un deseo eterno de unión con el hombre, buscó en el misterio creador de sus prodigios el más espiritual y abnegado, y poniendo en el *fiat* unas esencias nuevas, que no estuvieron en su palabra el día de la Creación, su cuerpo inmaculado, su sangre virgen, su alma inmortal y su divinidad omnipotente se convirtieron en el humilde pedazo de pan, que los hombres comerían para que de la tierra podrida del pecado surgiera la flor limpia de la dignidad humana...

Los niños se arrodillaron un momento en el solemne silencio de la capilla mayor, y, al salir, Lulio convino con ellos en que era preciso mucho espíritu de fe y mucha devoción de las almas para mantener aquella adoración perpetua; porque el hombre es, por naturale-

za, mutación, cansancio, inconstancia, y necesitamos variar las posturas del espíritu hasta para seguir amando, y para no entregar la adoración del Cristo-Pan a la impureza de nuestros familiares descuidos y groserías, son precisas mucha fe, mucha luz...

Lulio expresaba estas ideas, y Velázquez le daba confirmación señalando a un edificio público donde estaba el escudo de la ciudad, y el escudo era una muralla, una hostia y unos ángeles adorándola.

Cuando las ideas se suben a los escudos es que han estado antes en todas las alturas morales del pueblo.

* * *

Monforte, con su rancia nobleza de Lemos; Monte Furado, con el túnel romano que hicieron aquellos hombres para desviar la corriente del Sil y coger el oro de sus arenas, y Mondoñedo, con su catedral gótica, cosa rara en Galicia, fueron vistos curiosamente por nuestros expedicionarios antes de ir a Ribadeo para embarcarse con rumbo a Vizcaya.

Las Vascongadas

Vizcaya

El vasco primitivo, el sacerdote ibero que en las montañas de Somorrostro, veinte siglos antes de Jesucristo, esperaba con recogido continente la hora del plenilunio para celebrar a la puerta de su gruta un rito de las idolatrías primeras, hubiera calificado como absurda la especie de que en la profundidad de los tiempos estaba reservada su hora a un genio novísimo, que movería los carros de hierro por sí solos, que metería la voz humana por hilos metálicos para transmitirla a distancias increíbles, que sin postas ni vías sus ideas darían la vuelta al mundo nadando en la plenitud ondulante del espacio, sería servido de una industria poseedora de una máquina para cada uno de sus gestos y que, con la solución de los problemas científicos, llenaría los bosques vírgenes de la Vasconia, disipando para siempre la neblina misteriosa de sus leyendas lunarias.

—*¡Qué campos tan deliciosos!*—decía Velázquez.

—*¿Tú los ves tan verdes, tan cultivados, tan productivos? Pues todo se debe al trabajo de estos hombres. El país no podía tener un suelo más ingrato... Sus montañas daban maleza inculta y ásperos pedregales; pero el esfuerzo de este hombre vizcaíno, alto, fuerte, seco,*

de cabeza empotrada en cuello vertical y duro, de temple bravío cuando su derecho peligra y de corazón infantil y bueno, con su laya *de dos puntos, porque el arado es impotente, ha ido puliendo estas piedras hasta hacer de la provincia lo que es: un encanto.*

Esto que decía Lulio era la gran verdad. El trabajo lo consigue todo, porque como es voluntad y es fuerza, tiene el señorío del mundo. El hombre se hizo para gozar; pero sobrevino la catástrofe de la caída en el desorden y en el delito, y desde entonces todas sus facultades y órganos, creados para la paz, el amor y el placer, no tienen más que un camino para conquistar el placer, el amor y la paz, y ese camino es el trabajo.

Trabaja el corazón en sus creencias, y el trabajo se llama fe; trabaja el entendimiento en su luz, y el trabajo se llama ciencia; trabajan las manos en la materia, y el trabajo se llama utilidad; y fe, ciencia y utilidad son el círculo completo de la vida.

Y dijo Cid:

—*Si los vascos son tan grandes trabajadores y tienen ya el suelo cultivado, ¿qué es lo que hacen ahora?*

Lulio, desde la cumbre de Begoña, adonde fueron a ver la Virgen de la piedad bilbaína, orientaba a los niños hacia el límite con la provincia de Santander y contestaba a Fernandito Cid:

—*Ahora, estos hombres que resolvieron el problema del suelo, trabajan infatigablemente en el subsuelo, y en Somorrostro y demás distritos mineros arrancan una cantidad fabulosa de mineral. Allí*—y marcaba Lulio al Nervión—, *bajo el humo de aquel bosque de chimeneas, están las formidables ferrerías, y por la corriente abajo*

del río van los buques llevando a toda España el hierro elaborado y a Europa la prodigiosa tierra de las minas vascas.

—*Eso quiere decir*—afirmaba Menéndez—*que los vizcaínos trabajaron primero el suelo; después, bajo el suelo, y últimamente, se extendieron por el mundo.*

—*Perfectamente dicho*—agregó Lulio.

Pasó cerca de los escolares un anciano del país con su herramienta al hombro, y poco faltó a los chiquillos para que rindieran a la persona del bilbaíno toda la admiración que sentían ya por su raza.

—*Vaya usted con Dios, abuelo*—le dijo Saavedra.

—*A la paz de Dios, muchachos*—dijo serenamente el viejo, y se ocultó por un recodo del camino...

* * *

En Bilbao apreciaron los escolares el movimiento propio de la riquísima floreciente ciudad, uno de los más grandes orgullos de la España moderna.

La vida más intensa corresponde a la Diputación de Vizcaya, sucesora de la antigua foral, que, como todas las Diputaciones vascas, por su patriotismo y el espíritu que la guía en sus obras, establecimientos, carreteras y caminos, y en cuanto se refiere a la administración de los bienes comunes, ha sabido conquistarse la admiración de todo el mundo.

* * *

—*Mirad*—decía Velázquez—*la ciudad partida en dos pedazos por el río Nervión. ¡Qué efecto tan bonito hacen los cinco puentes que unen a una ribera con otra!*

Los niños pasearon por el animadísimo barrio del Arenal, y en la ciudad nueva admiraron la gran vía de Don Diego López de Haro, con sus plazas Elíptica y Circular, las espléndidas calles, los suntuosos teatros, estatuas, jardines, estaciones y una urbanización modelo que responde a todos los servicios de la vida moderna.

Bilbao se manifestaba a los niños con todo el esplendor de gran ciudad y con todo el prestigio de sus altos merecimientos.

* * *

Estuvieron en el astillero Euskalduna, en la Constructora Naval y en el dique de Martínez Rivas, por la orilla izquierda del río, y siguieron hasta Portugalete en el tren. Admiraron la gran bahía que se extiende desde allí hasta los espigones, en el mar, y pasaron el Puente Transbordador, que alguien calificó de arco triunfal de la riqueza bilbaína. En Las Arenas subieron a Neguri, que es una altura coronada con los más bellos *chalets* de España, y regresaron a Bilbao en un viaje fantástico, porque ante los ojos asombrados de los visitantes pasó una sucesión no interrumpida de fábricas de todas las especies sobre que actúa la industria, una verdadera y viva exposición al natural que se desenvolvía majestuosa en las tres leguas que hay desde Algorta hasta Deusto, en un conjunto de animación que los niños veían por primera vez en España. Esta era una España nueva, distinta de todo. Era un cuadro de humo, de movimientos, de número y cálculos; era el estrépito de trenes, grúas, máquinas y vapores; era

el triunfo de la materia y de la inteligencia; era el imperio civilizador del trabajo.

Al día siguiente fueron a conocer los Altos Hornos de Vizcaya, que es la primera industria de Bilbao. En el tranvía de Portugalete llegaron al Desierto, y allí se presentó ante ellos el espectáculo más fuerte de la vida industrial. Miles y miles de hombres se movían febrilmente, unos en los hornos, otros en la fundición y los de más allá en el Bessemer y en el Siemens Martín. Había legiones de laminadores y carrileros y una muchedumbre se ejercitaba en todo lo relativo a la lingotería.

Saavedra gritó:

—*¡Mirad, mirad un río de fuego!...*

En efecto; corría el hierro fundido por cauces preparados, y los obreros, desnudos, con los pechos al aire, se engolfaban en el trabajo dantesco.

El resplandor del incendio daba a las carnes, requemadas y sudorosas, un brillo purpúreo; los ojos se recogían doloridos tras los párpados, la boca aspiraba ansiosa el aire ardiente, y las arterias, dilatadas, arrojaban al cerebro y a los centros vitales una sangre que enervaba al corazón con una calentura lentamente consumidora del equilibrio y la salud.

—*¡Pobrecitos!*—dijo Cid.

—*¡Son los héroes!*—dijo Lulio.

—*Por nada del mundo trabajaría yo así*—protestó Menéndez.

—*¿Cuánto gana usted?*—le preguntaron a uno de aquellos hombres.

—*Quince pesetas.*

—*¿Mucho trabajo?*

—*Bastante.*

—*¿Y puede usted aguantar este incendio?*

Los niños no sospechaban que este hombre dentro de pocos años tendría disminuídas sus fuerzas y que había de llegar un momento en que Vulcano arrojaría por inútil la pieza humana del engranaje industrial... Entonces la vida sería una inquietud y una carga durísima...

Era preciso suscitar en las corrientes morales de la conciencia una previsión de amor capaz de hacer salir en los campos de la vida el sol nuevo de una amplia justicia social, pacificadora y cristiana.

Lulio decía:

—*Vosotros, que empezáis ahora a vivir, mis buenos amiguitos, debéis aprender esta verdad del derecho novísimo: El que trabaja en una cosa, crea algo del dominio. En el fenómeno complicado de la producción, si el capital tiene derechos indiscutibles, el trabajo los tiene indiscutibles también.*

Lulio explicó a los niños la teoría del Alto Horno:

—*El mineral rojizo, óxido de hierro, entra en el horno mezclado con carbón. El carbono del cok está deseando ponerse en el lugar que deja vacante el oxígeno del óxido. Lo sustituye, y entonces se forma el carburo de hierro, o sea el lingote; ese lingote bilbaíno, que puede presentarse en todos los mercados del mundo.*

Si se quiere fabricar acero, se lleva el carburo al convertidor Bessemer, y allí la combustión le quita parte del carbono. Si se le quita todo el carbono, el hierro dulce hace su aparición...

Los niños agradecieron la sencilla lección del sabio y buen amigo Lulio.

* * *

Paseando por el campo Volantín y por el Arenal conversaban los escolares sobre el contenido que de la sucinta historia de Bilbao llevaba Lulio entre sus apuntes, y entre los mil incidentes de la conversación de los muchachos, corrió el comentario desde la fundación de la ciudad por el ínclito don Diego López de Haro hasta la guerra civil, en que Bilbao resistió los repetidos cercos carlistas y pudo ver, herido de muerte, al pie de sus murallas, al genial estratega Zumalacárregui.

La figura de Trueba, el bardo, el cantor del pueblo, Antón el de los cantares, la dulzura popular hecha copla, fué contemplada en su estatua por los escolares, que *conversaron* jovial y cariñosamente con el poeta.

Los nombres de Martínez Rivas, Epalza, los Zubiaurre, Zubiría, Allende, Urquijo, Acillona y cien más, operarios ilustres del progreso material y espiritual de Bilbao, llenarán siempre una página del engrandecimiento de la Patria.

Desde la altura de Archanda Mendi, los niños veían ponerse el sol y admiraban el cuadro de la ría incomparable.

Decía Lulio:

—*Todo lo que vemos es propiedad de los hijos del país; los inmensos depósitos de mineral, las industrias que con el hierro se relacionan, los astilleros y la mayor parte de esos buques del puerto, son bilbaínos. No tie-*

nen nada que ver los extranjeros con la propiedad de estas cosas. Es nuestro todo. ¡Viva España!

* * *

—¿Y por qué se reunían los vascos a la sombra de un árbol, Lulio?

—Porque, cuando el hombre era más primitivo, vivía más en la Naturaleza, y por eso el árbol era más amigo suyo, más de su intimidad...

El árbol de Guernica es la tribuna natural del derecho y de la libertad del pueblo vasco.

Santuario al aire libre y a la luz del sol es el alma vascongada, que ha elegido un sitio, centro del sistema moral de sus íntimas atracciones. Es una cátedra, un parlamento y un altar. Los señores de Vizcaya y los reyes venían aquí a jurar fidelidad a los fueros, y las ramas del árbol eran como el solio de la realeza de un pueblo. La vida íntima, el amor, la familia, los hijos, el pan, la tradición, la fe, las costumbres, la paz, la guerra, la alegría, el luto, la entraña misma de la ley y la vida, todo se cobijaba en las ramas augustas, porque ese era el querer de una raza, que, por su honradez y civismo, ha puesto su administración foral como un ejemplo luminoso en la cima del Derecho administrativo europeo.

El himno *Guernikako arbola*, de entonación varonil y de cadencias cortadas a pico, como las quiebras de las montañas de la cordillera, subía clamoroso al cielo azul, y los niños, descubiertos, estaban blandamente acariciados por el beso divino de la tradición, medula de la espiritualidad de los pueblos.

* * *

Desde la grandeza moral de Guernica fueron en *auto* los escolares a contemplar la hermosura del mar en Mundaca, bahía humilde, cuya belleza debe tener enamorado al Cantábrico, que la acaricia con los besos de sus espumas y con los suspiros de sus vendavales.

Era día de fiesta. En plena plaza pública, cara al mar, se bailaba por el pueblo el *aurresku*. Los hombres venían todos cogidos de la mano. Dos varones iban al grupo de las mozas por una. Traíanla. El *aurresku* bailaba entonces un trenzado de delicadezas para solemnizar la llegada de la mujer, que quedaba en el cordón de los hombres. Luego otra, otra y todas; y cuando cada uno tenía su pareja, se desataba al son de tamboril y gaita un baile honesto y gracioso, terminado, como si fuera un símbolo, con el *arín, arín* (ligero, ligero), que era una alegría grande, porque la comunidad cristalizaba en la eterna pareja que Dios bendijo en el Paraíso y en el Evangelio.

Los niños durmieron en Bilbao y soñaron cosas grandes y cosas sencillas. Soñaron con la grandeza y la sencillez de España.

Luego, un microbio que se estaba incubando en Vasconia (Vizcaya y Guipúzcoa) se precipitó en una imponente destructora enfermedad separatista. Vió entonces el mundo asombrado que los hombres de orden, cristianos, conservadores, para conseguir el sueño de su fiebre, no tuvieron inconveniente en aliarse con los comunistas, levantando la bandera y las armas contra el Ejército español, campeón de la civilización cristiana. Esta es una de las páginas más tristes de la Historia universal.

Fernando Cid ha dado tres vivas seguidos a España, con todas las energías de su corazón patriota y cristiano. Los demás muchachos los han contestado con singular ardimiento: ¡Viva España!

Guipúzcoa

Todo el país de Guipúzcoa es una hermosura. Se realiza aquí el prodigio de que al lado de una gran belleza natural esté siempre en funciones el bienestar y la utilidad del hombre.

Así como Vizcaya ha concentrado su movimiento en el curso del Nervión, Guipúzcoa ha repartido la vida por toda la provincia, lo cual, bien considerado, tiene un inconveniente económico y una ventaja social: el inconveniente procede de que las industrias, muy divididas, crean, tal vez, menos riqueza, y la ventaja de que se distribuye mejor la utilidad. Si todo el mundo fuera pequeño industrial, se suprimirían casi todos los problemas e inquietudes de la vida moderna.

No por eso deja de haber grandes industrias guipuzcoanas; ahí están como prueba la Papelera Española, de Rentería, cuyos negocios ilustraron hombres como Picavea; las fábricas de Tolosa, Villabona e Irura, también papeleras; la de vagones de Beasaín; la de armas de Eibar y la cerrajería de Mondragón; pero, eso no obsta para que en todas partes, aprovechando cualquiera ventaja natural, surja en aquel país, bueno y labo-

rioso, la manifestación de industrias medias y de negocios pequeños, que abarcan desde el bellísimo grabado de oro adamasquinado y las fábricas de boinas y alpargatas, hasta la explotación de los establecimientos de aguas mineromedicinales, que nuestros expedicionarios habían visto en todas partes de España; pero que, aquí en Cestona, se distinguía, tomando cierto aspecto señorial y elegante.

* * *

Habían ido los muchachos con Lulio al monte Igueldo, en San Sebastián.

Al subir en el funicular que conduce hasta la cumbre de la montaña. Saavedra hacía chistes acerca del porrazo que se darían si se rompiera aquello.

Cuando llegaron a la parte alta, un grito de júbilo se escapó de los niños. Era el mar de Cantabria que, desde allí, dejaba ver una extensión inmensa, azulada, a la que hacía caricias la dulce brisa veraniega, y en la que proyectaban juegos transparentes y dorados la luz suave que caía de los cielos como un regalo que a la región bellísima hacía su enamorada la Naturaleza. Eran las montañas de Vasconia, redondas, verdes, con ligeras neblinas pegadas en el fondo de los valles, y alegrías de *zortzicos* en los blancos caseríos, caprichosamente perdidos en sus faldas. Era la leyenda vasca llena de infantil ensueño y arrogante virilidad, y era San Sebastián, que desde arriba parecía la acuarela de un proyecto de ciudad imaginado por un artista de la luz y de la línea.

—*¡Miradla!*—decía Velázquez—. *¡Es más bonita que una perla!*

—*Verdad*—afirmó Lulio—; *porque las hay más grandes, más suntuosas, más bellas; pero más bonitas...*

El almuerzo de los niños en el Igueldo fué una explosión de la alegría de vivir.

—*En todas partes aprendemos; pero aquí nos divertimos de lo lindo...*—decía Menéndez, sonriendo, con una felicidad reflejo de la pureza regocijada de su corazón.

—*Como que yo me quedaba a vivir en esta altura para siempre*—dijo Velázquez.

—*Para siempre, no*—agregó Fernando Cid.

—*Entonces, ¿dónde vivirías tú para siempre, Fernandito?*—dijo Saavedra.

—*Para siempre, en mi pueblo, y si no pudiera ser...*

—*¿Qué pasaría?*

—*Pues que toda España sería mi pueblo...*

Lulio cogió la ocasión del sentimiento patriótico que emanaba de las palabras de Cid, y, abriendo sus apuntes, surgieron ante los muchachos las figuras de Sebastián Elcano, Legazpi y el Padre Urdaneta, y la siempre interesante del gran Santo del país, Ignacio de Loyola.

* * *

Estaba descubierta América y visto el Pacífico. Había un deseo vivo, ansioso, de penetrar en el mar ignorado, de entrar a fondo en la extensión misteriosa.

Carlos V, el gran rey, el hombre extraordinario, que no entendió a los españoles al principio de su reinado, concluyó por acomodarse a nuestro temperamento, y fundido su genio con las características expansivas y generosas de la Patria, surgió el gran gobernante que

hubo de entenderse con Magallanes para descubrir el mundo ignorado, viviente en el impenetrado secreto del gran mar.

Allá va el ilustre portugués con sus cinco épicas naves, hermanas de las carabelas de Colón. Entran por el estrecho que separa a la Tierra del Fuego de la Patagonia, e ingresados en el Pacífico, con la proa puesta siempre a Occidente, llevan, con un tesón digno de la epopeya, un pensamiento de locura, una monomanía, una obsesión: quieren ir al Asia por Poniente. Si lo consiguen, quedará practicada la redondez de la tierra.

El mar, con sus extensiones sin fin, con su realidad aplastante, es un gran desfacedor de ensueños de los caballeros marinos. Se concluyen los víveres y escasea el agua. La muerte en medio de la soledad puede borrar de un momento a otro el intento de los héroes. Ya no cabe retroceder, porque la tragedia aguarda en todas las direcciones de los vientos.

El almirante levanta los ojos al cielo en la oscuridad de la noche y ve allí la *Cruz del Sur:* una cruz de estrellas que decora los campos siderales de la otra mitad del mundo. ¡Cruz de la noche, cruz de las latitudes pacíficas, fabricada por la mano de Dios, que te dibujó con los brillantes de unos soles inmensos, deja caer con tu luz una sola esperanza en los horizontes trágicos de la expedición!

¡Tierra!..., gritaron los hombres, desfallecidos. Era una isla del grupo de las Marianas. Luego surgieron en la soledad las Filipinas. El gran nauta portugués encontró en ellas muerte gloriosa peleando contra multitud de indios.

Juan Sebastián Elcano, hijo de Guipúzcoa, tomó luego la dirección de la empresa. La nao *Victoria*, única superviviente en la colosal expedición, fué mandada por el marino de Guetaria. El gran hombre pudo llegar a las Molucas, y, orgullosa, la Geografía exaltará el nombre de Elcano, porque ha dado motivos para que, vuelto a España, lo ennobleciera el César poniendo en su escudo una esfera con una inscripción latina que quiere decir: «El primero que me dió la vuelta».

Los nombres de Carlos V, Magallanes, Elcano y el de la nave *Victoria* van juntos para dar testimonio de que no sólo América, sino la inmensa y difícil Oceanía, fué descubierta por este genio de la raza ibérica, que tiene una fuerza expansiva incomparable y que en el vértice imantado de sus expansiones lleva siempre una luz misteriosa, nuncio amable de la civilización que viene...

Los dos guipuzcoanos Legazpi y el Padre Urdaneta llevaron después la conquista a los archipiélagos españoles; y si el ilustre fundador de Manila contribuyó poderosamente a la españolización filipina, el fraile misionero Urdaneta, con la palabra, la humildad y el espíritu de sacrificio de su apostolado, hizo que la conquista de las tierras del Pacífico fuera para España el más grande timbre de nobleza, porque no ha habido colonización en el mundo tan llena de humanidad como esta bella conquista, llevada a cabo por un guerrero y un fraile.

Manila ha hecho bien en levantar un monumento en que Legazpi, con la bandera de España, y Urdaneta, con la cruz, dan el símbolo de la ética de nuestro dominio, a quien la justicia moderna tendrá que dar nece-

sariamente, en el gran certamen futuro de las Naciones, el premio de honor de los grandes civilizadores.

Luego Lulio miró hacia la dirección de Azpeitia, diciendo:

—*Allí fué un gran hombre, un gran santo.*

Y contó a los niños, leyéndolo en los apuntes, cómo el guerrero de Loyola, herido en Pamplona por el hierro francés, al curar su heridas encontró en las páginas del *Flos Sanctorum*, que le dieron como lectura para entretener su convalecencia, una súbita inspiración, un amor nuevo.

Contra los frailes predicadores de Alemania, que llevaban a todas partes las doctrinas de Lutero, se alzaba Ignacio, que, entre ásperas penitencias y vislumbres altísimas, formaba legiones de hombres, guerrilleros de la doctrina de la Iglesia en las luchas avanzadas contra las herejías germánicas.

* * *

Lulio y los niños bajaron a San Sebastián. Madrid entero, veraneante, paseaba por la Concha. Un balandro de regatas, como un pájaro de la marisma, hacía frente al Casino evoluciones graciosas y femeninas... No sé por qué; pero siempre me ha parecido que el vapor es el hombre y las velas son las mujeres, las señoritas del mar.

Más tarde vino el desastre separatista. Irún fué destruído por los revolucionarios y en la conquista de este pueblo se inmortalizó el requeté navarro. San Sebastián fué al fin conquistado por los buenos españoles, y los

vascos separatistas echaron sobre la bella ciudad una mancha tan negra que han de realizar prodigios de amor nacional los guipuzcoanos para que la madre España sonría y perdone.

Alava

Unos chiquillos alaveses jugaban a la pelota con pala en un paredón de las afueras de la capital. Las dos parejas, con boinas azules y rojas, ponían un interés extremo en las jugadas. Seguramente era aquello un desafío.

Un chico, como de doce años, oficiaba de árbitro o juez, y el público, todo de muchachos, manifestaba singular entusiasmo cuando los jugadores marcaban algún tanto de agilidad y destreza.

La pelota iba y venía al frontón con el doble *cha, cha* de la pared y la pala, y zagueros y delanteros se batían de tal modo, que era imposible calcular qué color llegaría triunfante al tanto veinticinco, final del partido.

Cuando iban igualados a doce, el delantero azul se lastima un pie.

Conflicto. Ninguno de los chicos del público se atreve a sustituir al lesionado.

Nuestros jóvenes alumnos, que presenciaban el juego, se acercaron al grupo de jugadores, y Cid se ofreció para sustituir al delantero inutilizado.

El zaguero azul se encara con Cid y le dice:

—*Pero... ¿tú sabes?*

—*Yo, sé...*

—*Pues... andando...*

Cid se quita la chaqueta, desabrocha el cuello, se pone la boina azul del sustituído, y entra en funciones con tal fuerza y dominio, que el compañero y el público comprenden que los azules no han perdido nada con la intervención de Cid.

Se igualan en el tanto veinticuatro. El público, como es natural, tiene sus simpatías por la pareja íntegramente alavesa.

Cid tira un golpe bajo, de habilidad, y el zaguero rojo cree que es tanto perdido por los azules y no recoge la pelota.

—*¡Ganamos!*—dicen los rojos.

—*Yo he dado en buen campo, y como no la cogisteis, habéis perdido vosotros*—grita Cid.

El público se alborota; los rojos protestan; los azules discuten, y en la confusión suenan las palmas del árbitro y todo el mundo calla.

—*Tiene razón el forastero*—dice el juez alavés.

Los que se creían vencedores, aceptan la sentencia contraria.

Dos grandes virtudes se han realizado: la virtud de fallar en una jugada dudosa y decisiva contra el deseo natural de que ganaran los de casa, y la virtud de aceptar sin dificultades la decisión del juez.

—*Esto que estamos viendo*—dijo Lulio—*es el elogio más grande de Vasconia. La justicia es la primera virtud de los pueblos.*

Luego estrechó con efusión la mano del niño juez, símbolo de una raza.

* * *

El amor a la independencia y a sus fueros tiene en el corazón alavés, como en todo el país vascongado, aquella fuerza y unción que los niños sintieron en Guernica. La Guernica de Alava es el famoso Campo de Arriaga, lugar bendito de las tradiciones y los fueros, donde se reunían los procuradores de las Hermandades representantes de Alava. Allí se discutía el bienestar de la comunidad, y cuando había dudas en alguna decisión, se levantaban las sesiones para consultar directamente la voluntad del pueblo.

Cuando el país comprendió, por propios y voluntarios estímulos, que no le convenía el gobierno de sus antiguos señores, se pone al habla con el rey de Castilla y obliga a Alfonso XI a venir al campo de Arriaga, antes de discernirle la soberanía, para que jure el rey en el lugar sagrado del Derecho alavés que guardará todos los fueros, que no impondrá contribuciones nuevas y que el pueblo y el monarca se relacionarán de tal modo, que Alava formará parte de la patria castellano-leonesa sin dejar de ser Alava en la ley, en el fuero y en las costumbres.

Cuando se hace consideración de esta ideal manera de entender la vida pública y la Patria, sentimos que un aire limpio lleva a nuestros pulmones un flujo de honradez y de fuerza.

* * *

En Vitoria, fundada por el rey de Navarra, Sancho *el Sabio*, pasearon los niños por sus plazas, principalmente por la Nueva, cuyos planos fueron debidos a la inspiración del gran arquitecto del país, el ilustre Ola-

guibel; y después de admirar en la catedral gótica la preciosa Virgen románica de la Edad Media, llamada de la Esclavitud, y de visitar varias notables fábricas de muebles, estuvieron recordando, por las notas de Lulio, a los hijos ilustres del país, que se enorgullece con su don Pedro López de Ayala, militar y cronista excelso; con su Martín de Olabe, filósofo, maestro en París; Vitoria, maestro en Salamanca; Ignacio María de Alava, muerto en Trafalgar; *Dos Pelos*, guerrillero en la Independencia, y sobre todos, fué muy del gusto de los niños Samaniego, el fabulista ilustre.

Menéndez leyó unas fábulas graciosas y concluyó con estas dos, muy serias:

En una alforja al hombro
llevo los vicios,
los ajenos delante,
detrás los míos.
Esto hacen todos;
así ven los ajenos,
mas no los propios.

—

Salicio usaba tañer
la zampoña todo el año,
y, por oirla, el rebaño
se olvidaba de pacer.
Mejor sería romper
la zampoña el tal Salicio,
porque si causa perjuicio
en lugar de utilidad,
la mayor habilidad
en vez de virtud es vicio.

* * *

La guerra de la Independencia es el levantamiento más general, más ardiente, más íntimamente sentido que jamás realizara España. Sólo pueden comparársele la Reconquista de los árabes y la emigración a América que durante los siglos XVI, XVII y XVIII despoblaron la Patria para españolizar el Nuevo Mundo.

Napoleón quiso dominar la tierra, y su genio incomparable encontró la primera grave contrariedad en España. Todo el hervir de la sangre ibérica, en el glorioso paréntesis que empieza en el Dos de Mayo en Madrid y acaba en los campos de Vitoria, tiene el divino calor de la epopeya, y por eso nuestros escolares fueron al sitio próximo a Vitoria donde se rompió el último eslabón de la cadena con que quiso amarrar a España el maravilloso general emperador.

El propio rey José Bonaparte dirigió del lado francés la lucha. Wellington llevó la dirección de ingleses, portugueses y españoles. Más de cincuenta mil hombres de cada bando se encontraron en aquella mañana épica de 21 de junio de 1813. Cómo ambos ejércitos tenían plena conciencia de la eficacia definitiva de la jornada, genio, valor y heroismo derrocharon los franceses, pero la estrella de Napoleón se eclipsaba en el mundo y era natural que el triunfo su pusiera de parte del genio, del valor y del heroísmo de los aliados. Los españoles Pablo Morillo, *Longe* y Agustín Girón pelearon como leones y ayudaron a conseguir que la victoria sonriera aquella noche en su tienda al futuro vencedor de Waterlóo.

El botín de la batalla fué espléndido: el coche del rey José, acémilas incontables y carros numerosos llenos de una riqueza fantástica cayeron en poder del vence-

dor, y mientras Wellington tomaba del equipaje del rey la espada que le regalaron en Nápoles y el bastón del mariscal Jourdan, el triste hermano de Bonaparte, afligido por la derrota y por la pérdida de una corona arrancada de sus sienes en los campos alaveses, iba camino de Francia, considerando cuán infecundo y cuán loco había sido el empeño de sojuzgar a un pueblo independiente y libre.

Si conociera el eúskaro, el viejo idioma primitivo conservado milagrosamente en Vasconia, hubiera sabido lo que unas muchachas del pueblo cantaban en pleno campo cuando el derrotado pasaba cerca de una fiesta popular. Era la canción de guerra de los vascos contra los romanos. Era un canto de veinte siglos que tenía en aquel momento una actualidad emocionante:

Lelo ha muerto...
Zara ha muerto a Lelo.
Los romanos
quieren domar a Vasconia,
y Vasconia alza
el canto de guerra...
Si Octaviano es
señor del mundo,
Lecobide
lo es de Vizcaya...
Por mar y por tierra
nos ponen cerco;
las llanuras
son de ellos;
pero los bosques y cavernas,
nuestros.
Si duras corazas
llevan los romanos,

nuestros cuerpos indefensos
son ágiles...
Cuando matan uno
nuestro,
cinco docenas caen
de ellos...
De los grandes robles
la fuerza se gasta
al perpetuo picotear
del arrendajo...

El arrendajo de España había echado a rodar al roble gigantesco de Napoleón.

La raza es inmortal.

Navarra

Pamplona

El hermoso país que tiene a sus pies al Ebro y en su frente la cordillera pirenaica, y cuyo suelo posee desde la cortadura del precipicio hasta el risueño llano de la *Rivera*, fué un reino de la Reconquista que tuvo su Covadonga en *San Juan de la Peña*, donde, según las tradiciones, ante el cadáver de un santo ermitaño, los hombres de Navarra y Aragón eligieron un jefe que los llevara a la victoria contra los árabes.

Y fué Navarra un reino que influyó poderosamente en la obra santa de la lucha, ocho veces secular.

Los astures tenían el árbol del *Carbayón;* los vizcaínos, su *Guernikako arbola*, y los navarros, el árbol milagroso, sobre el cual el decir bellísimo de la infancia de los pueblos hace lucir una cruz, nuncio de victoriosas empresas. Sobre el árbol, esto es, *Sobrarbe*, se jura el fuero, ley del país, y a su sombra se proclama la realeza que ilustran hombres como Sancho Abarca, gran conquistador; Sancho III *el Grande*, que tomó glorioso prestigio en la batalla de Calatañazor; Sancho VII *el Fuerte*, que ennoblece el escudo navarro con la cadena que él y sus hombres rompieron en las Navas; Carlos *el Malo*, que envía a Oriente una expedición memorable,

conquistadora de Atenas, Tarento y Corfú; el príncipe de Viana, adorado por los pueblos y víctima del odio de su padre, y Juan de Albrit, a quien Fernando el Católico arrebató el reino para incorporarlo a la santa unidad de la gran Patria española.

Los navarros son vascos a quienes su posición geográfica ha puesto más en contacto con los otros pueblos; por eso el eúskaro apenas se habla ya si no es en las apartadas regiones montañesas.

El navarro es sencillo, fuerte, bravo y ama su libertad y su ley con amores vivos. Hay un gran partido político que le ofreció la restauración de sus antiguas tradiciones, y los navarros dieron por su partido el dinero de sus arcas y la sangre de sus hijos, con la alta y romántica idealidad con que un pueblo sencillo y valiente se sacrifica por las viejas leyes, muy queridas de su corazón. El navarro es tradicionalista y español hasta la medula. La noble Navarra ha dado para la guerra contra los comunistas más de cincuenta mil soldados. Gloria eterna a la ilustre provincia, honor de la Patria.

* * *

Vieron nuestros escolares en Pamplona, antigua *Pampeluna* romana, una hermosa población, rica y próspera, con catedral gótica del renacimiento, magníficos edificios modernos, viejas iglesias, como San Saturnino, de abolengo románico, con entroncamientos ojivales, y la ciudad toda, demostración viva de que el trabajo y la honradez son los dos estribos del bienestar, porque el trabajo lo crea y la honradez lo sazona.

El carácter paternal de la ley navarra se manifiesta

en la institución llamada el Vínculo; el heroico gesto de su independencia, en Roncesvalles; la fe de sus ideales cristianos, en Francisco Javier, y el arte de su alma infantil y ardiente, en la voz del más grande de todos los tenores modernos y en la vibración del violín de Pablo Sarasate.

* * *

Es toda Navarra una región esencialmente agrícola, y Pamplona, con su viejo y famoso *Vínculo*, puede servir de modelo en esta batalla de nuestros días, donde toda falta de paz vive y toda inquietud se asienta cuando nos movemos y afanamos para dar medicinas a ese grave enfermo que tiene el delirio de la fiebre y que se llama *problema social*.

El Ayuntamiento de Pamplona dió vida desde el siglo XVI a una gran obra, por la que todos los labradores dejaban una cantidad de trigo y el *Vínculo* les entregaba todos los días el pan elaborado comunalmente, sin que los pobres tuvieran por ello más gasto que los desperdicios de la molienda. Ya podían venir mal las cosas, que, por lo menos, el pan del pobre durante el año estaba definitivamente asegurado, y el pan asegurado es la paz social.

* * *

Hay un nombre epopéyico en Navarra: Roncesvalles. Los niños fueron con Lulio y vieron y admiraron la magnífica colegiata de los tiempos de Sancho *el Fuerte*, y tuvieron singular emoción cuando fueron a la garganta famosa, paso forzado de Francia a Navarra, en cuyos derrumbaderos y precipicios sufrió trágica derrota la flor y nata de los caballeros que servían los ideales

del emperador Carlomagno: Eginardo, Roldán y los doce Pares de Francia.

En la angostura de Roncesvalles sorprendió a los francos la tormenta formada, no por las nubes del Pirineo, sino por la ira de un pueblo, que desde las alturas de Altabiscar e Ibañeta lanzaba árboles, peñascos y flechas, porque Carlomagno había ofendido la independencia nacional y la indignación de la Patria se desbordaba para aplastar al ejército invasor.

* * *

Hay en Navarra otro sitio ilustre: Javier, el pueblo donde naciera el misionero amoroso, una de las flores más puras de la familia espiritual de Ignacio de Loyola, San Francisco Javier.

El hombre sencillo que se ha quemado en el Evangelio con la llama de amor puro, acude, sin más armas que el breviario ni más bagajes que la caridad, a redimir a cientos de miles de hombres hermanos que, en las medrosas lejanías del Indostán y de las islas del Índico, viven, desde la oscuridad de los siglos remotos, miserables y esclavos, sumidos en la trágica barbarie del Oriente amarillo.

Francisco crea escuelas, enseña el castellano, reparte su corazón entre aquellos indios; y con una vocación de mártir, que lejos de temer la muerte la desea como una corona, porque todos los grandes idealismos sueñan con decorar la parte luminosa de su cuadro con una pincelada de sangre propia heroicamente vertida, se lanza a todos los peligros y empresas por sus hermanos los indios, y en el remoto abandonado confín nace en los corazones

el amor cristiano, en los labios el habla castellana y en las salvajes muchedumbres la superior cultura de aquel humilde redentor, que muere allí sobre la civilización que su caridad creara. Ha sido preciso que se reuniera la calentura de la fe, el amor de Dios, el ímpetu expansivo de la Patria y el tesón irrompible del pueblo navarro, para que un hombre solo hiciera lo que hizo Francisco Javier.

Navarra.—Sangüesa: Torre y castillo

* * *

Una vez trabajaba en el yunque de una herrería un muchacho que, batiendo la forja, cantaba dulces canciones del país navarro. Los compañeros suspendían un momento sus labores para oirle. Era una voz reina y señora la de aquel herrero. El cisne ponía una nota de dulzura en la vida áspera del trabajo.

—*¿Tú no has oído hablar de Julián Gayarre, Saavedra?*—preguntó Lulio.

—*Sí. Mi abuelo dice que cantaba como nadie...*

El herrero dejó la fragua, tomó los libros, se ilustró y, después de triunfar en los teatros de Italia, se presentó en Madrid. El público quedó hechizado por la maravilla de aquella voz, mezcla de tierra y de cielo;

de tierra, porque era extensa y amplia, y de cielo, porque vibraba con la emoción de la gloria...

Fué el ídolo. Cuentan que cuando salía en la ópera *Favorita* a cantar sobre la cruz de piedra plateada por la luna, el público guardaba uno de esos silencios históricos. El fraile dejaba escapar como un pájaro la frase *spirto gentile*, y el sentimiento religioso, visto al través del arte y oído en aquella voz más transparente que la luz y tan llena de poesía como un amor, un dolor o una esperanza, hería los corazones con la divinidad de la belleza y los ojos se llenaban de lágrimas nacidas en el placer de la celeste melodía.

Wagner, el genio, decía al tenor: =«Usted es el *Lohengrin* que yo había soñado.»=

Gounod, el maestro inmortal, le rendía la admiración de su alma, y Dupier lloraba al oirlo y lo proclamaba el primer cantor del mundo...

* * *

El orgullo de Navarra por sus grandes hombres se convierte en culto de admiración y cariño cuando se nombra a Pablo Sarasate. Sarasate es el artista que tuvo durante treinta años a Europa pendiente de la magia de su violín... Eslava y Arrieta son los dos maestros compositores que produjo el país, y Espoz y Mina, otro navarro, es el formidable guerrillero de la Independencia.

En el terreno científico ha dado Navarra hombres cumbres a la Humanidad. Miguel Servet, que con el oído atento al secreto de los latidos del corazón y de las venas convirtió el misterio en la realidad científica de la circulación de la sangre, nació en el país navarro.

Santiago Ramón y Cajal, que entró con su genio y su microscopio en la complicada anatomía y en el sutil funcionamiento del sistema nervioso, es el prestigio más grande de Europa en estas materias y Navarra tiene la gloria de haberlo visto nacer.

Aragón

Huesca

Aragón es una palabra que suena a patriotismo, valor y constancia. Como estas tres virtudes tienen muy cerca a los vicios contrarios, patriotería, majeza y terquedad, todo aragonés debe guardar como una joya sus virtudes en el cofre de los ideales, poniendo por guardián del tesoro al noble carácter de la raza.

Si distribuyéramos por toda España las cualidades de una persona y pusiéramos la imaginación en Andalucía, la seriedad viril en Castilla, los ojos señores de la luz en Valencia, la frente en Cataluña, la energía en Navarra, la dulzura en Galicia, la tradición en la cordillera cantábrica y la austeridad en Extremadura, seguramente que el corazón de esa persona estaría hecho con tierra aragonesa...

Así lo tiene Aragón probado y muy especialmente en las luchas inacabables con los comunistas donde la viril región ha escrito páginas inmortales.

* * *

Sertorio es el hombre más interesante de todos los romanos que vivieron en nuestro país.

Huyendo de Sila, llegó a España, y en su refugio

aragonés de Huesca nacióle el pensamiento de levantar a todos los españoles contra Roma.

—*Ya me es a mí antipático ese hombre*—murmuró Cid—, *porque contra la Patria no puede levantarse la mano nunca.*

—*¡Muy bien dicho!*—gritó Velázquez.

Sertorio, irritado contra Roma, organiza, lucha, vence y pone sobre las armas a todas las ciudades ibéricas, consiguiendo que España, dividida siempre, afirme su persona por primera vez en la Historia.

Este sentimiento de *unidad* pasará como un relámpago; pero no será cosa inútil, porque en el mundo moral, como en el físico, nada se pierde ni anonada; y por eso, cuando no estorben la ambición ni las preocupaciones políticas, cuando desaparezcan las circunstancias contrarias, llegará un tiempo en que se concrete más el ensayo sertoriano, y durante los últimos años godos seremos otra vez *unos*. Los árabes romperán en mil pedazos la unidad, pero vendrán los días de la conquista granadina y se formará España; y ahora mismo, no satisfechas aún las ansias de unidades superiores exigidas por comunidad de lenguas y de origen, se esperan en un porvenir luminoso, primero, la unidad ibérica, y luego, la realización de un derecho y un deber santos: la unión iberoamericana, cuyo esqueleto nos dejó la Historia y al que, con nuestros libros, trabajos y amores, vestiremos con la carne triunfal de la raza.

* * *

Huesca, engrandecida por Sertorio, cayó luego en la indiferencia de los poderes visigodos y se levantó como

una leona para pelear, junta con sus hermanos los navarros, en la lucha contra los árabes.

Ramiro I y Sancho Ramírez reconquistaron la parte pirenaica hasta donde llegó la invasión, y Pedro I libró a Huesca y a otras ciudades del yugo mahometano, haciendo durante algún tiempo capital del reino aragonés a la vieja Osca, que solamente nos enseña hoy de sus tiempos de la Reconquista la venerable iglesia de San Pedro el Viejo, el famoso subterráneo de la *Campana,* la catedral gótica embellecida con el magnífico altar de alabastro de Damián Forment, y procedente del primitivo Monte Aragón, hoy completamente en ruinas, el magnífico retablo que decora la parroquia contigua a la catedral, y que es una de las más bellas obras de la escultura española.

* * *

Ramiro II *el Monje,* hombre de recia contextura espiritual, no podía soportar a la nobleza levantisca, que al través del Pirineo había recibido de Francia aires de feudalismo, fuerza disolvente de la Monarquía, y una tendencia morbosa contra la unidad.

El rey tascaba, irritado, el freno que poco a poco le ponían los nobles, y un día, en la tristeza de su corazón y en la nube de su carácter adusto y poco expansivo, vibró la electricidad de la tragedia. Cuenta la tradición que consultó sus pensamientos con un austero penitente, al cual pintó el rey la absoluta desobediencia y anarquía de los aristócratas del país, y el consultado, hombre de pocas palabras, mientras el monarca arago-

nés le exponía sus ideas, arrancaba tranquilamente las cabezas de las plantas del jardín...

El rey citó a reunión a los caballeros que le menospreciaban y zaherían con motes, y, llevándoles a una cámara subterránea, fueron decapitados. Quince cabezas de nobles, colgadas del techo, eran dramáticamente presididas por la testa de un obispo rebelde que formaba, colgando de su cuerda, el badajo de una campana horrible.

El rey enseñó a todos la justicia de su *Campana de Huesca*. La lección trágica fué aprendida por el orgullo feudal y revoltoso. Un apólogo sangriento y oriental parece esta tradición, y si el rey se propuso que su *Campana* sonase en los ámbitos de la Patria y de la Historia, no cabe duda que el triste soberano consiguió su propósito, porque la leyenda, si lo es, tañe siempre en los oídos de los que usurpan a la soberanía sus fueros.

* * *

Nuestros expedicionarios vieron el pantano del río Isuela, que sirve para regar los campos de la capital, conocidos con el nombre de *Hoya de Huesca*, y en automóvil fueron a Panticosa, famoso balneario, y a Jaca, notable por su preciosa catedral bizantinolatina y por su famoso fuero. En toda la sucesión de estos viajes tenían siempre al Norte el muro gigantesco del Pirineo.

El Pirineo del lado francés es risueño y alegre, porque pasa rápidamente de las agujas y crestas de sus picos al valle y la llanura del Garona. El Pirineo del lado español no es así. Aquí la montaña es más gruesa, más redonda, más fuerte, más seria.

Esa formidable barrera natural anuncia a Francia desde sus nieves y ventisqueros que de allí no puede pasarse, y dice a España, con la voz de sus tormentas y el rugir de sus cataratas, que aquel es el límite de su soberanía. Como si las dos Patrias, tan grandes y tan llenas de idealidad, la francesa y la española, hubieran tenido necesidad de una altura muy grande para darse las manos y unirse; que si la montaña es muro de separación, el espíritu está más alto que los montes y une a los pueblos en la aspiración común del progreso.

El Pirineo español tiene nieves eternas, elevaciones de 3.500 metros, taludes verticales, abismos oscuros, ríos precipitados por medrosas torrenteras, picos coronados de nubes, peñas calcinadas por el rayo y una fronda salvaje que oculta al lobo y sustenta a la cabra silvestre. Allí, en aquella atmósfera pura, abre sus alas señoriales el águila real del Pirineo, y la *Maladeta,* el *Aneto, Monte Perdido, Viñamala,* los *Posets,* la *Collarada* y los treinta picos que entre Broto y Tena lucen la túnica blanca de sus nieves y el sayo gris de sus pizarras. Fueron todos testigos de la Covadonga aragonesa, y en Monte Aragón, Loarre y, sobre todo, en el monasterio de San Juan de la Peña, duermen, después del triunfo, en el prestigio de sus sepulturas, los claros varones de la epopeya.

Zaragoza

La *César Augusta* de los romanos la nombraron los visigodos Cesaragosta; los árabes, Saracosta, y los hombres modernos, Zaragoza.

Desde que Alfonso I *el Batallador* la arrancara del poder de la morisma, grandes reyes ilustraron las páginas de la historia aragonesa; pero son tres principalmente los que pueblan la selva épica de la corona de Aragón.

Jaime I conquistó la *Isla Dorada* de los árabes, la gentil Mallorca, y sus hermanas Menorca e Ibiza. Puso en su corona la perla de Valencia, gala del Mediterráneo, que había visto brillar el sol de su primera libertad en los cascos de los guerreros del Cid. Este gran Don Jaime, que la crítica señala como una de las más bellas figuras de la Historia, ayudó a Alfonso el *Sabio* en la guerra de Murcia.

—*¿Qué botín quieren los aragoneses por su parte en la conquista?*—preguntaron en el campo castellano.

Y el genio aragonés contestó:

—*Con el honor de ayudar a tan gran rey en tan alta empresa, estamos pagados.*

Jaime *el Conquistador*, el rey de ojos azules, de cabellos dorados, de tipo prócer, si tenía la mano recia

para las armas, su corazón era tierno con la ternura de sus trovas. Hombre de Estado, colecciona el código de *Consuetudes de Aragón;* hombre de letras, escribe la *Crónica* de su reinado; y si como gobernante sabe poner un gesto de superior tolerancia cuando los nobles niegan subsidios a la corona y exponen agriamente la repulsa de las pretensiones reales, esa tolerancia del rey no irá en menoscabo de su prestigio, pues por ella se asegura la paz interior, y ante el juicio de los prudentes, Jaime, cediendo un poco de su grandeza y razón en obsequio a la tranquilidad de sus reinos, agranda su figura con el divino claroscuro de la prudencia.

El rey sabe dejar en su pensamiento luminoso lugar para recibir el consejo de Raimundo de Peñafort, águila de la Teología y del Derecho, y sabe ilustrarse en la bondad humanitaria de su antiguo ayo Pedro Nolasco, lucero de la caridad española. Y por si todo el honor de su vida preclara no fuera suficiente a su consagración histórica, cuando dormía en su sepulcro y había recibido flores y admiración de todas las generaciones, unos pobres locos de no sé qué calenturas políticas, en pleno siglo XIX, desenterraron sus huesos, y sobre la divina humildad de la muerte, con la mueca de sus burlas y la tristeza de sus atropellos, pusieron en la memoria del rey la última pincelada de la inmortalidad.

Nuestros escolares leyeron en los apuntes de Lulio cosas interesantes de la romántica figura de Don Pedro III, el que mandó a Sicilia a Roger de Lauria con sus naves para acudir generosamente al socorro de aquel pueblo. Una bella joven fué objeto de la grosería de un soldado de Carlos de Anjou; el soldado fué muerto, y

el pueblo, que no podía soportar el yugo de la tiranía, delante de las puertas de la catedral de Palermo alzó el grito de independencia. El espíritu de las *Vísperas sicilianas* incendió los corazones de todos, y cuando Lauria hundió en el mar las naves del de Anjou, triunfaron la justicia del pueblo, la caballerosidad de Pedro III *el Grande* y los deseos de Santo Tomás de Aquino, cuya pluma de oro se había hecho de acero para combatir al tirano de las dos Sicilias.

Jaime II pasó por la admiración de los escolares con la aureola de las expediciones *almogávares* a Grecia.

—*¡Qué gente más simpática son estos almogávares! En el libro de Historia del colegio leía yo las cosas de estos hombres y me entusiasmaba...*—dijo Cid.

—*Como que eso del* desperta ferro *con que ellos entraban en combate me ponía a mí la carne de gallina cuando don Manuel, nuestro maestro del grado último de la escuela, hablaba de las glorias aragonesas*—decía Menéndez.

—*¿Y eran sólo aragoneses?*—pregunta Pepe Velázquez.

—*Aragoneses, navarros y catalanes*—dice Lulio, con los apuntes en la mano—. *Iban vestidos de pieles, tenían una red de hierro, y llevaban chuzo y venablo. Esta legión de fieros luchadores hizo temblar la tierra del emperador Andrónico. Fueron allí a defender a los griegos contra los turcos; pero ingratos los primeros, asesinaron al caudillo almogávar Roger de Flor, y sus huestes, indignadas, devastaron el país, ardiendo en la ira de la terrible* venganza catalana...

* * *

Iban nuestros escolares por la calle Alfonso, y en una de sus esquinas un hombre ciego, con un guitarrillo, cantaba implorando la caridad:

Zaragoza está en un llano
y la Torre Nueva en medio
y la Virgen del Pilar
en la orillica del Ebro.

La voz del ciego era agradable. La entonación viril y el calor de la música hacían pensar que el que cantaba aquello sentíase sacerdote de un culto. El culto era el amor a la tierra aragonesa, y su salmo, la jota.

La jota es una herencia de los árabes. La melodía popular de los moros, injertada en el alma andaluza, produce la seguidilla gitana, y puesta en contacto con la seriedad del Ebro da lugar a la jota, que huele a ley, a honor y a Patria, con arrogancias que recuerdan la creación del *Justicia mayor* y también al *Privilegio general*, entre cuyas páginas vive la libertad del pueblo. Canción que tiene frase ancha y enérgica, como la traza de aquella aristocracia indomable, y que guarda perfumes de la Virgen, gritos de la guerra de la Independencia y amores de España. No cabe duda que la jota es el himno nacional. El guitarrillo seguía rasgueando y los niños dejaban sus perras en la escudilla del ciego. Este se siente hijo de su terruño, y con todos los modismos y chocarrerías de forma, pero con toda la fuerza de un espíritu ingenuo de observación, canta:

Cómo quiés contimparar
un charco con una juente:
sale el sol, y seca el charco,
y la juente premanece...

No hay matiz del alma aragonesa que no se haya reflejado en la jota, vehículo sentimental donde aquel pueblo conduce sus amores, sus gracias, su altivez y su historia.

* * *

—*Yo estoy deseando ver la la Puerta del Carmen, el Portillo, el Arrabal, Santa Engracia...*—decía Cid.

El niño tenía este deseo porque en las notas de Lulio había patrióticas informaciones sobre los dos sitios de Zaragoza, y aquella mañana, antes de salir del hotel, había repasado los apuntes.

El sacrificio de Madrid en el Dos de Mayo levantó el espíritu nacional en tales términos, que el país entero sintió en sus entrañas el divino fermento de la ira, que cuando nace para el mal lleva en sí toda la fealdad del pecado, y cuando chispea en la fragua de la justicia y la Patria, su resplandor trágico no tiene más calificación que la que hemos apuntado antes: divino.

Zaragoza.—La histórica Puerta del Carmen. (Monumento nacional.)

Los hombres de Napoleón oprimían a la noble Zaragoza con ejércitos aguerridos, vencedores en todos los campos de Europa. Con el solo elemento militar de la plaza era imposible resistir el cerco. Fué preciso dar intervención directa al pueblo. Cuando el pueblo se mezcla en una acción común con el ejército, sobrevienen

forzosamente una de estas dos glorias: o la del triunfo o la del martirio. Cuando el fusil y el trabuco van a una, la Historia prepara sus páginas.

Calvo de Rozas, por ausencia de Palafox, organiza la defensa, y la ciudad, con sus hombres aptos para la pelea, se lanza a la lucha, en la que desde los frailes hasta los niños tienen una misión y un puesto.

—*¡Si yo hubiera estado allí!*—murmura melancólicamente Fernandito Cid.

El enemigo, mandado por el general Lefébvre, ataca furiosamente. Al empezar la lucha, los defensores habían asociado a la empresa a la Pilarica y había sido emocionante el juramento que se tomó a las milicias y al pueblo: =¿Juráis, valientes y leales soldados aragoneses, defender vuestra santa Religión, vuestro rey y vuestra Patria, sin consentir jamás el yugo extranjero, ni abandonar a vuestros jefes y a esta bandera protegida por la Santísima Virgen del Pilar, nuestra Patrona? = Un grito inmenso contestó: = Sí; juramos. =

* * *

La sangre de los combatientes enrojecía Puerta Sancho, Torrero, el Carmen, la Aljafería y Santa Engracia. En el Portillo fué tal la lucha, que nuestros cañones quedaron sin uso porque al pie de ellos habían dado la vida todos sus valientes servidores. El enemigo iba a entrar por allí en la ciudad... Surge repentinamente una agraciada joven, Agustina de Zaragoza, que sintiendo en su corazón las evocaciones de la Patria arranca de una mano crispada por la muerte la encendida mecha y, al grito de ¡Viva España!, defiende a cañona-

zos el Portillo, provocando con la bella línea de su gesto un estímulo tal en los hombres, que una legión de héroes supo concluir gloriosamente la hazaña.

La llegada de Palafox a Zaragoza fué el aliento y la esperanza de los bravos. El general atiende a todo, no descansa, multiplica su previsión, está en todas partes, y desde la modesta fabricación de pólvora hasta las luchas en las puertas; desde el gobierno de la ciudad hasta el pavoroso problema de los víveres, y desde el cuidado de los heridos hasta la arenga de los guerreros, todo pasa por la noble actividad del caudillo.

Lefébvre y Verdier cañonean horriblemente a la capital aragonesa una, cien veces... La muerte, la ruina y el incendio son el espectáculo de cada hora, de cada momento. Las baterías napoleónicas destruyen las nuestras de Santa Engracia, y los invasores, atravesando el río Huerva, se precipitan en la ciudad. Cada casa, cada paso, es una lucha y una tragedia.

Verdier manda a Palafox esta embajada: *Paz y capitulación.* Palafox contesta: *Guerra a cuchillo.*

En las casas artilladas del Coso se lucha, se muere y se canta. La jota es la musa de la tragedia:

> La Virgen del Pilar dice
> que no quiere ser francesa,
> que quiere ser capitana
> de la tropa aragonesa...

¿Adónde va Palafox? El águila ha comprendido que son necesarias más fuerzas, y después de hacer jurar a los suyos que no se rendirán, rompe las filas de Lefébvre y va en épica excursión haciendo una recluta que es un monumento de amor patrio.

La ciudad, entretanto, arde y se ilumina con la luz de la epopeya. Cada mujer es como un soldado; cada hombre como un caudillo. La lucha es individual, desesperada, rabiosa. Las madres van a morir con sus hijos; las doncellas, con sus novios; el fraile, con sus hermanos. Por los balcones cae el agua hirviendo; cada ventana es una tronera; cada azotea, un baluarte; cada esquina, una posición formidable; y cuando mueren en la lucha el niño, el anciano y la mujer, en los pechos sofocados del glorioso rencor se afirma más el indestructible propósito de no rendirse.

Palafox vuelve a la ciudad con refuerzos. Los militares le adoran, los paisanos le besan. El sol alumbra al Coso con rayos de alegría; el Pilar se estremece de júbilo; la Seo catedralicia tiembla en sus naves góticas; la Aljafería árabe vibra con luces de divina esperanza, y el invasor, que ya creía suya a la admirable Zaragoza, tiene que levantar el cerco y ver cómo el Ebro, grave, serio, majestuoso, pasa por allí llevando en su corriente un destello de lágrimas que le sugirió la victoria.

* * *

Medio año más tarde volvió un formidable ejército francés a sitiar la ciudad. Palafox la defendió. Se reprodujeron las escenas y las tragedias del primer sitio, y, según declaran los escritores franceses, no hubo jamás ante los hombres de Napoleón un espectáculo tan emocionante como el de la inmortal Zaragoza que, aplastada por las bombas, muerta de hambre y diezmada horriblemente por la peste, reprodujo en pleno siglo XIX los anales de Numancia, y cuando los invasores en-

traron en ella no encontraron más que ruinas humeantes, cadáveres descompuestos y, en toda la grandeza imponente del drama zaragozano, algo así como una acusación que surgía de la incomparable urbe destruída, acusación que debió preocupar al emperador cuando el mariscal Lannes le escribía:

=Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran los aragoneses en la defensa de la ciudad. Las mujeres se dejan matar en la brecha. Cada casa requiere un asalto... El sitio de Zaragoza en nada se parece a nuestras guerras anteriores... Señor, es ésta una campaña que horroriza... La capital arde por todas partes y llueven sobre ella las bombas... Nada les intimida: ni el asalto, ni las minas, ni la muerte.=

Lannes era un gran mariscal; pero si hubiera tenido el espíritu de Carlos Martell, de Roldán o de los doce Pares de Francia, al ver en la brecha morir a las mujeres de Zaragoza, se hubiera cuadrado en saludo de honor y no se hubiera destruído al pueblo incomparable.

Lulio, después de meditar con los escolares sobre estos desastres, dijo:

—Malditos sean todos los atropelladores de la dignidad, que por ambición y soberbia conmueven las naciones con la destrucción y la muerte.

* * *

Saavedra se tropezó con un chiquillo pobre:

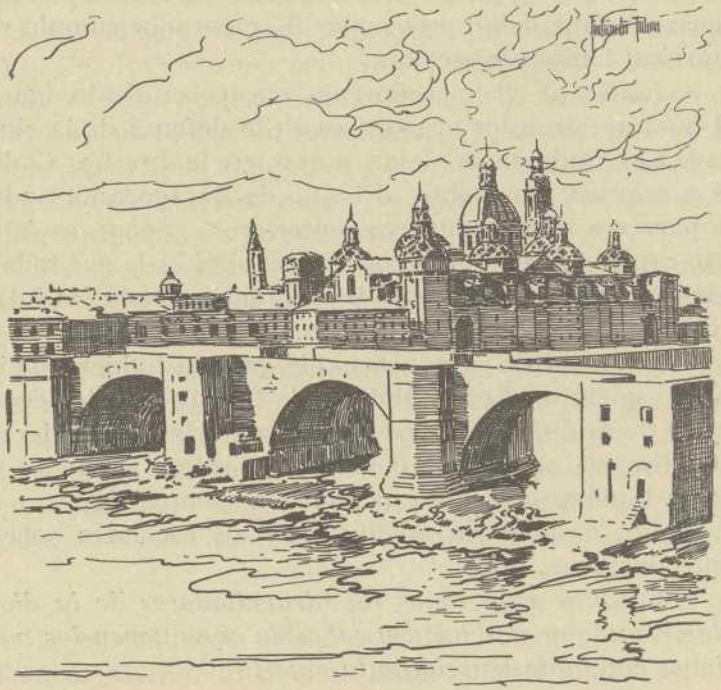
—¿Cómo te llamas, di?

—Tanasio.

—Tanasio qué.

—Tanasio el del Arrabá... ¿Y tú?

—¿Yo? Miguel Saavedra. Oye... ¿por qué no dices a tu madre que te lave? Estás atroz, chiquillo; te lavas y te quedas en la mitad.



Zaragoza.—El Pilar

—Anda, mañico, ¿y quién es mi madre?

Saavedra comprendió que el pobre gorrión de la calle no ha conocido a su familia, y se enternece.

Tanasio dice:

—Miá, *tú, allá en el Pilar estaba* pedricando *un cura*

viejo que tenía to *el pelo blanco, y decía que* pa *los niños que no* tien *casa la madre es la Pilarica.*

—*Pues nosotros nos vamos a llevar la Pilarica, ¡ea!*

—*¿Que* sus *la vais a llevar?... ¡Rediez..., a llevar!...* ¡Tadai, *pamplina!...*

Y el gorrión se fué volando con un mirar lleno de enojo... El cura de pelo blanco tenía razón. La Pilarica es la madre de España; pero lo es muy especialmente de los gorriones humanos que no tienen madre.

Los niños fueron a ver a la Virgen baturra, y un ambiente envolvía a la imagen bendita que recordaba la aparición a Santiago, las invocaciones de su nombre en las luchas de la Reconquista, la gloria de la Independencia, y cuando, en un silencio conmovedor, los escolares veían a una mujer del pueblo que presentaba a su niño de pocos meses a la Pilarica, Menéndez habló al oído de Saavedra y le dijo:

—*Que no se te olvide la Salve que te encargó tu madre.*

* * *

Zaragoza.—Torre inclinada

Visitaron la invicta ciudad y sus monumentos; hablaron del Canal Imperial, que va unido al nombre excelso de Pignatelli y que arranca en las proximidades de Tudela para morir más abajo de Zaragoza. Este Canal aprovecha el agua del Ebro y enriquece la agricultura de la región.

Después de pasar revista a las fábricas principales de la capital, y muy especialmente a su desarrollada industria artística vidriera, salieron en dirección a Teruel, y cuando el sol poniente doraba las cúpulas del Pilar y la mole de la Seo, a la imaginación de los niños vino la figura de Goya, el más grande de los pintores modernos, el genio pictórico más vigoroso y creador de la Europa del siglo XIX, el autor de los tapices, aguafuertes, cartones y óleos que son el orgullo de nuestros Museos.

Acabaron las conversaciones zaragozanas lamentando que la falta de tiempo hubiera impedido a los niños ir a ver el famoso Monasterio de Piedra, donde, además de recuerdos medievales y artísticos, hay un río que se desborda en multitud de precipicios, dando lugar a cuadros de sorprendente belleza, en que las grutas, la luz, las aguas y las espumas realizan el sueño y la maravilla que no se atrevería a imaginar un poeta de la naturaleza y el misterio.

Teruel

Esta provincia aragonesa de Teruel fué teatro de luchas enconadas en tiempos cartagineses y romanos, y en el sitio conocido por Concud, Quinto Minucio derrotó al celtíbero Budar, que como Indortes e Istolacio luchando con Amílcar Barca, Indibil y Mandonio, contra Léntulo, y Viriato, en un levantamiento general contra Roma, figura en la lista de los grandes héroes de la Independencia y de los mártires de la Patria.

Las aguas de Teruel van hacia Aragón por el Jiloca, que desemboca al Ebro; hacia Castilla, por el Tajo, y a Valencia, por el Guadalaviar y el Júcar. Sus nomtañas son hermanas del Moncayo de Zaragoza, pues aquél y éstas tienen por madre a la cordillera ibérica, que es como la banda de una gran cruz que la Naturaleza ha atravesado sobre el pecho de España.

Como Teruel está al paso para Valencia y para Murcia, fué siempre avanzada de los reyes y de los caudillos de la Reconquista, y así, en las aguas de sus ríos abrevaron los caballos de Aníbal; en sus valles sonaron los roncos atambores del Cid, y desde lo alto de sus montañas los clarines convocaron a las guerras de Don Jaime I el *Conquistador*.

Desde que Alfonso II de Aragón reconquistara a Teruel arrancándolo de la dominación árabe, los fueros y privilegios que le concedieron los reyes formaron un estado de derecho algo distinto de los demás componentes de la corona aragonesa; sobre todo, desde que se constituyeron las Comunidades turolenses, cuya dirección competía a un juez propio, la independencia jurídica de Teruel llegó hasta el punto de apenas tener relación con el *Justicia mayor* del reino.

En Aragón la aristocracia impera, pero la libertad triunfa. Ser libre es la esencia de la vida legal aragonesa. En Castilla, es en absoluto característica la libertad. En Castilla el rey se entiende con el pueblo. En Aragón la aristocracia pone un poder al lado del monarca: el del Justicia, que es un freno que han de tascar los reyes, aunque tengan la gloria y el prestigio de sus insignes hazañas.

Argensola, un aragonés ilustre, dice que el rey es rey para guardar las leyes y no hombre para seguir sus afectos. El *Justicia* es una garantía de que los reyes no podrán salir del círculo que les marca el Derecho. Las causas contra el rey las conocería el *Justicia;* el rey, en cambio, tenía el derecho de nombrar al altísimo funcionario. Debía ser caballero, pero no rico home, para poder ser castigado, y no debía ser plebeyo, para que no lo tuvieran a mengua los grandes. Para castigar al *Justicia* no había más poder que las Cortes.

Juan II y otros reyes les concedieron grandes atribuciones hasta que, con motivo del proceso de Antonio Pérez, se desmoronó la institución del *Justicia,* porque habiéndose acogido el secretario de Felipe II al

fuero de *manifestación*, según el cual los reos tenían derecho a ser tratados sin rigor y en una especie de asilo mientras no se juzgara su causa, los aragoneses se negaron a entregar la persona del secretario a los soldados del rey, lo que costó la vida al *Justicia mayor* don Juan de Lanuza, ajusticiado en Zaragoza, y fué ocasión aprovechada por el monarca para hacer desaparecer una institución que estorbaba al sentido unitario de la monarquía de los Austrias.

Nuestros escolares pasearon en Teruel por la Plaza de Castelar, donde visitaron el Hospital de la Asunción, fundado en el siglo XII como casa de leprosos y convertido en Hospital por el rey Alfonso IV, bajo los generosos auspicios de la ilustre hija de Teruel Magdalena de la Cañada.

Nuestros niños admiraron allí dentro los servicios de las Hermanitas de la Caridad.

Y junto al lecho de un enfermo gravísimo, una hija de San Vicente de Paúl, vestida de azul y blanco, trabajaba con el anhelo cariñoso de servir al pobre que se moría en plena juventud.

—*Juventud y desgracia... Parece eso una contradicción*—dijo Lulio.

Los niños miraron el cuadro con singular interés. La Hermana enjugaba el sudor del enfermo y rehacía con cariñosa solicitud las almohadas para dar comodidad al doliente. La golondrina de la caridad ponía una nota de amor en la agobiadora tristeza.

El moribundo había perdido el conocimiento.

—*¿Es tuberculoso, Hermana?*—pregunta Lulio.

—*Yo creo que sí.*

—*¡Pobrecito!*—dijeron los niños.

Y al ver que en el silencioso drama no concurrían ni la abnegación de las madres, ni las lágrimas de los hijos, consuelos más necesarios mientras más íntima es la mordedura del dolor, pudieron comprender nuestros escolares lo que significaba el amor tranquilo y sublime de la Hermanita blanca y azul, y Fernando Cid sintió en su corazón unos deseos muy grandes de llorar por todas las lágrimas que estaban ausentes...

* * *

Fueron a la iglesia de San Pedro y en el claustro vieron con curiosidad la urna de madera de los famosos *Amantes de Teruel:* Diego Martínez de Marsilla e Isabel de Segura.

Menéndez dijo:

—*Sobre este asunto se han escrito célebres dramas, novelas y poesías...*

—*Para dramas, novelas y poesías estará eso bien* —afirmó Lulio—; *pero para la realidad, muy mal. Dios ha encendido el amor humano en la sangre para que a su resplandor nos alumbremos hacia la vida, pero de ninguna manera para morir. Cuando el amor humano va a la muerte, es porque su calor no es natural: es calor de calentura, calor enfermo. Los Marsillas y las Seguras en el mundo de los versos pueden ser personas interesantes; en el mundo de la vida están condenados por la sabiduría popular, que dice: «Los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él»...*

* * *

En las notas del viaje había nombres ilustres turolenses: Domingo Ram y Francés de Aranda, jurados del famoso compromiso de Caspe, que eligió rey de Aragón a Don Fernando el de Antequera; Martínez Lafranca, Nifo y Lozano, verdaderos aborígenes del periodismo español; Mariano Lagasca, el naturalista; Alcober, el filólogo; el célebre Padre Ripalda, el del Catecismo; el geógrafo Antillón, y el político don Tadeo Calomarde.

* * *

Los niños recorrieron la provincia en carruaje y algunas veces en caballerías, y sufrieron los efectos del calor, porque casi nunca pudieron defenderse con la sombra de los árboles. Apenas si los hay.

Lulio graficó las necesidades de la provincia. Subido a una loma, dijo, dirigiéndose a la capital de Teruel:

—*Señores del país: es preciso que os convenzáis de la absoluta necesidad de los bosques...*

Después, dirigiendo la vista hacia Madrid, continuó:

—*Y vosotros, señores gobernantes, tomad el mapa de los ferrocarriles españoles y ved lo que puede acusaros, que no haya en toda una provincia española más que un pobre ferrocarril... Así es imposible el progreso.*

Murcia

Murcia

En el viejo reino de Murcia, la actual provincia de este nombre constituía la porción más importante.

Los cartagineses comprendieron la admirable situación del mar en Murcia, equidistante del Estrecho y de la parte alta de la España oriental. Posición fácil para sus relaciones con Cartago, establecieron allí factorías y colonias que compartieron con Cádiz el imperio de la raza cananea en el Mediterráneo español.

Asdrúbal fundó a *Cartago Nova*, hoy Cartagena, puerto magnífico que la familia Barca abrió al comercio, centro de una vida intensa que luego explotaron los romanos haciendo depender de su capitalidad los extensos dominios de la provincia cartaginense. Siglos más tarde, cuando, invadida España por los árabes, pereció en el naufragio de la invasión casi la totalidad de la Patria, se hizo famoso el foco de resistencia que el duque Teodomiro levantó en las tierras del Segura, conocido por los árabes con el nombre de *Cora de Todmir*, y con el que concluyó el espíritu de unidad que puso en sus conquistas el gran emir Abderramán I.

Roto en cien pedazos el califato de Córdoba, siguió el reino de Murcia vida de diversa fortuna, ya como taifa completamente autónomo, ya en sus relaciones con

Almería, Valencia y Granada, hasta que el infante Don Alonso, que luego conocería la Historia con el nombre de *Rey Sabio*, tomó de manos de Abu-Beker, último monarca murciano, la soberanía del reino para incorporarla a la obra gigantesca de construcción nacional que realizaba su padre Don Fernando III de Castilla y de León.

Llegados nuestros escolares a Murcia, fueron al magnífico puente sobre el río Segura para contemplar el espectáculo de la simpática y floreciente capital. Un aire puro, un cielo azul, un pueblo sonriente y un río lleno de belleza que se entraba por la moruna ciudad apartándola a un lado y otro, como si realizara al entrar por ella un sueño que tuvo cuando saltaba como un niño por las alturas de la sierra, dió a nuestros expedicionarios una sensación de bienestar, tocada de arte cuando la luz del sol se reflejaba en el Ayuntamiento, en la Biblioteca Episcopal, en los tejados de las casas de Zabálburu, donde antes alzó su magnificencia el alcázar de los reyes, y sobre todo, cuando la vista de los niños se posaba en la torre gentil, bella creación murciana que empezó el siglo XVI y concluyó el XVIII, y que es la gala de aquella catedral, orgullosa de su fachada retablo y de su interior, lleno de paz y de grandeza.

* * *

La visita a la nueva Universidad, creada en 1915, dió lugar a conversaciones de Lulio con los niños sobre las Universidades españolas.

—*Yo creo que con la mitad de las Universidades nuestras estaríamos perfectamente servidos.*

—*¿Eso crees tú, Lulio?*—dijo Menéndez.

—*Eso creo. Me parece que si la mitad de los jóvenes españoles que, sin vocación, circulan por las licenciaturas de Letras y Derecho, orientaran hacia la química y la electricidad, donde están el presente y el porvenir de las industrias, sería más armónica la cultura de la patria y España tendría una vida más independiente.*

—*Pero las letras, el Derecho...*—insistió Menéndez.

—*Sí; las Letras y el Derecho son elementos muy principales de la civilización, y serían atendidos suficientemente con la mitad de los centros que en la actualidad tienen ese objetivo. En vez de tanta fábrica de abogados y literatos, tendríamos fábricas de conocimientos prácticos, y los pueblos cuyas Universidades se suprimieran no podrían quejarse, porque en los mismos edificios, y con una vida más intensa, funcionarían los nuevos centros, que son una necesidad imperiosa de la vida moderna. Que haya abogados, pero que no sea todo el mundo abogado; que la congestión del Derecho es el reino de la injusticia, y la ausencia de la química y las ciencias prácticas es la muerte... En la armonía de todas las concepciones sociales está el verdadero progreso.*

* * *

—*¿No vamos a ir a la Huerta?*—dijo Saavedra.

—*¡A la Huerta!*

La Huerta es el tesoro de la capital. El agua del Segura y el sol del cielo obran el prodigio de aquella riqueza de moreras, pimientos, dátiles, frutas, maíz, arroz, aceite y lino.

Los escolares llevaban recomendación para un huertano: el *tío Pencho, el del Azud Mayor.*

Viejo trabajador de la Huerta, es de los pocos que conservan el traje peculiar del país: alpargatas, zaragüelles, o sea, unos calzones anchos y muy cortos, faja, chaleco con solapa y un sombrerillo de ala ancha.

Tío Pencho adoraba aquella tierra de promisión como si toda ella hubiera nacido de su trabajo y su amor, y, en efecto, había una relación exacta entre el hombre y el suelo de tal modo sensible, que bien pudiera ser que la Huerta fuese hija del *tío Pencho* o que el viejo trabajador fuera una creación de los amores del río con la llanura murciana.

Como hombre bueno del Tribunal de Aguas, el viejo explicó la *Parada Grande*, el *Azud Chico*, las acequias y canales y el reparto equitativo del caudal del Segura, y al pedirle Lulio que refiriera cosas antiguas de la Huerta, dijo gracias y donaires, y de pronto se entristeció su rostro y contó horrores de aquella noche trágica de octubre de 1879 en que llovía de un modo imponente y el río se enfadó, y en Aljucer, Nonduermas, Era Alta, Puebla, Arrabal de San Benito y en todos los caseríos se llevó las cosechas, se ahogaron los niños y los hombres por centenares y se destruyeron por miles las casas de la Huerta.

—¡Virgen de la Fuensanta, qué noche y qué día!... En la copa de un naranjo grande que había en la puerta de la barraca me salvé con mi mujer y mi Toñuela, de un año. Cuando nos recogieron en una balsa, estábamos ya como muertos... Luego, en Murcia, el rey Don Alfon-

so XII me apretó la mano y a mi Toñuela le dió muchos besos...

* * *

El escudo de Murcia llamó la atención de los escolares, y les gustó el verso que de los blasones murcianos dicen en la ciudad:

De seis coronas compuesta
Murcia su lealtad mantiene;
del Rey Sabio cinco tiene,
del Rey Don Pedro la sexta.
Y su gloria insigne es ésta:
que las coronas doradas,
en campo rojo asentadas,
para más dignos blasones,
de castillos y leones
están ceñidas y orladas.

* * *

Francisco Salzillo era, desde que llegaron a Murcia, la preocupación de Pepe Velázquez. Lo vieron y lo admiraron. Salzillo es el mejor escultor del siglo XVIII. Este siglo había marcado una decadencia en nuestras artes, y por eso el artista murciano es una flor rara. Así como Martínez Montañés es en el siglo XVII el arte puesto al servicio de la tragedia del Calvario, y sus Cristos y Dolorosas son las más fuertes creaciones de la imaginería, así Salzillo, realista como el escultor sevillano, ha puesto todo el interés de su creación, más que en el dolor religioso, en la exacta, admirabilísima reproducción del natural y de la vida. La *Escena del Prendimiento* y otras de la pasión del Señor, y, sobre todo, el ángel de la *Ora-*

ción de las Olivas, es un ejemplar de belleza plástica tan definitivo, que los niños no sabían cómo alabarlo.

—*¡Está vivo!*—decía Saavedra.

—*¡Y es un ángel!*—agregaba Velázquez.

Cuando vieron los escolares el *Portal de Belén*, de Salzillo, con 556 figuras, en que desde el Niño a Herodes; desde los Reyes Magos a los pastorcitos; desde las ovejas a las gallinas; desde los soldados al matarife y al gaitero; en una palabra: cuando pasó ante los escolares la amalgama del *Nacimiento*, vértice de las tradiciones de los hogares en la Nochebuena y alrededor de cuya infantil fiesta brillan en nuestra memoria los momentos más puros de la vida, Velázquez, Cid, Menéndez y hasta el mismo Lulio se volvieron locos de alegría, y Saavedrita, que era... como era, no lo pudo remediar y en pleno Museo se puso a remedar la zambomba y a cantar estrepitosamente:

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir...

Tenemos los españoles la inquietud de la suerte que hayan podido correr estas riquísimas esculturas en poder de los rojos.

* * *

Muñoz, el generoso filántropo; Vicente Medina, el poeta lírico cantor de la Huerta; don Juan de la Cierva, insigne abogado y político, y Saavedra Fajardo, autor de las *Empresas políticas*, uno de los libros de más enjundia que se han escrito en castellano, honran a la hermosa provincia murciana.

* * *

La rica y grave Cartagena, con el puerto soberbio, las defensas militares de la plaza, capital del Apostadero de Levante con la Escuela de Torpedos, arsenales donde se pueden construir simultáneamente hasta seis acorazados de combate, los negocios de las minas de plomo argentífero, sus fundiciones, las cosechas de almendras y la historia, que comprende desde que la fundó el yerno de Amílcar Barca hasta los pronunciamientos de las luchas políticas del siglo XIX, todo fué leído en los apuntes de Lulio y amenizado con las charlas de los muchachos, que tenían todos los deseos del alma impacientes por llegar a ser hombres, pero que, a pesar de sus inteligencias y de sus estudios, había en ellos la gracia y la divina frescura de sus años.

Cuando llegaron al extenso recinto dentro de cuyos muros está el Penal de Cartagena, Lulio habló del delito, de la ley y de la sociedad.

Los niños seguían con interés la lección inteligente que el estudiante de Ciencias les daba, y cuando, con palabra fácil, el joven sabio pintó el horror de la vida del preso, que por no saber ponerle a sus pasiones un freno vivía allí sin dulzuras del hogar, sin estímulos sociales, sin esperanzas, pasando automáticamente la tristeza de los días y entregándose en las noches, en las terribles noches, al doloroso recuerdo de sus amores, de sus ilusiones y de su vida, que se habían quedado de aquella terrible puerta hacia fuera, Lulio se fijó en los niños y tuvo que suspender el relato, porque todos estaban conmovidos.

—*¡Bien! Acabo. Pero quédese esta verdad para siempre entre vosotros: para ser libre es necesario ser bueno;*

para que el tesoro de la libertad no se pierda, hay que guardarlo con la llave de la honradez...

* * *

Luego hicieron excursiones a Archena y Fortuna, balnearios célebres. Fueron al gran lago conocido por Mar Menor, y ya allí pusieron el pie en tierra del Cabo de Palos, avanzada que Murcia hace en las aguas azules de su mar, que es el mismo mar de las islas de la vieja civilización.

Albacete

La provincia de Albacete es muy varia por su suelo, que tiene las características de la planicie manchega en el Norte y sierras como la de Alcaraz y Calar del Mundo por sus linderos con Jaén. El Júcar y el Segura la riegan, y allá, en los confines con Ciudad Real, el Guadiana da sus primeras señales de vida en aquellas escalonadas lagunas de Ruidera.

El país era en lo antiguo poco sano por causa del paludismo que las aguas encharcadas producían. Hoy ha mejorado notablemente. Hay en Albacete una curiosa anécdota sobre el origen de las obras de canalización que modificaron el estado sanitario. Parece que Carlos IV, cazando en la provincia, mató un hermoso lobo, y el rey tuvo la humorada de que le abonasen la cantidad que dan en los Ayuntamientos de premio al que mata a un animal dañino. Exigió el certificado correspondiente, y al entregárselo el alférez conde de Villa Leal, habló en tales términos al monarca, que éste se convenció de que seguía suelto por aquellos campos y ciudades un lobo cien veces más terrible que el derribado de un tiro por la puntería real: el lobo rabioso de la fiebre palúdica, azote secular de aquellos honrados hijos del trabajo.

Se hicieron las obras de canalización, y, poco a poco, se ganó esta batalla de la salud pública.

* * *

El *Albacen* de los árabes, colocado en la llanura, tuvo una vida constantemente agitada en el subir y bajar de la marea de la Reconquista y en la oscilación constante que la influencia de los reinos taifas vecinos produjo en la vida de la ciudad. En los llanos próximos a la capital se decidieron más de una vez los litigios de árabes con árabes, y fué allí donde el emperador Alfonso VII, a mediados del siglo XII, derrotó al rey de Córdoba, Valencia y Murcia, Abu Giafar. El caudillo musulmán, cuando vió que la suerte de la lucha le era contraria, suplicó a dos amigos suyos que le mataran, porque no le permitia su orgullo rendirse al rey cristiano. Así lo hicieron.

—*¡Qué hombre!*—murmuró Menéndez.

—*Hubiera sido más humano y de más elevación moral entregar modestamente su espada vencida... La derrota no es un deshonor, es una desgracia...*—dijo Lulio.

* * *

Los niños vieron con gusto que Albacete es una población limpia, perfectamente urbanizada y con edificios públicos nuevos, que desde la Audiencia territorial hasta el Ayuntamiento y desde la Plaza de Espartero hasta el Paseo de la Feria da la sensación de un pueblo laborioso y amante de su progreso, que rápidamente ha pasado a ser una de las más hermosas capitales del interior de la Península.

La agricultura en todas sus manifestaciones es la

riqueza del país, siendo una nota particular de ella el cultivo del azafrán, que muy especialmente en Casas Ibáñez tiene una importancia extraordinaria y constituye una fuente de ingresos muy interesante.

Los niños estuvieron viendo las fábricas de armas de acero en la capital. Es un trabajo de hábil manufactura. Vieron desde la navaja cachicuerna con hoja puntiaguda, con muelles que al abrirla o cerrarla hacen un ruido áspero, hasta el puñal de caza, con cabo repujado, que en las monterías se usa para rematar una res herida y acorralada por los perros.

—*Y esos navajones tan grandes, ¿para qué sirven?* —preguntó, con cierta malicia, Saavedra.

—*Pues bien claro está para lo que sirven: para matarse los hombres*—apuntó Cid.

Efectivamente: esa navaja, hecha con tanto arte y tan magistralmente decorada, estará mañana en la faja de un andaluz, de un valenciano o de un aragonés, y un día, porque le requebraron la novia, o porque se porfió en la taberna sobre una pareja de mulas, sobre el mejor torero o sobre la habilidad para cargar un carro, el hombre que tiene en su faja aquel reptil de acero le desenrosca con rabia, y al escapar por su punta la electricidad que el vino y la incultura produjeron, el compañero de trabajo, el amigo de toda la vida, de la niñez y de la escuela, cae al suelo herido de la puñalada. La navaja tan bonita, que triunfa en el mostrador de la fábrica y tan orgullosamente es lucida entre los amigos de la tertulia, está ahora, como aletargada por el remordimiento, sobre la mesa de la Audiencia provincial, viendo las lágrimas de las madres y la vergüenza de una juventud criada

para el hogar y la Patria y que va a malgastarse en la infecundidad de los establecimientos penales.

Lulio dijo a los niños:

—*Son tres los enemigos del pueblo: la incultura, el vino y la navaja... Grande es la ruina que se evitaría a la sociedad española si los Gobiernos pensaran que la expropiación por el Estado de todas las fábricas particulares de armas sería un gasto insignificante comparado con los dispendios que el delito de sangre lleva consigo, desde el funcionamiento de los Tribunales de Justicia hasta el presupuesto de Penales, que se reduciría a menos de la mitad. Cerrando las fábricas de armas blancas y de fuego, reglamentando lo que en esta materia había de permanecer, y persiguiendo con mano inflexible y dura el contrabando, el Estado cumpliría un gran fin moral, alcanzaría un triunfo económico y se quitaría de la casa de los pobres la más negra de todas las contribuciones: el presidio.*

* * *

Pasearon los escolares por la provincia y recordaron las esculturas griegas del Cerro de los Santos, de Montealegre, que hoy atesora el Museo Arqueológico de Madrid. En Alcaraz tuvieron frases de elogio para una mujer celebrada en los apuntes de Lulio: doña Oliva Sabuco de Nantes, cultivadora esclarecida de las Ciencias naturales, y en Almansa leyeron todo lo relativo a la guerra de Sucesión, con motivo de la muerte de Carlos II *el Hechizado.*

La Casa de Austria y la de Borbón habían chocado en nuestro suelo, luchando por la corona de España.

Casi la totalidad del país quería al rey Felipe V, y Aragón, Valencia y Cataluña eran partidarias del archiduque Carlos. Este encomendó la dirección de sus ejércitos portugueses, holandeses e ingleses a los generalísimos Galloway y marqués de las Minas, y los españoles partidarios de Felipe de Borbón eran mandados por el ilustre general Berwich.

Se encontraron los ejércitos el 25 de abril de 1707 en las inmediaciones de Almansa. Al principio sacaron ventaja Galloway y los suyos; pero el valiente caballero Dasfeld, con su carga maravillosa en la derecha del combate, y los regimientos de don José Amézaga, que peleaban enardecidos a los gritos de *¡Viva España!*, *¡Viva el rey!*, rompieron las filas extranjeras, y, al cerrar la noche, Berwich pudo ver, al pasar revista a los doce mil prisioneros, cómo habían rendido sus armas los más viejos y expertos soldados de Europa a un ejército de muchachos que no tenían la experiencia de los combates, pero a quienes brillaba en los ojos la luz de la Patria, representada por el rey Felipe V, y el calor que supo infundir en ellos el caudillo Berwich, que a la vista de la ciudad alcanzó en aquella jornada uno de los más bellos laureles de la Infantería española.

Valencia

Valencia

Valencia, por su bulliciosa alegría, por sus barrios antiguos y bella urbanización de lo nuevo; por la sonriente ribera del río Turia; por el mar, que la requiebra desde el Grao, y la playa de Nazaret, donde canta siempre su canción soñadora y latina; por sus flores, por su tierra, por el alma de su pueblo, el encanto de sus mujeres y el prestigio de su historia, es una ciudad de las más interesantes de España y del mundo.

Ella parte con Sevilla el imperio de la luz, que se hace utilidad en la Huerta, emoción en la fantasía y en las obras de sus artistas, y transparencia en el alma del pueblo. Sevilla y ella son los dos focos de la gracia española.

Como Valencia es tan bonita, le han salido en la Historia los más bizarros y arrogantes novios: los príncipes Beni-Hud, que la embellecieron; el Cid, que la amó hasta la muerte, y Jaime *el Conquistador*, que la libertó del moro, la bautizó y la hizo aragonesa, para que más tarde fuera uno de los grandes orgullos de la unidad de la Patria.

Valencia tiene un idioma, un carácter, una tradición

y una personalidad definida, y, sin embargo, se juntó con sus hermanas, las demás regiones, para formar a España, cuya unidad ama y reverencia y por la que daría el calor de su vida y la sangre de su corazón.

El pueblo valenciano es trabajador, sencillo, impresionable y no sabe tener aficiones sin encenderlas en el fuego de la pasión.

En los tiempos antiguos recibió, como todo el país levantino, la influencia de los griegos, que es un pueblo síntesis de todas las actividades, porque traían en sus bajeles las mercaderías de Oriente y en sus almas una civilización que preparaba el advenimiento de los más grandes artistas y filósofos de la Humanidad.

Desde el siglo VIII al XIII, en que conquistó a Valencia Don Jaime, tuvieron tiempo los moros de meter en las venas del pueblo sangre suya, sangre árabe, indolente y ardorosa, llena de estímulos para la lucha, de amores para la tierra y de ensueños para la poesía, y desde el XIII al XV tuvieron los aragoneses tiempo también de iluminar el alma valenciana con el sol de sus leyes y su libertad.

Las luchas por la libertad clásicamente española tuvieron repercusión en las *Germanías* valencianas, y aunque el carácter gremial de estas asociaciones hizo dar al movimiento un color de democracia y de protesta de clases sociales, fué todo él un arranque viril contra las violaciones de las leyes españolas por una política extranjera, a la que fué preciso para modificarse que el gran emperador Carlos V acabara de conocer a nuestro pueblo y lo cegara luego con el resplandor de la grandeza de su genio. El pobre cardador *Juan Lorenzo*, el

tejedor *Guillén Sorolla* y la *Junta de los Trece* siguieron la misma suerte que los comuneros de Castilla.

* * *

¿Cuál es el pensador más grande de España?

Si se lo preguntáramos a Lulio, seguramente contestaría que el gran mallorquín portador del apellido de nuestro simpático amigo.

Si se hace esa pregunta entre los doctos de Granada, resolverán la cuestión a favor de Francisco Suárez.

Nosotros advertimos a nuestros viajeros que el valenciano Luis Vives, cuya estatua vieron los niños en el patio de la Universidad de Valencia, forma, con el mallorquín y el granadino, la trilogía luminosa del pensamiento filosófico de la Patria; pero si hubiéramos de establecer alguna diferencia, tendríamos que ponerla a favor de Vives, del cual pueden decirse estas sabias palabras de Menéndez Pelayo:

=Así como el hemisferio que descubrió Colón lleva hoy el nombre de Américo Vespucio, así se han bautizado de *Baconismo* y *Cartesianismo* diversos jirones del manto de Luis Vives.=

Es decir, que el sistema de crítica filosófica que parte del estudio del sujeto del conocimiento, y que es la puerta por donde el espíritu humano entró en los campos de la ciencia moderna, no fué iniciado ni por Bacon ni por Descartes: ese honor corresponde a un hijo del Turia... La luz de Valencia, transformada en idea, se humanizó en el entendimiento cumbre del valenciano inmortal.

* * *

Guillén de Castro es el más alto de los poetas que produjo Valencia y uno de los más ilustres de la España de los siglos XVI y XVII.

El artista valenciano se inspira, para la mejor de sus obras, en las hazañas del Cid Campeador. Hijo de la tierra, es natural que al rendir tributo de su talento a la Patria le impresionara la figura del Cid, primer conquistador de la ciudad, figura que tiene la mitad de su persona en la historia y otra mitad en la leyenda. El Cid en Valencia es la conjunción de la gravedad y el equilibrio castellano con la alegría y la pasión mediterránea. Es el misticismo del *Romancero*, que en contacto con las flores, las sonrisas y la luz que presiden el ambiente valenciano, sin dejar de mirar a las alturas de Dios y de la Patria, se satisface también en el placer de vivir la alegría humana. Guillén de Castro es el precursor y el modelo de Corneille, gloria de la literatura francesa, en el famoso *Cid*. El poeta valenciano y el francés han fabricado un héroe como lo pide la legendaria concepción de Ruy Díaz en el *Romancero*.

El padre del caudillo habla así ante el rey cuando refiere la muerte del conde Lozano:

...Yo vi, señor,
que en aquel pecho enemigo
la espada de mi Rodrigo
entraba a buscar su honor.
Llegué y halléle sin vida
y puse, con alma exenta,
el corazón en mi afrenta
y los dedos en su herida.
Lavé con sangre el lugar
adonde la mancha estaba,

porque el honor que se lava
con sangre se ha de lavar...

* * *

Los niños estuvieron en la catedral, donde admiraron las hermosas puertas góticas y, sobre todo, la famosa torre llamada el Miguelete, de planta octogonal, con caras lisas, y en la parte superior coronada con elegantes huecos góticos y un campanario que le da gracia y originalidad. El Miguelete es, desde el mar, la orientación a Valencia; es la alegría de los huertanos, que miran a la torre desde las fatigas de la labor diaria como un saludo de la ciudad y de la fe, y es el punto de vista único para contemplar la magnífica urbe en todo el esplendor de su hermosura.

* * *

Cuando Lulio y los niños iban a la Huerta, encontraron en el camino a dos chavaletes recogiendo el estiércol de la carretera en una gran canasta.

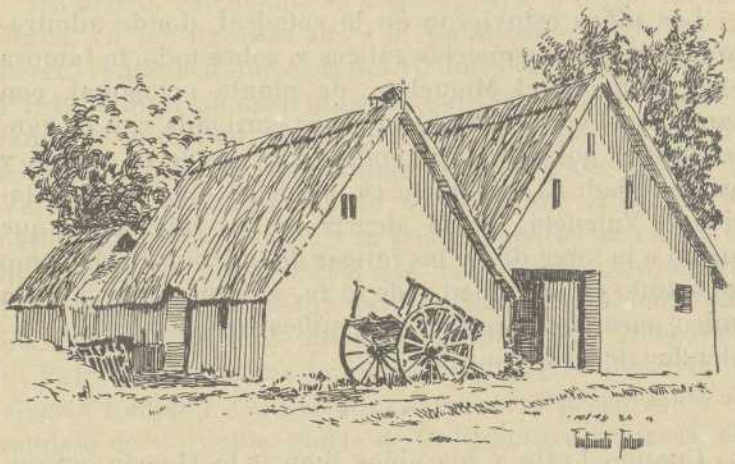
Nuestros escolares se acordaron de la poesía valenciana que habían leído con este asunto precisamente:

—*Oye*—le dice el más chico al otro—, *si tú fueras rey de España, ¿qué comerías ahora mismo, di?*

—*Pues mira éste; eso es bien claro*—dijo el mayor, limpiándose el sudor de la frente—: *Ché, si yo fuera rey de España comería ahora mismo un plato de arroz, con habichuelas y nabos... ¿Y tú?*

—*Yo*—dijo el chico, con la boca hecha agua de gusto—*ya no puedo escoger, porque tú te lo has llevado todo...*

Lulio se enterneció con el recuerdo de la poesía y dió a los pobres niños descalzos, recogedores de estiércol, unas monedas para que aquel día pudieran satisfacer el



Barraca valenciana

ideal de sus gustos: arroz, habichuelas... Bienaventurados los humildes.

* * *

La Huerta de Valencia es la riqueza agrícola más grande de España. El suelo es fértil, el calor del sol multiplica esa fertilidad, la luz radiosa excita los fenómenos de la creación vegetal, y el agua del Palancia, del Turia, del Júcar y del Serpis, que empezaron a canalizar los moros, se reparte entre todos los pueblos de la llanura en un sistema ingenioso y complicado de distribución, y de cuya justicia se encarga un Tribunal popular de

ancianos que celebra sus juicios rápidamente en una de las puertas de la hermosa catedral.

Las sentencias son inapelables, y el pueblo, que conoce a sus jueces, como hombres honrados y peritos, acepta los fallos, que constituyen un verdadero triunfo de la justicia democrática.

Cada huertano tiene un pedazo de tierra de regadío, con el que mantiene a su familia. El trabajo de estos hombres, junto con los demás elementos de producción, arrancan al generoso suelo hasta tres cosechas anuales.

La barraca es el hogar huertano. Construida con barro y piedra, el blanco de sus paredes contrasta con el gris oscuro del techo, de juncia seca, en cuya parte alta domina casi siempre una cruz...

Era admiración de los niños los campos inacabables de hortalizas que se extendían en el país llano a lo largo de la costa por Sagunto, la Huerta de la capital, la de Gandía, las riberas del Júcar y, ya algo internadas en la provincia, por la vega de Játiba y el campo de Liria.

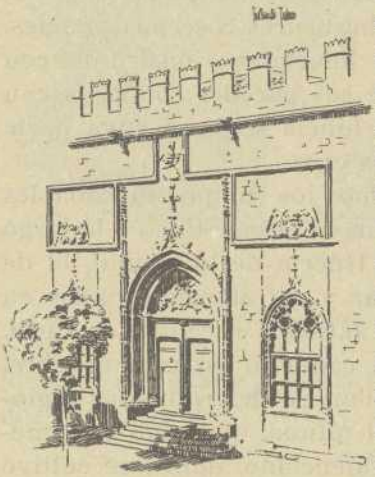
Las plantas industriales, cáñamo, esparto, mimbre, el azafrán y el cacahuet se dan en determinadas regiones, y muy especialmente el último, que vino de América a enriquecer el suelo valenciano, donde se cultivó por vez primera.

Pero lo verdaderamente espléndido del país son el naranjo y el arroz.

Los naranjales, cuando están en flor, hacen de la Huerta un paraíso. Es imposible hacerse cargo del delicioso perfume de los azahares sin pasar una noche en la Huerta; y cuando la naranja y el limón pintan de amarillo y de oro constelaciones sobre el verde de las copas

aristocráticas de los naranjos y limoneros, será preciso ver salir el sol sobre la región del Turia para gozar toda la gloria de la luz naciente, que hace paisajes de fantasía y mete en el ánimo el pájaro revoltoso de la alegría de vivir.

Los arrozales, por el contrario, dan la impresión de la laguna. Aquello es una marisma dulce. Pero el agua está parada y baña al cereal riquísimo. El vegetal, con sus exudaciones, y la naturaleza orgánica que se desarrolla en el estancamiento, son un verdadero cultivo de la fiebre; pero está allí también la riqueza del arroz, y el hombre, para ganar la vida, juega con la salud y la muerte. En aquella atmósfera pegajosa de las tardes caniculares está la vida del mosquito del paludismo que envenena a sus víctimas, haciéndolas pasar desde el frío, que tuerce los nervios en un temblor punzante e irresistible, a la calentura, que ofusca la mente, reseca las mucosas y precipita al corazón en una marcha de dislocada violencia...



Valencia.—La Lonja

* * *

De vuelta en la capital, fueron a ver el precioso edificio gótico de la Lonja, con elegantísimas ventanas y

balconcillos, con almenas airosas, con la puerta llena de señorial distinción, y con aquellas columnas, altas y retorcidas en canalones espirales, que hizo decir a Velázquez:

—*¡Pero si esto es una iglesia!*

—*Es verdad*—dijeron los demás; y Lulio expresó el pensamiento de todos con estas palabras:

—*Iglesia y comercio; es decir, que esta Lonja es la iglesia de los negocios.*

Y como si el edificio quisiera afirmar esta idea, mostró a Lulio arriba una inscripción que, traducida, expresaba:

=*...bueno es el trato en que no se usa falsedad en las palabras; en el que se promete para pronto y no se falta, y en el que no se admite el dinero con usura. El comerciante que así obra se pondrá rico y luego tendrá la vida eterna.*=

—*Nada, nada*—insistió Lulio—; *la iglesia de los negocios...*

* * *

Las trescientas mil almas de la capital circulando por sus paseos, puentes y avenidas; la inmensa estación del ferrocarril; la Fábrica de Tabacos; el Penal de San Miguel de los Reyes; los templos espléndidos; la plaza de la catedral, con el grandioso edificio y la capilla de los Desamparados; la plaza de Cajeros; la calle de San Vicente; el Ayuntamiento; la Universidad y el puente sobre el Turia, enfilando las interesantes torres de Serranos, daban un conjunto de hermosa ciudad que, iluminada por la luz de julio, hacía pensar en sus grandes artistas.

Juan de Juanes, Ribalta y *el Españoleto*, tres firmas inmortales de la vieja pintura de Valencia, habían recibido tales influjos del arte italiano, que la personalidad propia del sentimiento artístico de la región quedaba un poco esfumada. Ha sido preciso el advenimiento de las generaciones actuales de artistas para que los gloriosos Querol y Muñoz Degrain y el inmenso Benlliure, que abarca todas las perfecciones escultóricas, afirmen el carácter propio de aquella raza de hombres inspirados. Pero el que define mejor la personalidad levantina moderna es Sorolla. Sorolla no encontró en las actuales generaciones artísticas, por muy alta que hayan levantado la pintura franceses e italianos, un remo compañero al suyo en el esquife de oro de la inmortalidad. Fué el maestro único de la técnica y de la luz. Técnica brava y luz como la que brilla en la voluta de las olas tranquilas del mar latino de Valencia... Si el maestro hubiera tenido en su paleta una vibración romántica, una sola, el pasado, el presente y el porvenir hubieran sido suyos, completamente suyos.

* * *

Se iban los niños de Valencia. Desde las ventanillas del vagón miraban encantados el luminar prodigioso de la Huerta...

—*Yo no comprendo*—dijo Lulio—*cómo en este hervidero de alegría pudo fluir la figura penitente y grave de San Vicente Ferrer...*

—*¿No? Pues mira, San Isidoro en Sevilla...*—dijo Menéndez.

—*Tienes razón. Debe ser un prodigio de Dios, que al*

lado del bullicio hace nacer la meditación; al lado de la alegría disipada pone la recogida austeridad, y cerca de la posible corrupción crea la fe, que conserva, y una luz del Evangelio, que templa la luz de la vida...

Los niños vieron volar hacia la laguna de la Albufera grandes bandadas de aves amigas del agua...

Lulio recordó al músico Giner y al poeta Llorente, y luego hablaron de las industrias valencianas, marcando con singular satisfacción el triunfo de Manises en la cerámica. Se hizo también recuerdo del puerto del Grao y de las espléndidas instalaciones de Altos Hornos de Sagunto para trabajar el hierro en polvo que viene de la mina de *Ojos Negros*, de Teruel.

La palabra Sagunto trajo a la memoria al general Martínez Campos, restaurador de los Borbones en el trono de España, y Fernandito Cid, al oir el nombre de aquella plaza, que fundaron los griegos, fraguó en su imaginación el cerco irresistible, el hambre trágica, el asalto de Aníbal, la muerte de los héroes y la ciudad elevando hasta el cielo las llamas de la bravura hispánica.

También veían los niños, lanzados en la velocidad del tren, el incendio del sol sobre los naranjales y limoneros de la Huerta.

Alicante

Subidos en el castillo de Santa Bárbara de la romana *Lucentum*, que los árabes llamaron Alacant y nosotros Alicante, disfrutaban los escolares un espléndido panorama. El mar; el puerto, rebosante de animación y vida, con su gracioso Club de Regatas; el paseo de los Mártires y la costa de Babel; los jardines y la ciudad, perfectamente urbanizada, tendida a los pies del ingente promontorio del castillo, ponían ante los ojos de los niños un cuadro de intensa luz y de variado colorido.

Fueron a bañarse los chicos a la deliciosa playa de Postiguet.

Nuestros amiguitos se divertían gustando ese placer juguetón que nos acaricia cuando el agua del mar, al recibirnos en su seno, nos comunica un optimismo y una alegría infantil.

Estaban deliciosos con sus trajes de baño. Menéndez, Velázquez y Saavedra apenas si sabían nadar. Cid y Lulio se reían de ellos y les animaban a lanzarse, porque, según Lulio, era sólo cuestión de perder el miedo, una vez que ya sabían sostenerse a flor de agua, que era lo principal.

Cid propuso al estudiante de Ciencias una regata.

El primero nadaba de *bracete*, y su contrincante, a *dos brazos*. Había que nadar unos cincuenta metros. Al principio sacó alguna ventaja Lulio, pero se igualaron, y a poco le sacó Cid medio cuerpo por la proa.

Los niños gritaban:

—*¡Anda ahí, Lulio!* ¡*Aprieta, Cid*! ¡*Que te coge*! *¡Que te alcanza!*

El chiquillo iba venciendo al hombre. Éste realiza un esfuerzo poderoso y consigue achicar algo la ventaja que le lleva su contrario. Los brazos de Cid entran vertiginosa y alternativamente en el agua, y Lulio sopla, fatigado, sobre la ola.

—*¡Llegué!*—gritó Fernandito, y, como Lulio venía aún algo atrasado, todavía le sobraron al chiquillo tiempo y respiración para darse una larga zambullida, con vuelta de campana, que hizo reir al vencido.

Cuando Cid reapareció a la luz, se sacudió el agua de los ojos con un movimiento arrogante de cabeza, y no le dió importancia a la ovación que Lulio y los compañeros le tributaron.

* * *

Los niños se hacían lenguas de la luminosa playa y de las magníficas condiciones que, por su temperatura, tiene Alicante como estación invernal, según datos que Lulio llevaba en sus apuntes.

En el hotel, después de almorzar, pidió Lulio que le trajeran el postre especial que había encargado.

—*¿Qué es, Lulio?*—preguntó con interés Saavedra.

—*Una cosa exclusiva del país.*

—*¿Dátiles?*

—*No.*

—*¿Limones dulces?*
—*Tampoco.*
—*¿Fresa?*
—*Nada de eso es exclusivo del país.*
—*Oye, no caigo...*
—*Pues ahí lo tienes...*

Una bandeja con trocitos de turrón de Alicante, en que la miel y la almendra han obtenido un triunfo nacional, y otra con cortadillos de tierno y goloso turrón de Jijona, se presentó ante los chicos.

Hubo quien, primero, se ejercitó en las blanduras jijonesas, y luego hizo prodigios dentales en el delicioso hormigón de la capital. Fué un éxito de Lulio. A buena parte fué a dar la golosina que se pasea por todas las ferias de España y sin la que no concebimos la alegría popular de la Nochebuena.

* * *

Anduvieron los escolares en los ricos pueblos de la provincia; observaron que, aparte de los aprovechamientos fluviales del Segura y del Serpis, no bastan las fuentes y arroyos para las atenciones del riego de las dilatadas huertas de la región, y pudieron ver las obras que compañías poderosas llevaron a cabo para que no sean sólo el de Tibi y otros pantanos los que ayuden a la agricultura, sino una organización completa, que concluirá por colocar la parte Sur de la provincia en las mismas condiciones de regadío que su vecina la huerta de Murcia.

En Alicante habían visto fábricas de todas las industrias corrientes de la vida moderna, y en Alcoy, que tie-

ne aspecto de gran capital, desde el Viaducto de Canalejas, contemplaban el movimiento de sus fábricas de telas de todas clases, de papel continuo, de papel de fumar, de cartón y sus aplicaciones, de gorras, mantas, cintas, correas, fieltros, libros rayados, peladillas, etc., etc.

En Elche, donde se descubrió el prodigio de escultura ibérica que se conoce con el nombre de la *Dama de Elche*, y que es una joya del Museo del Louvre, de París, se perdieron materialmente los niños en sus bosques interminables de palmas datiliferas. El árbol que sube a enseñorearse como ninguno de los aires y que, cuando está arriba, en curvas graciosas hace de cada una de sus ramas una ondulación de aristocrático señorío; que han imitado los artistas en las columnas y bóvedas catedralicias y en los plumajes de los cascos guerreros, es la gloria de Elche, que en sus tardes de estío y en el recogimiento romántico de sus noches de luna, convida en el palmeral y en el río Vinalopo a meditaciones de una poesía oriental:

Yo tengo en mi guzla, de son berberisco,
el germen del cuento y el ser del cantar,
y se oye en el son de mi canto morisco
la brisa marina que orea el lentisco
y el río que bulle cruzando el palmar.

Nunca se recordaron mejor los versos musicales de Zorrilla.

* * *

Orihuela, la antigua Auraiola, capital del Ducado de Teodomiro, de que hablamos en Murcia, sugirió ahora a Lulio y a los escolares un recuerdo para aquellos

hombres llamados muzárabes, cristianos que se quedaron viviendo con los moros, conservando sus creencias y su civilización, y que, en el transcurso de la Reconquista, fueron admirables instrumentos para comunicar a los árabes la cultura cristiana y a los cristianos el saber musulmán. Son verdaderamente simpáticos estos hombres providenciales que trabajaron en la frontera ideal de las dos civilizaciones...

* * *

Después de recordar en Novelda a Jorge Juan, el primer matemático español del siglo XVIII; en Denia, la Artemisa de los griegos, el sentido civilizador de aquellos grandes colonizadores, y en Villena, al ilustre músico Chapí, regresaron a Alicante, donde vieron el modesto monumento del gobernador González Quijano.

Era el año 1854. El cólera morbo asiático desoló a España. En Alicante, el miedo natural al mal terrible, la falta de médicos y medicinas, la escasez de sustancias alimenticias y la ausencia completa de la higiene, produjeron una verdadera catástrofe.

En estas circunstancias tomó posesión del cargo de gobernador de la provincia don Trinidad González Quijano, que excita al pueblo y a las autoridades, organiza servicios, crea socorros ambulantes, reúne recursos para atender a las abandonadas víctimas, y, aunque su labor la secundan algunos, no es suficiente lo que se consigue para poder atender a la imperiosa necesidad de aquel drama que se está desarrollando en todos los hogares de la ciudad levantina. El gobernador, después de apurar los resortes sociales, ve que es imposible dominar el

problema; y entonces, para dar a su espíritu la satisfacción de una caridad íntima, fraternal y evangélica, se lanza personalmente a la lucha y atiende a los enfermos, cuida a los niños abandonados, lleva a todos los coléricos el consuelo de su presencia; mueren muchos en sus brazos; los lleva a la sepultura, y, cuando aquel hombre, gemelo de Carlos Borromeo, de Juan de Dios y de Vicente de Paúl, desenvolvía en la horrible tragedia todos los amores de su corazón, le hiere el cólera, y muere...

Dijo Lulio:

—*Los pueblos deben honrar con honores perpetuos y únicos a estas almas triunfales de la caridad...*

Castellón de la Plana

Los griegos de Rodas y los focenses, que trajeron a la costa levantina, y, por tanto, a Castellón, la luz nueva de sus ideales y una comunión de arte, de belleza y de pensamiento, mezclaron su sangre helena con nuestros celtíberos, poniendo ese precioso elemento en la formación del cuerpo nacional.

Nuestras abuelas celtíberas de la costa mediterránea rechazaron siempre al hombre fenicio, cananeo, antipático, de raza coloreada, a pesar de que este hombre obsequió a los españoles con los interesantes adelantos de su cultura: el aceite, la salazón, la moneda, la navegación, la minería, la aritmética... Había un abismo de raza, y las abuelas no lo quisieron. En el corazón nacional no hay sangre fenicia.

Pero aquel hombre blanco, fino, elegante, que hacía versos sonoros, estatuas y palacios, que cantaba al son de la lira y que tenía barcos con las proas doradas, ganó el afecto de la celtíbera y se hizo la unión de sangre, como se hará después con Roma y, más tarde, con los hombres blancos que bajarán del Norte de Europa a concluir con el imperio romano.

Las venerables sombras de Viriato, Sertorio y los Es-

cipiones aún vagan por el llano y por las montañas castellonesas. Don Jaime *el Conquistador*, con sus hombres, sus arrestos, su juventud y su espada, en Peñíscola, Burriana, Alcora y en toda la interesante región, ha hecho enmudecer la voz de los *muecines* y ha subido a las torres de las mezquitas la campana que toca a triunfo y a gloria.

Don Jaime II ha creado la Orden militar de Montesa, que, como las de Santiago, Calatrava y Alcántara, hará lucir el valor de sus caballeros en el trabajo heroico de la Reconquista.

El Maestrazgo castellonés es el solar de Montesa.

* * *

Castellón está en la gentil llanura de La Plana, que se extiende desde Borriol a Almenara; llanura que produce cáñamo, algarrobas, vinos y naranjas, con el agua del Mijares, que antes de caer al mar latino se complace en enriquecer al bello país.

Los niños se parecen a los pájaros en que aman las alturas. Dejad a un chico en libertad cerca de una torre, y a poco rato lo veréis en el campanario.

Los nuestros, desde la torre de Santa María, tenían a sus pies la bella llanura; hacia levante, el mar solemne y eterno; y allá, en las lejanías del ocaso y del Norte, la cordillera, encrespada, detrás de cuyas cumbres, por un lado, está Aragón, y por otro, Cataluña.

Castellón, con las industrias derivadas de la agricultura: alpargatas, paños y fajas; con las hermosas vías Mayor, González Chernia, Guitarrista Tárrega, Plazas de Colón y Don Jaime; con sus hermosos edificios civi-

les y bella e interesante fachada de su iglesia arciprestal, estaba allá abajo, a los pies de los niños.

Los muchachos en la altura polarizaron hacia la espiritualidad, y Lulio contó la bella anécdota de la más grande figura de Castellón: del pintor Francisco Ribalta, que con la famosa *Cena*, el *San Bruno*, *San Francisco besando a Cristo en la Cruz* y cien obras más, ha dado a la escuela valenciana un nombre insigne y un alto prestigio.

Ribalta tomó las primeras lecciones de pintura en Valencia, en casa de un maestro de mediana significación artística.

El maestro tenía una hermosa hija, y el principiante se enamoró de ella. Súpolo el padre, y arrojado Ribalta del taller, vagó por la ciudad lleno de tristeza, de amores y de ambición. Soñó con ir a Italia, ser grande, regresar y, con la aureola de la fama, vencer la resistencia del maestro, para triunfar en el amor después de triunfar en el arte.

Y fué a Italia, pobre y sin protección. Allí, ante las obras de Rafael de Urbino, con la influencia directa de la escuela de los Carracci y con lo que le enseñaron los cuadros admirables de Sebastián del Piombo, se fué poco a poco despertando el genio fuerte que el joven tenía encerrado en su pensamiento; e injertada la facultad francamente realista de los artistas de su raza con la ideología de sus inspiradores italianos, surgió el pintor cumbre.

Lleno de ilusiones volvió a Valencia. Llegó al taller donde le despreciaron años antes, y, ausente el maestro, había sobre un caballete la obra que aquél pintaba a la

sazón. El joven la terminó rápidamente con arte soberano, y vuelto el viejo se admiró y dijo a su hija:

—*¿No ves? Con un pintor así te casaría yo; no con aquel miserable pintorcillo Ribalta...*

A poco el pintor y su novia eran felices en un hogar acariciado por la fama, la riqueza y el amor.

* * *

Fueron los escolares a Segorbe, la antigua Segórbiga. Anduvieron por sus calles morunas, visitaron sus viejos monumentos, pasearon por las poéticas riberas del Murviedro, y luego fueron a visitar, en el partido de Lucena, a la famosa Alcora, la sede de la cerámica levantina.

La alfarería hispanomusulmana, de singular importancia, concluyó por la factura de aquellos inimitables azulejos, cuyos característicos esmaltes de reflejos dorados de Córdoba, Zaragoza y Toledo, siguen siendo realmente inimitables.

Las placas artísticas que, como las de Pedro Millán en la fachada de Santa Paula, de Sevilla, y los altares e imaginería que al estilo de Luca de la Robia se hicieron en España, enlazan con la cerámica medieval, para concluir en el gusto de Talavera, que es el refinamiento italiano convertido en sinceridad e inocencia, con fondos blancos y dibujos azules llenos de una gracia característica, hermana de la que ostentaron los ceramistas trianeros, y más tocada de influencias extrañas en las fábricas del Prado y de la Moncloa, de Madrid.

La fábrica de Alcora, creada por el conde de Aranda, tuvo por primer director a Sayas, con pintores catalanes, valencianos y franceses, sobre la base de los alfare-

ros alcoreños. Comenzaron las preciosas porcelanas a mediados del siglo XVIII, y aunque orientadas hacia el arte que en Alemania, Francia e Italia llenaba de ejemplares maravillosos las casas de los reyes y los grandes, tuvo, sin embargo, esta cerámica alcoreña un gusto propio que concluyó, al fin y al cabo, por darle personalidad en la historia del Arte.

Obsequiaron a los niños con preciosas figurillas de porcelana nueva. Menéndez escogió un tintero; Velázquez, una estatuita; Cid, un platillo con el escudo de España; a Lulio le regalaron un portaluz precioso, y a Saavedra le tocó en obsequio un salerito.

Lulio le dijo, riendo:

—*Toma, hombre; para que no desperdicies la sal, para que la recojas...*

Los niños rieron con el buen Saavedra, y luego fueron en automóvil al Grao de Castellón, donde embarcaron en un vapor que había de llevarlos a Barcelona.

Cataluña

Barcelona

—*Estamos en el gran país de Cataluña*—dijo Lulio.

—*¡Y en Barcelona!*—gritó Menéndez.

Saavedra pregunta:

—*Oye, Lulio: ¿Barcelona es mejor que Marsella?*

—*¡Qué tiene que ver!... Mejor que Marsella, mejor que Nápoles y mejor que Constantinopla. Yo creo que si el Mediterráneo tuviera un rey, pasaría temporadas en el Bósforo, haría excursiones artísticas por Egipto, Atenas y Roma; pero su residencia oficial sería un gran palacio que le harían las hadas del mar en Barcelona.*

—*Mirad qué poético está Lulio*—dijo Menéndez.

Los escolares sentíanse realmente emocionados delante de la hermosa ciudad, cuyo puerto les daba una singular sensación de grandeza.

Barcos de todos los tamaños y pabellones llenaban los numerosos muelles; y el ir y venir de los carros, coches, camiones y locomotoras, que afanosamente trabajaban en el transporte de mercancías; el cristal de las aguas reflejando bandadas de velas, canoas, vaporcitos llamados *golondrinas*, y de vez en vez el vozarrón de algún buque que entraba, trayendo a la ciudad una relación mercantil de otros mundos o la más modesta del cabotaje peninsular, y aquella Aduana, y el zumbido de

la muchedumbre, y la agitación que los números, los negocios y la utilidad ponían en los gestos, en las prisas y en las conversaciones, daban un conjunto de verdadera batalla: la batalla de la vida y del comercio.

—*¿Qué es aquello?*

—*Montjuich.*

—*¿Y aquella altura del fondo?*

—*El Tibidabo.*

—*¿Y esa columna tan alta?*

—*El monumento a Colón. Estos hombres de Cataluña han querido poner al margen de su puerto, y como presidiendo a la urbe magnífica, al nauta sabio, valeroso y romántico que descubrió a América... También Cataluña es sabia, valerosa y romántica.*

—*¿Romántica?*—preguntó, extrañado, Saavedra.

—*¿De qué tu extrañeza?*—dijo Lulio—. *Romántica, sí. Se han hecho antipatrióticas campañas para presentar a Cataluña como un país metalizado y materialista. Y yo, que conozco a los catalanes, te diré que tienen defectos, como todos los hombres los tenemos; pero en medio de la aparente rudeza de su carácter, que al fin y al cabo no es más que una señal de ser fuerte, tiene el alma de Cataluña sentimientos de indiscutible filiación romántica... Barcelona recogió de la Provenza la tradición de los trovadores; y en lides donde el Amor, la Patria y la Fe tenían un culto poético, volcó el pensamiento y la emoción de su artistas y de sus sabios, y la gran ciudad se conmovió, adoptando una fiesta provenzal y haciéndola suya: los Juegos Florales.*

Lulio tenía razón, porque ese pueblo barcelonés que, con su Don Jaime, San Raimundo de Peñafort y San

Pedro Nolasco, en pleno siglo XIII, crea la Orden de la Merced para sacar de las mazmorras de Túnez, de Marruecos y de Argel a los pobres cautivos cristianos, y cuya benéfica influencia salvó de la esclavitud al patriarca de las Letras humanas, Miguel de Cervantes Saavedra, es, a no dudarlo, un pueblo idealista.

La ciudad que da sus hijos para que vayan a Oriente a defender a los griegos de los atropellos de los turcos, formando la hueste inmortal de los almogávares, es una ciudad caballeresca.

La raza que se vuelve airada por puro sentimiento de justicia y concreta sus sentimientos en la Ciudad Condal para hacer la más enérgica protesta a favor del desventurado príncipe de Viana, y guerrea contra el rey Don Juan y hace prodigios de resistencia y sacrificios porque veía en la noble figura del joven un derecho atropellado; la patria de Santa Isabel de Portugal y de Santa María de Cervelló, y allá, en lo antiguo, cuna de Pretestato, Idalio y cien mártires más, y que se ennoblece con el patronato de Santa Eulalia, cuya vida es un perfume de idealidad encantadora; la ciudad ilustre que tiene una participación en nuestras glorias nacionales y asiste a las Navas de Tolosa, y va al descubrimiento de América, porque el capitán Margarit, Ferrer de Blanes, Fray Buil y el tesorero Santángel son figuras interesantes de la epopeya descubridora; la gente que se embarca en las naves de Lepanto y que, en el siglo XIX, forma la legión voluntaria de la guerra de África, que puso el nombre de los heroicos catalanes en una vibración conmovedora de la Patria, tiene que ser, a pesar de todos sus defectos, idealista y romántica; sin que sea

obstáculo para ello la concurrencia en su alma de la actuación mercantil, porque Pisa, Génova y Venecia fueron mercantiles y, no obstante, doraron el tridente de Neptuno con el fuego de oro de sus espíritus selectos.

* * *

Las Ramblas, que van desde la Paz hasta la Plaza de Cataluña, son como un canal que en la parte vieja de Barcelona ha abierto el progreso para la circulación humana. En la Rambla de San José se venden al público todas las flores del tiempo, siendo la diaria Exposición Floral una gallarda muestra del buen gusto barcelonés. Hacer todos los días una exposición de flores es algo que choca con las asperezas de la realidad material. Poco ha de sentir lo bello quien no advierta que una flor es una frase de colores y perfumes pronunciada por la Naturaleza en un momento de inspiración, y estas inspiraciones de lo material tienen más de la mitad de su esencia en el mundo de los espíritus. El que besa a una flor, besa a una idea. El pueblo que ama a las flores es un pueblo de altísima cultura.

* * *

En el hotel, Lulio y los niños leyeron apuntes de la historia de Cataluña y Barcelona, muy especialmente de esta última, y siguieron a la ilustre ciudad desde su fundación, tan discutida, hasta que, arrancada a los árabes, formó parte de la *Marca Hispánica,* siendo regida por condes francos, y luego, por condes catalanes. Desde Wifredo *el Velloso* hasta Ramón Berenguer IV, que unió a Cataluña con Aragón, pasó el país catalán por el go-

bierno de hombres buenos y prudentes, como Berenguer *el Viejo*, que dió a Barcelona el célebre Código de los Usatges.

Cataluña, influída al principio por el feudalismo francés, fué un pueblo que tuvo sus derechos hipotecados a una aristocracia guerrera; y en la célebre Asamblea de Barcelona, que se considera como el origen de las Cortes catalanas, y que se reunió para promulgar el Código de los Usatges, se vió claro que, al afirmarse la soberanía más en el rey que en la nobleza, salían ganando los derechos del pueblo.

Ramón Berenguer III *el Grande* conquistó a Mallorca, hizo prosperar la Marina de Cataluña y, guiado de un espíritu superior, unió la civilización provenzal con la barcelonesa, y metió también en su pueblo la cultura de los judíos y de los árabes, a semejanza de lo que se hizo en Toledo por los reyes de Castilla.

Fué, sin embargo, preciso esperar el entronque con Aragón para que luciera el sol de la verdadera libertad. La luz del derecho popular le nació a los catalanes por Occidente; no vino por el mar: fué el Ebro que, al entrar en Cataluña por Tarragona, iba poco a poco infiltrando en sus tierras el sentido amplio y humano de la libertad aragonesa.

* * *

Estuvieron los niños muchos días en Barcelona, recorriendo sus ensanches desde las Rondas hasta San Martín, San Andrés, Horta, Gracia, San Gervasio, Las Corts, Sans y Hostafranchs. Toda la urbanización magnífica de sus calles, grandes vías, plazas, avenidas, paseos y monumentos pasó por los asombrados ojos de

nuestros escolares, que no sabían qué admirar más, si la cultura del pueblo o la belleza arquitectónica de la gran ciudad. El *Parque*, de risueños y bellísimos jardines, lagos y cascadas, ocupa el lugar donde Felipe V levantó la Ciudadela para cohibir al gran pueblo. Donde estuvo antes toda la tristeza catalana, brilla ahora el triunfo de la alegría y del jardín, y cuando la Humanidad entre en períodos más espirituales, más cristianos, Montjuich, con su gesto amenazador, brillará con focos de santas fraternidades. Ya se inicia la gran conquista, porque por la ladera de la montaña famosa va subiendo la futura y formidable Exposición de Industrias Eléctricas. Para ayudar al triunfo deben los de abajo, los que trabajan, humanizar sus propagandas y procedimientos, y los de arriba tienen que cristianar sus dineros ungiéndolos con la doctrina del Evangelio, porque si sólo suben por las laderas de Montjuich las electricidades y la vida material, y dejamos abajo olvidado el sentido redentor de la Cruz, la materia se habrá subido, una vez más, a la altura para que se vea más evidentemente el fracaso y la ruina de la sociedad.

Visitaron los niños la magnífica catedral gótica, orgullo de Barcelona; el templo nuevo de la Sagrada Familia, que tiene orientaciones acusadoras de una inquietud genial; el palacio de la *Generalidad*, con sus característico claustro gótico; el *Salón de Ciento*, donde se reunían los *concellers* y los cien elegidos para tratar de asuntos graves del interés común; el cuadro de Luis Dalmau, joya del siglo XV, en que aparecen los *concellers* arrodillados ante la Virgen, que sentada en su trono da la impresión de una reina que recibe a la democracia de

la ciudad; la Lonja, con su salón de los tiempos antiguos, casa-reliquia del *Consulado del Mar*, que en la Edad Media produjo su famoso Código de relaciones marítimas, inspirado en la ley Rodia de los romanos, en el Derecho de Bizancio, en las prácticas de los comerciantes genoveses, sicilianos, rodios y sirios, en las costumbres de Nápoles y Venecia, y muy especialmente en la propia experiencia de los catalanes, y al que hoy saludan los hombres del mar y del Derecho como el monumento más ilustre de la vida mercantil; la Universidad, que tiene uno de los mejores edificios de Barcelona; el teatro *Liceo;* el Parque Güell, de extraña arquitectura y de bellísima distribución y cuyo nombre es el de uno de los más ilustres hijos de la tierra catalana; el Arco del Triunfo; el palacio de Justicia, la *Canonja;* el palacio de la *Virreina* y el de la Música Catalana...

Delante de este edificio, interesante y representativo, pasó por la conversación de Lulio una legión de músicos ilustres de Cataluña, y el inspirado, el único, el inmortal Albéniz triunfó en el verbo cálido del estudiante de Ciencias.

—*Callad*—dijo a los niños—. *Entremos, que hay concierto...*

El pianista, gloria del arte catalán, arrancaba a un magnífico piano todos los prodigios de emoción española que conmovieron el alma de Albéniz. Albéniz fué la encarnación de España, porque tuvo gracia en Sevilla; fué moro en Granada; dulce, en las rías gallegas; agreste y niño, en Vasconia; apasionado, en Valencia; patriota, en Aragón, y puso en la sardana de su tierra

todos los encantos de la intimidad payesa. Es Cataluña, que cuando la inspira la emoción musical hace con ella el más elocuente discurso de la unidad de la Patria.

Cuando los recios hombres que produce la política barcelonesa tengan, como directores de muchedumbres, que curar a algún que otro enfermo de la política atacado del mal separatista, desde luego que busquen recetas prácticas en el patriotismo de los Primo de Rivera y los Comillas; pero no olviden que, siendo aquélla una raza de idealistas, puede hacer un gran bien en los enfermos la emoción santa de las inspiraciones de Albéniz. Donde acaba la eficacia del razonamiento empieza el imperio del amor, y la música es la palabra de ese mundo ideal. Si los enfermos de la Patria no se curan con razones, habrá que someterlos a la divina terapéutica del amor de su lenguaje, la música.

* * *

Los niños admiraron la agricultura barcelonesa, desenvuelta a base de un trabajo y un esfuerzo realizado por aquel pueblo de luchadores; y en presencia de la industria catalana, que ha triunfado en todas las manifestaciones de la actividad, como corresponde al pueblo que tuvo el primer ferrocarril de España, la primera máquina de vapor construída en la Península y los primeros talleres de fundición de hierro que encendió nuestra patria, comprendieron que era imposible verlo todo, y en representación de negocios similares vieron algunas fábricas de cementos, construcción de máquinas, la Hispano-Suiza, honra de la industria española de automóviles; fábricas de cerámica, grandes bodegas

de Villafranca del Panadés, las magníficas instalaciones de hilados y tejidos de Manresa, Granollers, Igualada, Mataró, Sabadell, Villanueva y Geltrú; las ricas pañerías de Tarrasa, y en las afueras de Barcelona, como un resumen de todas estas industrias textiles, la soberbia fábrica de la España Industrial, donde actúan más de mil telares y treinta mil husos.

Los niños preguntaban al técnico encargado de mostrarles la instalación sobre todos los interesantes extremos de la fábrica que, en sentir de Lulio, era como una araña gigante tejiendo sus telas con un afán inacabable y febril.

—*¿Una araña?*—dijo Velázquez.

—*Sí, araña industrial: que se diferencia de las otras en que aquí, lejos de fabricar redes para cazar a las pobres víctimas, se trabaja el tejido para que la Humanidad se vista y se abrigue.*

* * *

—*¿Qué dices, que no te entiendo?*—le gritaba Saavedra a un chiquillo vendedor de periódicos en la barriada de Sans.

—*¿Cómo lo vas a enteder, si no sabes catalán?*—dijo Menéndez.

—*Oye, tú, muchacho, ¿por qué no hablas español, di?*

El vendedor de periódicos siguió voceando la mercancía en su idioma.

—*¿Tiene derecho a eso?*

—*Ya lo creo*—afirmó Lulio—. *El lenguaje es como la sangre y la leche: que las recibimos de nuestras madres. Para ese niño catalán, el castellano es una nece-*

sidad imprescindible, pero no un amor. Para él no hay nada más caliente e íntimo que esa palabra perfumada de besos que floreció en los labios de su madre. Mientras no se enseñe a los niños en las cunas el castellano, no será este idioma el amor de los hombres de Cataluña.

* * *

En el tranvía funicular del Tibidabo subieron los escolares a la célebre montaña donde se alza el templo hermoso del Corazón de Jesús.

Desde las terrazas, perfectamente urbanizadas, se veía el espectáculo admirable de Barcelona y de su provincia, fertilizada por el Llobregat.

El sol de la tarde veraniega iba hundiendo su luz por las cumbres de poniente. Un aire de rica frescura venía del mar, y el lejano murmullo de la urbe llegaba esfumado allá arriba. Con la hora melancólica vino el recuerdo de la meditación de la pensadora, y por la dirección de Vich se destacó en la mente de los niños la figura del glorioso Balmes, con su *Criterio* en la mano, haciendo como una invitación a pensar, mientras que allá abajo, iluminado por los reflejos de la tarde, mil veces reproducidos en las cúpulas barcelonesas, sugestionando a su pueblo y glorificando a la inspiración del alma creadora de la raza, Mosén Cinto volaba sobre el horizonte, y sus alas eran versos del *Canigó* y de la *Atlántida*...

El crepúsculo trajo también consigo la paz mística, y Lulio murmuraba elogios de arte al monasterio de San Cugat del Vallés y alabanzas de las emociones naturales y religiosas de Montserrat. El Vallés era el pa-

sado, y Montserrat, el alma de la tierra de Cataluña...

Después de esta visita de los escolares, la guerra comunista ha desolado el país catalán. El separatismo ha dado todos sus frutos agrios. El crimen rojo se pasea ahora mismo por la bella región y todos los horrores imaginables se han hecho dueños de esa Barcelona que en la plenitud de sus dolores acabará por comprender que no hay más camino que el de la unidad de España hecha con los intereses materiales y con los corazones.

Tarragona

La rica provincia de Tarragona, regada por el Francolí y el Ebro, que busca el saliente del cabo de Tortosa para dilatar su correría por España, se puede considerar en tres aspectos: el llano, la media sierra y la altura. En la primera triunfan sus viñas, cáñamos, naranjas, arrozales, avellanos, olivos, algarrobos y almendras. En la segunda dan su rendimiento las tuberculosas, el anís, el lino, el nogal y la encina; y cuando el paisaje es la sierra, entonces el pino y el boj se suben a la altura para curiosear hacia Oriente la solemnidad mediterránea.

El vino, y muy especialmente el del Priorato, del que afirmaba el viejo escritor romano Plinio que no le había más generoso en el mundo; el aceite, el cereal y la fruta son la gran base de la riqueza provincial, que juntamente con las explotaciones textiles, representadas por más de sesenta fábricas; las industrias de cloruro de cal, sosa cáustica, aceite de orujo, refinerías de petróleo, específicos de farmacia y crémor tártaro, con otras muchas actividades de la vida moderna, hacen de esta región un poderoso centro orientado hacia porvenir muy brillante.

Los escolares, en la capital de la provincia tarraconense romana, visitaron la ciudad vieja y la nueva; estuvieron en la hermosa Rambla de San Juan, que tiene al final el monumento de Roger de Lauria, y muy especialmente recrearon la vista en el interesante paseo que se llama *Balcón del Mediterráneo.*

Tarragona.—Arco romano de Bará

La catedral, con su elegantísima portada, donde sobre un sistema de arcos ojivales luce el soberbio rosetón, que es quizá el hueco más hermosamente bello del arte gótico de España, es por dentro como una armónica combinación de arquitectura de todos los estilos, que alguien ha calificado de arte normando.

Nuestros escolares pudieron apreciar los ricos tapices que adornan el edificio, se impresionaron delante del sepulcro de Don Jaime *el Conquistador,* traído allí desde el monasterio de Poblet, donde fué enterrado el gran rey.

Menéndez y Velázquez, estimulados por Lulio, tenían un gran deseo de ver la Tarragona antigua, y fueron allá los escolares.

En las murallas, ante las piedras ciclópeas de origen celtibérico primitivo, Lulio hizo consideraciones acerca

de esa falange de hombres investigadores que, por ruinas, sepulcros y cimientos, van alumbrados con la luz poderosa del cálculo y la inspiración humana, y concluyen por reconstituir idealmente épocas adonde la Historia no había podido llegar.

Decía Lulio:

—*Hay dos clases de genios: los que agrandan el presente con las visiones del porvenir y los que rompen el misterio del pasado y dilatan la Historia hacia atrás. Lo mismo unos que otros, son poderosas inteligencias que sienten ansias de luz. Dios es el poseedor del pasado y del porvenir, y el genio es una chispa de Dios.*

Los escolares tocaron con sus manos piedras que los hombres hicieron objeto de su industria hace cuarenta siglos. Era aquello una aristocracia de granito capaz de hacer enmudecer a las más rancias genealogías y a los más viejos blasones.

Lulio, que había comprado en Barcelona una preciosa máquina fotográfica, puso a los niños sobre uno de aquellos formidables peñascos y les hizo un interesante grupo...

De todas las ruinas romanas de Tarragona, sobresalen el Acueducto de las Ferreras, el Arco y la Torre de los Escipiones, que la tradición cree tumba de aquellos capitanes. Este edificio, perdido en la soledad de la campiña, con sus cuerpos cuadrados, sin adornos, da una impresión de melancolía, agrandada por la ruina de la parte superior y por dos esclavos en altorrelieve que, con las manos en las frentes, acusan un dolor que agrandó la poesía de los siglos.

* * *

Después de ver el Museo de Tarragona, uno de los más interesantes en arte romano, los niños y Lulio quisieron ir a Reus para conocer la patria de Fortuny y de Prim.

Recorrieron las calles de la ciudad y preguntaron a todos por las dos figuras, gloria de aquel pueblo y honor de España.

Fortuny fué el consuelo de la madre Patria, que encontró en este hijo de Cataluña un prestigio mundial en tiempos en que el arte español estaba como aletargado. Prim fué un patriota, un excelso patriota, cuyo amor por España hemos dado antes como receta práctica para curar enfermos del patriotismo. Los dos grandes catalanes se encontraron en África en la guerra del 59 y 60.

Prim fué a ganar batallas y a enardecer el alma nacional. En los Castillejos, acosado por un enemigo tres veces más numeroso, hubo que soltar las mochilas para que la tropa fuera más libre a la conquista de la posición; pero los marroquíes, en un esfuerzo de poderoso avance, se las llevaban...

—¡*Soldados*—gritó el héroe enarbolando la insignia de la Patria—: *en aquellas mochilas está el honor de España, y yo voy a morir entre los moros con vuestra bandera!*...

Se lanzó, lleno de luz heroica, envuelto en la llama de colores rojos y amarillos, y cada uno de los soldados fué un león que, en la divina calentura encendida por el general, encontró arrestos para vencer. Vencieron.

Fortuny fué a África a sentir la lucha y a ver el color, la línea, la vibración de los ejércitos y la sinfonía lu-

minosa que jugaba en los metálicos arreos de nuestros valientes y en la indumentaria y costumbres de los africanos. También triunfó el artista, porque allí tuvieron su inspiración acuarelas incomparables, que se consideraron como joyas en el mundo del arte. Europa se agitó con fervoroso entusiasmo ante la obra del maestro español, y en París, Meissonier, acaso el más grande pintor de la Francia del siglo XIX, en plena posesión del triunfo y de la gloria, quiso honrarse sirviendo de modelo a Fortuny en la tabla inmortal de *La Vicaría*, y era de ver al propio Meissonier, vestido de general antiguo, adoptando una actitud perfectamente rítmica en la armonía maravillosa del cuadro y diciendo a los personajes que venían a interrumpirle:

—*Perdonadme, perdonadme, porque ahora sirvo de modelo a Fortuny...*

* * *

—*¿Qué es* el Poblet, *Lulio?*—preguntó Saavedra.

—*El monasterio de Poblet es el panteón de los reyes de la corona aragonesa...*

Lo entregó a los monjes del Císter aquel Don Ramón Berenguer IV, último conde de Barcelona.

Es el más completo ejemplar de la monástica española de la Edad Media; y en la grandiosidad del templo, en su claustro severamente gótico y en las dependencias monacales, verdaderas maravillas de arte, se ven a cada momento, esculpidos en las piedras venerables, los nombres de los monarcas, y, como haciendo servicio en la mansión regia de la muerte, los Monca-

das, Cerveras y Anglesolas, duermen cerca de sus señores en el silencio augusto de la eternidad.

* * *

Estaba muy avanzado el mes de julio. Hacia una tarde calurosa. Por el camino de Falset a Reus venía un carro cargado de fruta: albaricoques dorados y dulces, limones lunarios, peras tiernas y jugosas, melones rayados, que llaman los andaluces *escritos*, y unas sandías enormes, hinchadas, recias, verdes, con grandes luceros blancos esfumados.

Una de ellas se partió ruidosamente, y los dos hemisferios rojos, granulosos, azucarados, con pepitas insignificantes y negras, tenían una frescura deliciosa, con que los niños apagaron la sed...

Lérida

El prestigio político de Escipión *el Grande*, el vencedor de Aníbal, y el brillo de sus victorias hicieron caer las armas de manos de los celtíberos, que pelearon contra la invasión romana.

Pero retirado Escipión de España, los caudillos de los ilergetes (territorios de la actual Lérida) alzaron el grito contra los atropellos de la dominación romana, e Indibil y Mandonio, príncipes de las razas aborígenes de España, se aprestaron valerosamente a la lucha.

Los romanos decían de ellos, como los cartagineses de Indortes e Istolacio, como dirían después de Viriato, como se dijo de los guerrilleros de la Independencia; esto es, que eran cuadrillas de bandoleros. ¡Benditos bandoleros que sacrificaron vida, hacienda, hijos y amores porque no podían tolerar en la Patria a los ladrones de su libertad!

Léntulo y Accidino, procónsules, acudieron con formidable ejército contra nuestros valientes príncipes. La batalla fué dura, empeñadísima. Cuando estaba el combate indeciso, una flecha mató a Indibil. Los celtíberos, llenos de supersticiones, creyeron que esto era predestinación de derrota, y, desanimados, fueron completa-

mente batidos. El pobre Mandonio, que sobrevivió a la catástrofe, fué crucificado, para inferirle con el castigo la deshonra, porque todavía no eran llegados los tiempos en que el Maestro de Galilea, muriendo en la cruz, elevaría este suplicio a la más alta categoría de la grandeza moral.

* * *

La mayor parte de estos territorios de Lérida fueron quitados a los moros por el conde Ramón Berenguer *el Viejo*, y la capital, por Ramón Berenguer IV.

—*Oye, Lulio: ¿por qué le dicen a ese conde*, el Viejo? —preguntó Velázquez.

—*Pues bien claro está*—intervino Saavedra—: *porque tendría más años que la Nanita...*

Y dijo Lulio:

—*Nada de eso, querido Saavedra; cuando Berenguer* el Viejo *entró a gobernar sus Estados tenía menos años que tú; era un niñito, pero tan discreto y prudente, que la gente decía de él que parecía un viejo. Por eso se le conoce en la Historia con el sobrenombre de* Viejo, *y Cataluña se enorgullece de su conde, al que honra como una de las más ilustres figuras de sus crónicas.*

* * *

Los escolares en Lérida se vieron gratamente sorprendidos por la belleza extraordinaria de sus jardines y huertas. No esperaban encontrar en el Norte de España un jardín de Andalucía. Lo manifestaron así a algunos señores del país, por los que supieron que los árabes realizaron aquel prodigio aprovechando para riegos las aguas del Segre, que hace del *Pla de Lleyda* (lla-

nura de Lérida) una fértil comarca, de la que pudo decir un poeta:

Y así, en flores y frutos, exquisita,
tanto place su vega dilatada,
que el festivo andaluz, si la visita,
olvida su Genil y su Granada...

* * *

Estuvieron los niños en los Campos Elíseos, donde se mezclaron con el noble pueblo de Lérida, que buscaba el jardín para solaz de las tardes veraniegas, y desde la *Rambla de Fernando* y desde el *Puente de Hierro* vieron el conjunto interesante de la ciudad, coronada, allá en la altura, por la catedral vieja. En el tiempo en que la visitaron los niños aún no se había cumplido el anhelo de los ilerdenses, irritados por estar convertida en cuartel la joya de su catedral, que es, a no dudarlo, un bellísimo ejemplar arquitectónico.

La puerta gótica de los Apóstoles; la románica-bizantina de los Infantes; el exterior de la iglesia, característica mezcla de fe y de lucha; el ambiente de leyenda y poesía que se respira en el interior, cuyas gruesas columnas de poca altura forman como racimos de fustes y capiteles, de los que arrancan enormes arcos apuntados que vuelan materialmente y dan la sensación de un gran triunfo ideal, dominador del espacio; las amplias naves por donde discurre la sombra venerable de Don Pedro *el Católico;* el claustro aéreo y la torre llena de gracia, conquistan en el ánimo del visitante la admiración y la simpatía.

El poeta ilerdense Magín Morera se inspiró en el

bello campanario para su poesía *Lo Campanar de Lleyda*, grabada sobre el paredón de la torre, porque el pueblo ha querido que en el más luminoso monumento de la ciudad tuviera perenne victoria la inspiración cariñosa del poeta.

* * *

Recordaron, por los apuntes de Lulio, que Lérida fué en los tiempos antiguos Universidad famosa, de la que fueron discípulos el Papa Calixto III, San Vicente Ferrer y San José de Calasanz, egregio fundador de los Escolapios. También visitaron la actual Academia Bibliográfica Mariana, que tiene por su instituto la noble misión de exaltar literariamente la belleza material, espiritual y mística de las advocaciones de la Virgen, y fué requerido Lulio para que, por sí y por los niños, dejara allí un pensamiento escrito.

Lulio, para salir del apuro, buscó en sus apuntes un viejo romance de los tiempos de oro de la fe y la poesía, y lo escribió en el álbum del digno presidente de la Academia:

=Camina la Virgen pura de Egipto para Belén;
en la mitad del camino el niño tenia sed.
Allá arriba, en aquel alto, hay un rico naranjel;
un viejo le está guardando. ¡Qué diera ciego por ver!
—Ciego mío, ciego mío, si una naranja me dier
para la sed de este niño un poquito entretener...
—¡Ay, señora! Sí, señora; tome ya lo que quisier.
La Virgen, como era Virgen, no cogia más de tres;
el niño, como era niño, todas las quiere coger.
Apenas se va la Virgen, el ciego comienza a ver.
—¿Quién ha sido esta señora que me hizo tal merced?
Ha sido la Virgen pura, que va de Egipto a Belén. =

Los niños se entusiasmaron con el anónimo poeta del Romancero y pusieron sus firmas en el álbum mariano. Menéndez declaró que jamás firmó con tanto gusto como ahora, porque iba su nombre a quedar para siempre a la sombra de aquella poesía, que le había conmovido.

El autor de estas páginas tiene descontado que Menéndez, andando el tiempo, hará versos magistrales.

* * *

Se habló de la Seo de Urgel, con residencia del obispo presidente de la pequeña República de Andorra, enclavada en el territorio de esta provincia, la cual República reconoció, allá en los siglos medios, la soberanía de los obispos de la Seo.

* * *

Al recordar la historia de Lérida, estuvieron todos conformes en que el timbre más glorioso de sus anales fué aquel famoso sitio que le puso, en el siglo XVII, el francés D'Harcourt. Derrotado éste, tuvo que abandonar el cerco, y entonces Francia, para resarcirse del fracaso, envió contra la ciudad a Condé, indiscutiblemente el mejor de sus generales.

Este comenzó las operaciones militares amenizadas por una orquesta de violines.

La burla, costumbre o lo que fuera, enardeció a los sitiados, que realizaron prodigios de resistencia y valor...

Condé, el invencible, el genio militar, tuvo que irse con los violines a otra parte, y es fama que sus adversarios políticos le zaherían siempre trayéndole el recuerdo de Lérida y la sinfonía con que inició su campaña frente a los muros de la vieja ciudad de los ilergetes.

Gerona

Habían leído con tal interés las cosas de Gerona, que cuando llegaron a la ciudad estaban nuestros escolares realmente conmovidos.

El río Oñar pasa por medio de la capital, cuyas calles tienen por esta causa un aspecto interesante. A poco trecho, el Oñar se echa en brazos del Ter, principal río de la región Nordeste catalana, cuyas aguas, como las del Fluviá y otros, se aprovechan para regar y hacer ricamente fértiles aquellas tierras.

Las dehesas de alcornoques y la pesca y salazón constituyen una riqueza del país, así como las fabricaciones textiles y las minas de hulla, que muy especialmente en San Juan de las Abadesas adquieren verdadera importancia. Aquí, en San Juan, estuvo el famoso monasterio, cuya iglesia, reformada, se conserva actualmente.

* * *

Gerona es de las primeras ciudades que levantaron los celtíberos en España. Los griegos y los romanos establecieron en su territorio factorías y colonias, brillantes núcleos de civilización y vida. Los árabes fueron arrojados de la ciudad por los guerreros de la Marca

Hispánica, y, dueños de ella, establecieron el condado francés de Gerona, venido luego a posesión del conde catalán Wifredo *el Velloso*.

Se conserva en esta provincia, por una completa restauración moderna, el magnífico monasterio de Santa María de Ripoll, de venerable antigüedad, pues tres veces se reedificó, siendo la última la que llevara a cabo el famoso abad Oliva en el primer tercio del siglo XI.

Este monasterio se distinguió especialmente por la protección y desarrollo que en él tuvieron las Matemáticas y la Música, en unos tiempos en que la rudeza de las costumbres parecía incompatible con el saber.

La parte arquitectónica que resta del siglo XI se enorgullece con la maravilla de su fachada, de un solo hueco, encuadrado por fajas horizontales de figuras, animales y preciosos ornamentos y símbolos, que en el ilustre paredón hacen triunfar los salmos, las visiones beatíficas y la doctrina cristiana. Tiene tal impourtancia la obra, que puede considerarse esta fachada como el más bello ejemplar de ese románico catalán y levantino, más gracioso, más sutil y más lleno de decoración que el románico de Castilla o del Atlántico, porque, sin duda, las influencias orientales dieron a la arquitectura catalana un aire de Bizancio, que vino por la líquida llanura mediterránea.

* * *

Los escolares vieron en Gerona la parte vieja y la nueva, y, perdiéndose por las estrecheces y revueltas de los barrios antiguos, vinieron a parar a la calle de la Forsa y a la inacabable escalinata de la catedral, enri-

quecida con el soberbio altar mayor, con el sepulcro de Ramón Berenguer, *Cap d'Estopa*, con el sombrío claustro gótico y con el recuerdo del sitio de Gerona, que empezó en mayo y concluyó en diciembre de 1809, con un proceso épico de siete meses, que es el asombro de las generaciones.

Gerona.—Escalera de Santo Domingo

En la suprema angustia, Gerona tuvo un movimiento nervioso de irritación, que luego fué cristalizando en el heroico pensamiento, consciente y tranquilo, de no entregarse al invasor. Las mujeres se alistaron en la compañía de Santa Bárbara para llevar municiones y prestar socorros a los heridos; los sacerdotes y religiosos, con los hombres civiles, fueron organizados en la *Cruzada de Gerona*, que ideó el valiente coronel don Enrique O'Donnell; el mariscal don Mariano Alvarez de Castro tenía, felizmente, el gobierno de la ciudad, y el pueblo eligió al Patrono San Narciso general en jefe de la empresa.

Gerona estaba mal defendida con unas pobres murallas y algunos fuertes que, como el de Montjuich, eran indispensables para la defensa de la plaza.

En ese fuerte de Montjuich se habían estrellado los asaltantes franceses, y el general, lleno de rabia por

aquella resistencia increíble, enfiló un centenar de cañones contra el pobre baluarte, que saltó hecho pedazos después de haber visto morir en sus inmediaciones más de tres mil hombres que paseaban por el mundo la gloria militar de Napoleón Bonaparte.

En el Montjuich se inmortalizó el modesto tambor del castillo, Luciano Ansió, que deshechas las piernas por una granada y bañándose en un charco de su sangre, seguía cumpliendo su deber para avisar a los compañeros defensores del fuerte el peligro de las bombas. El sublime Luciano arrancaba al tambor trágicos redobles, hasta que, tocando, tocando, se le nubló el rostro y cayó su cabeza sobre el parche...

Los soldados lloraban de admiración viéndolo. La levita azul de Mariano Alvarez y su faja de general pasaron por allí, y en los ojos nobles del caudillo había una lágrima divinamente rencorosa.

Al enviado del campo enemigo para intimar la rendición le dijo serenamente el gobernador de Gerona:

=Decid a vuestro general que recibiré a metrallazos a los parlamentarios que me envíe.=

* * *

—*¿Adónde estaba Montjuich, Lulio?*—preguntó Fernando Cid.

Y un hombre viejo que estaba próximo a los niños fumando su pipa, y cuya barretina morada le definía maravillosamente el rostro acartonado:

—*Allí...*—dijo, señalando a un punto—. *Allí me lo marcaba mi abuelo cuando yo era niño.*

Los escolares miraban al viejo como si fuera la encarnación de los héroes del año nueve, y le hubieran besado las manos si el buen hombre, al ver a los chicos conmovidos, no se hubiera alejado de aquel lugar ocultando sus propias emociones...

* * *

Perdido Montjuich, quedaba la ciudad pendiente sólo del esfuerzo de sus defensores, que con cortaduras, parapetos, zanjas y fosos, defendían las calles y las brechas que los cañones franceses abrían en los venerables lienzos de las murallas.

Así, viviendo en un plan de diaria y constante tragedia, llegó el 1.° de septiembre, y los hijos de Gerona, porque faltaba lo más indispensable para la resistencia, se morían de hambre.

Un grito de júbilo, de rabioso júbilo, que tenía resplandores de alegría triunfal, corrió por todo Gerona. García Conde, con mil quinientas acémilas, entraba por sus puertas. Había sido una estratagema hábil del experto general Blake, que, presentando al enemigo batalla en varios sitios al mismo tiempo, pudo abrir un hueco en las fuerzas sitiadoras, por donde llegó a los héroes el socorro.

* * *

Como la entrada de provisiones en la plaza perturbó el plan de Saint-Cyr, éste, molesto en su amor propio, ansiaba realizar un asalto definitivo que hiciera olvidar la memoria del fracaso de su bloqueo. Antes envió a Gerona parlamentarios, que Alvarez recibió a tiros.

El gesto del gobernador español indignó al general francés, y cuatro columnas enemigas avanzaron hacia las brechas. Las campanas de la catedral, tañendo alborotadamente a rebato, convocaban al pueblo, que, silencioso, acudía a morir por la Patria, más austero, más grande y más sencillo que los héroes de los poemas de la imaginación. Era un sacrificio familiar, íntimo; era una conjunción de las ideas fundamentales del hogar y del amor con las eternas de la ciudadanía y la Patria, y la conjunción se realizaba, a la luz del dolor, en el anónimo sacrificio del pueblo.

Los invasores, enardecidos por las arengas de sus oficiales, embestían furiosamente en las brechas de *Santa Lucía, Alemanes* y *San Cristóbal*, y, ciegos, se lanzaban a morir contra las torres de *Gironella, Calvario* y *Condestable*.

Mariano Alvarez, frío en la concepción de sus planes y ardiente al ejecutar los mismos, se mueve lleno de la sencilla majestad de su misión. Una leve sonrisa, una arruga en la frente, una cicatriz marcial en su rostro, una palabra dulce y fraternal para los que caen, un verbo fulminante para los que luchan, un corazón abierto a todas las posibilidades del heroísmo y una inteligencia que todo lo prevé, lo cuida y lo resuelve: eso es Alvarez.

Los extranjeros no esperaban que el gobernador fuese como era, ni mucho menos que cada uno de los hombres de la ciudad fuese como el gobernador. Es el milagro del amor y del genio, únicos creadores de un pueblo totalmente dispuesto a morir... Por eso los asaltantes se estrellaron en las murallas y era horroroso el

espectáculo de la catástrofe napoleónica... La muerte tenía en sus filas un festín imponente.

* * *

La hecatombe francesa del asalto hizo que el mariscal Augereau, sustituto de Saint-Cyr, cambiase los procedimientos del sitio, adoptando la táctica de reducir por hambre a los defensores de Gerona, para lo que imposibilitó en absoluto la entrada de todo socorro en la ciudad.

Un poco de trigo machacado en el casco de una bomba era el alimento de los héroes. Las aguas, corrompidas; la alimentación, nula; la necesidad, convirtiendo en disputado comestible a los animales inmundos; la peste, compañera del hambre, y el invierno, con todos los horrores del frío, eran los más eficaces aliados del ejército de Augereau. Quien vió a las madres enloquecidas, sin tener en sus pechos una gota de leche para sus niños moribundos; la procesión interminable de muertos; el hospital en que la ciudad estaba convertido, hospital nefasto sin medicinas ni pan; quien vió aquellos espectros, indiferentes a la metralla enemiga que revienta a cada momento en el seno de la ciudad mártir, y el ambiente de drama perpetuo en que vivían las almas, podrá comprender qué martirio era el de Gerona y qué injusticia fraguó la ambición de los hombres contra el pueblo sin igual.

También podrá comprender hasta dónde llegaba Alvarez cuando, al oir a un soldado en estas circunstancias la palabra capitulación, exclamó:

—*¿Cómo? A falta de víveres, nos comeremos a usted y a los de su ralea, y después resolveré lo más conveniente...*

No cabe duda que el personaje es homérico.

* * *

—*Tengo una irritación que no me cabe en el cuerpo* —dice Fernando Cid, y Lulio le interrumpe:

—*Sería preferible que ese sentimiento fuera sólo de devoción por los héroes y de estímulo para ofrecerse entero a la Patria...*

—*Tienes razón, Lulio*—dijo Fernandito llorando.

* * *

—*¡El gobernador se muere!... ¡Alvarez agoniza!... ¡El mariscal don Mariano se nos va!...*

Estas voces se oían en todas partes. Unas fiebres malignas amenazaban la vida del caudillo. Gerona tenía más pena por su general que por sus propios dolores... *Se muere*, decían melancólicamente los hombres... *No lo querrá Dios*, susurraban las mujeres...

Era la noche oscura del helado diciembre. Un sacerdote y unos hombres con velas encendidas caminaban hacia el Gobierno. La campanilla anuncia a todos que llevan el Viático al general.

Las mujeres, las ilustres mujeres de la compañía de Santa Bárbara, rodean el lecho del moribundo. El sacerdote levanta la Hostia pura, y una ráfaga de sencillez sublime conmueve los corazones. El cañón francés hace,

sin saberlo, salvas de honor al acto. La escena es un orgullo de la Historia.

* * *

Y ocurrió lo que no tenía más remedio que ocurrir; esto es, que caído el gobernador, cayó la plaza.

El brigadier don Blas de Fournas, de acuerdo con la Junta de Defensa, al ver que Alvarez va a morir, y considerando que en el trágico recinto no quedan más que ruinas y muerte, convino con el francés la evacuación de Gerona, y una caravana de heridos, hambrientos y mutilados pasó delante del ejército sitiador, cuyo general, descubierto, estaba enternecido ante la grandeza de los humildes, de los anónimos...

* * *

Alvarez fué trasladado a Francia, y, al curar de las fiebres, se le hizo prisionero en Figueras, donde murió de un modo inesperado, que hizo pensar en el crimen. Su cadáver, puesto en unas parihuelas, fué objeto de injurias por los soldados westfalianos, que quisieron robarle hasta la sábana en que estaba envuelto. Don Sebastián Bataller, cura ecónomo de Figueras, al evitar el atropello, pronunció estas palabras: *Si os lleváis el sudario, yo envolveré el cadáver en la capa pluvial;* y fué una lástima que los alemanes no consumaran su atropello, porque la vestidura sagrada hubiera sido una mortaja ideal para el cuerpo desnudo del mártir.

* * *

En la provincia de Gerona, en el simpático pueblo de Bañolas está establecido uno de los centros de educación

más interesantes de España. Se educan niños, pero principalmente se educan hombres y mujeres en los santos principios del Evangelio. Toda la obra que se conoce con el título de *Casa Nostra* está bajo la advocación de la beata *Gema Galgani*, la interesante santita italiana, una de las criaturas más espirituales de los tiempos modernos.

Baleares

Regresaron los niños a Barcelona para tomar en su puerto el hidroavión que hace el viaje a Mallorca.

Hubo alguno de ellos que puso reparos a volar por las alturas; pero fué precisamente esa novedad, que tiene algo de juguete y que encanta a los chicos, lo que les decidió a hacer el viaje por el aire.

Pusieron a cada uno un cinturón de seguridad, y, a poco, con el placer de una emoción mezcla de gozo y de inquietud, sintieron que se deslizaban por el agua, y luego, dulce, suavemente, arriba..., arriba...

—*¡Qué cosa más bonita!*—decia Cid.

—*¡Mira, mira Barcelona, Saavedra!*

—*¡Oye..., oye!... ¡Mira cómo se achican los barcos... y el puerto!...*

—*Aquella altura es Montserrat*—dijo Lulio, mientras con su máquina tiraba instantáneas de la ciudad magnífica.

El millón de habitantes de Barcelona, con sus negocios, sus afanes y su fiebre de vida, estaba allá abajo, oscurecido, achicado...

El piloto puso proa al Sur, y el mar inmenso estaba a los pies de los niños que, en posesión ya de la tranquilidad, eran completamente felices.

Lulio, radiante de satisfacción, explicaba, a instancias de Menéndez y Velázquez, la teoría del vuelo del aparato. Decía:

—*El aeroplano no cae porque el motor empuja a la hélice, que entra como un tornillo en el aire... La hélice es una mano nerviosa que, a fuerza de dar vueltas, consigue agarrarse al flúido elemento y avanza por él. Las alas sirven para la estabilidad aquí arriba...*

—*¡Bien, Lulio!*—dijo Menéndez.

A poco más de media hora de marcha se adivinaba ya la esfumación borrosa de las Baleares.

Más tarde, Mallorca, Menorca e Ibiza se divisaban de modo desigual...

Mallorca... Palma de Mallorca... El hidroavión tocó en agua, en el centro de la espléndida bahía...

Los niños veían gustosos la capital baleárica, con sus cien mil habitantes; la catedral, como surgiendo de la muralla; al lado, el viejo Palacio Real; a la izquierda, la Riera, que viene a caer al puerto; más acá, la Lonja, cuya finura contrasta con la acometividad febril de los negocios; el Consulado del Mar, creación del Derecho mercantil de la Edad Media; Porto Pi, con su torre de los Pelaires, que es como una frase dura de piedra coronada por la gracia de sus almenas, y, en fin, por suaves declives tendida, la hermosa capital, y allá arriba, en el centro de la mancha oscura del pinar, el castillo de Bellver, que a corta distancia será, acaso, hosco, como toda fortaleza, pero en la lejanía da la idea de un genio tutelar que, enamorado de Palma, no se cansa nunca de mirar a su amada y al mar.

Saavedra dice:

—*Oye, Menéndez: Hablan casi como los catalanes...*

—*Sí, es verdad; pero es más dulce el lenguaje...*

—*De aquí era don Antonio Maura. ¿Verdad, Lulio?*

—*Sí.*

—*¿Qué te parece a ti Maura?*

—*Un hombre, un ciudadano, un patriota y un orador que supo dorar con el prestigio de la honradez toda una vida de sacrificio... Es el triunfo de la honestidad. Una gran figura de la España de nuestros días.*

* * *

Vieron los niños la catedral, que desde el puerto daba la sensación de un bosque de arbotantes, que así llaman los arquitectos a unos amarres exteriores de piedra volados de muro a muro, que aguantan y fijan la fábrica y dan carácter a la arquitectura gótica.

Por dentro contemplaron la hermosura de la gran iglesia mallorquina, empezada por Don Jaime *el Conquistador*, que supo, allá por el año 1229, quitarle a los almohades la *Isla Dorada*...

Allí fué de ver la gentileza del monarca y el ardor que supo inspirar a Martínez de Eslava, a Bernardo de Gurb, al caballero Soyrot, a Pérez de Pina y a otros muchos que, entrados al asalto, pusieron el estandarte de Don Jaime en los muros de la ciudad del agua y de la luz, como la llamaban los moros.

Al año siguiente se comenzó la catedral, y aunque tardó mucho tiempo en concluirse, conserva unidad de estilo, y sus puertas ojivales parecen de carne que debía ser blanca, pero que los besos del sol y la respiración del mar la pusieron morena...

En la Almudaina, casi toda ocupada por edificios militares, admiraron la capilla gótica, con arcos rebajados de amplia y graciosa curvatura; y las personas de los tres Jaimes y de Don Sancho, que forman la rápida cronología de los reyes mallorquines, desfilaron en la conversación de los niños, excitada por la presencia del antiguo Palacio Real.

* * *

En automóvil hicieron excursión a la *Cartuja de Valdemosa*, y por el camino admiraron aquellos campos de inmensos almendrales, que son la nota dominante de la riqueza agrícola del país. Olivares, almendros y algarrobos embellecen y hacen rico el suelo, constantemente murado por *marges* de piedras primorosamente colocadas sin mezcla ni cemento de ninguna clase.

La *Cartuja*, llena de encanto y poesía, trajo recuerdos de la *beateta* de Valdemosa: una *azalta pastoreta qui guardaba bestiar en un boscatge*, y que fué elevada desde su sencillez payesa a delicadísima contemplación, y del gran Jovellanos que, proscrito de España, encontró en estos frailes cartujos tanto cariño y consuelo, que pudieron indemnizarle de las amarguras que la política le hizo saborear en el destierro.

* * *

De Valdemosa fueron a Sóller, cuyo valle, rodeado de altas montañas, da una impresión de gran belleza. Un poeta de la tierra dijo, en su *Torongers* de Sóller, después de extasiarse en la dulzura del valle:

A la marjada ombrívola, los torongers s'acopan;
son fruit com l'or grogueja, dins de la ufana fosca.
Ben haja l'ombra quieta
dels torongers de Soller

(En el boscaje umbroso, entrelazan sus copas los naranjos; su fruto reluce como el oro dentro de la fronda oscura.
Bien haya la quieta sombra
de los naranjos de Sóller...)

* * *

Luego el *auto* les volvió a Miramar.

El archiduque Luis Salvador formó esta finca única de Miramar. En ella todo es silvestre. El artista prócer que dirigiera la formación de esta maravillosa quinta, no tuvo más norma que dejar obrar a la Naturaleza, y construyó puentes, caminos y miradores para que en el bosque impenetrable, en el despeñadero medroso y en el laberinto lleno de luz y de misterio de sus soberbias perspectivas naturales, el ánimo, ansioso de belleza y de verdad, pudiera encontrar un descanso, una sombra y un guía.

Miramar está ennoblecida por el recuerdo del hombre cumbre, del sencillo, del pensador, del mártir Raimundo Lulio.

Díjole Saavedra a Lulio:

—*Anda, Lulio, cuéntanos cosas de tu tocayo...*

Lulio, que había repasado los apuntes del colegio, dijo:

—*Era un hombre apasionado, un revoltoso amador de damas. Producía molestias con sus requerimientos a una gentil señora genovesa. El alocado insistió en sus pretensiones y la señora desabrochó su pecho, mostrán-*

dole una carne que él soñara de alabastro y nieve y era la podredumbre horrible del cáncer.

El pecador hundió su frente en el polvo de la penitencia, y en la soledad del retiro santificó su alma y se elevó hasta Dios.

Cuando volvió a la vida del mundo, traía en el pensamiento una concepción maravillosa: su Arte Magna, *prodigio del ingenio para explicar el conocimiento de Dios por las vías del amor y la ciencia. Magna pedagogía era su obra, porque las más complicadas verdades se reducían a la sencillez por medio de apólogos y de interesantes conversaciones y símbolos. Es un esfuerzo genial incomprensible en un hombre que, sin premisas de preparación conveniente, saca consecuencias inesperadas y se ilumina en el difícil campo teológico con la segura linterna de su inspiración y con la gracia sencilla de las formas populares, como había hecho en sus predicaciones el Maestro inmortal del Evengelio...*

Mi tocayo, como tú dices, Saavedra, es uno de los hombres más profundos de la Humanidad...

—Cuenta, cuenta más cosas de él—dijo Menéndez.

—Sea—dijo Lulio.

Llegó descalzo y penitente a París. Escoto, el filósofo incomparable, explicaba su cátedra de la Sorbona. El pobre peregrino Lulio oía desde la puerta del aula una sabia explicación del maestro, y unas veces hacía con la cabeza señales de estar conforme y otras, por el contrario, signos negativos de contradicción. En uno de éstos sorprende al desconocido Escoto, y con cierta viveza, le pregunta:

—¿Qué parte de la oración es Dóminus?

—Dóminus, *el Señor, no es parte: es todo*—dijo repentinamente el mallorquín.

Los oyentes aplaudieron al desconocido, y su fama corrió desde entonces por el mundo...

¿Adónde vas? Al amor. ¿Quién es tu padre? El amor. Esto contestaba Lulio, y, además, definía que el amor es un árbol de fruto dulce, pero con hojas y flores de aflicción y trabajo.

Escribió muchas obras, vivió como un asceta, sufrió el martirio en Bujia, donde le mataron a pedradas al predicar la fe a los moros, y, alcanzó, por fin, la veneración de los altares.

* * *

Todo lo vieron en la hermosa isla nuestros excursionistas, porque recorrieron desde la punta de la Rabasada hasta el Cabo Formentor y la bahía de Pollenza, y desde el Cabo Pera hasta el de Salinas, y así, apreciaron industrias de muebles y zapaterías, negocios agrícolas y los aspectos todos de la vida, de la naturaleza y del arte. Estaban vibrantes de la divina luz mediterránea, que hace en Mallorca prodigios pintando las cortadas peñas de verdes y rojos increíbles, y las bahías y ensenadas misteriosas, de azul, en cuyas aguas el sol tembloroso celebraba fiestas de inacabable regocijo.

En el Cabo Formentor pensaron en el hombre primitivo, que, habitando las grutas, subía a cazar a la sierra con la honda de cuero, que dibujaba un círculo vertiginoso y se rompía para hacer silbar por el aire el canto rodado, que fracturaba la frente del buey en la selva y del jabalí en la umbría.

En Manacor y en Artá les acometió el asombro de

sus grutas, en las que el carbonato de cal ha dibujado prodigios, trabajo escultórico que la gota de agua realiza en la perpetua oscuridad de los antros con un sentido maravilloso, que unas veces finge catedrales no soñadas por el hombre; otras, inspiraciones de árabe contextura, flores de jardines legendarios, animales de faunas inventadas por el miedo, porcelanas magistralmente cocidas y cristalería refulgente y triunfadora, mirándose en las aguas quietas, verdes, de aquellos lagos, que suspiran eternamente por ver el cielo, los pájaros y el sol.

* * *

La lejana isla de Menorca les hizo pensar en Mahón y sus fundadores cartagineses; en sus bosques bellísimos y encantados paisajes; en las luchas de todos los tiempos y en las ofensas que los turcos, antes de Lepanto, infirieron a los pobres isleños, y también en todo un siglo de dominación inglesa, que no quitó a la isla ni un solo perfil de sus tradiciones nativamente españolas.

* * *

De vuelta en Palma, vieron el Ayuntamiento, con su característico alero y balconaje; las interesantes casas de Oleza y Sureda; los baños árabes y la Lonja ojival, con columnas espirales, que recordó a los niños la valenciana, y que concibió con arte de verdadero maestro, allá en el siglo xv, el ilustre Sagrera, al que debe Palma el más bello de todos los monumentos arquitectónicos de la isla.

Embarcaron en un vapor de la Compañía Transme-

diterránea, que tocaría unas horas en Málaga, y saldrían después para Santa Cruz de Tenerife.

Volvían a ver la luminosa ciudad de Palma desde el mar. Salieron entre Cala Figuera y Cabo Blanco. Más tarde pasaban entre las sombras de las islas de Cabrera y de Ibiza; dejaron a la derecha la Formentera, y se lanzaron Mediterráneo abajo, buscando el Cabo de Gata, mientras la luna hacía en el mar cosas románticas de luz y de leyendas...

Canarias

Los niños departieron amistosamente con el capitán del vapor durante la travesía de todo lo que la insaciable curiosidad les demandaba; y así, se habló de los grandes vapores de la Compañía Transatlántica, de los de Ibarra, de los bilbaínos, de los de Levante, y, en una palabra, de todo el movimiento mercantil marítimo español.

Era por la mañanita y tenían a la vista las islas Canarias. Tenerife estaba por la proa, y su formidable Pico del Teide ascendía majestuosamente en el aire, tocando en las nubes con la maravilla de su testa volcánica.

Mil leyendas y fantasías acudieron a la conversación de los escolares; leyendas que suscitó el misterio de las soledades del mar Tenebroso. Las expediciones fenicias; la creación poética de la *Atlántida*, de Platón; las islas Purpúreas, Elíseas y Afortunadas, y las Kaledat de los árabes, todas ellas tradiciones más o menos desfiguradas del archipiélago canario, fueron recordadas por Lulio en presencia de la gentil isla de Tenerife.

Las expediciones de los portugueses sobre el litoral africano en tiempos del rey Alfonso IV de Portugal

crearon un estado de discusión con los marinos cántabros, que se resolvió en los tiempos de Alfonso XI de Castilla, obteniendo éste del Papa el reconocimiento de su soberanía sobre las islas en el Concilio de Basilea.

Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera fueron conquistadas, en tiempos de Enrique III *el Doliente*, por el normando Juan de Bethencourt y su acompañante Gadifer, a quien los romances señalan con el nombre de *Don Gaiferos*. Grandes luchas hubieron de sostener con los naturales del país, cuyo valiente rey Tiguafayas fué traído prisionero a Castilla.

Maciot, sucesor de Bethencourt en la conquista, parece que dominó la isla de La Palma, y luego Gran Canaria y Tenerife fueron poco a poco sojuzgadas por las luchas que García de Herrera, Pedro de Vera y Alonso Fernández de Lugo llevaron a aquel país, al que redujeron derrotando a los héroes *guanches* Tanansú, Tinguna y Bencomo.

Santa Cruz de Tenerife fué la primera ciudad que los españoles fundaron en la isla; ciudad que se levantó alrededor de la tosca cruz que Lugo plantara en el suelo de Añaza... Santa Cruz...

Los escolares llegaron al puerto, que es de gran profundidad, y subieron a las montañas para dominar la vistosa población, poniendo pie en el sitio de la antigua fortaleza de San Cristóbal, desde donde se disparó la granada que arrancó un brazo al almirante inglés Nelson, codicioso de poseer esta isla, y cuyo intento malograron los valientes defensores de la ciudad.

Recorrieron la culta y floreciente Santa Cruz, en cuya plaza principal admiraron el Triunfo de la Candelaria,

monumento debido a la inspiración de Canova; y después de recordar a los hombres ilustres de la isla, singularmente al fabulista Iriarte, al glorioso general O'Donnell y al literato insigne, autor del drama *Tierra baja*, don Angel Guimerá, y encantados por las atenciones que recibían de los simpáticos isleños, fueron en excursión al valle de la Orotava, pasando por La Laguna, cuya catedral visitaron, y por Tacoronte, La Victoria y Santa Ursula.

Cuando tuvieron a la vista el incomparable valle, tocados los niños, sin ellos darse cuenta, del misticismo que diviniza los grandes espectáculos de la Naturaleza, se conmovieron sinceramente, porque es preciso estar sin nervios ni fantasía para no rendirse del todo ante aquella obra maestra de la mano de Dios.

Abajo, cerca del mar, en el sitio donde Humboldt, con lágrimas en los ojos, puso la rodilla en tierra adorando al Creador en aquel altar de su belleza inefable, triunfan las plantas del trópico: palmeras, cocoteros y guayabos, entre cañas de azúcar, tabaqueras y café.

Cuando se inicia el suave declive hacia la montaña, las toronjas y naranjales, la bergamota y la higuera bíblica y oriental, dan al cuadro una pincelada de entonación latina. Es una zona de luz mediterránea que ostenta el paisaje atlántico como faja de seda de colores que algún genio de la armonía puso a la bella Orotava en una fiesta del sol.

Ya en pleno Teide, los verdes oscuros del bosque pierden belleza para ganar solemnidad; más arriba van las ciclópeas torrenteras del volcán, por donde corrieron supuraciones del fuego interior en un círculo de cráteres,

cuyas bocas pinta de veladuras azules una ligera respiración sulfúrea, y de allá, hacia el cielo, el cono formidable, augusto, en cuyas blancuras el sol africano, enamorado de la eternidad de la nieve, la fecunda en aquellas aguas que bajan del monte pregonando la luz y la alegria.

Cielo, cumbre, paraíso y mar son los elementos del cuadro. Desde el Pico de Teide, más alto que todas las alturas ibéricas, hasta la planicie del Atlántico, vuelan los ojos sobre una línea de deseos, que es como la hipotenusa ideal de aquel triángulo de la emoción.

—*Si tuviéramos aquí el aeroplano de Barcelona, iríamos desde la cumbre al mar*—dijo Lulio.

Y los niños, al oir estas palabras, dieron un grito de alegria feliz.

* * *

En la Gran Canaria desembarcaron los escolares en el puerto de La Luz, y después, por un camino amplio y hermoso, que bordea el mar durante más de una legua, fueron en tranvia a la magnífica ciudad.

Tiene Las Palmas todo el esplendor y la urbanización de los grandes pueblos modernos. Es la perla del archipiélago.

Juan Rejón, enviado por los Reyes Católicos, fundó la hermosa ciudad, que hoy se enorgullece con su bella catedral, donde se guarda el pendón del día de la batalla del torrente Guiniguada, que aseguró el dominio de los españoles; con el Museo, donde la curiosidad de los sabios estudia las admirables momias de los primitivos pobladores, llamados *guanches;* con los palacios del Ga-

binete Literario, del Obispo y Municipal; con los bellísimos paseos y playas; con los platanales de sus vegas de Triana y San José, y, sobre todo, con el clima sin igual, de primavera inacabable, sin variaciones ni sacudidas, que hacen de Las Palmas el primer sanatorio del mundo.

Desde que, en 1852, se declararon puertos francos los principales del archipiélago canario, tomó una grande importancia mercantil esta interesante provincia española.

El comercio de frutas y las industrias pesqueras, que buscan en las ricas costas africanas su primera materia, son la vida principal de las islas Canarias.

El archipiélago ha hecho siempre ostentación y orgullo de su españolismo. Es un pedazo del corazón de la Patria, digno de singulares afectos, porque estando en el paso de todas las ambiciones europeas y africanas, contra todos supo sacar triunfante el sentimiento de su independencia, engranado en la unidad irrompible de España.

* * *

Cuando los niños volvían a la Península, Lulio pintó el mapa de nuestras posesiones, y Melilla, Alhucemas, el Peñón de Vélez y Ceuta, viejas propiedades españolas en Marruecos; Ifni o territorio de la Mar Pequeña, Cabo Juby y Río de Oro, en el África occidental; y en el Golfo de Guinea, el Muni, Fernando Póo, Annobón, Corisco y Elobey, eran los restos de un imperio formidable, en cuyos dominios no se ponía el sol; pero sonó en la Historia la hora de la mayor edad de

las colonias, y se nos fueron políticamente; mas no quieren ni pueden irse en los demás aspectos de la vida, porque en ellos son nuestras antiguas colonias para siempre de España y España para siempre de ellas.

* * *

Los moros del protectorado español, merecen todo el cariño y la gratitud de España porque vinieron en masa a pelear por la bandera española en la lucha contra el comunismo. Han sido en nuestra tierra, bravos, sufridos y admirables guerrilleros. Los moros ya no serán de aquí en adelante más que hermanos nuestros.

Castilla la Nueva

Vinieron los escolares a Madrid, y a poco de llegar a la ciudad hermosa vieron, cruzando la Puerta del Sol, al simpático poeta y periodista que les hizo el canto a Castilla la Vieja.

Después de cariñosos saludos y de haber Menéndez informado al amigo literato de la feliz excursión por las tierras de España que habían visitado desde que se despidieron del poeta, Lulio rogó a éste, mientras los niños ayudaban el ruego con ojos suplicantes, que les acompañara en sus paseos por esta otra Castilla, y el ruego fué oído con gran complacencia.

Dijo el poeta:

—*Acepto encantado, aunque esto me dé algún quehacer sobre los míos ordinarios, porque el hombre que os escribió las breves páginas de los pueblos que caen al otro lado del Guadarrama se consideraría separado de su deber si ahora, en presencia de esta noble tierra de Castilla, no le rindiera un tributo de amor en modestos renglones; tributo merecido, porque es ella un resumen de toda la policromía moral de España.*

Recorrieron los escolares, con Lulio y el poeta, las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara, y oyeron al final de la excursión este elogio, que es como un canto a las provincias hermanas, que tienen entre sí el doble vínculo de ser de España y ser de Castilla.

Castilla la Nueva

La geografía

La cordillera Carpeto-Vetónica no es una separación de las dos Castillas, porque sus puertos son el paso de corrientes ideales de historia y de vida, que concluyen por establecer un nivel entre los dos vasos comunicantes de la formación de la Patria.

El Júcar y el Tajo, ríos de la noble región, se mecen en la misma cuna; pero, a poco de nacer, tienen contrarias opiniones, y mientras el Júcar suspira por la luz de oriente y va a hundirse en la aristocracia del Mediterráneo, el Tajo corre tras el sol y va muy alegre, porque después de su triunfo por Iberia sabe que le aguarda el Atlántico, que es el mar de la democracia.

El Guadiana, que se mueve con libertad entre la Sierra Morena y los Montes de Toledo, es primero rio español y luego portugués, y, cuando se acerca al mar, que es para él como la eternidad de su destino y el juicio de su historia, se pone orgulloso, pues su carrera final es una imagen del porvenir. El río marcha hacia su desembocadura tocando al mismo tiempo tierra de las dos naciones, y, amorosamente, susurra fraternida-

des que, si se rompieron por la política, se conservan para siempre en la carne, una e indivisible, de la Gran Patria. El Guadiana es el símbolo de la unión ibérica...

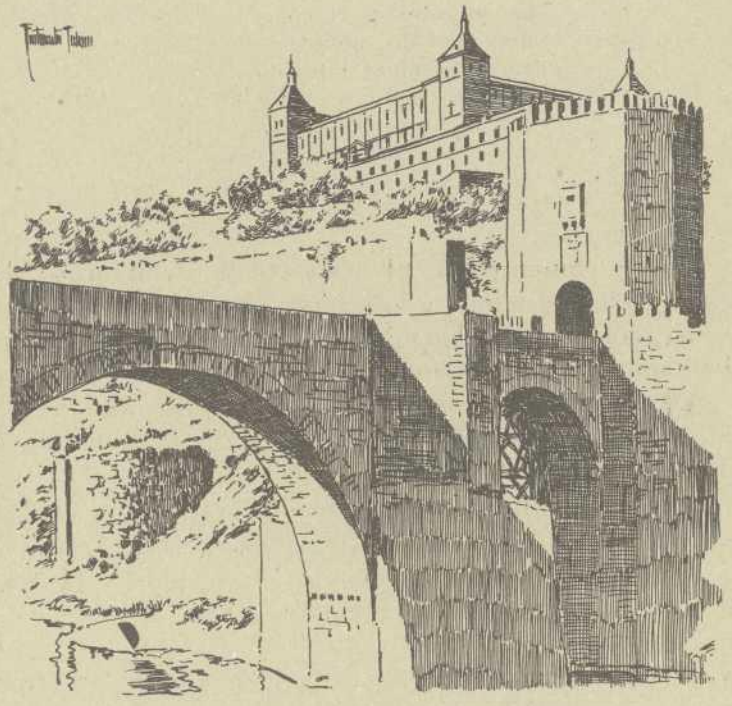
* * *

Rica colmena de la Alcarria, confitería de las abejas de Castilla que, guiadas por el ingenio de su instinto, con esencias de romero y perfumes de serranía hacen la miel de las tradiciones patriarcales y castizas; cepa ardiente de la Mancha, que alegras la mesa del obrero con la alegría de tus vinos; bosque y umbría de los pinares de Cuenca, que das madera para las construcciones, resina para la industria, leña para el hogar y caza para el recreo y regalo; huerta de Henares, Manzanares y Aranjuez, que obsequias a Madrid con las verduras de los riegos y la dulce fruta de tus arboledas y bancales, porque sois trabajo, producción y vida, os pongo a todos en estas páginas como un orgullo de la agricultura castellana.

El pueblo heroico

Quiero hacer honores al pueblo de las cinco provincias, pueblo que tiene en el valor y en la independencia los más ardientes estímulos de su alma; que es niño cuando en niño se le considera, pero si la injusticia le hiere, sabe clavar a su adversario en la picota del ridículo con la flecha vengativa de un chiste, o arrebatarse por la indignación, que fué siempre la autora de sus grandes hazañas.

Yo he visto al pueblo castellano ir a la guerra con sus municipios, formar en las mesnadas de los Templarios, batirse junto a los caballeros de Calatrava, ayu-



Toledo.—Puente de Alcántara y el Alcázar

dar fervorosamente al rey, morir por Castilla y amasar con sacrificios la levadura de sus leyes democráticas.

Yo he visto vibrar el nervio ciudadano del pueblo

en la escalera de las Casas Consistoriales de la ciudad imperial:

> Nobles, discretos varones,
> que gobernáis a Toledo:
> en aquestos escalones
> desechad las aficiones,
> codicias, amor y miedo.
> Por los comunes provechos
> dexad los particulares;
> pues vos fizo Dios pilares
> de tan riquisimos techos,
> estad firmes y derechos...

Yo he contemplado al gran pueblo tembloroso de ira al recibir el agravio de los extraños.

La sangre madrileña hervía en el corazón de Madrid aquel terrible Dos de Mayo de 1808.

El pueblo tiene una fe, y la burlan; un rey, y se lo quitan; una personalidad histórica de muchos siglos, y el escarnio cae sobre ella.

Zaragoza y Gerona se inmortalizarán luego en las murallas; pero este Madrid, ingenuo, sublime, se echará a la calle a cruzar la navaja del chispero y la manola con la aguerrida preparación de los ejércitos imperiales.

Daoiz, Velarde y Ruiz salvan el honor de nuestras tropas, anestesiadas por la política de Napoleón, y saben morir con el pueblo.

Se ha puesto el sol; la luz de aquel crepúsculo triste llena de angustia los corazones. Se oyen pavorosas descargas de fusilería. El alma nacional acude al lugar siniestro. Filas ordenadas, geométricas, de soldados más

duros que el hierro, disparan automáticamente contra las víctimas arrodilladas; el resplandor del fogonazo pinta unas luces de tragedia, la mancha roja es cada vez más grande, la sangre de los niños la hace inocente, la sangre de las mujeres la hace gloriosa, la sangre de los mártires la hace inmortal...

¡Guerra! gritó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar...

La justicia de Dios suscita inmediatamente el castigo, y el país se levanta nervioso a la guerra con una irritación divina... La Historia también está presente para formular su juicio, y ha puesto allí, acusadora, ante el horror de la noche lóbrega, el más grande de todos los *cronistas* de la Independencia: a don Francisco de Goya y Lucientes que, pintando el gran crimen con la agonía del pueblo y con la tristeza infinita de su alma, ha subido a la más alta cumbre de la emoción en su cuadro único, sin igual, *Los fusilamientos*.

El atropello napoleónico fué vengado: en la vida, por la resurrección épica del pueblo, y en la Historia, por el cuadro de Goya.

* * *

Hoy Madrid, culto y generoso, sabe que no fué Francia, progresiva, la autora del ultraje, sino que lo fraguaron en la mente del emperador la soberbia genial y la ambición sobrehumana; y por eso, en los aniversarios del día madrileño, lo más puro de Castilla, los niños, en vistosas procesiones, llevan banderas de España y flores

de mayo, y en el monumento de los mártires elevan sus voces pidiendo a Dios por la Patria, mientras llenan de rosas el suelo bendito. Es una fiesta de ideales. El verdadero patriotismo es el amor.

Los reyes

Aquella ciudad que los árabes llamaron Toleitola, y cuya conquista por el rey Alfonso VI fué como el núcleo y la base de la naciente Castilla la Nueva, había oído, en los tiempos visigodos, la voz de la sabiduría resonar en los ámbitos de Santa Leocadia, templo donde se celebraron los famosos Concilios para gobernar la Iglesia y la Patria.

Catedral de Toledo

Un día de primavera del año 586, Recaredo abjura sus errores arrianos y, hecha la unidad religiosa, se prepara la fusión de la gran Patria, que tuvo también su primavera en aquel alborear de los espíritus, florecientes de patriotismo, en las famosas sesiones del tercer Concilio toledano...

El agua que corre bajo la vieja puente de Toledo se

había regocijado al oir a los pregoneros del rey Egica que anunciaban el *Fuero Juzgo*, libro de leyes donde aprenderán ciencia y vida los legisladores de todos los tiempos.

Más tarde, el rey moro tiene a Toledo, y el rey cristiano se lo quita, y desde entonces la ciudad verá, unas veces como corte y otras como residencia, a los grandes monarcas, y verá también a Cisneros, que tiene veta de santo y de rey, la figura política más original y culminante del mundo latino, que crea la Universidad de Alcalá, la *Biblia Políglota* y los ejércitos permanentes, refrena a la nobleza revoltosa, moraliza el país, abre cauces luminosos de amplia cultura, y heredero del pensamiento de Doña Isabel I, quiere orientar las energías nacionales hacia el inmenso continente africano, y todo esto lo crea el fraile en la inseguridad de una regencia y en una actuación provisional.

Toledo verá al César de Pavía y de Mulberg; al hombre de las expediciones de África, de América y de Oceanía, a Carlos V, y tendrá privilegios de corte hasta que Felipe II se enamore de Madrid. Toledo se inmortalizó una vez con la defensa que del Alcázar hicieran los cadetes y otras fuerzas, todos al mando del coronel Moscardó. El Alcázar supo resistir más de tres meses el asalto continuo de los rojos. La gloriosa casa de la Infantería se ha hecho famosa y popular en todo el mundo.

Madrid alegre, Madrid risueño, se había metido en la voluntad del rey laborioso y prudente. La luz de la Casa de Campo o del Manzanares conquista en el alma del monarca un lugar de predilección, y, aunque todas

las energías reales cristalizaron en El Escorial, el dedo inflexible del gran Austria señaló a Madrid, y Madrid fué.

Fué una bella inspiración. España tenía su litoral rico en movimiento y numeroso en espléndidas ciudades. La parte central era el páramo sin vida. La corte allí significaba la iluminación de la estepa, y un vibrar nuevo de sangre joven era como un estímulo curativo de seculares atonías. Fué una inspiración genial del rey y el triunfo del equilibrio en el cuerpo de la Patria...

* * *

¡Oh, insigne monumento de El Escorial! La mole inmensa de tu fábrica acusa a una legión de artistas ciclópeos capaces de levantar las Pirámides.

Herrera, grave y fuerte, es un mágico creador de bellezas hijas del cálculo, de la proporción y de la masa. El Escorial es griego sin sonrisa, romano sin brillo, castellano viejo sin adorno. Es una *Biblia* sin el *Cantar de los Cantares*. Se pretendió que fuera un salmo de triunfo, y fué una elegía. Felipe II y Herrera son hermanos gemelos. El genio de los dos hombres ha levantado El Escorial. El Escorial es la monarquía austríaca: dimensión e imponencia. Es un gigante y un excelso rey; un gigante que piensa en la muerte y un rey que se hace la sepultura...

En la majestad de El Escorial oía Felipe II, lleno de unción y de fe, el canto susurrante y quejumbroso de los frailes en el coro. Cuentan que, alborozado, llegó un correo que traía la noticia más fausta y grande de la historia de su reinado. Don Juan de Austria, herma-

no del rey, el vencedor de los moriscos, con las escuadras de España, del Pontífice y de Venecia, se había batido en el golfo de Lepanto con el turco, que tenía la pretensión de dominar a Europa, y había logrado la

Madrid.—Monasterio de El Escorial

más señalada victoria que vieron los siglos. Se había salvado la civilización.

Al rey no se le alteró el semblante con la noticia; continuó impasible en el coro hasta que hubo terminado el rezo, y después, con una tranquilidad que excede a los nervios humanos, la comentó sencillamente.

San Pío V, que además de Papa era santo, al recibir la noticia del triunfo, se desborda de júbilo, insti-

tuye la fiesta del Rosario, y añade a la letanía de la Virgen la agradecida invocación de *Auxilium Christianorum*... Europa ardía en fiestas; el Papa lloraba de emoción... Felipe II estaba inmutable... Felipe II era El Escorial.

* * *

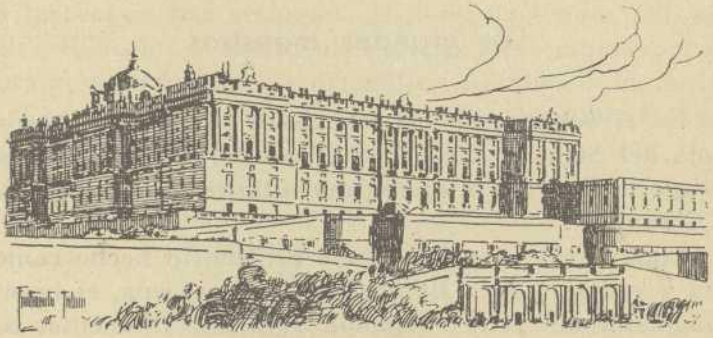
Los reyes de Borbón, que levantaron en el aire la alegría bulliciosa de La Granja, supieron dar culto externo a la monarquía con el soberbio Palacio Real de Madrid.

Sachetti hace las obras; Giaquinto, Tiépolo, Maella, Bayeu y Mengs pintan bóvedas, medallones y techos. Los tapices, porcelanas, cuadros, miniaturas y muebles brillan en las escaleras y en los salones del Trono, de Carlos III, Gasparini, Porcelanas, Comedor de Gala y los Espejos; la estatuaria monumental, la maravillosa Armería, los bellos jardines y el sabor de augusta realeza que da de sí el incomparable edificio, cumplen de lleno la alta finalidad de su objetivo.

Yo, español y castellano, al discurrir por estos salones, me siento dulcemente sobrecogido de amor y de respeto, que este aire lo han respirado nuestros reyes de los siglos XVIII, XIX y XX. Aquí sonó la voz de los Consejos de Ministros y de los hombres más grandes de la Patria: los artistas, los pensadores, los poetas, los tribunos y los caudillos.

Felipe V y Patiño, Fernando VI y Ensenada, Carlos III y Floridablanca, Carlos IV y Jovellanos, Isabel II y los duques de la Victoria y la Torre, Alfonso XII y Cánovas y Sagasta, pensaron y vivieron aquí. La regente

Doña María Cristina, continuadora de las Berenguelas, Marias e Isabeles, a quien siempre la imaginamos los españoles como una dama enlutada, estrechando en su pecho a un huérfano que era su hijo y su rey, y que salta con el niño en brazos los pasos más difíciles de la Historia moderna de la Patria, vivió en este recinto; y



Madrid.—Palacio Real

aquí vivió también el rey Alfonso XIII, que tiene el don divino de ganar los corazones, que es un perfecto y castizo madrileño, y al que un día vi en este palacio fraternizando con un grupo de niños pobres andaluces que, porque lucían una idea nueva en los métodos educativos, los levantaba hasta su realeza, y hubo un momento en que el rey, besando con amor la carita sonrosada de un niño pobre, realizaba un gráfico representativo, porque era la monarquía con los brazos abiertos hacia la democracia cristiana.

En los momentos en que se escribe esta edición aun no han entrado nuestras tropas en Madrid y no sabemos

lo que habrán hecho los rojos con el tesoro del Prado, con la Biblioteca Nacional y con los demás museos. El corazón español se horroriza ante la barbarie de estos hombres y tiembla por su arte y sus libros verdaderamente inmortales, únicos...

Los grandes maestros

En el firmamento de delicias de la literatura española del Siglo de Oro, luce la constelación madrileña, donde brillan las primeras magnitudes Lope, Calderón y Cervantes.

Lope de Vega es el ingenio de Madrid hecho comedia y verso, el gran iluminador de la escena, el tesoro inagotable del Teatro español, cuyas mil doscientas comedias son la nebulosa creadora, la mina de la realidad sentimental de España. Lope es, además, la emoción lírica:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierta de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras!
Pues no te abrí. ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
—*Alma, asómate agora a la ventana,*
verás con cuánto amor entrar porfía!—

¡Y cuántas, hermosura soberana,
Mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana!

Calderón de la Barca es la estrella Sirio de nuestro sistema literario... Yo te rindo, ¡oh, palpitante lucero!, toda mi devoción cuando despides tu luz creadora de *El alcalde de Zalamea*, donde con la hebra de fuego de tus versos has amarrado el alma nacional. ¡Oh, alcalde Historia! ¡Oh, alcalde Patria! Tú te mueves en la obra más perfectamente dramática del ingenio humano.

Los personajes calderonianos hablan siempre la lengua gentil de oro y de gracia:

Dificilmente pudiera
conseguir, señora, el sol
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera;
dificilmente quisiera
el Norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara;
y el imán dificilmente
intentara que, obediente,
el acero le dejara.
Si el sol es vuestro esplendor,
girasol, la dicha mía;
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
pues, ¿cómo quedarme espero
cuando veo que se van
mi sol, mi norte y mi imán,
siendo flor, piedra y acero?

Pero la total comprensión de la vida, ni está en la nebulosa, ni en Sirio: está en el sol de nuestras letras,

en Cervantes, que se levanta sobre los accidentes humanos y sabe concebir tipos universales, unidades de orden superior, persiguiendo, al través de una trama jugosa y un desarrollo literario que es un milagro de perfecciones, la altísima enseñanza que guía a la Humanidad por sendas de seguro equilibrio, poniendo a derecha e izquierda del concepto razonable de la vida las inflamaciones simpáticas del *Ingenioso Hidalgo* y las campechanas groserías del Escudero. El genial humorismo que hace florecer una sonrisa sobre todas las pobres debilidades humanas, y la concepción plena de nervio y belleza que triunfan en el libro lo salvan de las comparaciones con los grandes dechados de la literatura universal, y para buscarle un compañero será preciso saltar la valla divina y sorprender a los creadores de ideas y poesía que trabajan en los jardines eternos de la *Biblia*...

Tirso de Molina, el fecundo y gracioso; Quevedo, que crucifica a los vicios y a la decadencia en los libros incomparables de su ingenio; Moreto, que ensancha nuestro Teatro, y Ercilla, que se inmortaliza en la *Araucana*, son todos preclaros hijos de Madrid, hermanos en las letras de los toledanos Garcilaso de la Vega, el lírico, y Rojas, el dramaturgo, y de Fray Luis el de Cuenca, que brilla en Salamanca.

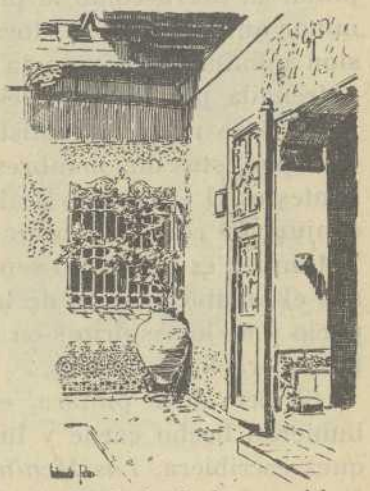
Para abrir las puertas del arte moderno, Moratín mete en el Teatro una ráfaga de la realidad viviente; Quintana canta versos de arrebatadora elocuencia; don Ramón de la Cruz hace con el pueblo castellano lo que los hermanos Quintero con el pueblo andaluz; Echegaray, prestigio de la Ciencia española, crea el drama de

su propia escuela, y don Jacinto Benavente ha puesto en *Los intereses creados* el lirismo del alma inquieta de nuestro tiempo y en *La malquerida* la trepidación nerviosa y genial de la tragedia.

* * *

¿Quién es el Greco?

Un pintor de ideas. El más intenso pintor de almas. Un buscador infatigable de belleza que no se satisface con la posesión artística del natural, sino que interroga a los cuerpos por el gesto misterioso, la línea inteligente y la luz novísima, que le traigan la revelación del mundo inexplorado de nuestras almas, mundo por cuya posesión tiene el arte moderno fiebre amorosa; que el divino secreto artístico debe consistir en agrandar el lenguaje espiritual, y el genio tira su cubeta de oro al lago de las maravillas del corazón en busca del tesoro de la nueva poesía, con ansias de ver que tiemble en sus manos el ensueño recién salido del mundo de la belleza.



Toledo.—Patio de la casa del Greco

El Greco es un pintor de la isla de Creta que, al respirar el aire de Castilla, se sintió sumergido en el alma castellana y puso en los lienzos su aristocrática

emoción. El *Entierro del conde de Orgaz* es la obra maestra de este mágico prodigioso de la pintura. Los hombres que aman la belleza, peregrinan a Santo Tomé, de Toledo, para contemplarla.

Velázquez de Silva es la paz, la posesión. Es como Cervantes. No anda tras los grandes misterios; pero tiene todas las realidades y las posee en el dominio señor de quien sabe ver las cosas envueltas en la luz meridiana de un optimismo transparente y humano. Para pintar la tierra como la pinta Velázquez es preciso dominar antes el cielo, y, tocada la sensibilidad con la visión infinita, desleir en la paleta la suprema emoción, enfrenada por los grandes equilibrios maestros.

Nuestra raza, de realistas ideales, ha sido representada por estos dos hombres de un modo definitivo. Cervantes es el encuentro de la materia y de la idea, cuya conjunción corre como un río de belleza por su pluma. Velázquez es el mismo señorío, que pone en *Las Meninas* el amable triunfo de la luz, de los cuerpos, del espacio y de los espíritus en una comprensión última que tiene caracteres divinos.

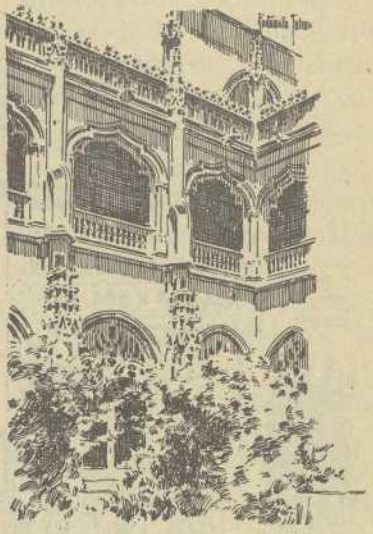
Si Cervantes pintara, el *Hidalgo y su Escudero* se hubieran hecho carne y luz en *Las Meninas;* si Velázquez escribiera, *Las Meninas* se hubieran hecho filosofía templada y equilibrio de vida para llenar las aventuras del *Libro*. España tuvo que dar de sí el fruto de su fecundidad, y lo dió en un alumbramiento doble. Estos dos hijos gemelos de España son una complacencia de Dios.

Velázquez era de Sevilla; pero Madrid lo vió crecer, desarrollarse y triunfar; y el Museo del Prado, que

tiene toda la obra de Velázquez, es la inmortal Jerusalén de los artistas.

* * *

Yo saludo en ti, ¡oh, Castilla!, los grandes espectáculos de tu civilización; en Toledo, con su templo insigne de arte puro del siglo XIII, que nació, como su compañero el de Burgos, en la voluntad prócer de San Fernando; con su sueño de belleza del claustro de San Juan de los Reyes; con Santa María la Blanca, v i e j a sinagoga, rapto artístico que le hicieron los judíos a los moros, y con su Alcázar majestuoso y la arrogancia de sus puentes. Yo te saludo, ¡oh, Castilla inmortal!, en los primores góticos de la hermosa catedral de Cuenca; en Alcalá, cuna de Cervantes, con su Universidad de cara plateresca y gentil, y en Guadalajara, con aquella original residencia de la estirpe ilustre de los Mendoza, prodigio de su palacio del Infantado. Yo me inclino, ¡oh, Castilla!, ante la magnificencia de tu Madrid, con sus vías, paseos, parques y jardines; ante el Madrid de la Biblioteca Nacional, con un millón de libros, que custodian la sabiduría y el cariño de Rodrí-



Toledo.—Claustro de San Juan de los Reyes

guez Marín; con las edificaciones públicas y privadas, donde culminan nombres de arquitectos como Palacio, Velázquez, marqués de Cubas, Repullés, Aguado, Oriol

Madrid.—Gran Vía: La Telefónica

y Fernández Balbuena; con esculturas donde van las firmas de Querol, Benlliure, Marinas, Trilles, Mélida, Inurria, Blay, Coullaut Valera, Victorio Macho y Capuz, que lloran la muerte prematura del formidable Julio

Antonio; con su Museo Moderno de pinturas, que preside honoríficamente el cuadro del madrileño Rosales *Testamento de Isabel la Católica*, y del que se dejan presidir muy a gusto Madrazo, Domingo, Rusiñol, Jiménez Aranda, Zuloaga, Villegas, Chicharro, Menéndez Pidal, Bilbao, Hermoso, Mezquita, Mir y Romero de Torres; con sus Reales Academias de la Lengua, de la Historia, Morales y Políticas, Bellas Artes, Jurisprudencia, Medicina y Ciencias; con su Universidad y Centros docentes, y con sus Cuerpos Colegisladores, donde la Nación espera ver surgir el sentido ampliamente ciudadano que desinfecte a España; que reduzca la locura taurina a espectáculo racional; que ponga al cinematógrafo en condiciones de ser un vehículo de cultura y recreo y no escuela de perturbación, y que se atreva a quemar para siempre los moldes de los billetes de la Lotería Nacional.

También espera España que surja en el patriotismo del Ejército que actualmente gobierna a la Nación, el criterio, formado en una convicción firme y calurosa, que amplíe y purifique todos los centros de la cultura patria, y muy especialmente las escuelas, viveros de niños y talleres de almas, con educación cristiana reciamente española y tradicional y al mismo tiempo progresiva en derecho y costumbres.

Visión final

Han terminado los escolares de visitar a Castilla, y están en las llanuras de Ciudad Real. Llenos de satisfacción van a concluir su viaje por España, y cada uno siente robustecidas en él las esencias de su propia personalidad y carácter.

Menéndez está más purificado en sus gustos de la literatura; Velázquez tiene en los nervios la vibración solemne de la grandeza artística de España; Cid ha puesto firme base a los anhelos de su patriotismo natural; Saavedra triunfará en la vida, porque la ha visto desfilar ante sus ojos ansiosos de poseerla, y Lulio, el maestro, al poner en su pensamiento la armonía total de la Patria, ha sentido dilatarse los meridianos de su propia ciencia al calor de la realidad y de la aspiración españolas.

Los escolares pasaron aquella noche, última de la expedición, en la posada *de un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...*

Dormían profundamente, y Cid tuvo un sueño:

Era la llanura manchega, plana, sin conclusión. La luna la embellecía con iluminaciones plateadas, y, en el misterio de los cielos, una bandada inmensa de pajarillos de luz estremecían sus alas encendidas sobre los infinitos campos de la extensión azul. Reinaba el silencio creador de las fecundas noches estivales.

Cid ve, con asombro, que una estrella viene hacia él y da en tierra, convertida en un extraño personaje.

—*¿Quién eres?*

—Soy un hidalgo caballero de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor... *Soy Don Quijote...*

Otra estrella vino de lo azul en gentil cabalgadura, y la estrella era un guerrero.

—*¿Quién va?*—grita Don Quijote.

Y una voz viril y amable contesta en el silencio de la noche:

—*Yo soy el Cid Ruy Díaz... ¿Y vos?*

—*El* Caballero de la Triste Figura...

En mutuas reverencias de exquisita cortesía se aproximan los caballeros y se dan la paz...

Y dijo Ruy Díaz:

—*Hermano: La providencia de Dios nos reunió esta noche. La Patria nos llama. Las generaciones han caído en el cautiverio materialista, y es forzoso plantar en el centro de la vida una idealidad que levante los corazones; una pincelada de amor; una brasa que, encendida con el soplo de nuestro deseo, sea como la polar invariable del patriotismo...*

—*Sea..., sin igual caballero; bien dices, y hay mieles de sabiduría en tu palabra...*

Dijo el Cid:

—*Yo, ante el juicio de Dios y la eternidad de mi destino, siento dulcísimas advertencias, y por ellas declaro arrepentirme de mi carácter altanero...*

Interrumpe Don Quijote:

—*Y yo de mi absurda pasión por una mujer sin peso, humanidad ni vida. La Historia me ha enseñado que hay*

que entregar el corazón a amores ideales que tengan vida real.

—Bien dijiste, hermano Don Quijote. Rompamos nuestras lanzas, signos de la acometividad, y conservemos las espadas del caballero y del patriota. Te propongo una misma Dulcinea para ti y para mí.

—¿Quién es?

—ESPAÑA.

Los caballeros se estrechan en un abrazo de amor fraternal, y voces lejanas de doncellas, que visten cándidas estolas, cantan la poesía, que llena con sus amores la inmensa planicie. Son las mujeres de todas las regiones de España, que alientan la decisión de los héroes.

—¡España, mi Dulcinea!...—suspira Don Quijote con lágrimas en los ojos.

—¡España, mi Patria!...—dice, conmovido, el Cid.

Y cuando los héroes piden a Dios que les ilumine concretamente la empresa por España, un ángel rompe hacia Occidente, con las rosas de sus alas y las magnolias de sus manos, los velos del aire, y ven los caballeros la inmensidad del mar y luego la tierra de promisión: América... Se oía una voz providencial clamando:

—Hombres de buena voluntad: Poned todas las fuerzas nacionales en la fórmula divina del porvenir: Unión Ibérica es la aurora del gran día, y el gran día es la Unión Triunfal de los pueblos Iberoamericanos.

La luna se ocultaba lentamente y venían ya las claridades del alba. El ángel, los caballeros y las estolas cándidas se diluían en el cielo sonrosado. Por el Ponien-

te vino una sugestión medio ensueño y medio realidad: era la voz americana del poeta:

Mientras el mundo aliente; mientras la esfera gire;
mientras la onda cordial alimente un ensueño;
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España.

* * *

Cuando el niño se despertó, era completamente de día.

FIN

ÍNDICE

BIBLIOTECA PÚBLICA
BU 303

ÍNDICE

Páginas

Al lector 5

Andalucía

Huelva 11
Sevilla 23
Cádiz 39
Málaga 51
Almería 59
Granada 65
Jaén 75
Córdoba 83

Extremadura

Badajoz 93
Cáceres 99

León

Salamanca 109
Zamora 119
León 125

Páginas

Palencia 131
Valladolid 137

Castilla la Vieja

Introducción 149
El suelo 151
Los héroes 153
El habla 157
La libertad castellana 164
La vida moderna 167

Asturias

Oviedo 171

Galicia

La Coruña 183
Pontevedra 193
Orense 199
Lugo 203

Las Vascongadas

Vizcaya 211
Guipúzcoa 221
Alava 229

Navarra

Pamplona 239

Páginas

Aragón

Huesca 249
Zaragoza 255
Teruel 267

Murcia

Murcia 275
Albacete 283

Valencia

Valencia 291
Alicante 303
Castellón de la Plana 309

Cataluña

Barcelona 317
Tarragona 329
Lérida 335
Gerona 341

Baleares 351

Canarias 361

Castilla la Nueva

Introducción 369
La geografía 371
El pueblo heroico 372
Los reyes 376
Los grandes maestros 382
Visión final 390

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ, EDITORES

BURGOS

B
25

BU
548